

FIONA BARTON

**LA
SOSPECHA**

**LAS EXCLUSIVAS SON SIEMPRE SUYAS
AHORA, ELLA ES LA NOTICIA.**



Lectulandia

Cuando dos jóvenes británicas desaparecen en su año sabático en Tailandia, su caso pasa a copar el foco de la atención mediática internacional. La periodista Kate Waters está lista para informar sobre la historia: como siempre, quiere ser la primera en conseguir la exclusiva y descubrir la verdad, y esta vez no será una excepción. Sin embargo, a medida que se van conociendo más detalles de la investigación, Kate no puede dejar de pensar en su propio hijo, a quien no ha visto en dos años.

Fiona Barton

La sospecha

ePub r1.0

Titivillus 14.11.2019

Título original: *The Suspect*
Fiona Barton, 2019
Traducción: Albert Fuentes

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

La sospecha

PRIMERA PARTE

1

2

Bangkok, día uno

3

4

5

Bangkok, día uno

6

7

Bangkok, día dos

8

Bangkok, día dos

9

10

Bangkok, día siete

11

12

Bangkok, día nueve

13

14

15

16

17

18

19

Bangkok, día once

20

21

22

SEGUNDA PARTE

23

Bangkok, día trece

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

Bangkok, día dieciséis

40

Bangkok, día diecisiete

41

Bangkok, día diecisiete

42

43

Bangkok, día diecisiete

44

45

46

47

48

Bangkok, día diecisiete

49

Bangkok, día diecinueve

50

51

52

Bangkok, día diecinueve

53

54

Bangkok, día diecinueve

55

56

57
58
59
60
61
Bangkok, día diecinueve
62
63
64
65
66
Bangkok, día veinte
67
68
69
70
71
72

Agradecimientos

Sobre la autora

Para Beatrice, Arthur, Jemima, Olive e Isabelle

Nunca dejes que la verdad te estropee una buena noticia.

ANÓNIMO

PRIMERA PARTE

EL ENCARGO

Domingo, 27 de julio de 2014

LA PERIODISTA

La llamada llega a las tres de la madrugada. El estridente ring del teléfono en la mesilla de noche abre un boquete en nuestro sueño. Alargo la mano para silenciarlo.

—Hola —susurro.

Me responde un murmullo de interferencias. Me aprieto el teléfono al oído.

—¿Quién es?

Noto que Steve se vuelve hacia mí en la cama, pero no dice nada.

El silbido de las interferencias cesa y oigo una voz.

—Hola... Hola —dice, buscándome.

Me incorporo de un salto en la cama y enciendo la luz. Steve refunfuña y se frota los ojos.

—Kate, ¿qué pasa? —murmura.

—¿Quién es? —repito, aunque sé de quién se trata—. ¿Jake?

—Mamá —dice la voz, y la distancia distorsiona la palabra. O quizá es el alcohol, pienso con disgusto—. Siento haberme perdido tu cumpleaños.

La línea vuelve a silbar y se corta.

Miro a Steve.

—¿Era él? —pregunta. Asiento.

—Siente haberse perdido mi cumpleaños...

Es la primera vez que nos llama en siete meses. Me ha escrito tres emails, pero nuestro hijo mayor nos dijo desde el primer momento que no estaría localizable por teléfono. Dijo que quería librarse de todo el estrés que le provocarían nuestras constantes llamadas. Que prefería ponerse él en contacto con nosotros.

La última vez que llamó fue la mañana de Navidad. Esperábamos que viniera a pasar las fiestas, que abriera los regalos con nosotros y preparase su indigesto vino caliente. Se lo propusimos y luego se lo rogamos por correo electrónico. Incluso le compramos un billete de avión cuando pareció que daba su brazo a torcer. Pero Jake no vino, y sólo nos obsequió con una llamada de diez minutos el día de Navidad. Steve cogió el teléfono y habló con él; yo no me apartaba de su lado. Luego Jake pidió hablar con su hermano pequeño, Freddie, y por último conmigo, su madre.

Ese día arrullé el teléfono como si pudiera sentir el peso y el calor de su cuerpo, y procuré escuchar y no hablar. Pero mi hijo se mantuvo distante mientras los segundos se desgranaban en una cabina telefónica perdida en alguna parte, y al final me vi convertida en inquisidora.

—Bueno, cuéntame dónde estás, cariño.

—Aquí —respondió riéndose.

—¿Sigues en Phuket?

—Sí, sí.

—¿Y estás trabajando?

—Pues claro. Hago varias cosas.

—¿Cómo andas de dinero?

—Me las arreglo, mamá. No te preocupes por mí. Estoy bien.

—Bueno, mientras seas feliz... —me oí decirle. La solución cobarde.

—Sí, estoy feliz.

Después de colgar, Freddie me puso una copa de prosecco en la mano y me dio un beso en la mejilla.

—Vamos, mamá. Está bien. Seguro que se lo está pasando genial tomando el sol mientras nosotros tenemos que aguantar toda esta lluvia.

Pero yo sabía en el fondo de mi corazón que mi hijo no estaba bien. Su voz se había vuelto desconfiada. Y además estaba esa risa nerviosa. No era la voz de mi Jake.

Viernes, 15 de agosto de 2014

LA MADRE

Lesley volvió a revisar la bandeja de entrada. Por si acaso se le había pasado por alto el mensaje. Sabía que no era así, pero dejar de buscar supondría tener que actuar. Estaban de acuerdo. Tenía a Malcolm detrás, observando todos sus movimientos. Podía sentir la tensión que emanaba de su cuerpo.

—¿Algo? —preguntó Malcolm.

—No —dijo ella.

—Voy a llamar a la policía.

Ella asintió. En toda su vida de casados nunca habían tenido que llamar a la policía. El mundo de la policía era otro. Ese mundo salía en la televisión o en los periódicos. No tenía nada que ver con el suyo. Lesley se puso a temblar cuando Malcolm descolgó el teléfono. Quería decirle que esperase. Que aguantara un día más. No abrir esa puerta. Que aquel mundo no entrase en sus vidas.

—Mal —dijo ella, pero él la miró sin dejar de marcar el número, haciéndola callar. Oyó el zumbido de la nevera y un coche que pasaba por la calle. La vida que continuaba.

—Hola. Quiero denunciar la desaparición de mi hija —le oyó decir a su marido.

Esa vida había terminado.

—Una semana. Hace casi una semana que no sabemos nada de ella ni de la amiga que la acompaña —explicó él—. Ayer llegaron las notas de sus pruebas de acceso a la universidad, pero todavía no se ha puesto en contacto con nosotros... Se llama Alexandra O'Connor... Dieciocho años... Los cumplió en mayo.

Lesley recordó haber glaseado la tarta de cumpleaños. «El glaseado no se parecía en nada a Ed Sheeran aparte del pelo rojo, pero a Alex le encantó.»

Volvió a concentrarse en su marido y lo oyó disculparse:

—Lo siento. Pensaba que ya se lo había dicho. Está en Tailandia, viajando de mochilera con su amiga, Rosie Shaw. En su último mensaje de texto nos dijo que todavía estaban en Bangkok.

Malcolm tardó veinte minutos en describir la situación, explicar los detalles que conocía y escuchar los consejos de la policía. Después de colgar, se frotó los ojos y se quedó un momento con las manos en la cara.

—¿Qué? ¿Qué te han dicho? —preguntó Lesley, y su voz sonó fuerte, desfigurada por el miedo—. ¿Con quién has hablado? ¡Dímelo!

Su marido levantó la cabeza y la miró como si quisiera cerciorarse de que aquella mujer que gritaba en la cocina era en realidad su esposa.

—Han anotado todos los detalles, cariño. Ya me has oído. He hablado con una agente. La subinspectora Zara Salmond. Lo he apuntado todo en un papel. —Cogió un pósit de la encimera de la cocina—. Aquí está. Mira.

Lesley tiró el papelito de un manotazo y éste cayó blandamente sobre las baldosas del suelo.

—No me vengas con eso. ¿Qué te ha dicho esa mujer? ¿Qué piensan hacer para encontrar a Alex y a Rosie?

Malcolm se agachó para recoger el papelito y lo volvió a pegar sobre la encimera. A Lesley le dieron ganas de abofetearlo.

—¡Malcolm!

—Lo siento, cariño, pero vamos a necesitarlo. —Le hablaba despacio, como si fuera una abuelita—. Me ha dicho que van a trasladar los detalles a la Interpol y que tenemos que llamar a la embajada británica en Bangkok. Eso es lo que aconsejan. Pero también me ha dicho que es algo que ocurre todos los días, gente joven que se va de viaje y luego se olvida de llamar a sus padres. Me ha indicado que todavía es pronto y que ella intentaría no preocuparse demasiado.

—¿Así que piensa que todo saldrá bien? —Lesley deseó con todas sus fuerzas que le respondiera que sí o por lo menos asintiera. «Ojalá todo salga bien...»

Malcolm negó con la cabeza.

—No lo sabe, cariño. Tenemos que llamarla si Alex se pone en contacto con nosotros, o si pasa otra semana sin que tengamos noticias suyas.

—Las tendremos, ¿no?

Malcolm la atrajo hacia él.

—Claro que sí. Querrá saber qué notas ha sacado en las pruebas de acceso. Mañana o pasado. Terminará apareciendo, ya lo verás.

Lesley se secó los ojos con un trozo de papel de cocina y trató de transmitir optimismo.

—Será mejor que vuelva a llamar a Jenny —señaló, contenta de tener algo práctico que hacer—. Le dije que la llamaría después de hablar con la policía. Se puso un poco nerviosa cuando se lo comenté ayer.

—Supongo que estará tan agobiada como nosotros. Rosie es hija única. Y Jenny no tiene a nadie.

Malcolm se había puesto a teclear en el portátil.

—La policía quiere una foto. Les he dicho que les enviaría una. Luego buscaré el número de la embajada.

Lesley miró la pantalla por encima de su hombro. Había elegido una foto que Alex les había enviado en la que salían las dos en un taxi tailandés de tres ruedas, un *tuk tuk*, el mismo día de su llegada, sonriendo de oreja a oreja, con todo el fondo desenfocado.

—Por lo menos están juntas —apuntó Lesley, y se puso a llorar sobre la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en los brazos.

Bangkok, día uno

Domingo, 27 de julio de 2014

Alex O'Connor

27 de julio, a las 05.00

... está aquí. Esto es genial. ¡La aventura empieza ahora!

Sus dedos bailaban sobre el teclado del móvil mientras subía un *selfi* a Facebook en el que salía delante del aeropuerto de Suvarnabhumi con los ojos cansados y una sonrisa bobalicona en la cara. Había planeado hacerse esa foto antes de bajarse del avión. Tenía una idea de lo que iba a encontrarse, pero no había tenido en cuenta el ruido y el calor que la esperaban al otro lado de las puertas de la terminal. Aquel bochorno la había golpeado físicamente. Sabía que iba a hacer calor, aunque no imaginaba que tanto. Su cara estaba empapada y algunos mechones de pelo se le habían pegado a la frente. El aire era tan espeso que podía notar su sabor en la lengua. Se quitó con cuidado la mochila y la sujetó entre los pies para mantenerla a buen recaudo. Luego estiró los brazos hacia el cielo y sintió el primer arrebato de libertad.

Alex había esperado aquel momento desde hacía un año, fantaseando sobre los lugares y la gente que iba a conocer, las aventuras que la esperaban, mientras preparaba las pruebas de acceso a la universidad y reponía existencias y servía pintas de cerveza para ahorrar dinero.

Había esperado cada detalle de aquel viaje, empezando por el vuelo; siempre le había gustado aquella sensación de acelerar por la pista rumbo a lo desconocido. Y había sentido la misma emoción cuando los reactores del avión empezaron a silbar al principio de aquel viaje, su primer vuelo de larga distancia, que la iba a llevar a la otra punta del mundo. Pero la sensación se había erosionado enseguida. Fueron once horas sentada en un asiento central, intentando no rozar con los brazos al pasajero de al lado, oculto bajo delgadas mantas como si fuera un cadáver.

Rosie se había tomado tres copas de vino con la asquerosa comida de la aerolínea —«¿Pollo o pasta?»— y Alex le había dicho que tuviera cuidado

con no deshidratarse. Su amiga la había mirado con desdén y luego se había dedicado con evidente descaro a ligar con el pasajero que tenía al otro lado, antes de caer rendida y ponerse a roncar suavemente. Alex también había intentado dormir un poco, retorciéndose en el estrecho asiento para encontrar una postura cómoda, tirando de la manta y destapándose los pies, moviendo el cinturón para que no se le clavara en la cadera. Al final, se había quedado quieta en la oscuridad viendo varias películas en la diminuta pantalla que tenía enfrente hasta que le empezaron a escocer los ojos.

Cuando volvieron a encenderse las luces, una hora antes del aterrizaje, se quitó el cinturón para ir al lavabo. Su cara reflejada en el espejo se le hizo extraña. Tenía los ojos enrojecidos y el labio colgando por la falta de sueño. Se regaló un bostezo frente a su reflejo y bregó con aquella puerta extraña para salir, dominada de pronto por el miedo.

Cuando por fin pudo vencer la resistencia de la puerta, se encontró de sopetón con un chico que esperaba fuera. Se rió de sí misma.

—Estas puertas son una pesadilla de abrir, ¿verdad?

El chico sonrió con timidez y la dejó pasar.

Y ahora se encontraba en tierra, en Bangkok. Cogió su mochila, se la colgó de un hombro y se tambaleó ligeramente, un poco mareada por el movimiento repentino. Se sentía agarrotada y desorientada, como si sus pies no tocaran del todo el suelo.

Unos desconocidos le pedían que fuera con ellos. Hombres bajitos con amplias sonrisas y manos insistentes.

—¿Necesita un taxi?

—Conozco buena pensión.

—¿Quiere ver templo?

Se quedó inmóvil, mientras todas aquellas propuestas retumbaban en su cráneo. Eran las cinco de la madrugada, negra noche, hacía calor y quería una cama donde tumbarse.

«Vamos Alex, muévete —se dijo a sí misma—. ¿Dónde se habrá metido Rosie?»

Su amiga se había separado de ella. Había ido a buscar algo para la jaqueca.

—No deberías haberte tomado todo ese vino en el avión. ¿No te has traído paracetamol? —le preguntó Alex, al tiempo que abría el bolsillo lateral de su mochila.

—No —le soltó Rosie, y se puso a andar.

Alex esperaba que todo fuera bien entre ellas. Aunque de todos modos ya era tarde para tener dudas al respecto. Habían llegado. Y era genial. Bueno, lo sería.

Viernes, 15 de agosto de 2014

EL INSPECTOR

Esa mañana, la subinspectora Zara Salmond caminaba con pies de plomo alrededor del inspector Bob Sparkes; era como si lo estuviera siguiendo a escondidas. Intentaba quedar fuera de su vista en todo momento, pero no habría sido más indiscreta si hubiera llevado un letrero de neón en el que se leyera LA MUJER DEL JEFE SE ESTÁ MURIENDO.

El cáncer de Eileen se había reproducido hacía dos meses, abriendo nuevos boquetes en su cuerpo, y la estaba matando poco a poco. «Vamos a ganar esta batalla —le había dicho Sparkes después de recibir los resultados de las últimas pruebas—. Si lo conseguimos una vez, ¿por qué no ahora también?»

Sus hijos habían llorado con él en casa, lejos de su madre. Su hija Sam le llamaba todos los días antes de ir al trabajo y cuando volvía a casa, y se encargaba de informar de cualquier novedad a su hermano. Todos se daban fuerzas los unos a los otros, pero era agotador. Algunas mañanas, aquel esfuerzo compartido era lo único que conseguía sacar al inspector de la cama.

En el trabajo se habían portado estupendamente con él. Sus superiores le habían animado a tomarse todo el tiempo libre que le hiciera falta, aunque Sparkes no se sentía a gusto ni en casa ni en el hospital. Necesitaba algo en su vida que no tuviera nada que ver con el cáncer. Necesitaba fingir que era posible llevar una vida normal, tanto por Eileen como para distraerse de aquel dolor que le partía el corazón.

Sin embargo, era evidente que se había olvidado de informar a la subinspectora Salmond.

Sabía que ésta se preocupaba por él y que no permitía que el barullo de la sala de coordinación llegara a la puerta de su despacho, pero Sparkes perdió

los estribos cuando oyó a su subinspectora decirle a un colega: «Mejor te pasas más tarde. No tiene un buen día». Se imaginó entonces su gesto de pesar y gritó: «Salmond, ¡pasa a mi despacho!».

Cuando ella asomó su cabeza bien peinada por la puerta le borró la sonrisa de un plumazo.

—Estás empezando a hincharme las narices, Salmond. Para de decirle a la gente que no me moleste. Ve a hacer algo útil. Me siento como si me hubieran puesto en cuarentena.

La subinspectora intentó quitarle hierro al asunto riéndose, aunque Bob se dio cuenta de que había sido demasiado duro con ella. Se levantó para que no se fuera.

—Lo siento, pero es que cuando te oigo hablar de mí me da la impresión de que estás refiriéndote a un suicida a punto de saltar de un puente. Estoy bien.

—De acuerdo, jefe. Tomo nota. Le dejo trabajar. Tengo unos informes que terminar.

—Cuéntame qué tienes entre manos —le dijo señalando una silla.

Salmond se sentó y se cruzó de brazos. «Aún sigue a la defensiva», pensó Bob.

—Vamos, Zara. Refréscame la memoria.

—Bueno, estoy apretando para que nos envíen los resultados finales de la operación antidroga en Portsmouth.

—Están tardando un poco, ¿no?

—Sí. Bueno, el caso es que varios agentes se han cogido las vacaciones de verano.

—¿Algo de lo que preocuparse?

—No, todo parece atado. Ah, también nos ha llegado una denuncia por la desaparición de dos chicas de Winchester.

—¿Desaparición? ¿Qué edad tienen? —preguntó, poniéndose de inmediato en alerta máxima—. ¿Cuándo ha entrado el aviso? ¿Por qué no me lo has comunicado enseguida?

—Tienen dieciocho años y han desaparecido en Tailandia.

—Ah —musitó Sparkes, al tiempo que su mente se desviaba a la cita que tenía más tarde con la especialista de Eileen.

—Un poco lejos de nuestras competencias, pero yo me ocupo si quiere enviar... —dijo la subinspectora Salmond, elevando ligeramente el tono de voz para hacerle ver que se había percatado de que se le empañaba la mirada.

—Ni lo sueñes, Zara. Y además acabas de estar fuera.

—He tenido vacaciones mejores, jefe. Cuando Neil me dijo que íbamos a Turquía, me imaginé tomando el sol en una tumbona. Nos pasamos casi todos los días viendo letrinas antiguas con sus alumnos de secundaria. A cuarenta grados.

—¿Letrinas? Estupendo. ¿Tienes fotos?

Salmond se rió.

—Neil tiene un montón. Le diré que le envíe las mejores.

—Eso es, pero sin prisas. En fin, ¿qué sabemos de esas chicas?

—Sólo ha pasado una semana, pero los padres están un poco inquietos. Es la primera vez que las niñas viajan solas y ayer no llamaron para preguntar por las notas de sus pruebas de acceso a la universidad. El padre de una de ellas ha llamado esta mañana y estoy pasando los detalles a la Interpol, aunque apuesto a que estarán tomando el sol en la playa. Que les aproveche.

—Eso es, que les aproveche. Bueno, avísame si te enteras de algo más.

Y le guiñó el ojo a su subinspectora para hacerle saber que no le guardaba ningún rencor.

—Últimas noticias, señor —anunció Salmond veinte minutos después—. He informado al gabinete de prensa sobre las mochileras y ya hay montada una campaña en Facebook. La familia la ha organizado.

Sparkes torció el gesto.

—Es una buena idea, señor. Eso es lo que mirarán los chicos que estén sentados en un bar junto a Alex y Rosie.

—Sí, pero no únicamente ellos. También verán la página todos los bichos raros y buscadores de fama del planeta, ofreciendo una fingida solidaridad y diciendo que las han visto sólo para salir en las noticias. A lo que habrá que añadir a los troles, culpando a los padres por permitir que sus hijas fueran solas de viaje y llamando a las chicas «fulanas» y «putas». Dios, ¿a quién se le ocurrió darle un altavoz a toda esta gentuza? Por lo menos, antes de las redes sociales no tenías que escuchar según qué cosas. La gente se quedaba recogida en su pub o en el salón de casa y escupía allí su bilis.

—En fin... —dijo Salmond—. Sigamos...

—Sí, mejor.

Sparkes estaba consultando unos informes en la pantalla de su ordenador, con la cabeza en otra parte. Se echó hacia atrás en la silla, estiró los brazos para

tocar la pantalla y luego los subió por encima de la cabeza haciendo que los huesos de la espalda le crujieran. Se notaba un sabor metálico en la boca y ya no podía levantarse de la silla sin soltar un quejido involuntario. Se sentía viejo. Muy viejo.

Esa mañana, cuando había ido a verla, Eileen le había dicho que le convenía dormir un poco más, pero él no le había hecho caso. «Estoy bien, cariño. ¿Por qué hablamos de mí? Vamos a centrarnos en ti para deshacernos de esta infección estúpida y así podrás reanudar el tratamiento.»

Ella se había recostado en la almohada. «Eso es lo que intento, Bob.»

Trató de concentrarse en las palabras en la pantalla, pero no podía quitarse de la cabeza la fragilidad cada vez más visible que notaba en los ojos de su mujer. Se le estaban hundiendo en las cuencas, alejándose cada vez más de él. Era como si la estuvieran vaciando por dentro. Abrió y cerró los dedos de las manos.

«Ahora no. No puedo pensar en eso ahora. Todo irá bien.»

Pulsó la almohadilla del portátil para despertar la pantalla y apareció una foto. La subinspectora Salmond había colgado unas imágenes de las chicas desaparecidas y el *link* a la página de Facebook que había creado la familia O'Connor.

Sparkes miró las caras de esas muchachas y suspiró. Clicó y empezó a leer, empezando por el último *post* de Alex en Facebook y el último email que había enviado a casa, el sábado, 9 de agosto.

Alex O'Connor

Sábado, a las 11.00

... está planeando celebrar las notas de sus pruebas de acceso con su compi en Koh Phi Phi, «contemplando peñascos monolíticos en un mar de un azul radiante», según *Lonely Planet*...

De: Alex O'Connor

Para: Les y Mal O'Connor

Asunto: Resultados

Hola, mamá y papá. Sigo en Bangkok. Aquí hay tantas cosas que ver que hemos decidido quedarnos unos días más. ¡Pero la idea es movernos antes de las notas! Cruzo los dedos y todo lo que haga falta para entrar en Warwick. Os llamaré como dijimos sobre las doce de vuestro mediodía (seis de la tarde aquí) del 14 de agosto para abrir juntos el sobre. ¡Como si fueran los Oscar! ¡¡Enviadme un mensaje de texto si la carta llega antes!! Os quiero, Alex. ¡Besos!

P. D.: Mañana veremos elefantes. Otro punto tachado en mi lista de cosas que hacer antes de morir...

Fue el hermano de Alex O'Connor quien dio la primera señal de alarma, discreta al principio. Más bien un toque de aviso.

Hola, Alex.

Hace unos días que no sabemos nada de ti. ¿Dónde estás?
No nos coges el teléfono. Mamá está un poco preocupada. ¿Puedes mandarnos un mensaje?
¿Alex?
¿¿Alex??
JODER, ALEX. ¡¡¡¡¡LLAMA!!!!

El grito en mayúsculas marcaba el punto de inflexión en el que los amables recordatorios se convertían en un grito de terror a pleno pulmón.

Han pasado cuatro días desde la última vez que alguien vio a mi hermana y su amiga. Por favor, seguid compartiendo y enviando.

Han pasado cinco días.

Seis días.

Y fue entonces cuando la «comunidad» entró en tromba:

Alex y Rosie, informad a vuestras familias de que estáis bien. Por favor.

¿Fuiste tú a quien invité a una copa anoche en Oxxi's Place? Llama a tus padres. Sólo quieren saber que estáis bien.

No seáis tan egoístas. ¡Llamad a casa!

«Los padres van a darles un buen rapapolvo cuando aparezcan —pensó Sparkes—. Haber armado todo este escándalo. Seguro que ahora se arrepienten de haberlas dejado ir.»

Él, por su parte, nunca se había visto en un dilema parecido. Sus hijos no eran precisamente aventureros. Ni siquiera recordaba que le hubieran pedido un año sabático antes de comenzar la universidad. Jim había decidido empezar la carrera directamente y dedicarse a la administración de empresas, mientras que su hija, Sam, ya estaba enamorada, así que no le apetecía irse a ninguna parte.

«Me pregunto si sus vidas habrían sido distintas de haber ido a Tailandia», caviló mientras volvía a leer por encima los mensajes. El hijo de Kate Waters había ido. Se lo había contado la última vez que se habían reunido para hablar de un caso. Por lo general, no trataba asuntos personales con periodistas, pero esa vez era evidente que Kate necesitaba hablar con alguien. Le dijo que los silencios de Jake, su hijo, duraban meses. Y ahora estaba preocupada en secreto por que las cosas no le fueran bien, aunque no quería decírselo a su marido.

A Sparkes no le había apetecido contarle que su preocupación secreta era que su hijo estuviera envejeciendo antes de tiempo. Jim no había cumplido los cuarenta, pero ya estaba quedándose calvo y llevaba pantuflas en casa.

—Tienen parqué de roble en casa —le había dicho Eileen cuando él se lo comentó—. No te preocupes por él.

Sin embargo, lo cierto era que su hijo nunca iría a una de esas fiestas de la luna llena en Tailandia.

Quizá él y su mujer se habían librado de esas preocupaciones. Volvió a mirar las caras sonrientes de las chicas desaparecidas. Caras frescas. Niñas perdidas.

¿Dónde estaban? Llamaría luego a Kate para contarle la historia. Había que empezar a mover el asunto.

Viernes, 15 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Joe Jackson está sentado en mi silla de la redacción viendo la tele y le doy un manotazo en el hombro cuando paso a su lado.

—¡Eh, Jackson! ¡Largo!

Me sonrío y se aparta de mi escritorio, impulsándose fuera de mi camino sobre las ruedas de la silla, y en ese instante se me aparece el recuerdo de Jake, haciendo el tonto, con el pelo sobre los ojos, burlándose de mí.

—Ponte a trabajar —le gruño.

—Estoy haciendo llamadas —dice, mostrándome su móvil como prueba, antes de saltar de mi silla y ponerla en su sitio—. De momento no hay mucho que contar. Todavía tengo un poco de tiempo antes de la reunión de planificación. Espero que Terry no la convoque muy temprano.

Como si fuera por arte de magia, el jefe de redacción sale de la Pecera, el cubículo acristalado donde tiene el despacho.

—Seguro que nos ha puesto micros en las mesas —murmura Joe, y yo asiento.

—¿A qué vienen esos cuchicheos?! —nos grita Terry desde el otro lado de la sala—. Más os vale que sea una noticia. Tu ratio de clics es un desastre, Jackson.

Al ser el reportero más joven de la redacción, Joe Jackson resulta un blanco fácil para todo tipo de burlas. Aunque, siendo honestos, sería más exacto llamarlo «acoso». El caso es que al principio, cuando me lo asignaron para que aprendiera el oficio —le dije a Terry que no tenía tiempo para llevar la guardería de la oficina, pero el jefe de redacción insistió—, nuestra relación fue un poco problemática, aunque ahora le he cogido cariño. Sé que los otros reporteros le llaman mi «hijo en la oficina» o «la putilla de la reportera jefe»,

pero me da igual. Y espero que a él también. Siempre le digo que al final se cansarán y se buscarán otro a quien chingar.

—Eh, proponle esto a Terry —digo, pasándole un recorte por encima de la mesa—. Huele a noticia por los cuatro costados.

—Gracias. Te debo una otra vez.

—Apúntamelo en la cuenta. Y ahora investiga. Así parecerá que sabes de lo que hablas.

Echo un vistazo rápido a Terry. Lo ha oído todo. En realidad no se le escapa nada. Tuerce el morro. «Alma de Dios», dice su gesto. Me encojo de hombros a modo de respuesta y cojo el teléfono para ahorrarme tener que hablar con él.

Bajo por la lista de contactos, buscando un objetivo adecuado, y me paro en el inspector Bob Sparkes. Me encuentro con su nombre casi cada día; de hecho, lo he introducido por su nombre de pila para que aparezca entre los primeros de la lista. Pero hoy no paso de largo. Pulso su nombre. Esta mañana necesito una voz amable. Y quizá tenga una historia que contarme.

Con Bob Sparkes he compartido —aunque quizá él diría «soportado»— el tipo de intimidad obligada que da trabajar en casos difíciles. Es un hecho indiscutible que inspectores y periodistas coinciden llamando a las mismas puertas en busca de la verdad y que se encuentran codo con codo en los mismos pubs, juzgados y cafeterías.

Para algunos agentes, los periodistas son una cruz con la que cargar y nos hacen sudar tinta china por cualquier migaja de información, pero Sparkes es un poli generoso. Sabe qué necesitamos para contar la historia y normalmente nos lo proporciona encantado. No es de los que te vienen con cuentos.

—A todos nos conviene colaborar —me dijo una vez—. La policía obtiene la exposición periodística que necesita para realizar la investigación, y un poco de reconocimiento por la labor realizada, y vosotros sacáis vuestras noticias.

Y lo cierto es que se merece ese reconocimiento. Suda lo que no está escrito para obtener resultados. Le he visto hacerlo. En el caso Bella Elliott, dedicó cada minuto de su tiempo, dentro y fuera del trabajo, a encontrar a esa niña de dos años que había desaparecido, pensando sin cesar en ella. Una vez me dijo que hasta había soñado con la pequeña. E incluso en casos que no llevaba ha sido una brújula para mí. La vez que intenté averiguar la identidad del bebé cuyos restos se habían encontrado en un edificio en construcción de Londres en 2012, él estuvo al otro lado del teléfono para ayudarme. No tenía por qué hacerlo, pero cuando me impliqué demasiado en el caso, cuando me

acerqué demasiado a la realidad de los hechos, acudí a él en busca de su consejo experto.

No es que seamos Holmes y Watson que digamos, pero congeniamos.

Lo cual, como es obvio, supone que sabe demasiadas cosas acerca de mí. Soy consciente de que a veces comparto excesivos detalles con él, y le cuento mis problemas y pensamientos íntimos, pero confío en Sparkes.

Suena el teléfono. «¡Kate!», dice una voz brusca, y me asusto.

—Santo cielo, Bob. ¿Te acaban de conceder nuevos poderes paranormales? Estaba a punto de llamarte.

—¡Ja! Seguro que estábamos pensando el uno en el otro al mismo tiempo.

Noto que me pongo roja. «Por el amor de Dios, cálmate, mujer.»

—¿Pensando en mí? ¿Para bien? ¿O me estabas maldiciendo?

—Para bien, Kate —replica sin inmutarse. No le va el flirteo. Nunca ha sido un espadachín.

Intento no sonreír, lo notaría en mi voz.

—Desembucha entonces. ¿En qué estabas pensando?

—Tengo una investigación en la que quizá podrías ayudarme. Se ha informado de la desaparición de dos mochileras adolescentes en Tailandia. La denuncia la han puesto sus familias. Hace una semana que no tienen noticias tuyas, así que todavía es pronto, pero ayer no llamaron para saber las notas de sus exámenes y los padres están muy preocupados. Mi sargento cree que casi con seguridad aparecerán con una resaca, aunque un artículo quizá podría servirnos para sacarlas del tugurio en el que estén metidas. Bueno, el caso es que he pensado en ti. Y en Jake.

Bob Sparkes sabe lo de Jake. Que abandonó la universidad y toda la bronca que tuvimos. Se lo conté después de que cerraran el caso del Bebé en el Edificio en Construcción, cuando nos tomamos una copa tranquilos para descomprimir. Él también tiene hijos mayores. Sabe lo rematadamente complicado que es a veces ser padre y escucha con atención. Sabe escuchar. Tiene el oído entrenado. Pero no me ha contado nada de la enfermedad de Eileen. Me enteré de su cáncer por otro poli. Me quedé asombrada, pero más porque no me lo hubiera contado que por el cáncer en sí, siendo sincera. Desde ese día he intentado sonsacárselo, mencionando un par de veces a Steve y su trabajo como oncólogo. Pero Sparkes nunca ha mordido el anzuelo.

—Por supuesto. ¿Qué edad tienen las chicas? ¿Hay fotos? ¿De dónde son? ¿Puedo hablar con sus padres?

—Santo cielo, Kate. Para el carro. Eres como un galgo recién salido de los cajones. Tienen dieciocho años y son de Winchester. Mira, te envío los detalles en cuanto colguemos.

—Estupendo. ¿Vais a hacerlo público? —le pregunto.

—Sí, en este mismo instante el gabinete de prensa está redactando algo para enviarlo.

—¿Alguna posibilidad de darme un par de horas de margen, Bob?

Hay un silencio. Espero a que hable.

—Vale, todo tuyo —dice—. No es que sea una noticia de última hora. Les pediré que lo pospongan hasta después de comer.

—Estupendo. Gracias, Bob.

—En fin, ¿cómo está Jake?

Me he olvidado de mi hijo, lo he dejado atrás al salir corriendo para escribir sobre las hijas de otras madres. «¿Qué clase de madre eres?»

—Pues no estoy segura. Nos llamó de madrugada hace un par de semanas, la primera llamada en meses, pero sonaba como si estuviera en una base militar en medio de la selva y se cortó enseguida.

—Qué pena. El caso es que llamó.

—Sí, sí que lo hizo. Supongo que me tengo que dar por satisfecha con eso.

—Los padres de Alex O'Connor y Rosie Shaw lo estarían, Kate.

Adivino la nota de censura en su voz y me reprimo. Garabateo los nombres en un papel.

—Sí, bueno... En fin, envíame lo que tengas sobre las niñas desaparecidas cuando puedas. Estoy segura de que voy a conseguir meterlo en el periódico. No está pasando nada importante. Y Bob, gracias por aguantarlo unas horas. Te lo agradezco mucho.

Abro el portátil para esperar la llegada de su email. Mi buzón de entrada ha vuelto a llenarse. Sólo ha pasado media hora desde que he desbrozado todo el *spam* recibido durante la noche y ya me han llegado un montón de reseñas laudatorias de programas de televisión y notas de prensa de famosos que venden sus memorias escritas por encargo y que prometen «revelaciones escandalosas».

«No entiendo por qué recibo tanta basura sobre famosos», suelo decirle a Joe. Pero el caso es que la recibo. Mi nombre ha pasado a formar parte de la lista de juntaletras que escriben artículos sobre el mundo del cotilleo. Soy una mujer marcada. En otros tiempos fui una periodista seria, si es que eso todavía tiene algún sentido. Ayer, sin ir más lejos, me pasé la tarde escribiendo un artículo ilustrado «de interés humano» (y al pensarlo rastrillo en mi mente el aire con unas comillas irónicas) sobre una perra que había adoptado a unos patitos.

«Seguro que se los zampó después de que el fotógrafo se fuera —le dije a Steve al llegar a casa—. Dios, no soporto agosto. Dichosas serpientes de verano. Esto es un desierto periodístico, nos pasamos todo el día rascando en busca de historias cuando medio país se ha largado de vacaciones. Esta tarde el jefe de redacción me ha devuelto un artículo largo que escribí hace siglos. Seguro que lo guardó en el último cajón de su escritorio en Año Nuevo. Me ha pedido que le saque el polvo para meterlo en el periódico. He tenido que comprobar que ninguna de las personas mencionadas ha muerto en estos meses.» Steve me sirvió otra copa de sauvignon blanco y brindó conmigo en gesto de solidaridad.

Borro esos emails desagradables sin abrirlos, con la vista en alerta para detectar automáticamente alguno de Jake.

Sus correos nunca llegan en respuesta a los mensajes que Steve o yo le enviamos a menudo. Cuando llegan, son breves y van al grano, dos o tres frases, más parecidos a un telegrama que a una carta; de ellos deducimos que sigue vivo y que es evidente que no piensa en nosotros. Aun así, los leemos con detenimiento, buscando significados ocultos en cada palabra.

Ya han pasado dos años desde que se embarcó en su viaje para «encontrarse a sí mismo» por el Sudeste Asiático. Este año tendría que haber preparado los exámenes para entrar en la abogacía. Se le había dado tan bien la carrera hasta ese momento... Nos hacía tanta ilusión que terminara vistiendo la toga... Estábamos felices por él. Ahora, echando la vista atrás, pienso que quizá nos hacía más ilusión a nosotros que a él. Aunque siempre parecía relajado y contento. Me sacaba de quicio. Era un chico con suerte —brillante y con suerte—, pero no estaba agradecido. Todo le había resultado demasiado fácil, quizá. Nunca había tenido que esforzarse para sacar las mejores notas, no como su hermano pequeño. Era Freddie el que nos preocupaba. Steve y yo intentábamos ocultárselo. Nuestras conversaciones desesperadas sobre su futuro siempre las teníamos de noche, después de que se hubiera acostado. Pobre Freddie. Siempre a la sombra de Jake en la

escuela. Y entonces, de repente, Jake vino un día a casa y anunció como si nada que dejaba los estudios y que se iba a ver mundo.

Nos dijo que había pensado en colaborar con un proyecto de protección de las tortugas en Phuket y tuvimos una bronca tremenda. Estaba enfadadísima con él y le dije que iba a arruinar su vida. Cuando se marchó a Tailandia, casi no nos hablábamos.

Durante el primer mes no tuvimos noticias suyas y Steve me echó la culpa:

—Cree que sigues enfadada —me dijo.

—Pues claro que sigo enfadada —le repliqué.

—Debes tener cuidado, Kate, o vas a perderlo.

Me dieron ganas de gritarle: «¡¿Cómo voy a perder a un hijo? Ha sido parte de mí durante veintidós años. Siempre seré su madre!». Pero me reprimí. Oculté el dolor y fingí que su silencio me era indiferente. Pero el miedo había echado raíces en mi interior, dando pábulo a imágenes siniestras en las que le veía muriendo en un accidente de moto o siendo atracado brutalmente.

Ser periodista me hace saber que este tipo de cosas pueden ocurrirle a gente como nosotros.

Viernes, 15 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Han pasado cinco minutos y aún no he recibido el email. Estoy sentada con el móvil en las manos, sin decidirme a llamar de nuevo a Bob Sparkes y preguntarle cuándo va a darle al botón de «enviar». Me ha dicho que lo haría de inmediato. Pero si le atosigo le sentará como un tiro. Dejo el teléfono sobre la mesa. Todo está en la red. Y cuando tecleo los nombres aparecen las chicas.

Bingo. Pero es un blog. No soporto los blogs.

—Bla, bla, bla, disfrazado de periodismo —le dije una vez a Joe, un día que bajé la guardia.

—Dios, es como si oyera hablar a mi madre —me contestó. Su madre, una redactora recientemente «jubilada», había sido blanco de burlas generales por la prensa canalla, que la tildaba de dinosaurio del periodismo serio de Londres. Aquel comentario me dejó cortada. No iba a permitir que me guardaran en un cajón olvidado como a ella.

El bloguero es otro mochilero que da la señal de alarma y pide a Alex y a Rosie que se pongan en contacto con sus familias. Me pregunto cuántos miles de adolescentes que se embarcan en su año sabático antes de la universidad terminan desapareciendo. Seguro que el número ha descendido ahora que todo el mundo tiene un móvil y wifi. Pero aun así...

Miro la pantalla. Es como si los latidos de mi corazón me estuvieran magullando las costillas. Mi hijo también ha desaparecido. En casa fingimos que todo va bien; es mayor de edad, vive su vida, toma sus propias decisiones. Pero ni siquiera sabemos en qué país está. He perdido la cuenta de las veces que he mirado en Google los precios de los vuelos a Tailandia. «Sólo para hacerme una idea», me digo. Y sin contárselo a nadie, he escrito emails a un

montón de proyectos de protección de la fauna en Phuket durante los dos últimos años para preguntarles por Jake. Pero mi hijo no se ha inscrito en ninguno de ellos. Podría estar en cualquier sitio. Y me lo he callado. ¿De qué me iba a servir preocupar a Steve? A veces me pregunto si él hace lo mismo y me lo oculta. Le escribo un email a Jake sin pensármelo dos veces.

Hola. Me estaba preguntando dónde estás y qué haces. Gracias por llamar la otra noche. Me encantó poder escuchar tu voz. Te echamos de menos. ¡Freddie por fin ha aprobado el examen de conducir! Por favor, dime que esto te ha llegado. Muchos besos.

No sé cuándo va a recibir el mensaje, pero me queda el consuelo de saber que la próxima vez que se conecte lo encontrará.

—Kate —me está diciendo Joe—. ¡Kate! Te he preguntado dónde encontraste este recorte. Por favor, Terry está a punto de convocar la mesa.

—¿Qué? ¿No puedes buscarlo en internet? Creo que lo saqué de un dominical. ¿Está impreso en papel brillante? Bah, di que es del *Sunday Express*. Nadie lee eso.

—¿Vas a venir?

—¿Qué hora es en Bangkok, Joe?

—Pues... Supongo que tarde, quizá de noche, creo. Es más tarde que aquí, ¿no? ¿Por qué?

Pero ya estoy marcando el número del excorresponsal para el Sudeste Asiático del *Post* y le hago un gesto a Joe con la mano para que me deje en paz.

—Voy en un minuto. Tengo que comprobar una cosa.

Don Richards responde al primer tono.

—Sí —dice con un bufido, retando a quien le llama a seguir molestandole.

—¿Don? Soy Kate Waters. Del *Post*.

Su voz se ablanda sólo un poco.

—¡Ah, la encantadora Kate! ¿Cómo estás? Jesús, ¿cuándo fue la última vez que nos vimos? Habrán pasado diez años por lo menos, cuando viniste para cubrir el tsunami. Menudo notición, ¿verdad? Me sirvió para comprarme mi bungalow nuevo.

Aprieto los dientes. A Don le desactivaron el fusible de la sensibilidad hace mucho tiempo: «Es lo que pasa cuando vives en el culo del mundo —me confesó entonces, un día que estábamos los dos borrachos y agotados después de semanas de imágenes y testimonios terribles—. Te curte hasta dejarte

insensible. Me he convertido en el típico inglés en colonias». Ese día pedí dos cervezas más y le hice regresar a sus viejos días de gloria.

—Dios, ¿de verdad que han pasado diez años? —digo—. Nos estamos haciendo viejos, Don. Mira, soy consciente de que estás ocupado, así que voy directa al grano. Quiero saber si estás trabajando en la desaparición de dos chicas británicas, Alex O'Connor y Rosie Shaw.

—Bueno, se habla de ellas en la red de mochileros. Pero no es nada del otro mundo. La embajada recibe uno o dos avisos de desapariciones todos los días. Menudas inconscientes estas niñas... Las familias llevan una semana intentando contactar con ellas, por lo que he sabido, pero a estas edades no saben dónde tienen la cabeza. Conocen a alguien en un bar, se enteran de un sitio guay al que ir y ahí van. Seguro que se habrán liado con unos chicos y estarán pasándolo demasiado bien para contárselo a nadie. En fin, ¿por qué me lo preguntas? ¿Te van a enviar para cubrirlo?

Sonrío. Don ha olido el dinero.

—Es demasiado pronto para saberlo, pero voy a hablar con Terry sobre el tema. Podría ser una buena noticia. La pesadilla de cualquier padre que ve cómo su hijo se larga estos días para un año sabático. Y aquí no está pasando nada noticiable.

—Te enviaré material. Me citarás en el artículo, ¿verdad?

El canto de un periodista *freelance* en vías de extinción: «¡Cítame!».

—Claro que sí, Don. Envíame lo que tengas y te lo abonaré. ¿Has hablado con las familias? Voy a hacerles una llamada.

—Sólo por Facebook. Los O'Connor de Winchester son los que están armando más jaleo.

La cabeza de Terry aparece tras la puerta de la sala de reuniones.

—Mueve el culo y entra, Kate. Eres la reportera jefe. Da ejemplo, por el amor de Dios.

Bangkok, día uno

Domingo, 27 de julio de 2014

Alex O'Connor

Domingo a las 08.30

... está en el ático del motel Bates. Sólo se vive una vez.

Alex y Rosie se habían bajado del autobús en la enorme rotonda instalada en lo que parecía una autopista en pleno centro de la ciudad. Fue el conductor quien les dijo que habían llegado a su parada.

—Monumento a la democracia —dijo—. Khao San Road.

De pie frente a una calzada de cuatro carriles, Alex notó que toda su euforia se había evaporado. Aquello no se parecía en nada a lo que esperaba. Había visto fotos de la ciudad vieja y eso no era lo que tenía ante sus ojos. ¿Dónde estaban las callejuelas y los estrechos pasajes? Rosie la miraba con gesto expectante.

—¿Dónde está nuestro hotel? —preguntó.

—Hostal —la corrigió Alex, mirando el itinerario en la pantalla de su móvil—. Es el Green Paradise y está a sólo quince minutos andando de aquí, según esto.

—Pero ¿en qué dirección?

No estaba segura y además se sentía demasiado cansada para mantener la cabeza fría. Había planeado buscar la pensión con el teléfono, pero se había olvidado de comprar una tarjeta SIM tailandesa en el aeropuerto. Se puso en marcha, procurando dar la impresión de saber lo que hacía, y Rosie la siguió.

—Por aquí —dijo, a lo que añadió murmurando un «o eso creo» por si acaso.

No era por allí. Y nadie parecía entenderla cuando preguntaba a la gente y les mostraba el nombre de la pensión.

—¡Qué pesadilla! —exclamó Rosie, y Alex aceleró el paso para no oírla más.

Cuando por fin encontraron la calle Khao San, las tiendas abrían sus persianas en los pasajes, el agua empezaba a hervir en las cacerolas sobre fuegos de leña y hornillos, y unos taburetes de plástico verdes y rojos del tamaño de un niño pequeño estaban desperdigados por las aceras, preparados para el primer servicio del día. Pero seguían sin encontrar ni rastro de su hostel.

El enfurruñamiento de Rosie se estaba transformando en un sonoro cabreo cuando Alex divisó la Pensión y Bar Mama's Paradise al final de una calle lateral.

—Ése también lo tenía en mi lista —mintió. «Por lo menos también lleva un “paraíso” en el nombre»—. Mejor pasamos del otro y preguntamos aquí.

—Vale —convino Rosie.

—No tiene mala pinta —dijo Alex cuando echaron un vistazo al sombrío interior que quedaba detrás de la entrada del bar.

Les habían dado una habitación en el piso de arriba. Una asombrosa mujer, de altura imponente y ataviada con un vaporoso caftán y una peluca rubio platino, les había recibido con una amplia sonrisa. «Soy Mama —se presentó—. Esto es mío. Os daré habitación privada en segundo piso.» Sonó como si fuera una *suite* real.

No lo era. Parecía más bien una pensión de mala muerte. No era que Alex hubiera conocido algún antro de primera mano, pero había leído *Sin blanca en París y Londres* para las pruebas de acceso a la universidad y se imaginó que aquella habitación encajaría bien en las descripciones de Orwell.

Subieron por la oscura escalera de cemento cargando sus mochilas con Alex a la cabeza, aferrando la llave como si fuera un amuleto. El número de la habitación estaba pintado en negro en la pared y cuando abrió la puerta un tufo agrio a zapatillas de deporte salió expulsado al pasillo.

—¿En serio? —soltó Rosie.

—Es barato —la cortó Alex, demasiado cansada para la bronca que se estaba preparando—. Son ciento cincuenta bahts la noche. Tres euros. No se puede esperar mucho más. Y además no vamos a quedarnos demasiado tiempo.

—Supongo que no.

—Será una experiencia —afirmó Alex.

—Sí.

—No está tan mal —añadió Alex débilmente, asimilando todo el horror de la situación—. Y tampoco pasaremos mucho tiempo aquí dentro.

—Pues mira qué bien —murmuró Rosie, dirigiendo una evidente mirada de disgusto a las paredes color crema, manchadas de mosquitos aplastados. Alex se acercó a la ventana que daba al pasillo para correr las finas cortinas. Quedaron colgando. Faltaban varios ganchos.

Sin duda era un albergue sin lujos. La habitación contenía un ventilador, una sola silla de plástico y una pequeña cama doble. La sábana llevaba la marca de varias generaciones de turistas sudorosos y el hueco central era más oscuro que el resto del material.

—Me encantan estas almohadas —dijo Rosie, sin moverse todavía de la puerta. Unos gatitos de dibujos animados las miraban desde el estampado de las fundas. Parecían fantasmas, con sus enormes ojos, en otro tiempo bonitos, convertidos en sombras después de cientos de lavados.

—Vamos —musitó Alex—. ¿Qué lado quieres? —No había contado con tener que compartir cama y sabía desde el vuelo que Rosie roncaba.

—El lado más alejado del cementerio de mosquitos —contestó Rosie, todavía enfurruñada—. Espero que no ronques...

Tiró la mochila al suelo y se sentó en la cama dejándose caer. Alex hizo lo mismo. En ese momento, lo único que quería era volver a casa.

—Voy a darme una ducha —indicó, intentando contener el temblor de su voz mientras empezaba a escarbar en sus cosas en busca del cepillo de dientes y el jabón.

Rosie se había quedado a cuadros.

—A saber cómo es la ducha. Esto es Ciudad Cucaracha.

—Nunca he visto una cucaracha —afirmó Alex—. Otra novedad.

De pronto se dieron cuenta de que había dos tailandesas en el pasillo, espiándolas por el hueco entre las cortinas, observando cada uno de sus movimientos.

—¿La ducha? —Alex había abierto la puerta y con las manos les hizo un gesto de lluvia sobre su cabeza.

Las mujeres señalaron sin palabras el final del pasillo.

Se abrieron paso entre las dos tailandesas e inspeccionaron un cuartucho con el suelo embaldosado, un desagüe y una alcachofa tartamuda. Unas toallas acartonadas, descoloridas, colgaban de un gancho en la pared.

—Vale, entro —dijo Alex imitando el acento estadounidense de las comedias—. Si no vuelvo en cinco minutos, llama al fontanero.

Y Rosie se rió. «Gracias a Dios», pensó Alex.

Más tarde, cuando estaban sentadas en el bar de la pensión con el pelo todavía mojado, Mama apareció de entre la oscuridad de la trastienda. Rosie le dio un codazo a Alex.

—Podría jugar con la selección inglesa de rugby.

Mama les echó una ojeada y a Alex le dio miedo que las hubiera oído, pero la mujer se puso a barrer la porquería que había delante de su negocio.

—Gente sucia —le susurró a un tipo que al pasar había escupido un chicle. Tenía una mancha roja de pintalabios en los dientes.

Seguramente todavía era temprano para el hormigueo de turistas. Acababan de dar las doce del mediodía y los rostros de los pocos que habían logrado levantarse mostraban todas las tonalidades posibles de un gris resacoso. Un chico de su edad pasó por delante de ellas. Sólo llevaba unos pantalones cortos. Flaco. Piel verdosa y ojos viejos. Chupando un cigarrillo como si fuera la última vez que respiraba.

Alex iba a comentar el mal aspecto que tenía el chico cuando Rosie dijo con su voz de pajarito.

—Parece que la gente lo está pasando en grande.

Viernes, 15 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

No me ha costado mucho convencer a Terry de que hay que apostar por esta historia. La lista de noticias es tan endeble como un castillo de cartas. «¡Veo que ha decidido hacer una lista de deseos esta mañana, señor Jefe de Redacción. Aquí no hay ni una sola noticia de verdad!», había gritado el director Simon Pearson desde la puerta de su despacho, agitando aquel ofensivo documento con la mano. Terry había sonreído como si aquello hubiese sido una broma. Pero todos sabíamos que iba a recibir un buen rapapolvo cuando se cerrara la puerta.

Terry pone al mal tiempo buena cara cuando sale del despacho, pero su lista de noticias se ha convertido en una arrugada bola de papel que lleva apretada en el puño.

—Vamos a primera con las chicas desaparecidas —dice, como si fuera idea suya.

—Es un poco flojo para la primera, Terry —digo. Y lo es. *Unas niñas de vacaciones no contestan los emails de sus padres* no da para un titular.

—Pues dale un meneo, Kate. Es la única noticia que tengo hoy.

Le veo atrincherarse en su cubículo de cristal, sentado, mirando al vacío. Me pregunto cuánto tiempo va a durar antes de saltar, aguantando todo este bombardeo doce horas al día. Siempre dice que esto le apasiona —el tumulto, estar en el centro del escenario—, pero a medida que van pasando los días lo veo más como a una víctima de violencia doméstica. Más me vale hacer que esta noticia funcione.

Malcolm O'Connor responde al primer tono. Seguro que está sentado junto al teléfono.

—¿Señor O'Connor? Siento molestarle, pero le he llamado para hablar sobre su hija, Alex. Soy periodista del *Daily Post* y me gustaría ayudarle a encontrarla.

Trato de imaginarme al hombre al otro lado del teléfono. ¿De mediana edad? ¿Calvicie incipiente? Desesperado, en cualquier caso. Habría preferido dar con la madre. Con las mujeres es mucho más fácil hablar de la pena, las emociones, la muerte de un ser querido. A los hombres, aunque sean padres, les cuesta mucho más encontrar las palabras. Y decir que la procesión va por dentro suena muy frío en una página de periódico. Hay un silencio en la línea.

—¿Señor O'Connor?

—Sí, disculpe. Creo que será mejor que hable con mi mujer.

Se oyen voces en otra habitación y ruido de movimiento antes de que cojan el teléfono.

—Hola, ¿quién es?

—Kate Waters, señora O'Connor. Le estaba diciendo a su marido que trabajo para el *Daily Post* y quiero ayudarlos a encontrar a Alex.

—¿El *Post*? No es el periódico que leemos, pero... ¿Se ha enterado de algo? ¿Qué le han dicho? Seguro que usted sabe más que nosotros.

—Seguramente sé lo mismo que ustedes, señora O'Connor. —Menos, siendo sinceros—. He hablado con la policía de Hampshire y con nuestro corresponsal en Bangkok, pero de momento no hay demasiada información. ¿Por qué no me cuenta lo que usted sabe?

—Bueno, sabemos que se lo han notificado a la Interpol y también hemos hablado con la embajada en Bangkok. Nada más. Todo el mundo nos dice que tenemos que esperar. No sé cuánto tiempo podremos esperar. —Su voz se resquebraja y sé que está a punto de venirse abajo.

—Usar Facebook es una idea buenísima —digo, intentando apartarla del llanto. Necesito que hable, no que llore—. Seguro que de esta forma ha podido llegar a miles de mochileros y turistas en Tailandia.

—Eso me cuenta Dan, mi hijo —responde con la voz cansada—. Sólo me apunté a Facebook porque Alex se iba de viaje. Me dijo que podría ver sus fotos. Que así podríamos saber qué hacía. Pero no hemos recibido noticias suyas desde hace una semana. Nadie tiene ninguna noticia. Nadie sabe nada. Y hemos esperado. Nos imaginamos que quizá se había marchado un par de días de excursión, pero habíamos quedado en que nos llamaría ayer para las notas. Las notas de sus pruebas de acceso. Estaba ansiosa por saber si había

entrado en la universidad. Si no sacaba una nota suficiente sabía que tendría que hacer un montón de solicitudes para encontrar otro sitio.

—Sí, me acuerdo de eso —señalo.

Jake había entrado sin ninguna dificultad en su primera opción, pero con Freddie nos habíamos pasado un día entero desesperados, llamando por teléfono sin parar, mientras aguardaba con él en el vestíbulo del instituto, animándole con sonrisas y gestos cariñosos para que pudiera soportar la humillación del rechazo. Al final aceptó la oferta de un curso de Comunicación Audiovisual en Birmingham. Yo no habría elegido esa carrera —tres años fingiendo que eres periodista y al final una deuda enorme—, pero después de todos aquellos trámites estaba demasiado agotada para oponer resistencia. Le está gustando, según me dice.

—¿Y qué se sabe de Rosie? —pregunto.

—Nada, tampoco hay noticias tuyas. Pero era Alex la que solía ocuparse de enviar mensajes. Rosie era un poco menos... Ya sabe a lo que me refiero.

—Sí, también tengo un hijo así. Escuche, ¿puedo ir a verla, Lesley? ¿Puedo llamarla Lesley? Para tener una conversación como es debido. No es fácil por teléfono, ¿no? Podría acercarme ahora mismo en coche si le parece bien.

Hay un silencio y puedo oír a Lesley O'Connor susurrándole a su marido: «Quiere venir a vernos». No alcanzo a oír la respuesta, pero al cabo de unos segundos Lesley me contesta:

—De acuerdo. ¿Tiene nuestra dirección?

Conduce Mick Murray. Lo prefiere así. «Tengo la cámara y todo el material en el maletero. Es más cómodo si vamos en mi coche. Además, tú conduces fatal.»

Me subo al asiento del acompañante, apartando con el zapato varias botellas vacías de Coca-Cola e indicios antediluvianos de comida para llevar, e intento no ver el cenicero a rebosar de colillas. Pero me descubre mirando.

—Lo siento, no he podido llevarlo a lavar esta semana.

—¡Esta semana! Este siglo, dirás. Tienes cajas de Big Macs más viejas que mis hijos.

—Ya, es un poco como un contenedor de basura, pero es mi casa —dice riéndose, y se enciende un pitillo.

—En fin... Terry está decidido a llevarlo a primera plana. La noticia es bastante floja, pero estamos en agosto.

—En el departamento de imagen también andan desesperados. No te preocupes, haremos que funcione. Son guapas. He visto un par de fotos tuyas frente a un templo en la página que ha abierto el hermano para pedir ayuda.

—Con un poco de suerte sus padres nos darán alguna más. Pobrecillos. He tenido la impresión de que son buena gente cuando he hablado con ellos.

Mick asiente y tira la colilla por la ventanilla antes de pescar otro cigarrillo del paquete que tiene sobre el salpicadero. Lo enciende e inspira hondo.

—Joder, Mick. Abre una ventanilla. Me estoy fumando tu tabaco.

Se ríe, fingiendo un ataque de tos como si estuviera a punto de morir.

—No hay nada peor que los fumadores arrepentidos. Disfrútalo. Es gratis...

Abro mi ventanilla y me pongo a pensar en la entrevista.

Aparcamos frente al domicilio, una casa adosada de ladrillo rojo a las afueras de la vetusta y próspera ciudad de Winchester. No pierdo detalle de todo lo que veo, pero cuando bajo del coche empieza a sonarme el móvil. Es Steve. Me cuesta entender lo que dice con el ruido del tráfico.

—Lo siento, cariño. Estoy en una acera a punto de empezar una entrevista. ¿Podemos hablar luego?

—¡Sólo quería recordarte lo de esta noche. Hemos quedado con Henry y Deepika para cenar en un restaurante de tapas españolas. ¿Te acuerdas?! — me grita.

—Sí, sí.

Lo había olvidado. Steve diría que lo hago aposta, pero tengo muchísimas cosas en la cabeza. Y además no soporto a Henry. Por más que sea uno de sus colegas en el hospital, no deja de ser un capullo. Es uno de esos tipos a los que les parece divertido humillar a su mujer en público y luego cacarear «¡Era una broma!» cuando la gente se siente incómoda. Deepika, que es socia en un bufete de abogados, no parece tenérselo en cuenta. Se ríe con él cuando la llama «Aquella a la que debo obediencia» y dice que su matrimonio es una condena a cadena perpetua, pero aun así me saca de quicio.

La última vez que lo hizo, me pedí otra copa de vino pese a que Steve me miró en plan «ya has bebido demasiado».

—¡Dile que si esta noche lo posee el espíritu de un neandertal le voy a meter un pimiento de Padrón por la nariz! —le respondo a gritos.

—Katie, vas a portarte bien, ¿no? —Steve se ríe, pero noto la tensión en su voz.

—Puede. Te quiero. Adiós.

—¿A quién vas a asaltar con un pimiento picante? —me pregunta Mick mientras carga al hombro la bolsa con sus cámaras.

—No es asunto tuyo. Vamos, esta noticia no se escribe sola.

Viernes, 15 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

La sala de estar de los O'Connor es una carrera de obstáculos formada por muebles y adornos, de modo que me veo en la tesitura de tener que evitar un escabel tapizado, una enorme y temblorosa orquídea y una mesilla de café de afiladas puntas para alcanzar la butaca que me ofrece Lesley. Hay otra mujer sentada en el sofá con una taza de té en la mano.

—Es la madre de Rosie, Jenny. La hemos llamado para decirle que venía y ha querido estar —dice Lesley apresuradamente.

«Pero no pareces muy contenta con la idea», pienso. Me pregunto por qué.

Jenny me saluda inclinando la cabeza y sin soltar palabra, antes de tomarse otro sorbo de té.

—Hola, señora Shaw. Soy Kate y él es Mick, mi... —Mick me corta con una mirada fulminante.

—Soy el fotógrafo que colabora con Kate en esta noticia —afirma.

Cada día se encorajina más si se me escapa llamarle «mi fotógrafo».

—No soy tu puto mono —me susurra. Lesley O'Connor finge no haberse dado cuenta.

—¿Un té? —pregunta, interrumpiendo el repentino silencio. Asiento aliviada.

—Dos té más, Malcolm —dice mirando a la puerta cerrada. Lesley tiene más o menos mi edad, unos cincuenta y pocos, supongo. Lleva unos vaqueros de supermercado, de cintura alta, sandalias color tiritas adhesiva y una camiseta larga. Sin maquillaje. Sin pendientes.

Me desabrocho la chaqueta del traje y me la quito con rapidez. No quiero parecer una funcionaria.

—Lesley —empiezo, pero ella me interrumpe.

—¿Han tenido algún problema para llegar?

Quiere aplazar el momento de la verdad. O de tener que hablar de ello.

—No, ninguno. Muchas gracias por recibirnos.

Me incorporo en la butaca para establecer contacto visual.

—¿Por qué no me habla de Alex, Lesley? Seguro que estaba muy emocionada con el viaje.

Lesley me obsequia con una sonrisa agradecida. Recordar los días felices antes de esta última semana, eso es lo que quiere hacer.

—Lo estaba. Ambas lo estaban, ¿a que sí, Jenny?

Jenny Shaw no despega los ojos de su taza de té. Y noto que la tensión en la sala de estar sube un peldaño. Pero Lesley continúa hablando, como si no fuera con ella.

—No hablaba de otra cosa. Tenía previsto ir con su mejor amiga, Mags, pero al final no salió bien y Rosie se apuntó. Alex se pasaba horas en internet, investigando sobre islas, cómo llegar, ya sabe, rutas de autocar, ferris, y dónde alojarse. Lo tenía todo planeado. Decían que iban a pasar tres meses allí y luego decidirían sobre la marcha. Tenían la idea de viajar después a Australia si encontraban algún trabajo.

—¡Vaya viaje! ¿Era la primera vez que salían de casa?

—Sí —dice Jenny Shaw. Su primera palabra.

—Sí, así es —añade Lesley enseguida—. Era la primera vez que se iban solas de casa en un viaje así. Pero son unas chicas prudentes y lo tenían todo planeado. Alex incluso se había preparado una hoja de cálculo con los gastos.

Jenny escupe lo que me parece una especie de rebuzno.

—Lo siento, Jenny. No la he entendido —repongo.

—No he dicho nada.

—Jenny está muy disgustada —aventura Lesley—. Todos lo estamos.

Malcolm O'Connor nos trae una bandeja con una jarrita de leche, un azucarero, galletas de chocolate y una tetera con una funda de punto. «No permiten que los modales se relajen», apunto mentalmente.

—Sí que lo estamos —afirma él, sentándose en el sofá entre su mujer y Jenny.

—Tenemos que encontrarlas —señala Lesley, y toma la mano de su marido—. Estamos desesperados. No dormimos, nos imaginamos lo peor.

—¿Por qué dio la voz de alarma, Lesley? ¿Alex comentó algo que le preocupara?

—No, qué va. Es lo único que sabemos. Lo estaban pasando fenomenal. Pero hace días que no tenemos noticias suyas. Y no es propio de ellas.

Habíamos acordado con las chicas que nos dirían algo cada dos días. Un mensaje de Facebook, un mensaje de texto o un email si tenían tiempo. Y las notas de sus pruebas de acceso llegaron ayer. No he abierto el sobre porque queríamos hacerlo con Alex. Sabía que las recibiríamos el 14 de agosto; nos escribió un email para preguntarnos a qué hora tenía que llamar a casa. Sabía que estaríamos esperando su llamada, ¿verdad, Mal?

El marido asiente y le suelta la mano para servir el té.

—¿Podría ver los emails, Lesley? Me gustaría usar las palabras de las chicas si les parece bien.

—¿Por qué? —pregunta Jenny.

Para hacer que el artículo tenga chispa. Pero no, no es eso lo que quieren oír.

—Para que tengan su propia voz en la noticia —opto por decir—. A fin de cuentas, trata sobre ellas.

Parece escéptica, así que continúo.

—¿Con quién han hablado en Tailandia, Lesley?

—Nos hemos puesto en contacto con la embajada. Han sido muy amables, pero nos dicen que todavía es pronto. Que estas cosas pasan a menudo. El año pasado recibieron cuatrocientas denuncias de turistas desaparecidos. También dicen que la gente no tarda en volver a aparecer. Que no nos asustemos. Y eso es lo que procuramos hacer.

Lesley traga saliva con la última palabra de la frase y se queda callada. Sigo mirándola a los ojos, asintiendo para darle ánimos, y ella inspira y retoma la explicación:

—Alex tendría que habernos escrito. Es una niña estupenda. Nunca querría hacernos sufrir de esta forma. Sabemos que reservó un hostel en Bangkok, el Green Paradise, pero cuando llamamos nos dijeron que no había aparecido. No sabemos a qué sitio fue al final. En Facebook lo llamaba el Bates Motel, como si lo dijera en broma. No sabía que hubieran cambiado de hostel. De hecho, no nos lo comentó la primera vez que nos llamó por teléfono; había tantas cosas de las que hablar... Estaba eufórica con todo. Muy emocionada. Y nos habló de los templos que había visto y de la gente a la que había conocido. Y luego nada. Nadie tiene noticias suyas. Ninguno de sus amigos. Los hemos llamado a todos. Tiene el móvil apagado. No sabemos qué pensar...

Malcolm la rodea con el brazo. Jenny Shaw parece completamente aislada, sentada en una punta del sofá, y alargo la mano para tocarle el brazo e incorporarla así a la entrevista.

—¿Y qué puede decirme usted, Jenny? ¿Cómo lo llevan usted y su marido?

—Exmarido.

«Mierda.»

—Disculpe. Tienen que estar pasándolo muy mal.

Jenny Shaw respira hondo. Parece tan frágil que me da la impresión de que puede romperse en cualquier momento.

—Sí —dice ella—. Muy mal. Es hija única. Para empezar ni siquiera debería estar en Tailandia. Ahora mismo tendría que empezar la carrera. Un grado de obstetricia. Pero decidió aplazarlo un año.

—¿Para viajar? —pregunto para encauzar la conversación.

—Sí. Bueno, en realidad fue idea de Alex, pero convenció a Rosie de que la acompañara.

Lesley le dirige una mirada que más bien parece una advertencia.

—¿Son amigas íntimas entonces? —me aventuro en aguas revueltas.

—En realidad no. Sólo hace un par de años que se conocen, desde que nos mudamos a esta calle. Tuvimos que reducir gastos después del divorcio.

Asiento en un gesto de solidaridad.

—Seguro que habrá sido difícil.

—Nos las arreglamos —replica Jenny en tono áspero—. Me quedé muy sorprendida cuando Rosie me dijo que quería ir a Tailandia con Alex. Las chicas coincidieron en el último curso de secundaria, pero tampoco es que fueran inseparables. Y además van a ir a universidades distintas cuando vuelvan.

Hay un compás de espera en la sala de estar. *¿Cuándo?*

—¿Rosie salió contenta de las pruebas de acceso? —pregunto.

—Tampoco he abierto sus notas, pero estoy segura de que le fueron bien.

—¿Qué clase de chica es Rosie?

—Es una niña muy inteligente. —La voz de Jenny suena cada vez más ahogada, como si estuviera quedándose sin aire—. Pero es joven y a veces le pasa que se engancha a cosas que no le convienen. No necesariamente malas, aunque hace un tiempo que cuando se le mete algo entre ceja y ceja, luego no hay forma de quitárselo de la cabeza.

—¿Como ir de viaje?

—Sí. Como ir de viaje. Le insistí en que tenía que empezar la carrera tal y como había planeado ella misma. Pero como si oyera llover, y al final su padre le prestó el dinero para que pudiera irse.

Habla midiendo las palabras, confirmando cada frase con un leve gesto de asentimiento para sí misma. Me recuerda a un pájaro enjaulado. El sube y baja de su cabeza.

—¿Su marido, perdón, exmarido, se ha implicado en la campaña para encontrarla?

—No, su nueva esposa lo necesita en casa. Acaban de tener un bebé.

La alusión a la culpa y al conflicto de lealtades queda flotando en el aire. De momento. Pero noto que ese malestar burbujea a fuego lento y me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que rompa a hervir de verdad. No tardará mucho si no encuentran a Rosie. Jenny necesitará tener a alguien a quien echarle la culpa.

—La policía dice que las chicas quizá se han ido de viaje unos días a un sitio donde no hay wifi ni cobertura —explica Malcolm O'Connor, antes de mover la cabeza de lado a lado.

Lesley mira a su marido.

—¿Por qué todo el mundo nos dice lo mismo? Creemos que todavía estaban en Bangkok cuando nos enviaron el último mensaje. El miércoles pasado, Alex comentó que habían comprado entradas para ver no sé qué historia de unos elefantes. Lo estaban pasando fenomenal.

Se interrumpe. El pretérito la ha sorprendido con la guardia baja.

—Me asusta tanto haberla perdido... No paro de recordarla en el aeropuerto, despidiéndose de nosotros con la mano desde la cola de los controles de seguridad. A punto de embarcarse en su gran aventura.

Las lágrimas bañan su cara, cayendo desde su barbilla hasta el brazo desnudo de su marido.

—Lo siento —susurra secándoselas con la manga, antes de hacer ademán de levantarse del sofá.

—Espere un segundo, Lesley —digo en voz baja, mientras cazo un pañuelo en mi bolso—. Es normal que esté asustada. ¿Qué padres no lo estarían en su situación? ¿Tiene una foto de las chicas en el aeropuerto?

Jenny se levanta y pasa junto a las rodillas de sus anfitriones. También está llorando.

—Necesito un instante —anuncia.

—Por favor, Jenny. Quédate —solloza Lesley, pero su vecina desaparece por el pasillo. Se vuelve hacia mí—: Todo esto nos tiene superados. Nos ayudará, ¿no?

Me acerco y me siento a su lado, donde estaba Jenny, y me inclino para estrecharle la mano.

—Por supuesto que sí. Escribiré un artículo en cuanto terminemos la conversación, para que la gente siga buscándolas. El *Post* se lee por internet en todo el mundo.

Lesley parece de pronto recelosa. Acaba de recordar que soy una periodista.

—¿Qué pondrá en el artículo?

—Que están desesperados por encontrar a Alex y a Rosie y que temen por ellas. También escribiré sobre ellas y la última información que tienen de sus movimientos. Necesitaremos fotos de las chicas, y de ustedes. Queremos que otros padres entiendan la situación por la que ustedes están pasando.

—Bueno, si cree que servirá de algo... —dice Lesley, con un hilo de voz.

Jenny aparece de nuevo, en el quicio de la puerta, rozándose los párpados con la punta de los dedos.

—¿Qué te parece, Jenny? —pregunta Lesley.

Jenny mira a la moqueta del suelo.

—De acuerdo —conviene.

Bangkok, día dos

Lunes, 28 de julio de 2014

Alex O'Connor

Lunes, a las 06.30

... está aquí de verdad. Nunca. Pierdas. La. Fe.

Había estado a punto de cancelar el viaje un mes antes, cuando su mejor amiga, Mags, se rajó. Fue el día en que habían quedado en comprar los billetes de avión y ésta apareció en su casa para decirle que cambiaba de idea. No tenía suficiente dinero, lo sentía muchísimo. Alex se quedó tan perpleja que se le quitaron las ganas de discutir con ella. Después se preguntó si de verdad su amiga había tenido alguna vez la intención de hacer aquel viaje.

Y entonces Rosie le había suplicado ir con ella. Alex se quedó alucinada. Para empezar, no eran lo que se dice «íntimas». No habían crecido juntas como con Mags. Rosie se había mudado a la calle de Alex hacía muy poco, para el último curso de secundaria, y hacían asignaturas distintas. Había sido la madre de Alex quien le había propuesto que fueran juntas caminando a la escuela al principio del primer trimestre, y que la presentara a sus amigas, ese tipo de historia.

—Es nueva, Alex. Sé simpática con ella.

La primera vez que se vieron fue cuando Rosie y su madre —el padre no apareció— las visitaron para una insoportable comida de bienvenida.

Alex abrió la puerta a las invitadas. La chica en el umbral de la puerta era más bajita que ella, llevaba una enhiesta coleta rubia, un mono corto con un estampado de flores y unos zapatos de plataforma a juego. Alex, cohibida, se sacó de dentro de los vaqueros la camiseta con el escudo de Hogwarts y la hizo pasar.

—No sabía que teníamos que ponernos elegantes —le murmuró a su madre cuando se dirigían al salón.

Tuvieron un momento incómodo en el que no supieron qué decirse más allá de las asignaturas de las que se examinarían en las pruebas de acceso a la

universidad, pero su madre no tardó en llamarlas a la mesa. Cuando Dan, el hermano mayor de Alex, apareció en el salón, a Rosie se le iluminó la cara y se sentó a su lado a la mesa, monopolizándolo con sus hoyuelos en las mejillas y sus preguntas con los ojos muy abiertos. Alex se sumió en un silencio enfurruñado. La comida fue una tortura hasta que se terminaron la charlota de manzana, el plato estrella de Lesley, según anunció su padre, y a Alex le dieron ganas de morirse. Por si eso fuera poco, siguió una disputa entre madres para ver cuál de las dos estaba más orgullosa de su hija.

—Rosie va a estudiar obstetricia en la universidad —dijo la madre de ésta—. Es lo que siempre ha deseado hacer. Tendrá que sacar buenas notas si quiere entrar, pero es muy inteligente.

La madre de Alex puso una sonrisa estirada y opinó:

—Me parece estupendo. Alex quiere estudiar una carrera universitaria, ¿a que sí, cariño?

Las chicas se levantaron a la vez como impulsadas por un resorte y se dirigieron al jardín de la casa.

—Lo siento. No para de comerme el tarro para que haga enfermería —había dicho Rosie—. No estoy segura de sacar las notas que piden, pero la mujer está desesperada con que tengo que entrar.

—La mía está igual. —Alex sonrió—. Madres hiperexigentes, ¿no?

Aquel momento pareció abrir las puertas de la amistad, aunque por alguna razón no fueron capaces de aprovecharlo. Alex nunca supo por qué. Normalmente era la persona a la que acudir cuando alguna de las chicas del grupo tenía problemas o necesitaba consejo. La líder, según la llamaban en broma sus amigas. Pero cuando iban a pie al instituto, las veces que Alex había intentado hablar de los libros que había leído (Rosie sólo leía las lecturas obligatorias y la revista de chismorreos *Heat*) o de las películas que quería ir a ver (su nueva amiga prefería las comedias románticas descerebradas), resultó que a Rosie sólo le interesaban los chicos. Nada más. Quería que los chicos se fijasen en ella, que le dijeran que era guapa, que admirasen su estilo. Lo demás le importaba un comino. Alex había aventurado unos cuantos «yo también» y le habló de un chico con el que salía de vez en cuando, y entonces sí consiguió despertar una chispa de interés en Rosie. Terminó convirtiéndose en su tema de conversación habitual y cuando Alex rompió con el chico lloró un poco y Rosie le dio un pañuelo de papel y le dijo que lo superaría. Sin embargo, lo cierto era que nunca fueron más allá de esas conversaciones estilo redes sociales.

—Es como si fuéramos amigas de Facebook —le explicó a su madre, que la miró con cara de no entender nada—. Hablamos, pero en realidad no hemos conectado.

—En fin —dijo su madre—. Por lo menos lo has intentado.

Al principio del segundo trimestre, cuando Rosie empezó a ir en autobús al instituto —«Hace frío y así puedo dormir veinte minutos más»—, Alex no se molestó y la dejó en paz. Todavía paraban para saludarse cada vez que se topaban en los pasillos o por la calle —se habían invitado a sus respectivas fiestas de cumpleaños—, pero Alex hacía tiempo que había sido relevada de sus tareas de hermana mayor.

Así pues, cuando se encontró a Rosie esperándola al salir de clase el día después de la bomba de Mags, Alex no podía imaginarse ni de lejos lo que iba a decirle.

—Me he enterado de que te han dejado tirada, Alex —le soltó sin más preámbulos—. Todo el mundo lo comentaba en el comedor. Lo siento mucho.

—Gracias, Rosie —contestó Alex, sinceramente emocionada—. No tengo claro qué voy a hacer ahora. Mi madre no quiere que vaya sola...

—Bueno, ¿puedo ir yo contigo? Por favor... Tailandia suena genial —comentó Rosie, enlazándole el brazo con el suyo.

—¿Tú? ¿Quieres venir?

—Sí. Sería maravilloso.

—Es todo un detalle que me lo propongas —dijo Alex con cautela, demasiado perpleja para lanzarse a responder—. Pensaba que ibas a entrar directamente en la uni...

—Eso quería hacer. Pero lo he pensado mejor.

—Ah, no lo sabía.

—Nadie lo sabe. Eres la primera persona a la que se lo digo.

—Vale... Bueno, ¿podemos hablarlo mañana? Ahora tengo una reunión del consejo de alumnos.

—Claro. Aunque no sé si voy a poder dormir esta noche.

Y Rosie se marchó cantando.

Alex tampoco pudo pegar ojo porque no paraba de preguntarse cómo sería pasar tres meses con Rosie. Tuvo dudas. Claro que las tuvo. ¿De qué hablarían durante los trayectos de doce horas en autocar? ¿Rosie tendría morriña nada más llegar a Tailandia? ¿La dejaría tirada? Pero metió todas esas dudas en un cajón y se olvidó del asunto a las tres de la madrugada.

Lo cierto era que se habría agarrado a un clavo ardiendo para salvar su querido viaje. A la mañana siguiente, cuando vio a Rosie esperándola al final de la calle, le gritó «¡Sí!» y corrió a abrazarla.

Rosie le devolvió el abrazo, temblando de emoción, y dijo: «Gracias, me has salvado la vida».

Alex no entendió a qué se refería, pero guardó el comentario en el cajón de los malentendidos. No quería que nada estropeará aquel momento y Rosie no volvió a referirse a ello. Le habló a la velocidad de la luz durante todo el trayecto hacia el instituto, comentando qué harían, preguntando qué debía llevarse para el viaje. ¿Verían elefantes?

Aquella euforia les permitió sobrevivir a los días turbulentos que siguieron. Alex intentaba convencerse de que habían sido pequeños contratiempos, pero hubo un par de broncas terribles. Más de un par, si no se engañaba a sí misma. El problema principal era que Rosie no le había contado a su madre que iba a tomarse un año sabático y tuvieron varios concursos de gritos entre ellas que terminaron propiciando un muy difícil encuentro con los padres de Alex. Resultó que Rosie no podía pagarse el billete y que tampoco tenía dinero para el resto del viaje. Siguieron cuarenta y ocho horas desesperadas en las que el proyecto quedó en suspenso hasta que Rosie anunció por fin que había logrado reunir el dinero. Su padre se lo prestaba.

—La verdad es que no tenía alternativa —comentó riéndose.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alex.

—Le dije que me lo debía por cómo se había portado conmigo. Y me lo debe.

Alex se sintió tan aliviada que no quiso saber más.

—Qué bien, Rosie —le dijo.

Pero la noticia de la «intromisión» del padre de Rosie había provocado una nueva serie de peleas entre ésta y su madre. Aquel constante ir y venir entre la euforia y la desesperación había resultado agotador.

No obstante, salirse con la suya frente a sus padres parecía haber reforzado la autoconfianza de Rosie. Había asentido con su cabecita rubia cuando Alex le esbozó por primera vez los planes que había tardado meses en preparar con Mags. «Me parece todo mágico», le había dicho. Ahora, sin embargo, por lo visto tenía sus propias ideas.

—Menuda mierda, otro templo no, por favor —dijo riéndose cuando revisó su copia perfectamente redactada del «Itinerario final de A y R» mientras esperaban en la puerta de embarque—. ¿Te ponen los monjes?

Alex también se rió, pero Rosie siguió en sus trece e insistió en imponer su punto de vista, socavando con buenas palabras el programa cultural que había diseñado Alex. Rosie ya no quería tener una experiencia mágica. Lo que quería era ir de fiesta. Encontraron una solución de compromiso. No perfecta, pero suficiente.

Viernes, 15 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Llego tarde y los veo sentados a una mesa en la terraza del restaurante. Henry se mira el reloj. Que se jorobe. Los saludo y me disculpo levantando las manos, en gesto de rendición. Se tendrán que conformar con esto. Los hombres se ponen de pie cuando me acerco y reparto besos.

—¿Habéis pedido?

—Te estábamos esperando, Katie —dice Steve con toda la intención.

—Vale, lo siento. No llego tan tarde, ¿no?

—No. ¿Qué te apetece beber?

A ver qué digo.

Miro lo que están tomando. Los chicos comparten una botella de vino tinto y Deepika coge su vaso de agua con gas.

—Esta semana no bebo —me explica con gesto beato.

—Una copa de vino blanco, por favor —pido—. Que sea grande. He tenido un día complicado.

Deepika me dirige una sonrisa compasiva.

—¿Trabajando en una noticia importante, Kate?

—Más o menos. Dos chicas desaparecidas en Tailandia. Vengo de entrevistar a las madres en Winchester.

—¿No estaba Jake en Tailandia? —pregunta, al tiempo que moja un bastoncillo de pan en el paté de aceitunas.

—Sí, exacto —respondo, y me vuelvo para ver si llega mi vino.

Henry y Steve hablan del trabajo, quejándose de los últimos recortes en el hospital, y procuro desviar de mi hijo la conversación con Deepika.

—Qué agradable, ¿no? —digo, aunque percibo la falta de sinceridad en mi voz—. Hace siglos que no nos vemos. ¿Qué has estado haciendo?

Desconecto cuando Deepika empieza a contarme un caso complicado de derecho societario y sus problemas con unos vecinos ruidosos. Empiezo a pensar en Lesley y Jenny, esperando cada una en su casa, asimilando que quizá sus hijas se encuentren en peligro.

He escrito el artículo con toda la fuerza que he podido, combinando las declaraciones emotivas de las familias con los comentarios de las autoridades e historias anteriores de mochileros desaparecidos, pero sé que será el *selfi* de las chicas riéndose en el *tuk tuk* bajo el titular «Las chicas desaparecidas» lo que encogerá los corazones y los estómagos de otros padres.

Rompo el bastoncillo de pan entre los dedos y trato de contener el dolor que siento en el estómago.

Henry ha empezado a hablar de política cuando el camarero trae por fin mi copa de vino. Intento no bebérmela de un tirón, pero a Henry no se le escapa que mi primer trago es generoso.

—¿Mucha sed, Kate? —pregunta Henry, acompañando el comentario con su risotada de jugador de rugby. Steve pasa la mano debajo de la mesa y la coloca sobre mi rodilla para calmarme.

—Un poco —contesto—. ¿Qué vamos a comer?

Más tarde, cuando ya hemos terminado con las tapas de gambas y las piruletas de pollo y calamares, Henry me mira con los ojos vidriosos por el vino.

—Por lo visto han detenido a unos colegas tuyos por pirateo informático —señala, sacándose un trocito de lechuga de entre los dientes.

—Mmm... —digo, fingiendo masticar. La mano de Steve vuelve a estar sobre mi rodilla y aparto la pierna de él.

—Para qué molestarse en pinchar un contestador automático —continúa Henry—, si al final los periodistas se lo inventan todo. ¿O no?

—¡Henry! —le regaña Deepika sin dejar de sonreír. Son cómplices. Y algo se enciende en mí.

—Soy periodista, Henry —afirmo, y Steve levanta el dedo para avisar al camarero de que queremos la cuenta.

—Sí, es verdad —asiente Henry arrastrando las palabras, y se ríe.

—Y nunca me he inventado nada.

—Seguro —suelta, y levanta una ceja mirando a su mujer.

—¿Me estás llamando «mentirosa»? —espeto bajando la voz, de forma que Henry tiene que acercarse para oírme.

—Vamos, Katie —interviene Steve—. Henry lo decía en broma. Aquí está la cuenta.

—Sólo era una broma, Katie —señala Henry con una risita, al tiempo que Steve inserta la tarjeta en la máquina y pulsa su código—. Es peleona, ¿eh? Me gustan las mujeres así —le comenta entonces a Steve, y un instante después le cae encima mi agua con gas, con la rodaja de limón deslizándose por su cara.

Steve me saca a toda prisa de la mesa, excusándose ante su amigo empapado con gestos que pretenden dar a entender que he bebido demasiado.

Cuando llegamos a la parada de taxis empiezo a reírme a carcajadas. Steve intenta contenerse, pero al final terminamos los dos abrazados.

—¡Su cara! —digo. Y empiezo a reírme otra vez.

—Le llamaré después para disculparme. Diré que estabas borracha —me comenta ya en el taxi, de regreso a casa.

—¡Ni se te ocurra! —exclamo.

—Tengo que trabajar con este hombre, Kate.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no pienso volver a salir a cenar con ellos.

—Dudo que se arriesguen.

—Bueno, ha dicho que le gustaban las chicas peleonas. Igual le apetece una revancha.

Bangkok, día dos

Lunes, 28 de julio de 2014

De: Alex O'Connor
Para: Mags Harding
Asunto: ¡¡¡HEMOS LLEGADO!!!

Hola, Mags.

¡Ya estamos aquí!

¡Hace mucho CALOR! Pero está genial. Salí con Rosie y dos chavales del hostel a celebrar nuestra primera noche. Uno es inglés y el otro australiano. Shaun. Quería enseñarnos la ciudad antes de marcharse a Koh Tao. Nos hemos reído como unas niñas cuando nos hemos subido a nuestro primer *tuk tuk*. Todo el rato colgando *selfis*, agarrándonos a las barandillas metálicas y gritando. El tipo conducía como un LOCO, como si fuera un videojuego, y eso que no llevábamos cinturón de seguridad.

Besos, A.

—Comparto habitación con cuatro chicos más —les había dicho Shaun cuando apareció medio dormido—. Las literas cuestan la mitad que la tarifa habitual. ¿Queréis echar un vistazo?

Abrió la puerta para enseñarles el dormitorio. Los huecos de las rejas de las ventanas estaban rellenos de camisetas y calzoncillos. «A falta de cortinas», explicó.

Unas literas metálicas cubrían las paredes del cuarto y en los rincones se habían acumulado las pertenencias revueltas de los inquilinos. Había otro chaval dormido en uno de los delgados colchones, tumbado panza abajo con una almohada sobre la cabeza.

—Es acogedor. Un nidito para chicos... —dijo Rosie.

Shaun se había reído con ella.

—Sólo una noche más. Luego, a la playa. —Se iba a Koh Tao en autocar y ferri—. Nueve horas de camino. Así podré recuperar el sueño perdido.

—¿Has reservado hostel? —le preguntó Alex, todavía obcecada con el desastre que había sido encontrar cama en Bangkok.

—No. Igual me echo la siesta en la playa. Si estás en el paraíso, para qué preocuparse de dónde dormir.

—Claro —convino Rosie como si supiera de lo que hablaba.

«Sólo llevas cinco horas en Tailandia —pensó Alex—. Y se supone que esto es el paraíso. —Miró el cartel de la pensión, arropado entre un cuajo de gruesos cables eléctricos—. Más bien parece el motel Bates.»

Habían gritado y reído juntas cuando se montaron en su primer *tuk tuk*, pero las cosas no tardaron en torcerse. Terminaron desfilando todos por un sinfín de bares con cubos de plástico hasta arriba de vodkas con Red Bull de los que bebían con pajita. El combinado tenía un sabor asqueroso y Alex pidió una Coca-Cola.

Cuando llegaron a Nana Plaza a la una de la madrugada, Alex ya había tenido suficiente. El cartel del imponente edificio gritaba ¡LA ZONA RECREATIVA PARA ADULTOS MÁS GRANDE DEL MUNDO! y Shaun sonrió de oreja a oreja y exclamó:

—¿Estáis preparadas para esto?

—¡Para esto y para lo que sea! —respondió Rosie, también a gritos.

—Tengo un poco de jet-lag. Creo que voy a volver a la pensión —murmuró Alex, dudando. Pero los demás no la oyeron por la música. Así que los siguió.

«Pruébalo todo una vez, me dice siempre mamá —se dijo Alex para sus adentros—. Pero creo que se refería a las coles de Bruselas, no a los travestis.»

Dentro, el ambiente resultaba un poco sórdido y triste. Había chicas de su edad que entrechocaban las pelvis, se buscaban con la lengua y se embadurnaban en espuma bajo la atenta mirada de turistas y hombres lascivos.

—Creía que íbamos a una disco —le susurró Alex a Rosie, que se agarraba de Shaun intentando no caer al suelo.

—¿Quién te ha dicho que no? Shaun dice que aquí hay treinta discos distintas. Esto es gigante, ¿no?

—¿Son todas así? —preguntó Alex, señalando desanimada un bar llamado Spanky's con sus promesas de ESPECTÁCULO DE CHICAS EN LA DUCHA.

—Seguramente —contestó riéndose Rosie, al tiempo que le fallaban los tobillos—. ¿Te imaginas lo que diría mi madre si nos viera aquí?

—No —dijo Alex, aunque se lo imaginaba. «Ojalá hubiera bebido más. Así no tendría que preocuparme por lo que diría Jenny Shaw. Por no hablar de mi madre», pensó—. Bueno, no me voy a quedar mucho rato. Todo esto es un poco sórdido, ¿no?

Rosie se alejó de ella. Tras una hora viendo a chicas que hacían *twerking* con las tetas al aire, Alex anunció en voz alta que se iba a la cama. La gota que colmó el vaso fue que Shaun intentara besuquearla borracho.

—¡Vuelve conmigo, Rosie! —le gritó Alex por tercera vez, intentando que el mensaje le llegara a través de la música.

—Todavía no, Alex —le respondió Rosie farfullando—. Lo estoy pasando de maravilla. Shaun es encantador, ¿no? Te veo en el Paradise...

En el *tuk tuk* de vuelta a la pensión Mama's, a Alex la atormentaba la idea de haber dejado sola a Rosie. Había suspendido el examen de madre protectora ya en la primera noche.

«¿Qué clase de amiga soy?»

Sábado, 16 de agosto de 2014

LA MADRE

Sacó una foto de Alex de la estantería y la puso sobre la mesa mientras se tomaba la primera taza de café del día. «Hola, amor mío», dijo, como todas las mañanas desde que había nacido su hija.

Malcolm había salido a comprar el periódico. Los dos habían llamado al trabajo para avisar de que ese día no irían. Habían visto el artículo de Kate Waters en el portátil de su hijo Dan, pero lo querían tener en las manos. Necesitaban algo sólido que pudieran coger y conservar. Todo lo demás se movía bajo sus pies u ocurría en el ciberespacio, fuera eso lo que fuese.

Cuando Malcolm regresó, se sentaron con la foto de Alex y volvieron a leer el artículo.

—Es como si le ocurriera a otra familia —dijo ella.

—Lo sé, cariño. Pero esto puede ayudarnos, ¿no? Kate lo ha escrito muy bien. La gente empezará a buscarlas, ¿no crees?

—Dan dice que hay muchísimos más mensajes en la página de Facebook. Gente que quiere ponerse en contacto con nosotros.

—¿Y qué dicen?

—Que lo sienten mucho por nosotros, sobre todo. Quiero que las busque la policía, no unos niñatos en bañador.

—Lo sé, cariño, pero dicen que no hay nada que indique que las chicas corren peligro.

—Entonces ¿¿por qué coño no nos dicen nada?! —gritó Lesley, y la grosería retumbó entre los muebles de su pequeña y aseada cocina. Le dieron ganas de zarandear a alguien. Quiso oír los dientes de ese alguien castañeando de miedo.

Malcolm se puso de pie al instante y faltó poco para que tirase la silla. Se apartó de ella.

—¡Lesley, por el amor de Dios, tranquilízate! —le gritó a su vez—. Dan te va a oír.

Le daba miedo, Lesley lo pudo ver en los ojos de su marido. Ella también estaba asustada. No se reconocía en esa mujer que voceaba como una verdulera y aporreaba la mesa con los puños. No se imaginaba qué dirían sus colegas en la escuela de primaria Saint John's si pudieran verla. Ella era siempre la persona que serenaba los ánimos cuando el ambiente se caldeaba, la persona a la que todo el mundo acudía para reconducir las cosas. Pero no podía parar.

Lesley se puso a sollozar ruidosamente.

—¡Sólo quiero que alguien la encuentre! —aulló.

—Yo también, Lesley —dijo Malcolm, pero no abandonó la seguridad que le procuraba su lado de la mesa—. Voy a prepararte una taza de té.

—¡No quiero una puta taza de té! —gritó ella, y salió corriendo de la cocina.

Sábado, 16 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

El *Herald* trae en primera plana una entrevista exclusiva con el padre de Rosie y puedo oír el rechinar de dientes de Terry en algún punto del barrio de Surbiton mientras echo un vistazo a la noticia de la competencia en la pantalla de mi móvil.

Como si lo hubiera invocado con mis pensamientos, Terry me llama.

—¿Por qué no lo hemos publicado nosotros? —exige saber.

Le hago ver a Steve con gestos que es una llamada de trabajo y me meto en la cocina para no perturbar su ritual sabatino de periódicos y cafés. Además, tampoco quiero que me oiga. Se lo toma muy a pecho si tengo problemas en la redacción. Como si fuera a él a quien le tocan las narices.

«No soporto ver que te incordien», me dice siempre.

«Me lo tomo como quien oye llover», le respondo, pero el disgusto le dura mucho más que a mí y al final soy yo quien tiene que consolarlo a él. Así que intento que no se entere de mis problemas. Prefiero una pelea a gritos frente a toda la redacción.

—No está mal, Terry, aunque nuestra noticia es mejor —afirmo mientras enciendo el hervidor—. Nos hemos anotado un tanto con la entrevista a las madres. Si hubiéramos publicado eso, habríamos perdido a Jenny Shaw. Es una mujer difícil, muy quisquillosa, pero estoy empezando a ganarme su confianza. Y odia a su exmarido. La abandonó y luego le dio el dinero a Rosie para el viaje. Por no hablar de la manía que le tiene a Imogen, la nueva pareja de su exmarido. Si hubiéramos hecho esa entrevista no me habría vuelto a hablar en la vida. Era obvio por qué apostar.

Hay un silencio al otro lado de la línea.

—Y esa foto... —añado, dejando que Terry eche un vistazo a la foto de Mike Shaw con el brazo alrededor de su nueva mujer, sosteniendo un retrato de su hija desaparecida—. Acaba de pasar por la peluquería y va recién maquillada. No da la imagen precisamente de una madrastra afligida. Y no hay nada nuevo en las declaraciones del padre porque no sabe nada. El hombre lleva cinco años fuera de la historia. Nosotros tenemos mucho más. Las madres son lo principal aquí.

—Vale, vale. Pero asegúrate de que la madre de Rosie sepa que hemos tomado la decisión de apostar por ella. Necesitamos que se quede con nosotros.

—Lo haré. ¿Te vas al supermercado a empujar un carrito?

—Vete a la mierda. Hablamos luego.

Misión cumplida.

Llamo a Jenny y empieza a gritarme a bocajarro, tuteándome.

—¿Has visto el *Herald*?! ¡¿Lo has visto?! ¡Es una vergüenza!

No me deja pronunciar palabra. Dejo que ventile sus años de furia contra esa Imogen con aspecto de no haber roto un plato en su vida.

—¿Por qué han utilizado su foto? ¿Qué tendrá que ver ella con esto? La querida. ¿Sabías que trabajaba para él? Una temporal en la oficina. Qué típico. Nos abandonó por ella, con sus sesenta palabras por minuto y su sujetador *push-up*. Después de veinte años de matrimonio.

—Jenny —digo con suavidad, y también aprovecho para tutearla—. Me imagino tu disgusto. No permitas que esto te haga más daño. Las dos sabemos que esa mujer tiene un aspecto ridículo en la foto, arreglada para la cámara cuando tu hija ha desaparecido.

Jenny resopla. Es lo que quiere oír.

—Eso es. Espero que la gente se dé cuenta de la clase de persona que es esta mujer. Y que vean qué clase de hombre es él también. Es como si sólo contaran ellos. Mike casi no menciona a Rosie. Lo único que importa es cómo se siente él. El muy cabrón.

—Exacto. Mira, Jenny, sólo quería hacerte saber que es a ti a quien el *Post* quiere ayudar.

—Vale. Sí. Ni loca hablo con ese periodicucho, el *Herald*.

«Éxito. Pero no te duermas en los laureles. Necesito otro ángulo.»

—En fin, ¿cómo estás? Aparte de esto, claro. ¿Has podido dormir un poco esta noche? ¿Hay alguna novedad?

—No me he despegado del teléfono en toda la mañana. Primero la madre de Mike dándome la lata con que su banco ha cometido un error. La he

cortado cuando he visto el número de Lesley en la pantalla. Hay nuevos *posts* en internet de gente que dice haberlas visto. Pero no parecen nuestras chicas tal y como lo cuentan.

—Yo también los he leído, Jenny. Y tienes razón, no hay nada que llame la atención. ¿Has visto el mensaje que dice que dos chicas, una rubia y otra morena, como Rosie y Alex, estaban en un café hablando de ir en autocar a Laos? Dice que la rubia tiene un tatuaje de una lagartija en el hombro.

—Rosie no tiene ningún tatuaje. No se lo permití. Es una ordinariez y además es perjudicial para la salud.

«Puede haberse hecho uno sin contártelo —pienso—. Ya no estás a su lado para decirle que no.»

Le preparo otro café a Steve y actualizo el artículo online para incluir el testimonio del tatuaje.

Decido pedirle a Don que vaya a visitar los estudios de tatuajes y las empresas de autobuses con fotos de las chicas, pero se ríe cuando le llamo a Bangkok.

—Lo intentaré, aunque hay tantos que dudo mucho que rasque algo. ¿Tarifa diaria habitual?

—¿Has tenido suerte con el motel Bates? —pregunto.

—¿Conoces Bangkok, Kate? Esto está lleno de pensiones. Hay habitaciones en las que no dejarías ni al perro.

—Bah, ponte a trabajar. Llámame antes de irte a dormir.

Marco el número que me han pasado de Mike Shaw. Tengo que hacerlo. No dejar ninguna puerta sin llamar.

Bangkok, día siete

Sábado, 2 de agosto de 2014

De: Alex O'Connor
Para: Mags Harding
Asunto: ¡¡¡ROSIE!!!

Hola, Mags.

R. me tiene un poco preocupada. Se ha hecho amiga de dos holandeses del dormitorio compartido ahora que Shaun se ha ido. Y esta noche está completamente ida. No consigo entender lo que le pasa. Se queda sentada, jadeando, y tiene los ojos tan vidriosos que dan miedo. A saber qué se habrá tomado. Se lo he preguntado a Lars (uno de los chicos), pero el tipo se ha reído en mi cara. Me ha dicho que no le pasa nada, que él también se ha tomado algo. Voy a meterla en la cama e intentaré hablar con ella mañana por la mañana.

Ha perdido un poco la cabeza desde que llegamos a Tailandia. Sale por todos los bares de Khao San Road y luego tengo que escuchar sus historias, que si se ha quemado el pelo con las llamas de los sambucas flambeados (¿se dice así?), que si hay mujeres que disparan pelotas de ping-pong con el coño. Por el amor de Dios. No sé con cuál de los dos se acuesta, si con Lars o con Diederik. Igual con los dos. ¡Es como si tuviera la misión de pasarse por la piedra a todos los huéspedes!

Lo que está claro es que no tiene ningún interés en conocer el Bangkok de verdad. Dice que aquí nada es real. Que todo es de cartón piedra. Que aquí lo único que importa es pasarlo bien. Por eso le encanta la ciudad. Y dice que lo que me ocurre es que estoy celosa. Pues vale.

He resuelto pasar de ella y disfrutar del viaje, aunque a veces es complicado. ¿Cómo te van las cosas? ¿Ya has decidido si empiezas en octubre la universidad? Escíbeme pronto y cuéntamelo todo. Mejor que salga a ver dónde anda Rosie. Pensé que haríamos cosas juntas, pero no está siendo así. Te imagino ahora diciéndome «te avisé». Tendría que haberte hecho caso, ¿no? Ya es demasiado tarde. Seguro que salimos de ésta.

Besos, A.

Mags había intentado avisarla cuando descubrió que Rosie iba a sustituirla.

—¿Estás segura, Alex? ¿Te das cuenta de que no la conoces de nada?

—Claro que la conozco —replicó Alex—. Todo irá bien. Y además no estaremos solas. Conoceremos a un montón de gente.

Y le dieron ganas de añadir: «Todo esto es culpa tuya», pero no podía soportar más lágrimas culpables de Mags.

—Bueno, dicen que no conoces de verdad a una persona hasta que te vas de vacaciones con ella.

—Gracias, Mags, pero eso no me ayuda.
Y resultó que Mags estaba en lo cierto.

Alex intentó desconectar de Rosie y contempló las enormes nubes de tormenta que se aproximaban por detrás de los bloques de pisos. Cuando el chaparrón diario empezaba a golpear contra los tejados, se refugiaba en los libros con las páginas marcadas que habían dejado otros viajeros o colgaba cosas en Facebook. Escribió una divertida historia sobre monjes que pasaban el rato en sus templos viendo culebrones en las pantallas de sus móviles. También escribió que los vendedores callejeros montaban tiendas con paraguas y se ponían gorros de baño para no mojarse en los espectaculares aguaceros.

Le leyó los textos a Rosie, pero se interrumpió cuando su compañera le anunció que estaba «hasta las narices de templos». Había visitado un par en su segundo día, pero por lo visto ya había llegado a su límite.

—Ya lo he visto, no necesito verlo de nuevo, y no quiero volver a oír cantar a un monje en mi vida —le dijo a todo el mundo en el bar—. No te lo tomes a mal —añadió para alivio de Mama, que las estaba escuchando y mostró los dientes en una sonrisa cadavérica. No dejaba de mirarlas desde detrás de la barra, y Alex se puso de los nervios. Pero Rosie no pareció darse cuenta. Estaba demasiado absorta contándole a todo el mundo que quería hacerse un tatuaje. Uno grande, una salamandra como la que tenía Lars.

Sábado, 16 de agosto de 2014

EL INSPECTOR

Sparkes estaba hablando por teléfono con el hospital cuando Salmond apareció en la puerta de su despacho, vestida con ropa de correr, exudando salud y eficacia.

Le ordenó que se marchara con un manotazo al aire, diciendo con los labios «ocupado», y ella salió trotando.

—Por Dios, Eileen —dijo al teléfono—. Pensé que tendría un poco de paz y tranquilidad este fin de semana, pero Zara acaba de presentarse aquí y parece que le ha dado otra vez por ponerse en forma. No creo que pueda soportar sus sermones.

Su mujer se rió.

—Te obligaré a ponerte unos pantalones de licra antes de que te des cuenta. Voy a dormir un poco. Esta morfina es maravillosa.

—Luego voy a verte. Te quiero.

Ella soltó un rebuzno.

—Déjame tranquila y dedícate a detener criminales.

Salmond se había duchado y puesto la ropa de trabajo cuando volvió a aparecer, con un moño húmedo recién recogido que le tensaba el pelo de las sienes.

—No sabía que hoy trabajase, señor. Tengo que ponerme al día con la revisión de mis exámenes. De todos modos, he pensado que le gustaría estar al corriente de que hemos recibido una llamada de la abuelita de Rosie Shaw.

—Por supuesto. ¿Ha sabido algo de la niña?

—No, pero informa de que le han robado dinero de la cuenta bancaria.

Sparkes se arrellanó en su silla.

—Continúa.

—No está segura de cuánto dinero le ha desaparecido, pero cree que son unas dos mil libras. El caso es que tiene un montón de cuentas bancarias para administrar sus distintos asuntos: acciones, participaciones, ahorros, todo el rollo. No se habría enterado de que había un problema si no la hubiera llamado el gestor de su sucursal.

—¿Qué? ¿No se enteró de que le habían sableado dos mil libras? —dijo Bob—. Eileen se enteraría si le desaparecen cincuenta. —Del dinero siempre se había ocupado Eileen, pensó, pero se preguntó cuándo habría consultado su mujer el saldo por última vez—. ¿Y todavía tienen gestores en las sucursales? Tenía entendido que todo eso te lo llevan ahora por teléfono...

—Bueno, así es como me lo explicó. Fuera quien fuese, el tipo que la llamó le contó que tenía la cuenta en números rojos y que no había suscrito un límite de descubierto. La primera vez que le pasa en su vida, según me dijo.

—¿Y...?

—Cree que alguien ha sacado dinero de su cuenta.

Sparkes suspiró. Los ancianos y el dinero. Su padre guardaba los ahorros de toda una vida en la cómoda. Cuando murió, él y su hermano encontraron cientos de billetes de diez libras cuidadosamente plegados en calcetines, calzoncillos y pañuelos.

—¿Quién cree que lo extrajo? Supongo que no fue Rosie, ¿no? —quiso saber.

—Bueno... Parece que pudo ser ella. El banco afirma que se ordenó una transferencia electrónica de dos mil libras a la cuenta de Rosie antes de que la chica se marchase. Pero Jenny Shaw me dijo que fue el padre de Rosie quien le dio el dinero para el viaje.

—¿La abuela puede haberse confundido? ¿Cuántos años tiene?

—Más de ochenta, pero tiene la cabeza en plena forma.

Sparkes trató de concentrarse en lo que le estaba contando su subordinada.

—¿Así que volaron dos mil libras de la cuenta de la abuela para terminar en la de Rosie? ¿Pudo hacerlo la chica? ¿Y por qué el banco no dio la alarma antes?

—La cuenta no quedó en descubierto inmediatamente. Ayer cargaron unos recibos que dejaron a la abuela en números rojos.

—La pregunta es si esto podría tener alguna relación con la desaparición de Rosie.

Salmond se encogió de hombros.

—Quizá pensó que iban a descubrirla. Quizá decidió esconderse.

—Pero ¿y Alex? ¿Por qué iba a escaparse ella?

—No lo sé. ¿Quizá fue su cómplice?

Sparkes se incorporó en la silla.

—¿Con quién te has puesto en contacto?

—Con el departamento de fraudes del banco para terminar de confirmar las fechas, y esta tarde iré a ver al padre de Rosie, Michael Shaw, a su casa.

Sparkes percibió un pálpito en la voz de Salmond.

—¿Qué? Dímelo. ¿Qué estás pensando? ¿Qué te dice el instinto?

Zara Salmond sonrió.

—Creía que ya no se dejaba llevar por las corazonadas, señor.

Sparkes torció el gesto. Se había jurado no hacer caso de sus corazonadas después de la investigación sobre el secuestro de Bella Elliott, cuando su obsesión con el sospechoso, Glen Taylor, había provocado la destrucción de toda una línea de investigación y casi supuso el final de su carrera.

—No me dejes llevar. Bueno, no cuando se trata de papeleo, sargento. Pero uno siempre tiene intuiciones. —Le echó una mirada cargada de intención. Habían pasado de todo juntos.

—No lo sé. Hay algo que no me encaja.

—¿Qué?

—El padre de Rosie. Ayer hablé con él después de que se denunciara la desaparición de su hija y el tipo estaba un poco cerrado, no sé si me explico. Ni hablaba ni preguntaba demasiado. Como si la niña fuera una desconocida para él.

—¿Quizá estaba en shock?

—Sí, pero en los periódicos de hoy ha montado un buen número dejándose fotografiar destrozado.

—¿Percibo una pizca de cinismo?

—A mi instinto no le cayó bien.

—¿Sólo eso? ¿Cuándo hablaremos con él?

Sábado, 16 de agosto de 2014

EL INSPECTOR

Mike Shaw se ajustó el nudo de la corbata mientras esperaba. Bob Sparkes lo observaba a través de la ventana del salón al tiempo que aguardaba fuera de la casa a que la subinspectora Salmond cerrara la puerta del coche. Disfrutó así de un instante para hacerse una idea de aquel ejecutivo de mediana edad que estaba de pie al otro lado del doble acristalamiento.

No había mucho que rascar. Más bien alto, algo fornido, pelo tirando a castaño y una camisa cara con uno de esos nudos ostentosos en la corbata. Un nudo Windsor. Sparkes se había negado a llevar uno así en la boda de Sam. Para empezar, no había querido ponerse una corbata rosa oscuro, aunque al final había accedido a regañadientes si le dejaban llevarla con su nudo colegial de siempre. El asunto había provocado un pequeño alboroto con Eileen, pero no había dado su brazo a torcer.

—Acompaño a la novia al altar, no voy a lanzar un fondo de inversión para tiburones —le había dicho a Eileen. Y no hubo más que hablar. A Sam no le había importado. O eso al menos fue lo que le pareció a él.

La subinspectora Salmond le dio un toque en el codo; estaba preparada. Sparkes dio un paso adelante y carraspeó al llamar a la puerta. Aunque los esperaba, Mike Shaw los miró con gesto cauteloso cuando su segunda mujer los acompañó al interior de la casa. Todo el mundo reaccionaba así al ver a un agente de policía. Incluso los inocentes.

—Gracias, señora Shaw —dijo Sparkes con cordialidad—. ¿Ésta es la pequeña?

Imogen Shaw, despeinada y con el agotamiento grabado en el rostro, sujetó con más fuerza al bebé que llevaba en los brazos.

—Sí. Discúlpeme. Tengo que darle el pecho otra vez. Los dejo solos.

Mike Shaw le susurró algo y ella desapareció detrás de una puerta.

—Recuerdo perfectamente las primeras semanas. ¿Pueden dormir un poco por la noche? —preguntó Sparkes, tratando de serenar a su entrevistado.

Shaw dijo que no con la cabeza. Su semblante permaneció inexpresivo mientras los agentes sacaban las sillas de la mesa del comedor para sentarse. Él tomó asiento enfrente.

—¿Por qué han venido? ¿Hay alguna novedad? —preguntó, inclinándose sobre la mesa—. ¿No podrían habérmelo dicho por teléfono? Me necesitan en el trabajo. El sábado es el día más movido de la semana y ahora mismo estoy muy liado.

«Así que nada de saludos», pensó Sparkes.

—Sí y no. Es un asunto un poco delicado, señor Shaw, pero iré directo al grano. Su madre nos ha llamado esta mañana para denunciar la desaparición de dos mil libras de su cuenta bancaria. No se habría enterado del asunto si su banco no la hubiera telefoneado cuando la cuenta quedó en descubierto sin que ella los hubiera prevenido.

Mike Shaw abrió la boca para decir algo, pero se quedó a medias. Su mano regresó a su corbata y carraspeó.

—Lo siento, pensé que habían venido por Rosie.

—El caso es que así es, señor Shaw, en cierto modo —dijo Sparkes con tacto—. ¿Su madre le ha comentado algo al respecto?

—¿A mí? No, nada. No entiendo por qué no me lo ha dicho.

—¿No? Quizá no ha podido localizarlo.

—Sí, habrá sido eso.

—Después de su llamada, hemos confirmado que se traspasaron dos mil libras a la cuenta de su hija el día 15 de julio, menos de dos semanas antes de que tomara el avión a Bangkok.

—¿A la cuenta de Rosie? ¿Por qué están investigando la cuenta de Rosie? ¿Qué es lo que me está diciendo?

—Lo único que le digo es que estamos intentando justificar la desaparición del dinero.

Nervioso, Shaw se medio levantó de la silla.

—Me parece increíble que mi madre haya llamado a la policía por algo así.

«Pero no cuestiona que Rosie pueda haber robado el dinero», pensó Sparkes.

—Su nieta ha desaparecido y lo único que le preocupa es el dinero —escupió Shaw—. Típico de ella. Es la mujer más ególatra que conozco.

—Pero si Rosie se llevó el dinero, eso podría tener alguna relación con su desaparición, señor Shaw. Quizá le da miedo que la descubran. Lo entiende, ¿no?

—Todo esto es absurdo. Estoy seguro de que hay una explicación. Quizá mi madre se olvidó de...

—¿Su madre suele olvidarse de las cosas, señor Shaw?

Éste asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Bueno, ya tiene ochenta y dos años. A veces le falla un poco la memoria.

—Entiendo. A mí me ha parecido que estaba en plenas facultades cuando he hablado con ella —dijo Salmond, recordando el tercer grado al que la había sometido Constance Shaw. Habían sido dos conversaciones por teléfono y la anciana había querido conocer todos los pasos que la policía iba a dar.

—Así pues, ¿cree que su madre pudo haberle dado dos mil libras a Rosie para el viaje y luego haberlo olvidado?

—Bueno, es posible... No lo sé.

—Pero según he podido saber por su mujer, perdón, exmujer, fue usted quien le prestó el dinero a Rosie para irse de viaje a Tailandia. Su exmujer se mostró muy insistente al respecto.

Shaw se quedó mirándolo.

—No me extraña en absoluto. Jenny puede ser insistente en muchas cosas, pero en realidad no tenemos ningún trato, así que no tengo ni idea de lo que puede haberles dicho.

Se quedó callado.

«Un momento de reflexión —pensó Sparkes—. Pero ¿qué es lo que tiene que reflexionar?»

Shaw carraspeó.

—Mire, no le presté ningún dinero a Rosie. Me lo pidió y le dije que no. Le dije que ya era una persona adulta y que tenía que pagarse ella misma las vacaciones. De todas formas, pensé que era una descarada por pedírmelo. Se ha portado tan rematadamente mal con Imogen, mi nueva mujer... Tendría que ver la carta que le escribí.

—Entiendo —dijo Sparkes. «Continuemos...»

—El caso es que su madre fue al banco y le mostraron los extractos de los últimos doce meses —intervino Salmond.

Shaw se puso tenso, luego agachó la cabeza y se alisó los pantalones, examinando con atención la raya.

—Según parece, su cuenta ha recibido varios pagos regulares durante el último año procedentes de la cuenta de su madre. Unas cantidades de las que su madre asegura no saber nada. Nos dijo que había dejado de recibir la copia en papel de sus extractos cuando usted pasó la operativa de sus cuentas a internet.

—Pensé que así sería más fácil para ella.

—Su madre no tiene ordenador, señor Shaw, ¿cómo iba a ser más fácil?

—Porque así podría ayudarla con los recibos y todas las gestiones.

—¿A qué gestiones se refiere exactamente? —dijo Sparkes.

Shaw se echó atrás en la silla y cerró los ojos como si quisiera hacer memoria. Empezó a hablar antes de abrirlos.

—Mi madre es una mujer muy difícil y exigente, inspector. Tenía que dedicarle muchas horas de trabajo. Tan sólo tomé lo que me merecía.

—Según tengo entendido usted es representante comercial de un fabricante de moquetas, señor Shaw. ¿Qué clase de trabajo hacía para su madre? ¿Preparar los suelos para instalarle una moqueta?

—No, claro que no. Me refería a que siempre le estaba pagando los gastos de mi bolsillo. Me paso el día haciendo cosas para ella.

—¿Como gestionar su dinero?

—Sí. Me lo pidió cuando mi padre falleció.

—Ella dice que fue usted quien se lo propuso. *Insistir* fue la palabra que utilizó su madre. ¿Cuál es el estado de salud de sus cuentas bancarias, señor Shaw?

—¿A qué se refiere?

—Tiene que ser muy caro mantener a dos familias...

—Ni se lo imagina —dijo, al tiempo que hundía la cara entre las manos—. Tengo a una que me grita por las tasas de matrícula de la universidad y a otra que me da la lata con que hay que redecorar la casa.

—Suenan muy estresantes.

—¿Me lo dice o me lo cuenta? Este fin de semana fuimos a comprar pintura. Imogen eligió Aliento de Elefante. Estaba muy por encima de nuestro presupuesto, pero no hubo manera de que se bajara del burro. Decía que era perfecto para la habitación del bebé y que no quería otro color. Este mes he tenido que pagar la hipoteca con la tarjeta de crédito. Y ahora lo de Rosie...

Empezó a temblar. Se le crispó la boca y sus manos hacían vibrar la mesa.

La subinspectora Salmond se inclinó hacia delante para colocarse ante sus ojos.

—Todo esto tiene que ser muy angustiante para usted, señor Shaw. ¿Quiere que le diga a su mujer que le traiga un vaso de agua?

El hombre parpadeó.

—No. No quiero que Imogen oiga nada de toda esta historia. Está muy sensible estos días, con el bebé y todo lo demás. Dios, esto es increíble. Mi hija ha desaparecido y ahora ustedes fisgonean en mi cuenta bancaria. ¿Quién haría algo así? ¿No ven que estoy destrozado?

—Desde luego. Pero tenemos que actuar a partir de la información que recibimos, señor Shaw. ¿Lo entiende?

Si lo entendía, no quiso seguir discutiéndolo.

—Hablaré con mi madre para aclarar todo esto. Seguro que sólo ha sido una tontería.

—De acuerdo —dijo Sparkes—. Nosotros también nos pondremos en contacto con ella.

—Tengo que volver al trabajo —indicó Mike Shaw poniéndose de pie.

Ambos agentes asintieron.

—Bien, gracias por su tiempo. Estaremos en contacto —señaló la subinspectora Salmond.

La nueva señora Shaw estaba merodeando por el pasillo cuando salieron.

—¿Todo va bien, Mickey? —preguntó.

—Te lo cuento en un minuto —contestó su marido, acompañando a los agentes hasta la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Salmond cuando estuvieron en el coche.

—A mi instinto tampoco le cae bien —respondió Sparkes pausadamente—. ¿Y qué demonios es eso del Aliento de Elefante?

Bangkok, día nueve

Lunes, 4 de agosto de 2014

Alex O'Connor

Lunes, a las 07.18

... está comiendo patas de pato y viviendo un sueño.

No estaba segura de que en realidad fueran patas de pato, pero no podía identificar lo que tenía en el plato y aquel nombre sonaba más exótico que unos simples fideos. Y por supuesto era más emocionante que la hamburguesa con patatas que se estaba comiendo Rosie después de haberse metido en un McDonald's.

Alex había cogido la costumbre de levantarse en cuanto amanecía para dar un paseo por los distintos barrios de la ciudad, cuando las calles todavía estaban tranquilas y no apretaba el calor. Solía ir sola, paseando por el río y subiéndose a algún barco que la llevara a una parte nueva de la urbe, mientras hacía fotos que subía a Facebook e Instagram con *emojis* de botellas de champán y estrellas.

Para entonces debería haber estado en la playa, pero no había forma de mover a Rosie. Lo estaba pasando tan bien que no quería irse a ningún lado. Y Alex no estaba muy segura de poder continuar el viaje por su cuenta. Siguió escribiendo variaciones de «Alex O'Connor... está teniendo la mejor experiencia de su vida» en el *timeline* y contaba los *likes*, los corazones, los comentarios divertidos de sus amigos y los desconocidos que se pasaban por su perfil de Facebook. La ayudaban a apuntalar su ficción. El «Alex O'Connor desearía no haber venido nunca» se lo guardaba para ella misma.

La verdad no tenía ningún *emoji* que le hiciera justicia. Estaba disgustada y tenía ganas de volver a casa. El viaje no estaba resultando como lo había imaginado. Y finalmente estaba empezando a reconocer que nunca debería haber viajado con Rosie.

Alex no lo hablaba con nadie salvo con Mags. «Gracias a Dios que tengo a Mags...»

No podía contarle la verdad a su madre: «Rosie está como una cuba y se está pasando por la piedra a todos los chavales de la pensión. No he venido a Tailandia para esto. Lo está echando todo a perder. A veces la mataría».

Si se lo contaba, quizá la obligarían a volver a casa. Y todavía guardaba una mínima esperanza en un rinconcito de su cerebro. Se daría otra semana de tiempo. Y mientras tanto Mags podía ser un hombro en el que apoyarse pese a la distancia.

El chaval inglés de la primera noche había empezado a sentarse a su lado en el bar. Y a veces ya estaba abajo cuando ella regresaba de sus paseos y se ofrecía a acompañarla. Se hacía llamar JW y, cuando se lo dijo, Alex tuvo que disimular una sonrisa. Aquel chaval no tenía mucho que contar, pero siempre parecía contento de verla. Quizá también se sentía solo.

Intentaba tirarle de la lengua, más que nada por ser amable con él, y el chico empezó a abrirse; le contó su viaje y estudió su reacción con una mirada rápida. Viajaba solo. «Jo, qué valiente eres», dijo Alex con un punto de tristeza. Él sonrió cohibido. Satisfecho.

Se podría decir que él la adoptó. Le contó las precauciones que tomaba para que nadie metiera las narices en sus cosas o le robara. Alex le escuchaba a medias mientras él enumeraba sus medidas de seguridad: vigilar a los otros inquilinos del dormitorio compartido, guardar su dinero y el pasaporte en un cinturón especial que se había comprado para la ocasión y que nunca se quitaba. Cuando le oyó decir que lo metía en una bolsa de plástico cuando se duchaba, Alex volvió a engancharse a la conversación.

—Eso es un poco exagerado, ¿no? —dijo riéndose. El chico apartó la mirada—. Pero más vale prevenir —añadió ella inmediatamente.

—Sí, sobre todo en un dormitorio compartido —respondió él, y se tomó un trago de agua—. Los estudiantes holandeses usan las taquillas del patio trasero. Son unos imbéciles. Nadie usa las taquillas. Todo el mundo sabe dónde guardas tus cosas y está tirado forzar las cerraduras.

—¿Cómo sabes lo de las taquillas?

—Cosas que vas aprendiendo con el viaje —afirmó él.

En realidad, no debería haberle dado esperanzas. No estaba bien por su parte. Pero Alex necesitaba tener a alguien con quien hablar. Y el chico era un encanto. Sabía escuchar, se reía con sus chistes, se bebía sus palabras. Había adoptado el papel que había esperado que Rosie desempeñara en el viaje.

Alex era consciente de que no habría hecho ni la mitad de las cosas que había hecho hasta ese momento de no haber sido por él. Y parecía que a él también le gustaba estar con ella. Quizá un poco demasiado. Procuraba que su relación no pasara de ser buenos amigos, pero cada vez era más evidente que él quería más. Le dijo que podía llamarle Jamie, aunque sólo cuando estuvieran solos.

Hablaban de muchos temas, como suelen hacerlo las personas solitarias, y ponían al descubierto sus secretos demasiado rápido, afanándose por profundizar en su relación. Él le dijo en su segundo día que estaba contento de que nadie supiera que estaba en Bangkok. Nadie podía juzgarle. Alex pensó que lo entendía y estuvo de acuerdo, y mientras paseaban por la ciudad ella iba señalando los productos extraños y maravillosos que abarrotaban los puestos callejeros: escorpiones, patos de un naranja tan fosforescente que parecían pintados... Esos patos conservaban las cabezas, que colgaban delante de ellos con los ojos cubiertos de una película blancuzca.

—Esto no se parece nada a un supermercado —dijo JW—. Puedes ver que son animales muertos.

Cuando salían de noche, la ciudad cambiaba por completo. Oscurecía muy temprano, aunque allí siempre fuera verano, y todos los pervertidos y turistas sexuales salían de sus escondites. Le escribió a Mags un email para contárselo:

Los reconoces a la legua. Viejos, blancos, gordos y tatuados. Y desesperados. Dan la impresión de estar disfrutando, se ríen y hablan a gritos, pero seguro que saben que todo el mundo los odia. ¿No? Esas mujeres que van de sus brazos, tan bajitas que parecen niñas, seguro que también los odian.

Su verdadera compañera de viaje ni siquiera pestañeaba cuando Alex se levantaba y hacía ruido por la habitación todas las mañanas. Aunque a esas horas Rosie sólo llevaba un par de horas dormida. Cada día se veían menos. Y cuando le hacía algún comentario sobre una bonita puesta de sol o un puesto de pescado callejero, Rosie ponía cara de resignación.

Aquello le recordaba a las caminatas rumbo al instituto. Estar tan lejos de casa no las había convertido en íntimas. Si acaso, había acrecentado las profundas diferencias que las separaban. Alex se vio encasillada en el papel de aburrida hermana mayor, siempre viendo el lado negativo de las cosas, mientras que Rosie era la chica divertida que lo estaba pasando en grande.

A Rosie le gustaba decirle a la gente que era un espíritu libre. Alex pensaba que aquel comentario la dejaba como una idiota y que ser un espíritu libre por lo visto suponía emborracharse a la menor oportunidad. Pero si Alex

le aconsejaba que fuera prudente y que tuviese cuidado, por ejemplo, de que un desconocido no le echara algo en la bebida, Rosie se ponía de mal humor y le decía que aquello era como ir de vacaciones con su madre.

Le daban ganas de decirle a Rosie que la idea de ser libre para hacer lo que se le antojara la había animado mientras apilaba botes de alubias en el supermercado Asda en el que había trabajado. Pero no podía hacerlo. Y por supuesto tampoco podía decirle que sus madres, la suya y la de Rosie, le habían asignado el mando de aquel viaje. La habían hecho sentarse para decirle: «Cuidarás de Rosie, ¿no?». Como si necesitara protección. Y fue como si le hubieran implantado muy hondo la semilla radiactiva del miedo.

Lunes, 18 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

«Menuda pérdida de tiempo. Acabarán apareciendo.» Ése era el mantra que Don no paraba de repetirse.

Y han aparecido. La noticia ha llegado esta mañana. Don me ha llamado cuando me estaba levantando.

—Las han encontrado —dijo—. Pero están en bolsas para cadáveres.

—¡Por Dios! —he exclamado yo—. ¿Dónde? ¿Qué les ha pasado?

—Hubo un incendio en uno de los hostales cutres que hay en los alrededores de Khao San Road. Ocurrió el viernes, de madrugada, pero los polis acaban de localizar sus restos. Dicen que el establecimiento no llevaba ningún registro de entradas y que hasta hoy no ha sido seguro entrar en el edificio.

—¿Cuántos fallecidos?

—De momento sólo dos.

—¿Y están seguros de que son Alex y Rosie?

—Todavía no han confirmado la identificación, pero dicen que sí. Me pregunto si los padres habrán recibido ya la noticia.

Eso mismo había pensado yo. No quería llamarlos, por si acaso la policía no se lo había comunicado todavía. Lo había hecho una vez en mi carrera y nunca olvidaría la sensación de ahogo en el estómago que tuve al darme cuenta de que la persona que me escuchaba al otro lado de la línea no tenía ni idea de que su marido había fallecido. Y cómo tuve que dar marcha atrás frenéticamente mientras trataba de terminar aquella llamada sin anunciar la noticia.

Llamo a Bob Sparkes para ver qué sabe. Es temprano, no han dado todavía las ocho, pero no le importará. Seguro que ya está al pie del cañón.

Sin embargo, cuando me coge el teléfono suena como si estuviera en una burbuja.

—Bob, ¿puedes hablar?

—Pues no. Estoy en el hospital.

—Dios mío, lo siento. ¿Has tenido un accidente?

—No. Es Eileen. Escucha, te llamo luego.

—Claro.

Y me cuelga.

Marco despacio el número de los O'Connor, ensayando el discurso que usaré dependiendo de cómo respondan a mi llamada.

Si Lesley dice «Hola, Kate. Eres muy madrugadora» o algo por el estilo, fingiré que se trata de una llamada de comprobación antes de que ella vaya al trabajo. Diré que me he enterado de que hay novedades en Bangkok, le diré que he llamado al Ministerio de Asuntos Exteriores. En cambio, si está llorando...

Me responde una voz desconocida. Una mujer mayor. Por un momento creo que he marcado mal el número.

—Disculpe, quería hablar con Lesley, pero creo que tengo el número mal apuntado.

—Soy yo —dice Lesley.

Lo sabe.

—La policía está aquí, Kate. Dicen que hubo un incendio en Bangkok y que han encontrado dos cadáveres. Son dos chicas, de la misma edad, y dicen que están seguros al noventa por ciento de que son ellas. Así que todavía tenemos esperanzas. Quizá necesiten sus historias médicas y pruebas dentales.

Su voz se traba en la palabra *dentales* y trato de hablar para consolarla.

—Lo siento muchísimo, Lesley. De verdad tenía la esperanza...

—Todos la teníamos. Salimos hoy para Tailandia. Tengo que colgar, Kate. Para asegurarnos. Y para traerla a casa si es ella...

Terry está discretamente encantado de tener la portada de mañana tan temprano.

—Joder —dice. No le gusta andarse por las ramas—. ¿Lo saben las familias? ¿Has hablado con ellas?

—Sí.

—Estupendo. Envíalo a redacción enseguida. Tenemos que salir antes que la competencia. Llámame después.

Cuando al final se me agota la paciencia y llamo a Bob Sparkes, no me dice nada sobre Eileen o el hospital.

—Kate, siento lo de antes. ¿Te has enterado?

—Sí, me ha llamado el tipo que tenemos en Bangkok.

—Vale. Nos avisaron por la noche y envié a la subinspectora Salmond para que informara a las familias. Sigue allí, creo. No se lo esperaban en absoluto. Nadie se lo esperaba, en realidad.

—Me lo figuro. Acabo de llamar a Lesley y estaba destrozada. Justo ahora he enviado el artículo a la redacción.

—¿Ya? Kate, todavía no está confirmado. Hay que identificar oficialmente los cadáveres.

—Ya lo sé. Lo he redactado con cuidado. Pero son ellas, ¿no?

—Creo que todo apunta a que sí —me responde con cautela—. Las descripciones coinciden con la denuncia de desaparición.

—Por el amor de Dios, Bob. No te voy a citar como fuente. De todos modos, las familias no van a esperar más —añado—. Hoy vuelan a Tailandia. Y yo también.

—Nina se ocupará de tus billetes —me informa Terry cuando sale del despacho del director con el visto bueno para nuestro viaje.

—Gracias, Terry —contesto, sacando la bolsa de viaje de debajo del cajón de mi escritorio.

—Pues en marcha. El departamento de imagen está localizando a Mick. Yo me quedaré con Joe para trabajar desde aquí.

Joe da un brinco, luego trata de ocultar su alegría.

«Todavía está aprendiendo —pienso—. No le van a subir el sueldo si se muestra tan entusiasta.»

Mi joven protegido suspira como un profesional y murmura:

—Voy a hacer unas llamadas.

—Gracias, Joe —digo—. He enviado a redacción todo lo que tengo sobre Don y Lesley y ya está en la web. También he intentado volver a hablar con ella, pero está con su marido preparándolo todo para el viaje, así que tendrás que hablar con su hijo, Dan. Es él quien se encarga de la página de Facebook.

—Yo me ocupo —asegura Joe, y apunta el número de teléfono de Dan—. Ojalá me hubiera tocado a mí acompañarte.

La única vez que le han destinado al extranjero fue a la Jungla de Calais para entrevistar a los refugiados. «En una excursión escolar de un día fui más lejos», me comentó una vez quejoso. «No envían a nadie a ningún sitio, Joe. No es algo personal. Se trata de dinero —le había explicado en aquella ocasión, con toda la paciencia del mundo—. Antes estábamos todo el día volando de un lado para otro, pero los contables no entienden por qué van a pagarnos los billetes si podemos hacer todo el trabajo por internet. Hoy cojo tan pocos aviones que creo que me van a cancelar la tarjeta de viajero frecuente...»

—En fin, la próxima vez será —le indico, y me marchó viendo cómo la adrenalina se acumula en la redacción ante la posibilidad de que tengamos una noticia potente en pleno agosto. Llamo a Steve antes de meterme en el ascensor.

—Me voy a Bangkok, cariño —digo—. Están seguros al noventa por ciento de que las dos chicas inglesas murieron en el incendio. Las familias viajan al país para confirmar la identificación de los cadáveres.

—Sabía que iba a pasar esto —se queja Steve—. Siempre es la misma historia. Compró entradas para algo y al final no puedes venir. Se suponía que esta noche íbamos a ver esa obra de David Tennant.

—Lo siento, Steve. Llévate a uno de tus compis del trabajo. A Henry, por ejemplo. Escucha, la noticia es potente y los padres cogen el primer vuelo. Tengo que ir.

—Bueno, llámame cuando aterrices.

—Claro. Ah, Steve, ¿puedes pagar la factura de la tarjeta de crédito? Y también iba a llamar para tirar la nevera vieja. El número está en la encimera.

—Sí, sí. ¿Cuántos días estarás fuera?

—No estoy segura. Unos cuantos, una semana máximo.

Oigo suspirar a mi marido.

—Sé que es una putada, pero he pedido ocuparme de la noticia porque quizá pueda aprovechar para acercarme a Phuket mientras estoy allí. Está a sólo una hora y media en avión desde Bangkok. Voy a ver si puedo encontrar a Jake y convencerle de que vuelva a casa.

—Bien. Me parece una buena idea. Pero no te hagas ilusiones, Katie. Es un hombre adulto, no un niño pequeño. Escucha, tengo que volver al trabajo. Que tengas buen vuelo. Y llámame.

En el taxi de camino al aeropuerto miro en silencio una foto de Jake en mi móvil y me imagino la sorpresa que se llevará cuando aparezca en su proyecto conservacionista. Si es que logro encontrarlo. Pero aparto esa idea de mi mente. Me concentro en sus carcajadas y mis llantos cuando nos veamos. Espero que sea así.

Lunes, 18 de agosto de 2014

EL INSPECTOR

La solución más lógica había sido enviar a la subinspectora Salmond a informar a las familias. Sparkes habría ido personalmente, pero Eileen tenía una visita con la especialista y quería acompañarla para recibir las nuevas noticias sobre su pronóstico. Daba por descontado que no iban a ser buenas.

De todos modos, Salmond era más competente que él en aquellas situaciones. Tenía muchas horas de vuelo tratando con familiares desconsolados. Donde algunos polis se sentían agarrotados e incómodos, ella se las ingeniaba para ser cariñosa y profesional al mismo tiempo. Sparkes no sabía dónde se situaba él entre los dos extremos de esa escala.

—Todavía funcionan a base de energía nerviosa, aplazando el momento de recibir el golpe —le había dicho Salmond al regresar a la comisaría.

—¿Has visto a Mike Shaw?

—Sí. Lo he dejado para el final. Estaba en shock, creo. Cuando he ido a su casa, Jenny ya le había llamado. Irá con ella a Tailandia y estaba preparándose para el viaje. Su nueva mujer no está muy contenta que digamos, así que no he podido quedarme mucho rato.

Salmond ya se disponía a irse, pero se detuvo.

—Ah, y me ha dicho que su madre se había acordado de que le había prestado el dinero a Rosie.

—¿Qué? ¿Te ha contado eso mientras tú le decías que era probable que hubieran hallado el cadáver de su hija?

—Pues eso ha sido lo que ha hecho. Y le aseguro que hoy no llamo a Constance Shaw para confirmarlo.

—No. Pero no lo pierdas de vista, Zara. Tarde o temprano también tendremos que aclararlo.

Se quedó sentado pensando en aquellas muchachas. No en un bar, provocando desvelos a sus padres, sino en bolsas para transportar cadáveres. Hasta la última fibra de su cerebro de sabueso estaba trabajando. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué murieron esas chicas? El fuego era un asesino cruel. No producía una muerte rápida e indolora. Todo apuntaba a que habían tenido mala suerte: mal sitio y en el peor momento. Aunque... Buscó algún detalle, pero no vio nada que le llamara la atención. El problema era que estaba trabajando sin fuentes directas, dependiendo de la información que le habían pasado los padres, y cada dato había transitado por varios ojos y condicionantes. Quería estar allí, ver el lugar de los hechos, recopilar pruebas, hablar con los testigos, y no en ese despacho sofocante, leyendo emails. Encogió sus hombros tensos y lo volvió a intentar. Pero, mientras leía, su mente volvió a derivar hacia Eileen. No se había equivocado. El tiempo se agotaba.

—Estás estupenda hoy, mi amor. Cada vez que vengo, te veo mejor —le había dicho al volver a entrar en la habitación del hospital a la hora de comer.

—Pronto estaré en casa, Bob —le había respondido ella desde la cama, rodeada de un parque eólico de ventiladores que removían las fibras de su peluca.

Sparkes se había sentado en su silla de siempre, de polipiel rojo oscuro, cuyo borde delantero estaba raído tras años de cónyuges angustiados que se habían sentado en vilo, atentos a cada palabra y mirada que llegaba del lecho. Arrimó la silla a la estructura de la cama para que pudieran tocarse.

—¿Cómo va el dolor?

—Bien. ¿Qué tal tu día? —preguntó ella, con la mirada un poco perdida, aunque apuntando en su dirección—. Cuéntame las novedades.

—Pues muy bien. Pero no te preocupes por eso, amor mío. —Bob se inclinó deprisa sobre la cama para darle un beso en la frente. Estaba húmeda y fría, y se imaginó que notaba el sabor de las sustancias químicas que le estaban administrando a su mujer.

El beso le había movido ligeramente la peluca. Eileen la había elegido de un catálogo del hospital la primera vez que la ingresaron y optó por un color nuevo. «Me apetece un cambio de estilo y siempre quise ser rubia», le había dicho, risueña, pálida y calva, mientras sostenía un casquete de pelo rubio ceniza para examinarlo. Él se había reído —la primera carcajada digna de tal nombre desde el día del diagnóstico— y le dio un beso fuerte. Un beso de amante. La nueva Eileen le había parado los pies cada vez que entraba por la puerta, pero cuando se quitó la peluca una pelusilla erizaba su cráneo y

pintaba una veladura marrón en su espalda. «Quizá me lo decolore cuando vuelva a casa —le había dicho en tono burlón cuando lo sorprendió mirándola—. ¿Qué te parece? ¿Estoy sexi?» Él había sonreído, cogiéndole la mano. En esos días todavía estaban ganando la batalla.

Sparkes cerró los ojos mientras la imagen de Eileen se apoderaba de su pensamiento. Debería estar en casa, preparándolo todo para cuando le dieran el alta. Cambiar las sábanas de las camas: una arriba, otra abajo, en el salón, dependiendo de cómo se encontrara. A su mujer le encantaba el edredón con un estampado de rosas. Tenía que plancharlo. Y encontrar esa infusión de frambuesa que tanto le gustaba. Lo haría después. Garabateó «Infusión de f.» y «planchar» en un pósit amarillo y pensó dónde engancharlo para encontrarlo después. Pero al final volvió a pegarlo en el librito, donde se rizó, enfadado por su inutilidad.

Sparkes respiró hondo para sofocar el pánico que empezaba a oprimirle el pecho. «Abre los pulmones —decía la mujer en el DVD de yoga de Eileen—. Siente cómo tu respiración abre nuevos espacios en tu interior.» Lo intentó, pero el terror ante lo que entrañaba aquel «regreso a casa» de Eileen no era algo que pudiera expulsarse de los pulmones soltando aire. Su mujer volvía a casa porque no podían hacer nada más por ella en el hospital. Era el final de la partida. La especialista les había comunicado el pronóstico mientras se daban las manos, frías y húmedas; las de él por el miedo, las de ella por los medicamentos.

—Podrían ser meses, aunque seguramente serán semanas —les había dicho la especialista con una mezcla de calidez y temple. No admitiría discusión ni recurso contra la sentencia. Más tarde se habían quedado sumidos en un aturdimiento, sin atreverse a mirarse el uno al otro, para no tener que hablar de ello.

—Hablaemos en casa. —Fue Eileen quien rompió el silencio—. ¿Te acordarás de comprarme mi té de frambuesa?

Iría a recogerla a la mañana siguiente, después de la ronda de médicos. Eileen lo recibiría feliz y alegre. Todavía podía sobreponerse con la ayuda de su morfina, pero el efecto se le pasaría a medida que el día fuera decayendo. Se la imaginaba caminando despacio por la casa, moviendo las cosas como si estuviera a punto de irse. El calvario del cáncer la estaba cambiando. A veces ella lo apartaba cuando le requería atenciones amorosas. Otras se enfadaba, no soportaba que la tocara. Y era en esos momentos más oscuros cuando se daba cuenta de lo mucho que la quería. De lo mucho que iba a perder. «Meses, por favor. Que sean meses...»

Se separó del escritorio impulsando la silla como si aquella acción física pudiera liberarlo de sus pensamientos y enviarlo a otra parte, a algo que le distrajera de la enfermedad de Eileen por un último día.

Lunes, 18 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

La sala vip del aeropuerto está repleta de ejecutivos con las corbatas aflojadas, las gafas caladas encima de la frente, copas de Pinot Noir en sus puños, apoltronados en las butacas de cuero. Dan un partido de fútbol americano en uno de los enormes televisores de la sala y un presentador sonriente lee las noticias en el otro, con las últimas novedades corriendo en la parte inferior de la pantalla.

Ésta es la parte del trabajo que más me gusta. Ir al extranjero. Los planes de último minuto, ir corriendo al aeropuerto mientras la secretaria de la redacción te está comprando todavía los billetes, abrirte paso a empujones entre la gente que espera, embarcar en el último momento, cuando las puertas del avión ya se cierran. Los nervios pensando en la noticia que te encontrarás cuando aterrices.

Hay mucho movimiento y elijo una mesa en un rincón. Me siento despacio, estudiando la sala. Seguro que hay otros reporteros que vuelan a Bangkok por la noticia, pero no distingo ningún rostro conocido en la barra libre. Mis colegas irán como ganado en clase turista.

En facturación, he aprovechado mi tarjeta de viajera frecuente versión oro, a la que he sumado no poco encanto, para que me suban a clase *business*. «Es posible que sea la última vez que lo consigo», pienso, pero estoy orgullosa de mí misma. Necesito estar cerca de los familiares para poder hablar con ellos. Y seguramente los habrán colocado en las filas delanteras para protegerlos de los periodistas. De gente como yo.

La gente de las salas vip suele entrar en una de dos categorías: o son habituales, de los que se quitan los zapatos y se tutean con el personal, o

turistas que visitan por primera vez esas salas y revolotean alrededor de los sándwiches gratis como avispas enfurecidas.

Los O'Connor y los Shaw, sin embargo, no hacen ni lo uno ni lo otro.

Veo a Lesley y a Malcolm sentados en silencio, cogidos de la mano en una mesa cerca de las ventanas. Parecen agotados. Lesley no despega los ojos de su teléfono, como si quisiera obligarlo a sonar. Cuando levanta la vista, me ve y alza la mano para saludarme.

Su teléfono empieza a sonar y, al ver el número en la pantalla, se lo pasa a Malcolm, se pone de pie y enfila entre las mesas en mi dirección.

—¿Puedo sentarme? —dice, y se deja caer en una butaca—. Lo siento. No te molesta, ¿no? Estoy un poco mareada.

—No me extraña —aseguro, y la tuteo, igual que ella ha hecho conmigo—. ¿Quieres un vaso de agua o algo más fuerte?

Dice que no con la cabeza.

—Lo único que quiero es que no sea Alex —responde, y se echa a llorar.

—Oh, Lesley —murmuro, y arrimo mi butaca a la suya.

—Sé que debo de parecer una mala persona, deseando que sea la hija de otra, pero es que no puedo soportarlo.

—No eres una mala persona. Es la desesperación. Te entiendo perfectamente.

—No creo que nadie pueda.

Me planteo contarle lo de Jake. Compartir con ella mi pena. Decir «yo también». Pero no creo que le haga ningún bien. Ahora mismo, las desdichas de los demás no tienen ninguna importancia. Todos sus pensamientos están centrados en Alex.

—Y además me da miedo volar —confiesa hipando, y casi se ríe ante la absurdidad de su situación—. No me creo que esto esté pasando. Esta noche tendría que estar compitiendo con mi equipo en la partida de trivial que hacemos en el pub. Nos llamamos las Cerebritas. Pero me esperan once horas de vuelo para ver si el cadáver que hay en la morgue de una comisaría es el de mi hija.

—Lo estás haciendo muy bien, Lesley.

—No, no es verdad. Me estoy derrumbando, Kate. No quiero subirme a ese avión. ¿Y si hay alguna novedad? Estaremos un montón de horas volando, incomunicados. No sabremos nada hasta que aterricemos. Me da pavor.

Me inclino hacia delante para situarme en su campo de visión. Trato de que se centre.

—Ahora es de noche en Tailandia. No habrá novedades hasta la mañana. Quizá en unas horas todo esté más claro. Tienes que intentar dormir un poco durante el vuelo. ¿Has traído algo que puedas tomarte?

Lesley retuerce el pañuelo de papel entre sus manos hasta hacerlo trizas.

—Me las apañaré.

Asiento, sin apartar la mirada de la mujer que se está desintegrando ante mis ojos.

Saco el móvil del bolso y marco el número de Joe.

—Hola, soy yo. Estoy en el aeropuerto. Escucha, ¿puedes llamarme o enviarme un mensaje si hay alguna novedad antes de que despeguemos? — No es necesario que se lo pida, porque lo haría igualmente, pero quiero que Lesley sepa que si hay novedades las voy a recibir.

Joe utiliza el tono de voz que suele poner cuando habla por teléfono y me dan ganas de tomarle el pelo, aunque no delante de Lesley.

—Sí, lo haré. Las agencias no traen nada nuevo. Tampoco hay nada en Twitter o en el grupo de Facebook. ¿Qué tal te va?

—Bien, gracias. Hablamos cuando llegue.

Le digo que no con la cabeza a Lesley.

—Nada nuevo, pero voy a llamar a nuestro corresponsal para asegurarme de que nos cuente cualquier novedad que haya antes de despegar.

Marco el número de Don.

—Hola. Vamos de camino. ¿Está pasando algo allí? ¿Algo que tenga que saber antes de embarcar?

—Es medianoche, Kate. No hay mucho movimiento. La policía está intentando asegurar el edificio para proseguir la búsqueda. Espero que lleven cascos, parece que el edificio ya era una ruina antes del incendio, aunque qué más da ahora. Eso sí, huele que apesta. Hoy me he acercado y se notaba un olor inconfundible a cadáveres. Pobres desgraciados, tener que coger un avión para identificar a sus niñas.

Voy editando la información que recibo para adecuarla al consumo público.

—¿Has visto a los padres? —pregunta Don.

Lesley me está mirando y confío en que no pueda oírle.

—Sí —respondo, con una entonación que espero sea reveladora.

—Ah, ¿así que estás con ellos?

—Precisamente... ¿Qué cuenta la policía del incendio?

—Que lo provocaron los *farang kee ngok*... Perdón, es como llaman aquí a los mochileros que van con una mano delante y otra detrás. Cuentan que el

hostal no estaba lleno, gracias a Dios, pero un contacto que tengo en el hospital me ha dicho que hay un posible superviviente, un chaval occidental con quemaduras que ingresó la noche del incendio. Por ahora no hay más detalles sobre él, aunque estoy investigando.

—¿Qué hospital? —pregunto—. ¿Se lo has comentado a alguien más?

—Todavía no. Me lo estoy currando para entrar en el hospital y verlo.

—Me aseguraré de que te cuidemos como es debido si te guardas lo que averigües para nosotros. Espera a que llegue, ¿vale, Don?

Ambos sabemos que una entrevista con el superviviente podría ser la siguiente gran noticia. Sobre todo si resulta que es el héroe del momento.

—Sólo porque eres tú quien me lo pide —señala Don—. Pero no puedo permitirme quedar mal con el resto, así que punto en boca, ¿entendido?

—Gracias. Iré a verte en cuanto aterrice. Y Don, ¿puedes enviarme un mensaje si te enteras de alguna novedad?

—A la orden —dice—. Nos vemos en el bar.

Lesley aguarda nerviosa en el borde del asiento.

—¿Qué ha dicho? ¿Quién está en el hospital?

—Hay un chico que quizá resultó herido en el incendio, pero por de pronto no hay muchos detalles al respecto.

El rostro de Lesley, desengañado, pierde todo el vigor.

—Un chico —repite en voz baja—. ¿Sabe qué pasó?

Le estrecho la mano.

—No lo sé. La investigación está muy verde todavía, así que no hay nada contrastado.

Lesley asiente, aunque me doy cuenta de que no me presta atención. Es como si ya hubiera escuchado todo lo que habrán de decirle. Y en realidad es así.

—Mi contacto en Tailandia nos llamará si hay alguna novedad. Está hablando todo el día con la policía.

Me da las gracias moviendo los labios y regresa con su marido para contarle lo que le he dicho. Luego se acerca a otra mesa. Jenny Shaw está sentada con su exmarido, dándole la espalda.

«Pues no parece que esta desgracia los haya reconciliado», pienso, y levanto la mano en silencioso saludo cuando Jenny me ve.

Lunes, 18 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Mi teléfono empieza a sonar y veo que la cabeza de Lesley se gira como un resorte al oírlo. Es Mick, y niego con la cabeza para hacerle saber que no tengo noticias para ella.

—Estoy en el *check-in*, Kate. ¿Cómo coño has conseguido que te suban de clase? Nada que hacer cuando lo he intentado. La chica del mostrador me ha mirado como si le hubiera pedido una mamada cuando le he insinuado que me subiera a *business*.

Me vuelvo para sonreír sin que Lesley me vea.

—He visto a tres fotógrafos más en la cola de seguridad —dice Mick—. Vamos a estar todos, Kate. —Me imagino la sonrisa que tiene pintada en la cara. A Mick le encantan las noticias que arrastran a toda la profesión, las copas en los bares, la competencia, el jolgorio de compartir tiempo con otros periodistas.

—¿Cómo te va a ti?

—Bien. He hablado con Lesley. Están asustadísimos, los pobres. El caso es que voy a sentarme con ellos en el avión. Si voy con ellos, les facilitaré mucho las cosas cuando aterricemos.

—Piensa en mí cuando te estés zampano tu comida *gourmet* y remojándote en champán.

—Les pediré una bolsa para el perro y te la traeré.

Espero a que los familiares se duerman para bajar a clase turista. Mick está durmiendo como un tronco y la cabeza le rueda sobre los hombros.

—¡Mick! —susurro, aunque lo hago demasiado fuerte y algunas cabezas de sus vecinos se levantan.

—Hola, Kate —me saluda George Clarkson, del *Telegraph*, desde la fila de atrás—. No sabía que estuvieras a bordo. ¿Cómo estás?

—Yo tampoco lo sabía, ¿estás delante? —me pregunta Louise Butler, del *Herald*, desde el otro lado del pasillo.

—Hola, estoy bien, y sí, voy delante —digo—. ¿Y tú qué tal, George? No te he visto desde que te marchaste del *Mail*. ¿Cómo es la vida entre tiburones?

—Menos gritos y menos odios. —Sonríe—. Nadie chilla. Todos muy civilizados.

Echo un vistazo y cuento cinco periódicos y un enviado de una cadena de televisión. Los conozco a todos. Son mi gente. Me siento a gusto aquí, en este ambiente cargado de aromas de comida de aerolínea y flatulencias tan característico de los asientos baratos.

—¿Has hablado con alguna de las familias? ¿O los auxiliares de vuelo están doblando horas como seguras? —dice Louise, y me doy cuenta en ese momento de que no han visto mi artículo, que he enviado desde la sala vip del aeropuerto justo antes de embarcar. Dudo. Los reporteros perciben mi silencio indeciso y entienden la dolorosa verdad. Alguien se les ha adelantado.

—¿Y qué dicen? Tienen que estar destrozados —indica Louise.

A ver si muerdo el anzuelo. Me limito a asentir.

—¿Cómo has conseguido que redacción te pague el billete en *business*? Con los míos no ha habido manera. He intentado colarme para ver a las familias cuando estaban sirviendo la comida, pero me han pillado.

«Maldita Louise Butler. La Señorita Agonías», me sorprende pensando, y entonces, de la nada, me viene a la cabeza una perturbadora imagen de mí misma esperando ante una puerta. Me vuelvo hacia George.

—¿Cómo están, Kate? —pregunta.

—Podría ser peor. Los recogerá alguien de la embajada.

—Y tú irás en el coche, pegadita a ellos, sin duda. Pero nos darás un avance, ¿a que sí? —pide Louise, acercándose todavía más y tocándome el brazo—. Somos tus colegas.

George levanta una ceja en representación de todos los demás reporteros.

—Entiendo que quieras dar la noticia, Louise —respondo, apartando mi brazo de ella—. Todos queremos lo mismo. He enviado mi charla con ellos justo antes de despegar. Podéis sacarla de la página web.

—Mirad qué nos dice —oigo cómo murmura Louise a su vecino, e imita mi voz—: «Podéis sacarla de la página web». ¿Quién se habrá creído que es?

—Oye, son las tantas de la noche —replico, procurando reconducir la situación—. Todos estamos cansados y con los nervios a flor de piel. Nos conviene dormir un poco. ¿Dónde os alojaréis?

Mick me agarra la mano cuando me vuelvo a mi asiento y le devuelvo el apretón. Se levanta y me sigue hasta la cortina que nos separa de la clase *business*.

—Cuando aterricemos, intenta bajarte lo más rápido que puedas, Mick. Yo me adelantaré con las familias. Te veré en el lugar de los hechos. Mientras tanto sacaré unas fotos y vídeos con mi móvil. Llámame cuando estés de camino y procura despistar a Louise. Ésta nos pone de vuelta y media a la mínima oportunidad.

Mick me obsequia con una amplia sonrisa.

—Está quemadísima.

—Exacto. Y ni se te ocurra soltar un comentario así delante de las familias.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

El funcionario de la embajada me dirige una mirada de hartazgo largamente larvado cuando Lesley nos presenta.

—Ah, la prensa del reino. Estoy seguro de que podrá procurarse su propio medio de transporte.

—Viene con nosotros —señala Lesley—. Seguro que cabemos todos.

No digo nada, no hace falta. Lesley lo hace de maravilla sin que nadie la ayude. Malcolm no abre la boca y los Shaw se limitan a apartar la mirada.

—Bueno, si está segura... —dice el funcionario, con un disgusto evidente que vibra en cada sílaba de la frase—. Por aquí.

El ánimo del grupo ha vuelto a hundirse en el sopor cuando el vicedónsul Clive Barnes nos recibe en la terminal de llegadas.

—Era un edificio con zonas comunes y la policía desea su colaboración en el proceso de identificación para que no haya errores —explica midiendo las palabras.

Me pongo a la cabeza del grupo mientras los demás siguen mi estela a duras penas, arrastrando las maletas. Tengo que ganarme la confianza de Clive.

—Ésta tiene que ser la parte más difícil de su trabajo —indico, tratando sin conseguirlo de seguir sus zancadas—. Hacer frente a las desgracias de otras personas.

—Así es. Aunque me figuro que eso no es ningún secreto para usted, señora Waters. No puedo decir que me guste llevarla al lugar de los hechos, pero ése es el deseo de los familiares, por lo visto.

No va a ser tarea fácil.

Aflojo el paso hasta que Lesley llega a mi altura y cojo delicadamente el asa de su maleta.

—Pareces exhausta. Deja que te la lleve un rato.

Su marido camina arrastrando los pies al final del grupo, cabizbajo, cargando otra maleta y varias bolsas de plástico. Mike Shaw lleva su maleta y la bolsa de viaje de su exmujer. Le ha dejado que la saque de la cinta de equipajes después de señalársela, pero luego no ha hecho ni el menor ademán de llevarla ella misma. Camina justo detrás de Lesley, aunque las dos mujeres apenas cruzan palabra.

Lesley se coge de la mano de su marido mientras el chófer de Clive Barnes carga el equipaje en el maletero del monovolumen que nos espera. Pese al calor que hace, parece aterida de frío, tiembla, le castañean los dientes. «Ahora todo es real —pienso—. Esto no es un *post* de Facebook. Están aquí y su hija seguramente está muerta.»

Malcolm ayuda a Lesley a subirse al vehículo y yo tomo asiento entre ella y Jenny, disculpándome cuando trato de abrocharme el complicado cinturón central. Los maridos se sientan delante. Lesley y Jenny miran por las ventanillas y los hombres tratan con torpeza de entablar conversación.

—Les he reservado habitaciones en un hotel próximo a la embajada —informa Clive Barnes—. Los llevaré después de que hayan identificado...

Hay un compás de espera. No reúne el valor necesario para pronunciar la palabra *cadáveres* y nadie en el vehículo se presta a ayudarlo.

Al final, Malcolm dice «¿Seguro que son Alex y Rosie?», y noto que Lesley se crispa a mi lado.

—No lo sabemos con seguridad, pero han de saber que se ha confirmado que los cadáveres corresponden a dos mujeres jóvenes occidentales que coinciden con las descripciones de sus hijas.

Acaricio el brazo de Lesley y ella se apoya en mí y rompe a llorar.

Jenny aparta la vista.

Malcolm intenta continuar:

—Queremos hablar con la policía de inmediato e ir al lugar del incendio.

—Sí, por supuesto —asiente Clive Barnes, y parece aliviado—. Uno de mis colegas ha hablado hace un rato con el inspector que dirige la investigación. Las autopsias se efectuarán esta mañana y la policía sigue buscando entre los restos del incendio. Tal vez sea aconsejable que dispongan de un intérprete para cuando no pueda acompañarlos. ¿Me ocupo de buscarles uno?

—¿Cuánto dinero costará? —murmura Mike Shaw.

—Sí, por favor, señor Barnes —añade Malcolm.

—Por favor, llámenme Clive.

Lesley sigue sollozando apoyada en mí.

—Amor mío —dice Malcolm, volviendo su fornido cuerpo desde el asiento delantero y tendiéndole la mano—. Intenta aguantar.

El monovolumen se detiene frente a una barrera en un callejón estrecho. Más allá, veo a varios policías en uniformes grises con máscaras que cubren sus bocas, así como a unos operarios con maquinaria pesada. También veo a Don Richards.

—Quizá sea conveniente no hacer declaraciones a la prensa —sugiere Clive Barnes, aunque enseguida puntualiza—: Lo siento, señora Waters. Es lo que recomendamos en estos casos.

—Ya. Pero la prensa puede ayudarlos a presionar a las autoridades para averiguar qué ha pasado aquí —opino, procurando mantener un tono de voz desapasionado.

—Sí, ya veremos. ¿Salimos?

Los cuatro enfilan juntos y veo que Lesley y Jenny se cogen de las manos de Malcolm cuando llegan a la altura del policía que custodia la barrera. Mike va dos pasos por detrás.

Don Richards se acerca enseguida.

—¿El señor y la señora O'Connor? ¿El señor y la señora Shaw?

Los padres alzan la vista con gesto ansioso.

—Hola, Don —digo.

—Mi querida amiga. Aquí estás.

Percibo una nota de decepción en su voz. Me he adelantado.

—¡Dios mío! Por favor, que no sea mi hija —susurra Lesley cuando la hacen pasar con los demás. Me dispongo a seguirlos, pero mi apreciado Clive Barnes me detiene con una mirada.

—Sólo familiares. Son órdenes de la policía.

Mierda.

Busco la mirada de Lesley para pedirle ayuda, pero los O'Connor sólo tienen ojos para el armazón tiznado del edificio. Lo que queda de la pensión se inclina sobre la calle como un viejo borracho, vomitando sus últimos escombros. Parece que todas las plantas se han hundido. Un colchón de espuma carbonizado yace abarquillado en la calle y los pies levantan remolinos de ceniza.

El hedor a humo y hollín se me adhiere a la garganta cuando les grito: «¡Te espero aquí!». No sé si Lesley me ha oído, pero saco el teléfono para

grabar su entrada a las ruinas del edificio.

Me agacho en el bordillo, rodeada de polvo, en un ambiente sofocante, y me pongo a escribir mi artículo en el móvil. Tengo que enviar el texto y estar preparada antes de que las familias regresen. Uso mis pulgares para teclear las declaraciones y una descripción del lugar de los hechos, mientras Don Richards trata de leer lo que escribo por encima de mi hombro.

—Lárgate, Don —digo cuando finge querer arrancarme el móvil de las manos—. Arréglatelas sólo con las descripciones.

—Es lo que estoy haciendo, colega.

De pie, garabatea algo en su cutre libreta sin despegarse de mí.

—Lo enviaré con mi portátil. Me debo al mejor postor —apunta, metiéndose el cuaderno en el bolsillo—. Ya vuelven. Ha sido rapidito.

Pulso el botón de «enviar» y me incorporo para grabar su regreso. Parecen un cortejo fúnebre, cabizbajos, con Malcolm rodeando los hombros de su esposa con el brazo, sosteniéndola.

—¿Cómo estás, Lesley? —pregunto en voz baja cuando el grupo nos alcanza.

—Es desolador, Kate. ¿Lo has visto?

Rodeo el agente de policía más cercano y miro por un hueco en la barrera el montón de restos que han desescombrado. Es difícil hacerse una idea, pero creo ver el esqueleto tiznado de una mochila, o quizá sea la estructura retorcida de una cama.

—No he visto nada de Alex —comenta Lesley—. Es buena señal, ¿no? ¿No?

Asiento.

—¿Qué dice la policía?

Clive Barnes carraspea ruidosamente para interrumpirnos.

—Deberíamos ir ahora a la comisaría de policía. Y luego al hotel. Tienen que estar agotados.

—No nos iremos a dormir hasta que hayamos hecho todo lo que esté en nuestras manos —asegura Malcolm—. Tenemos que hablar con la policía. Vamos, Lesley.

Mike Shaw asiente y trata de coger la mano de su exmujer. Ella casi se la acepta, sus defensas tienen que estar bajo mínimos, aunque todavía hay algo que la refrena y lo aparta de un manotazo.

—Jenny —le oigo susurrar—. Por el amor de Dios. Estamos aquí por Rosie, no por nosotros.

El semblante de Jenny empieza a desmoronarse.

—Esto no habría pasado si no le hubieras dado el dinero para venir.

Oigo que a Lesley se le corta la respiración y trato de no encontrarme con su mirada mientras Mike Shaw se dirige con paso airado al coche.

—Deja que se vaya —dice Jenny cuando Malcolm se apresta a seguirlo—. No hay nada que se le dé mejor que largarse.

—Tranquilízate, Jenny —pide Lesley—. No sirve de nada empeorar la situación torturando a Mike.

Jenny vuelve a echarse a llorar y Mike la acompaña al vehículo.

Lesley se coge de mi brazo al pasar junto a mí.

—No incluyas nada de esto en el periódico, por favor. Los dos están destrozados. La gente se dice cosas terribles en situaciones así.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Don me lleva a una de las innumerables cafeterías que hay en las inmediaciones mientras esperamos a Mick y tratamos de conversar en medio del sonido a todo volumen de los grandes éxitos de Eagles.

—¿Por qué todavía no han confirmado las identidades? —digo, revolviendo las hojas de mi té verde para que me entreguen todo su aroma—. ¿Tienen el material necesario? ¿Pueden hacer pruebas de ADN aquí?

—Claro que pueden. Tailandia no es un país tercermundista. Pero los viajeros extranjeros no son su prioridad. Se les mueren cientos de turistas al año, sobre todo ahogados y en accidentes de tráfico, y para los polis esas muertes son un soberano coñazo. Las despachan a toda prisa. La muerte y el caos son fatales para la industria turística.

En la mesa de al lado, un chico tostado por el sol y con una camiseta de tirantes nos escucha sin la menor sutileza, cayéndose prácticamente de la silla para captar nuestras palabras.

—Hola —digo, incapaz de seguir haciendo como si no estuviera—. ¿Te alojas en una de esas ratoneras?

Nos obsequia con una sonrisa en plan «estoy colocado» y mueve los brazos un poco.

—¿Sí o no? ¿Estabas aquí cuando empezó el incendio?

Asiente.

—Estaba regresando a mi hostel cuando vi el humo y todo el rollo.

—¿Conocías a la gente que se alojaba allí?

El chico se ríe nervioso.

—No, aquí casi nunca sabes quién duerme en la cama de al lado cada noche... ¡Como para saber quién duerme en otro hostel!

Me vuelvo hacia Don y me encojo de hombros.

—Inútil.

—Lleva razón. Algunos de estos sitios amontonan a los chicos por todas partes. Y la dueña del hostel ha desaparecido sin dejar rastro. No me sorprende, la verdad. Este barrio es una caja de cerillas, mira esos cables.

Levanto la mirada y me fijo en la maraña de cables que sobrevuelan la calle entre fachada y fachada.

—Hay cortes de luz constantes y hay basura y bombonas de butano viejas tiradas por todas partes. Las chicas no tenían escapatoria si estaban ahí dentro.

—¿Dónde demonios se ha metido Mick?! —grito, sobresaltando al fumeta que tenemos al lado—. Estamos perdiendo el tiempo. —Marco su número y tomo un sorbito del líquido amargo.

»¿Dónde te has metido?! —le grito también al teléfono—. ¿No sabes dónde está esto?... ¿Cuánto tardarás? Vale. Estamos en una cafetería al final del callejón. Si no estás aquí a la de ya, me largo.

Don levanta la ceja en gesto interrogativo.

—Debo hablar con el superviviente —explico—. Es la única exclusiva que tengo.

Tanta hiperactividad me provoca ardor de estómago. Estas primeras horas sobre el terreno son decisivas para el éxito o fracaso del reportaje. Tengo que ser la primera en llegar a todas partes y me pregunto dónde estará Louise ahora. Ya me ha entrado la paranoia del periodista.

Seguramente estará sentada junto al superviviente, sosteniendo su mano y sonsacándole toda la historia. Habrá sobornado a Don para que me haga perder el tiempo aquí.

—Mierda. Me voy ahora mismo.

—No nos dejarán verlo —dice Don—. No todavía. He ido a primera hora esta mañana, pero no ha habido forma. Mi conocido me pasará el aviso cuando podamos entrar.

Un taxi se para delante de la cafetería y veo que Mick se baja. Empieza a disculparse antes de que le pueda decir nada.

Me pongo de pie y el calor cada vez más sofocante del día me hace perder el equilibrio.

—Putas seguridad del aeropuerto. Alguien me habrá señalado. Me han parado a mí y a un tipo de la BBC para registrarnos. Seguro que ha sido Louise.

—¿Dónde está ella? ¿Y los otros?

—En la comisaría. Los familiares están de camino. Se comenta que darán una conferencia de prensa más tarde. George me llamará cuando se entere. Le he asegurado que le daríamos alguna migaja a cambio.

—Vale. Si dicen algo en la rueda de prensa nos enteraremos por las agencias. Lesley me ha prometido que hablaría conmigo en el hotel en un par de horas, así que todavía disponemos de un poco de tiempo. Tenemos que colarnos en el hospital antes de que la tropa se entere de que hay un posible superviviente.

—¿Un superviviente? —pregunta Mick.

—Te lo contaré en el taxi —respondo, tirando mi bolsa al maletero y metiéndome en el asiento delantero, al lado del taxista, que me mira perplejo—. Ven, Don. Necesitamos que nos hagas de traductor. Y pídele que suba el aire acondicionado. Me estoy asfixiando aquí dentro.

De camino, informo a Mick y llamo a la redacción para confirmar que mi texto les ha llegado. Quiero hablar con Terry, pero he perdido la noción del tiempo. Son seis horas antes en Londres y el turno de madrugada todavía sigue al mando de la redacción. Viejas glorias y dinosaurios varios. Es lo que hay.

—La casa de los condenados al aparato —me gruñe Gordon Willis, antiguo encargado de la crónica negra—. Ah, eres tú. Acabo de leer tu textito, Kate. Muy conmovedor si te gustan este tipo de historias.

—Vete a la mierda, Gordon. Es una exclusiva. De todos modos, ¿qué estás haciendo tú en la redacción? No me puedo creer que te hayan permitido volver a meter los pies en el edificio. Te daba por jubilado y viviendo en la Costa del Sol con todos los villanos de los que has escrito. ¿Qué ha pasado? ¿Te has fundido tu indemnización en sangrías?

—Me apetecía descansar un poco de la finca. Y además me lo pidieron de buenas maneras. ¿Ya has visto a Don?

—Pues lo tengo conmigo, sentado en el asiento de atrás de nuestro coche, que va a toda pastilla. Le transmito tus saludos.

—Perfecto. ¿Adónde vais ahora?

—Al hospital. Intentaremos ver a un posible superviviente, un chaval con quemaduras al que ingresaron la misma noche del incendio. De momento es todo nuestro. Díselo a Terry cuando se despierte, y coméntale también que luego iré a ver a los padres, por mi cuenta, y que las identificaciones oficiales de las chicas se esperan para hoy, y que la policía no suelta prenda.

—Vale. Le diré que te llame cuando sepa algo de él. Tendrás que esperar una hora todavía, a no ser que prefieras que lo despierte ya mismo.

—No, mejor que no. Escucha, estamos llegando. Hablamos luego.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA MADRE

Lesley miró a su alrededor: la sala estaba iluminada con fluorescentes montados en el techo, el suelo era un damero de azulejos moteados color crema y negro, los altos armarios eran de acero inoxidable. Y el olor era indescriptible. Tardó varios minutos en decidirse a mirar el carro. Una sábana blanca cubría el cuerpo y asomaba un pie con las uñas pintadas de verde lima.

—Señora O'Connor —le decía alguien a su lado. Era Clive—. ¿Está preparada?

No lo estaba, pero ¿cómo podía estarlo alguien para algo así? Malcolm le cogió la mano. Ella la notó helada. Como si fuera de piedra.

—Sí —dijo, porque no podía decir otra cosa.

El ayudante de la morgue apartó la sábana, revelando la efigie cérica de su hija. La mano de Malcolm se crispó en la suya. Quiso tender la mano y tocar la cara de Alex. Consolarla. Pero el ayudante intuyó su ademán y la detuvo.

—Por favor, no toque el cadáver —pidió en voz baja un agente de policía, un hombre de aspecto severo que estaba de pie a un lado.

—Alex —le corrigió ella—. Por favor, no toque a Alex.

—¿Puede confirmar que es su hija, Alexandra O'Connor? —continuó el hombre, como si la madre no hubiera hablado.

—Era —replicó Lesley—. Ya no es ella, ¿no?

El agente pareció desconcertado.

—Es nuestra hija —dijo Malcolm.

Lesley habría querido quedarse, pero su marido la acompañó a la sala de espera, donde Jenny y Mike Shaw estaban sentados en silencio. No hizo falta que Lesley hablara. El rostro de Jenny se crispó al verlos y Malcolm le cogió la mano.

—Es Alex, Jenny. ¿Quieres que entre contigo?

Mike Shaw se puso de pie con dificultad.

—No, no es necesario. Podemos solos.

Su exmujer estaba a su lado cuando la puerta se abrió y los hicieron pasar.

Mientras Lesley esperaba, oyendo los ecos del desconsuelo en la sala adyacente, consideró la posibilidad de que nada de eso hubiera ocurrido realmente. Que se despertaría en unos instantes y miraría su viejo despertador mientras oía a su hija pequeña en la ducha. Gastando toda el agua caliente.

Mike y Jenny aparecieron de nuevo y Lesley regresó a la sala de espera.

—Estaba pensando que quizá todo esto sea un sueño —dijo.

—No, amor. Me temo que no lo es —murmuró su marido—. Ahora tenemos que pensar con claridad.

«Ahora. Ahora que está confirmado.»

Lesley miró la cara de Jenny, vacía por el shock.

—He querido tocar a Alex —explicó—, pero no me han dejado.

—Por un momento he pensado que no era ella —intervino Jenny—. La chica sobre la mesa tenía un tatuaje pequeño de una rosa en el hombro. Iba a decir que no era Rosie, pero sí era ella. No sabía que se hubiera hecho un tatuaje. He intentado darle un beso y me han dicho que no podía, que habrá tiempo para hacerlo después. Pero no habrá tiempo, ¿no? No habrá más besos. La última vez fue en el aeropuerto.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —Lesley sollozó—. Tenemos que averiguar por qué murieron así.

—Lo haremos, amor mío —dijo Malcolm.

—Vamos a hablar con la policía —intervino Clive, adelantándose.

El coronel de policía de la Unidad Anticrimen era un hombre formal pero correcto. Iba acompañado del intérprete contratado por las familias, un joven vestido con un traje ceñido que llevaba gafas de Harry Potter y un ridículo tupé de colegial.

Cuando se sentaron, el policía procedió a resumir los hechos según los veía.

—Las víctimas fueron halladas juntas en la parte trasera del edificio —tradujo el intérprete tras escuchar al coronel y tomar apuntes. Sus palabras

sonaron ásperas después de la cadencia musical del policía en su relato de los hechos.

—Pero su habitación estaba en el piso de arriba —dijo Lesley—. Alex nos los dijo en un email. Bromeó diciendo que era un ático.

—No en una habitación. Era una especie de armario —repuso el intérprete, con gesto confundido.

—¿Un armario? —repitió Lesley.

El intérprete hizo una pregunta al coronel y asintió servil antes de volverse hacia su público.

—Más grande que un armario. Un sitio para guardar cosas. Cosas frías —intentó explicarse el joven, pero el coronel había empezado a hablar de nuevo y su aluvión de palabras se iba alejando del intérprete, quien agachó la cabeza y volvió a tomar notas.

»Hubo una fiesta en la planta baja —les aclaró cuando el coronel volvió a parar para respirar.

—Ha dicho más cosas —le retó Lesley—. Ha hablado un montón. ¿Por qué no nos lo dices todo?

—Es lo que hago, señora —aseguró el intérprete, evidentemente dolido por que pusieran en cuestión su profesionalidad—. Iba a continuar...

—Adelante —dijo Lesley.

—En la fiesta se tomaron drogas y alcohol...

—¡Nuestras hijas no tomaban drogas! —bramó Jenny—. ¿Por qué dice eso?

El intérprete no tradujo sus palabras al coronel.

—La policía cree que una persona borracha o drogada tiró sin querer una vela en la fiesta —continuó—. O un cigarrillo no apagado. Es muy probable que fuera un accidente.

—¿Rosie fumaba? —preguntó Mike.

—No —murmuró Jenny.

—El fuego se extendió muy deprisa por las habitaciones. La parte delantera del edificio era principalmente de madera. Las dos chicas se escondieron del fuego en una cámara frigorífica. Murieron por... —El joven buscó las palabras adecuadas, llevándose las manos a la garganta para dar a entender que habían muerto por asfixia.

—Creo que quiere decir inhalación de humos —susurró con rapidez Clive Barnes para cortar aquella pantomima antes de que se volviera demasiado gráfica.

—Y ataque al corazón —añadió el intérprete. Lesley creyó ver a Barnes poniendo cara de resignación.

—La dueña del hostel está en busca y captura por incumplimiento de la normativa de seguridad.

Y con esas palabras el coronel cerró su carpeta, juntó las palmas de las manos a la tailandesa para mostrarles su respeto al tiempo que bajaba la cabeza, y se dispuso a marcharse. Malcolm trató de imitar el gesto, pero Lesley se puso de pie de un salto para impedir que el coronel se fuera.

—¿Nadie las oyó gritar? Seguro que gritaron pidiendo ayuda...

El coronel permaneció inmóvil, con gesto impasible.

—El coronel dice que nadie sabía que estaban allí hasta que encontraron los cadáveres —tradujo el intérprete.

—¿Nadie oyó ni vio nada? ¿Y la otra gente que había en la fiesta? —preguntó Mike—. ¿Dónde están? ¿Qué han dicho de lo que ocurrió? ¿Por qué pudieron escapar y nuestras hijas no?

El coronel pareció impacientarse con las preguntas.

—No hemos encontrado a ningún testigo.

—¿Así que me informa de que nuestras hijas eran las únicas personas en la pensión en el momento del incendio? ¿Dónde están todos los demás huéspedes? No se puede celebrar una fiesta con sólo dos personas, ¿no?

El coronel se encogió de hombros delicadamente.

—No hemos encontrado a ningún testigo —repitió.

—Hemos oído que hay un joven con quemaduras en el hospital —señaló Lesley, recordando la conversación con Kate.

—No tiene interés para la investigación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lesley al intérprete.

El coronel mantuvo su gesto impertérrito mientras desgranaba una explicación más larga.

—Dice que el joven ingresado en el hospital no ha podido contarles nada —respondió el intérprete—. Ni siquiera estamos seguros de que estuviera en la pensión.

El coronel les tendió a todos una mano blanda.

—Les entregaremos los cadáveres en unos días —dijo para concluir la conversación—. Les daremos la documentación para que puedan llevárselas a Inglaterra.

Más tarde, Clive Barnes volvió a acompañarlos al monovolumen.

—No parecías muy contento ahí dentro, Clive —indicó Lesley—. He tenido la impresión de que ese Harry Potter no nos contaba todo lo que le decía el policía.

Barnes parecía incómodo.

—No hablo muy bien el tailandés, pero estoy seguro de que se ha saltado algunas partes.

—¿Qué ha omitido?

—Que la policía había visitado la pensión antes del incendio por un asunto de drogas. Digamos que la policía la tenía en el mapa. También ha entrado en más detalles sobre el hallazgo de las chicas. No presentaban quemaduras ni heridas. Tuvieron que morir por inhalación de humo. La cámara en la que se metieron era de metal y las protegió de las llamas. Se envolvieron en una estera para protegerse.

—Dios mío. —Lesley se imaginó a su hija asustada, escondiéndose de las llamas.

—¿Por qué dicen que hubo una fiesta si no hay testigos? —añadió Jenny.

Barnes movió la cabeza.

—Quizá los otros invitados se han esfumado porque no quieren que la policía tailandesa los interroge por un asunto de drogas —comentó con tacto.

—Nuestras hijas no tomaban drogas —volvió a decir Jenny.

Barnes se quedó callado unos segundos.

—No siempre sabemos qué hacen nuestros hijos cuando están solos, ¿verdad? —dijo finalmente.

—¿Crees que eso explicaría por qué el chico del hospital no ha dicho nada? Tiene que saber algo si estuvo allí —afirmó Lesley—. La policía tendría que interrogarlo otra vez.

Clive Barnes se limitó a poner cara de resignación por toda respuesta.

Bangkok, día once

Miércoles, 6 de agosto de 2014

De: Alex O'Connor
Para: Mags Harding
Asunto: ¡ROSIE ES UNA AUTÉNTICA PESADILLA!

Hola, Mags.

He tenido un día espantoso. Primero, R. ha decidido que iba a hacerse un... ¡tatuaje! Me ha suplicado que la acompañase y que le cogiera la mano. Le he dicho que era una mala idea. Que no podría tomar el sol, nadar o cualquier otra cosa que pudiera provocarle una infección. Pero no me ha hecho ni caso. No entiendo cómo se lo ha pagado, saliendo todas las noches. Y su madre la matará si se entera.

JW le ha dicho que duele un montón y le ha enseñado su tatu, un puñal pequeñito que alguien le hizo con un alfiler y un bote de tinta una noche que no daban nada en la tele, o eso cuenta. Pero ella ni caso. Evidentemente, se ha echado a llorar en cuanto el tatuador le ha puesto la aguja en la piel. Gritaba: «¡Me está haciendo daño, Alex! ¡Dile que pare!». En fin, superhumillante. Ha montado tal numerito que la mujer que le había cobrado ha entrado y le ha dicho que estaba asustando a los otros clientes. La mujer sonreía como si fuera una broma —esta gente sonríe todo el rato, en especial cuando no viene al caso para nada— y le ha dicho que no devolvían el dinero y que se quedara quietecita y chapase la boca, básicamente. Quería hacerse una lagartija grande en el hombro, como la de Lars, pero la he convencido de que se pidiera algo más pequeño. Al final ha pedido una rosa. Tenía un aspecto horrible cuando se lo han terminado, todo baboso y sanguinolento. Un asco.

Después, hemos regresado directas a la pensión para que Rosie pudiera acostarse un rato, pero cuando la estaba ayudando a quitarse la camiseta para que no se tocara la herida del hombro ha pasado una cosa rarísima. ¿Sabes esa sensación de que alguien te está espionando? Y me ha parecido que algo se movía justo en el hueco entre las cortinas. No terminan de cerrar bien en el centro. Me ha hecho pegar un bote y Rosie ha gritado porque le he tocado el brazo. Nos hemos asustado las dos. Rosie me ha obligado a ir a echar un vistazo. Yo estaba asustadísima. He abierto la puerta muy despacio. No me quitaba de la cabeza esa peli de terror que vimos, *Hostel*. Temblaba por todas partes. Pero no había nadie. Aunque alguien había estado ahí. Eso seguro.

Rosie estaba más interesada en tomarse un analgésico, pero he sacado mi costurero de emergencia y he cosido las cortinas. Pronto te cuento más.

Besos, A.

Aquella noche, Rosie siguió sacando el máximo partido a su tatuaje, haciendo teatrales muecas de dolor cuando alguien se le acercaba y matando de aburrimiento a todo el mundo con lo mucho que le había dolido.

—Ha sido como si me apuñalaran —le dijo a Mama, la única persona de la pensión dispuesta todavía a escuchar su trágica historia—. Tendrían que haberme avisado.

Mama la consolaba y sonreía mientras inspeccionaba la herida.

—Pobre Rosie —murmuraba—. Voy a darte algo.

Le llevó varios rollos de algodón de la trastienda, la zona misteriosa donde Mama parecía vivir.

No le había hecho mucho caso a Alex cuando la joven le habló del mirón. «Seguramente el ventilador movería las cortinas —le había explicado—. Esta pensión es un sitio agradable. No tenemos problemas aquí.» Asunto cerrado.

«Me pregunto si habrá un señor Mama», pensó Alex, mientras miraba a la dueña moviéndose en un caftán y unos tacones altos grandes como barcos.

Alex había soltado una carcajada tan sonora al pensarlo que tanto la enfermera como la paciente se volvieron y la fulminaron con la mirada.

—Cierra el pico, Alex. ¿No ves que me duele? —protestó Rosie.

—Tómate esto, cariño —dijo Mama, poniéndole una pastilla en la mano—. Te encontrarás mejor.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

El doctor ha pensado que éramos parientes. No habíamos dicho que lo fuéramos, pero nuestro taxi ha llegado derrapando al hospital, nos hemos bajado corriendo y supongo que les hemos parecido muy occidentales y muy desesperados, porque los vigilantes nos han hecho pasar inmediatamente a un despacho.

Don y un joven doctor local de gesto serio han mantenido una conversación en tailandés en la que las ristras de palabras subían y bajaban por el pentagrama, y que ha concluido cuando el doctor ha asentido y nos ha mirado a Mick y a mí con gesto compasivo.

—¿Qué le has dicho? —le he preguntado, pero al instante Don me ha hecho callar, acompañándome fuera del despacho.

—Da igual.

—¡Dímelo!

—Que habías volado desde Inglaterra para ver al superviviente del incendio. El doctor ha supuesto que eras una familiar.

—¿Y le has sacado de su error?

Don me ha guiñado el ojo y me ha dicho:

—Cállate. Ya estás dentro. Tercera planta, habitación seis. El doctor dice que tienes cinco minutos.

No sabía muy bien qué hacer, rodeada de gente desconocida que pasaba a nuestro lado, hasta que Mick me ha dado el empujón que necesitaba.

—Vamos, Kate. Subimos y le preguntamos si quiere vernos. No hay nada malo en eso.

He asentido y nos hemos encaminado al ascensor.

Y aquí estamos. Mirando una cama vacía. No sólo vacía, porque también han quitado todas las sábanas del colchón, dejándola preparada para el siguiente paciente. Don sale para asegurarse de que no nos hemos equivocado de habitación, pero vuelve enseguida moviendo la cabeza.

—Estamos en la habitación seis. Voy a buscar a una enfermera.

Cuando regresa lo veo serio.

—Se ha largado. Ha pedido el alta a primera hora. La enfermera me ha dicho que no han podido disuadirlo.

«Y mientras tanto yo estaba esperando a Mick», pienso cabreada.

—¿Tenemos un nombre, una dirección?

—No. La enfermera me ha dicho que es confidencial. Me ha preguntado quién era. Creo que ha ido a buscar a un superior. Igual tenemos que pirarnos rápido.

—Pensaba que tenías un contacto aquí.

—Y lo tengo. He intentado buscarle, pero está haciendo la ronda.

Me dan ganas de gritar. Qué poco ha faltado. Si hubiéramos llegado un par de horas antes...

Mientras busco algo que lleve un nombre en la taquilla que hay junto a la cama, entra en la habitación el doctor de gesto serio que he conocido en el vestíbulo en compañía de una colega.

—Hola —saluda ella en inglés—. Yo atendía a este paciente, señor Waters.

—En realidad es señora Waters —la corrijo.

Parece desconcertada.

—Lo siento, no tiene importancia —añado rápidamente—. ¿Sabe adónde ha ido su paciente?

La doctora se encoge de hombros.

—No. Quizá lo sepa la policía. Vinieron a hablar con él. Esta mañana ha dicho que quería irse. No tenía dinero para quedarse.

—¿Era inglés?

—Sí, señor Waters. Es inglés.

—Señora Waters —digo de nuevo, tratando de ocultar mi enfado—. No soy el señor Waters, soy la señora Waters.

—¿Es usted la señora Waters? —pregunta la doctora.

—Sí, sí. ¿Qué más sabe de su paciente? ¿Cómo se llama?

—Señor Waters —dice ella.

—Escuche... —empiezo, y me siento atrapada en un delirante *sketch* cómico.

—¿Se refiere a que el paciente se llama señor Waters? —tercia Don.

—Sí, el paciente es el señor Waters.

Tengo la sensación de despeñarme por un precipicio.

—¿Nombre de pila? —acierto a preguntar, aunque ya sé la respuesta.

La mujer saca una hoja de papel.

—Jake.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

—¿Qué ocurre aquí? ¿Le conoces? —pregunta Mick, alzando de repente la voz—. ¿Kate?

—Es mi hijo —declaro, y me siento en la silla que hay junto a la cama vacía de Jake.

—¡No! ¿En serio? —exclama Mick, arrimando otra silla.

—No me puedo creer que sea él.

—Y que lo digas... —oigo murmurar a Mick.

La doctora y Don están hablando de algo en voz baja.

—¿Por qué no me lo dijo nadie? —quiero saber—. ¿Por qué no se pusieron en contacto conmigo cuando ingresó en el hospital?

—No quería que se lo dijéramos a nadie —explica la doctora—. Estaba en su derecho, señora Waters.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiso que lo supiéramos? —clamo al vacío, y todo el mundo empieza a moverse hacia mí. Don me ayuda a levantarme sobre mis piernas tambaleantes.

—Vamos. Te acompañaremos al hotel. Te has llevado un buen golpe. Cógela del otro brazo, Mick.

—¿Eran graves las heridas? ¿Estaba quemado? —inquiero, quitándomelos de encima.

—No mucho —responde la doctora—. Sus heridas no eran demasiado graves. Tiene quemaduras en las manos y alguna laceración en la mejilla derecha y en la nariz.

Se pone a hablar de la profundidad y extensión de las quemaduras, el tiempo de recuperación, y trato de asimilarlo todo, pero mi mente no para de saltar a una imagen de mi hijo tratando de escapar del edificio en llamas. El

pánico que habrá sentido él lo noto agitándose ahora en mis entrañas. Quiero abrazarlo para saber que está a salvo, pero no puedo. Tengo que conformarme con darle unas palmadas al colchón en el que ha estado acostado.

—¿Sabe lo que les ha ocurrido a las chicas? —pregunta Don a la doctora, y de pronto recuerdo por qué estoy aquí.

Ella asiente.

—Los policías le preguntaron por ellas cuando vinieron. Pero no sabemos si lo entendió. Estaba en shock cuando ingresó. No pudo decir nada durante los dos primeros días y no se refirió a ellas cuando volvió a hablar. Aunque todo eso es del todo comprensible en estas circunstancias.

Asiento como si yo también lo comprendiera, pero no consigo hacerme a la idea de lo que acabo de saber.

—¿Y seguro que era Jake? —digo.

Me tiende la hoja para que la vea. Contiene su fecha de nacimiento, su número de pasaporte. Es mi chico.

Junto a la casilla de «familiares cercanos» se lee «desconocido».

—Tengo que llamar a Steve —le informo a Mick, y éste le indica a Don con un gesto que deben salir de la habitación.

—Vamos a buscarte un vaso de agua —señala, y los oigo marcharse conversando.

—Es increíble. Estas cosas no pasan ni en las novelas —murmura Don.

Marco el número despacio, intentando aplazar el momento.

¿Qué le voy a decir? ¿Cómo se lo voy a explicar? No sé nada. Para empezar, por qué estaba Jake en el hostel. O qué ha estado haciendo últimamente. En qué ha andado metido estos dos últimos años.

Steve responde de inmediato.

—Hola. Qué temprano llamas. Tienes suerte porque acababa de despertarme. ¿Qué hora es allí? ¿Cómo ha ido el vuelo? La obra de teatro estuvo genial. Intentaré conseguir más entradas para cuando vuelvas.

—Steve, ha pasado algo. Es Jake —digo sin pensar.

—¿Jake? ¿Qué? ¿Qué ha pasado? —Su voz llega fuerte y rebosa del teléfono llenando la habitación—. ¿Ya estás en Phuket? ¿Cómo está? ¿Puedo hablar con él?

—Steve, estoy en un hospital de Bangkok. Jake estuvo en el incendio. El incendio del hostel que he venido a cubrir.

Se queda callado unos segundos, perplejo, mientras trata de asimilar la noticia.

—¿Qué?! —grita—. No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver Jake con el incendio?

—Estuvo allí, Steve. No sé por qué. La policía ha hablado con él. Fueron al hospital a interrogarlo.

—¿Al hospital? ¿La policía? ¿Vio lo que pasó?

—No lo sé.

—Dios mío, ¿está herido?

—Los médicos aseguran que no corre peligro. Dicen que tenía quemaduras en la cara y en las manos.

—¿No lo has visto?

—No. Se ha marchado. Ha desaparecido del hospital.

—¿Ha desaparecido?

—Sí, ha desaparecido. Estoy muy asustada, Steve.

—No lo entiendo, Katie.

—Yo tampoco. La doctora me ha dicho que se fue después de que viniera la policía. No quería que nos enterásemos de que estaba aquí, Steve. Le pidió al hospital que no se pusiera en contacto con nosotros.

Lloro tan fuerte que no puedo hablar.

—Respira hondo tres veces, cariño —me sugiere Steve—. Necesito entender todo lo que me estás contando. Y necesito ver tu cara, Katie. Llámame por Facetime para que pueda verte.

Cuelgo y cierro los ojos. Tomo aire despacio, intentando acompañar la respiración sin conseguirlo, y dejo que el pánico baje de mi garganta hasta mi estómago antes de llamar a Steve por Facetime. Puedo ver la tensión en su rostro cuando aparece en la pantalla.

—Ahora vuelve a empezar desde el principio —pide.

Y eso es lo que hago. Como si estuviera dictando un artículo a un transcriptor en los viejos tiempos. Punto y aparte. Dijo, dos puntos, cita. Punto final.

Y Steve habla con su voz tranquila de médico especialista, me asegura que lo encontraremos, me cuenta cómo se recupera la piel, que nos lo llevaremos de vuelta a casa lo antes posible, que todo irá bien. Me dice todo lo que necesito oír.

Y cuando llegamos al final de la historia digo:

—Perdóname, Steve.

—¿Por qué me pides perdón? —pregunta, aunque lo sabe.

—Lo he perdido. Me avisaste.

Suspira.

—No es culpa tuya. Vuelve al hotel. Tenemos que hablar con las autoridades. Necesitamos ayuda para encontrarlo. Pero lo encontraremos. Llámame cuando llegues al hotel, ¿vale?

—Vale.

Sin embargo, nada me vale. Todo ha cambiado en esta habitación que huele a vendajes y antisépticos. Ya no soy la periodista. Ahora soy la madre.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Don ha llamado varias veces a la policía turística y aguzo el oído cada vez que le oigo pronunciar el nombre de Jake. Me pregunto qué les estará diciendo. Mick me hace sentarme en un banco de la recepción y trato de pensar como la periodista que soy. ¿Adónde iría un hombre herido con poco dinero? ¿Se alojaría en el hostel más cercano? ¿Iría a la embajada? ¿O a casa de unos amigos? Necesitaría encontrar una farmacia para comprar analgésicos. ¿Tenía una receta? He de preguntárselo a la doctora. Ella podría poner sobre aviso a las farmacias. Escribo «farmacias» en mi cuaderno. Mi letra fluye temblorosa y mi mente vuelve a divagar hacia la cama vacía.

«¿Dónde estás?», me pregunto. Llevo haciéndome esta pregunta desde el 1 de mayo de 2012, cuando Jake salió de casa con su mochila y sus sentimientos heridos. ¿Cómo he permitido que esto durase tanto?

Tengo que hacer algo. Lo que sea. Marco el número de Clive Barnes que figura en su tarjeta de visita. No parece que oír mi voz le alegre demasiado.

—De momento no tenemos nada que ofrecer a los medios de comunicación, señora Waters. Tendrá que esperar. Ahora mismo estoy un poco ocupado con las familias de las chicas, así que le agradecería que me disculpe...

Interrumpo el discurso formal con el que pretende despacharme y le suplico que se apiade de mí. Le hablo de Jake. Su voz adopta al instante el tono de apoyo a las víctimas y disimula cualquier sorpresa (y secreta sensación de victoria) que pueda sentir al ver a una representante de la prensa del reino con el paso cambiado.

—Entiendo —afirma simplemente—. Tiene que estar muy preocupada. Explíqueme los detalles, por favor: su fecha de nacimiento, su número de

pasaporte si lo recuerda, deme una descripción física, y veré qué puedo hacer. Intente no preocuparse demasiado.

«Está siguiendo un guion», pienso, aunque trato de apartar la idea de mi cabeza.

—¿Puedo preguntarle si se lo ha comentado a las familias de las chicas? —dice—. Tengo entendido que habla con ellas con frecuencia.

—Pues... Todavía no. Acabo de saberlo.

—Yo se lo diré. Es preferible que no se enteren por los medios de comunicación, ¿no?

Pues sí, un breve instante para relamerse en la victoria.

—Me gustaría decírselo a Lesley —suplico—. Podré responder a sus preguntas. Le hablaré de madre a madre...

—Como prefiera. Estaremos en contacto, Kate. Y, por favor, hágame saber si Jake aparece.

Mick me está tirando del brazo. «Aquí están», susurra. A través de las puertas de cristal, veo a la tropa de periodistas salir de un convoy de taxis. Entran en tropel en el vestíbulo del hospital y me ubican inmediatamente.

—Mierda, ha sido la primera en llegar —le oigo decir a Louise.

Mick trata de despistarlos.

—Hola, ¿habéis estado en el lugar del incendio? ¿Sabéis algo de la rueda de prensa? —pregunta él—. ¿Se sabe si la policía está barajando alguna hipótesis?

—De momento no han filtrado casi nada —dice George—. Hemos oído que la pensión era conocida por sus fiestas y por ser un buen sitio donde pillar droga. Todos estamos esperando las identificaciones y las autopsias, así que de momento tenemos que conformarnos con enviar crónicas de circunstancias y entrevistar a los mismos mochileros colocados.

Intento reírme con los demás, pero me siento falsa.

—Qué más dará eso. ¡¿Has hablado con el superviviente, con el chaval?! —me grita Louise desde la otra punta. No es de las que se dejan llevar por las distracciones.

—No —contesto, y mi voz tiembla. Louise me clava la mirada y los periodistas se acercan.

—Pareces disgustada —observó George—. ¿Qué ha pasado? ¿Te has peleado con alguien? ¿Te hacen volver?

—No —respondo—. Nada que ver.

Respiro hondo y me planteo no comentar nada, pero tarde o temprano se van a enterar de todo. Yo lo haría.

—El caso es que el superviviente es mi hijo, Jake.

—¡Nos tomas el pelo! ¿Tu hijo? —exclama George, y se desata un alboroto entre los reporteros.

—Sí, lo sé. Increíble. No lo he sabido hasta que he hablado con la doctora.

—Vaya —dice Louise, y la veo apuntar algo en su libreta.

—Sabía que estaba en Tailandia. Te lo conté un día, George. Pero pensaba que estaba en Phuket, salvando tortugas —añado en un intento de explicación. Supongo que sueno desesperada.

—Dios, menuda sorpresa te habrás llevado. ¿Cómo está, Kate? —pregunta George.

—No muy mal, dice la doctora. Sólo unas quemaduras en las manos y en la cara.

Es como si estuviera hablando con mis amigos —muchos de ellos lo son —, pero son todavía más los que apuntan lo que estoy diciendo. ¿Es esto una rueda de prensa?

—¿Cuántos años tiene Jake? —pregunta alguien.

—¿Estaba de vacaciones?

—¿Cómo escapó del incendio?

—¿Se hizo las quemaduras intentando salvar a las chicas?

—¿Es un héroe, Kate?

Y mientras trato de encontrar las respuestas adecuadas, Louise quiere saber:

—Nos conseguirás una entrevista con él, ¿no?

Los reporteros se quedan callados. Trago mucha saliva.

—No, no podré. Jake ya no está aquí.

—¿Y dónde está? ¿Lo has escondido en un hotel? —replica ella.

—En absoluto. Ni siquiera lo he visto. Ha pedido el alta esta mañana antes de que llegara al hospital. No sé dónde está.

—¿Qué? ¿Ha desaparecido? —dice ella, y la tropa estrecha su cerco alrededor de mí para no perderse ni una palabra.

—¿Y la policía lo sabe? —plantea el enviado de una cadena de televisión desde detrás de su cámara.

Asiento.

—Anoche hablaron con él.

—Entonces ¿es un héroe o un sospechoso? —inquire Louise.

—Cállate, Louise —espeta George—. Pasa de ella, Kate.

—Eso haré —contesto.

Los miro, miro esas caras que conozco tan bien. Son colegas con los que he estado asustada, con los que me he reído, a los que he hecho confidencias, con los que me he emborrachado, pero de pronto me he convertido en una extraña entre ellos. Yo soy la noticia.

SEGUNDA PARTE

LA NOTICIA

Martes, 19 de agosto de 2014

LA MADRE

Se volvió hacia Malcolm en el mismo instante en que se cerró la puerta de la habitación del hotel.

—¿Por qué no me has apoyado? Te has quedado ahí sentado, sin decir palabra.

—No tenía nada que decir, Lesley. Jenny y tú habéis hecho todas las preguntas. Y la policía sabe lo que hace.

—¿Y eso quién lo dice? He visto al tipo de la embajada poniendo cara de circunstancias cuando el policía nos hablaba. Quiero saber qué le pasó a mi hija.

—Nuestra hija.

—Sí, sí, nuestra hija.

—Yo quiero lo mismo. Ya lo sabes. No podemos permitir que esto nos separe, cariño. Es lo que les pasa a las parejas cuando ocurre alguna desgracia. Se vuelven el uno contra el otro. Se culpan. Lo he leído en los periódicos.

—Nosotros no somos como Jenny y Mike —replicó Lesley. Ser razonable era lo último que quería en ese instante. Estaba tan enfadada que creía que iba a explotar. Su hija. Su hija estaba en una morgue y nadie podía explicarle por qué. ¿Por qué estaba muerta Alex? ¿De quién era la culpa?

Malcolm se metió completamente vestido en la cama, agotado, y cerró los ojos.

—¡No es momento de dormir! —gritó ella, sobresaltándole—. Tenemos que encontrar al responsable de esto. ¡Levántate!

Malcolm se puso de espaldas sobre la cama y miró al techo. Las lágrimas corrían por su cara y le mojaban el pelo.

—¡Deja de ser tan pasivo! —chilló Lesley.

Su marido le acercó los brazos y ella se derrumbó en la cama, acurrucándose a su lado.

—Lo averiguaremos —dijo él, mientras le acariciaba el pelo y trataba de calmar sus puños crispados—. Pero si no dormimos un poco no podremos hacer nada, cariño. Estás agotada, no puedes ver las cosas con claridad. Cierra los ojos, aunque sólo sea media hora.

Lesley esperó a que el sueño venciera a su marido, controlando su respiración a medida que se iba acompasando hacia la inconsciencia. Entonces, se levantó de la cama y se sentó al escritorio con una libretita que había encontrado en la mesilla de noche.

Escribió «Tareas», tal cual como si estuviera en su casa, pero en vez de apuntar «llamar al banco, comprar comida del gato, ¡tintorería!», lo que puso fue «Averiguar cómo empezó el incendio, ¿quién más había en el hostel?, ¿hubo una fiesta?, ¿dónde estaban Alex y Rosie?, ¿por qué no salieron?».

Agarraba con tanta fuerza el boli barato del hotel que se astilló. Cuando levantó la vista de la libreta, se vio ojerosa en el espejo.

—¿Por qué no saliste, Alex? —se preguntó, pero la madre desconsolada que la miraba desde el espejo no tenía respuestas.

Sonó el teléfono y cogió la llamada enseguida para no despertar a Malcolm.

—Señora O'Connor —dijo una voz agradable y cantarina desde la recepción—. Ha venido alguien a verla. No cuelgue, por favor.

—¿Lesley? Soy Kate, espero no haberte despertado. ¿Puedo subir?

—De acuerdo. Pero Malcolm aún duerme.

Cuando le abrió la puerta, vio que Kate tenía muy mala cara. Todo su maquillaje estaba corrido, como si hubiera llorado. «¿Qué motivo tendrá para llorar?», se le ocurrió pensar, pero no se lo preguntó. No consiguió reunir las fuerzas.

—Deberemos hablar en el cuarto de baño —le susurró, indicándole el camino. Lesley se sentó en la tapa del váter. Kate eligió el borde de la bañera.

—Hemos identificado a las niñas. Son ellas —dijo Lesley de un tirón—. Tenía la esperanza de que se hubieran equivocado, pero son Alex y Rosie.

—Lo siento muchísimo, Lesley.

—Bueno, sí. Ahora hemos de averiguar qué pasó. —Lesley sabía que podía parecer una loca, pero necesitaba seguir adelante, de lo contrario se

hundiría. «Sé fuerte», se decía a sí misma, hincándose el puño en el muslo para mantener la concentración.

—Desde luego —respondió Kate—. ¿Qué dice la policía?

—Que esa noche hubo una fiesta. Que hubo drogas y alcohol. Que muy probablemente fue un accidente. Eso es lo que nos ha dicho el intérprete. Una vela o algo así.

—Vale —contestó Kate—. ¿Hay alguna prueba de que una vela provocase el incendio?

—No lo sé. No me lo han confirmado. El caso es que no hay testigos según la policía. Pero eso no tiene ningún sentido.

—Vale —repitió Kate.

«¿Por qué no para de decir eso como si no me creyera?»

—Pero Clive Barnes dice que ha tenido noticias del chaval que mencionaste en el aeropuerto, el chico que salió vivo. Quiero hablar con él y entender por qué mi hija no salió viva.

El cuarto alicatado se sumió en el silencio. «Otra habitación llena de azulejos», pensó Lesley, y arrancó varios trozos de papel higiénico para secarse los ojos.

Kate parecía tan descompuesta como ella y le pasó otro trozo de papel de váter.

—Lo siento, Lesley. Estoy un poco superada. ¿Cuándo te ha comentado eso Clive? ¿Sabe el nombre del chico?

—No, ¿por qué? ¿Sabes quién es? ¿Lo has visto? —preguntó Lesley.

—Es mi hijo.

—Es ¿qué? ¿De qué me hablas? —Se sentía perdida por completo en la conversación, como si se hubiera desmayado y hubiese recobrado el conocimiento en un punto distinto del diálogo.

Kate se inclinó hacia ella para contárselo y prácticamente se cayó del estrecho borde de la bañera. Lesley estiró la mano para que no perdiera el equilibrio.

—Cuidado —dijo, pero Kate apartó su mano.

—Lesley, he ido al hospital para hablar con el superviviente y cuando he entrado en la habitación he descubierto que era mi hijo, Jake. Me lo han dicho los médicos. Ni siquiera sabía que estaba en Bangkok, creíamos que estaba en Phuket. Eso es lo que siempre nos decía. Me he quedado pasmada.

—¿Tu hijo?

—Sí, Jake.

—¿Estuvo en el incendio?

—Sí. Entiendo que te resulte difícil asimilarlo. También lo ha sido para mí.

Lesley no pudo hablar por un instante, mientras intentaba entenderlo.

—¿Qué te ha dicho de lo que pasó? —dijo.

—Parece que no pudo contarle nada a la policía cuando fueron a hablar con él, Lesley.

—Sí, el policía nos ha dicho lo mismo. Pero a nosotros sí podrá explicarnos lo que pasó, ¿no?

—De momento, no.

—Bueno, ¿podemos ir a verlo? —preguntó Lesley, poniéndose de pie de un salto, impulsada por la adrenalina que circulaba por su cuerpo. Abrió de golpe la puerta del cuarto de baño, gritando el nombre de Malcolm.

—¿Qué? —gruñó él—. ¿Alex?

—Despierta, amor mío, nos vamos al hospital. Ahora mismo —dijo ella. Nada podría detenerla.

Kate trató de sujetarla por el brazo para contenerla, pero Lesley se la quitó de encima con un gesto de impaciencia.

—Vamos, Kate, llévanos.

Sin embargo, había algo que no encajaba. La única energía que había en la habitación era la que ella aportaba. Kate parecía bloqueada, en pánico.

—Espera, Lesley. La verdad es que ahora mismo no sé dónde está Jake. Nadie lo sabe. Se ha marchado del hospital esta mañana.

—¿Por qué? ¿Se ha escapado?

Kate no podía mirarla a la cara.

—¿Qué? Entonces ¿se ha escapado o no?

—No, Lesley —repuso Kate alzando la voz—. Le ha dicho a la doctora que no tenía dinero para pagar la factura del hospital.

—¿No te llamó para decirte que estaba en el hospital?

Otro silencio.

—No. Hacía un tiempo que no teníamos una comunicación demasiado fluida. Se marchó a Tailandia para encontrarse a sí mismo. Lo siento, supongo que no te interesan mis problemas familiares. El caso es que no tiene ningún sentido ir al hospital. De verdad. Se ha ido.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Malcolm, con la cabeza todavía en la almohada y la voz apagada por el agotamiento.

—Vuelve a dormirte, cariño —dijo Lesley. Ella se ocuparía del asunto—. ¿Qué estás haciendo para encontrarlo? —preguntó a Kate.

—Todo lo que puedo, aunque necesito tu ayuda. Estamos hablando con varias personas, pero no podemos recopilar toda la información. Si te enteras de algo, ¿me lo harás saber?

Su turno de silencio.

—¿Y publicarás lo que te cuente, Kate?

—No, ahora no. —La respuesta fue demasiado rápida, pero Kate decidió continuar igualmente—: Quiero encontrar a mi hijo.

—De acuerdo. Hemos quedado en hablar con Clive dentro de un rato y luego, esta misma mañana, daremos una rueda de prensa. Queremos hablar con los periodistas.

—Os harán muchas preguntas sobre drogas, Lesley. ¿Lo sabes?

—Mi hija no tomaba drogas.

—No, pero es posible que la policía y la prensa local cuenten otra historia. Te lo digo para que estés preparada.

—¿Y tú qué? Tendrás que estar preparada para las preguntas sobre tu hijo, ¿no? Estaremos en el mismo barco.

Bangkok, día trece

Viernes, 8 de agosto de 2014

De: Alex O'Connor
Para: Mags Harding
Asunto: ¡LA PESADILLA CONTINÚA!

Hola, Mags.

Esperando todavía el momento de iniciar la siguiente etapa del viaje —llevamos aquí más de lo que habíamos dicho—, pero R. es una auténtica gilipollas y no me hace ni caso.

Hoy he subido a nuestra habitación y al entrar me la he encontrado con Lars. Superdesagradable. Rosie me ha echado a gritos. En serio, es que también es mi habitación. Lars ha salido poniéndose la camiseta y me ha pedido perdón. Cuando he entrado, Rosie me ha recibido como si no hubiese pasado nada. Es así de rara. Me ha dicho que Lars la llevará a otra disco esta noche. Por lo visto, va a pinchar un poco. Ahora se hace llamar DJ Rappo. ¡Sapo le sentaría mejor! Creo que el muy guarro me ha robado algunas cosas. Quién si no. No paro de perder cosas: me han desaparecido los pendientes que me compré para el baile de fin de curso. Discutí con Rosie por eso. Dice que siempre dejo las cosas tiradas por todas partes. Pero no es verdad. Y no son imaginaciones mías.

Tengo tantas ganas de largarme que he llegado a pensar en darle una patada a Rosie y viajar por mi cuenta. Pero me da demasiado miedo. No me gustaría estar sola en un sitio como éste. Todo el día entra y sale gente rarísima, y las cerraduras no funcionan bien. Quizá sea mejor esperar. Los chicos holandeses se van en autocar a Birmania el lunes, así que me quedaré sin compañeros de aventuras. Y sigo pensando que tal vez todo cambie cuando nos pongamos en camino y estemos las dos solas. Quizá todo vaya mejor entonces.

Intento mantenerme ocupada: leo y observo a la gente. Esto es un no parar de visitas. Mama se los lleva a la parte de atrás. Pero no se quedan allí. A veces los veo tomarse un café o una cerveza en el bar. Otras se largan sin más. En todo caso, tengo material de sobra para observar. Y también hay un chaval misterioso. Es inglés y lo he visto un par de veces. No habla con nosotras: se queda sentado fumándose un porro al lado de la ventana, justo debajo del letrero que dice NO SE PERMITE EL CONSUMO DE DROGAS. Los chicos con los que comparte habitación le llaman «el porrero» y sólo lo he visto un par de veces.

Pero tiene algo que me llama. Es mayor que nosotras e interesante. Sé que no suena muy sexi, pero lo es de una manera curiosa. Me voy a desayunar... Vuelvo enseguida...

¡Segunda parte!

Resulta que el chaval misterioso no es un viajero. Trabaja aquí para pagarse el alojamiento: limpia las duchas y hace los desayunos. Normalmente ya ha terminado cuando vuelvo de mi paseo, pero esta mañana no he salido. ¡Estaba ocupada escribiéndote!

En fin, que me ha dirigido la palabra por primera vez...

Estaba sentada a la barra y los holandeses estaban en la otra punta, hablando de una competición alcohólica que hicieron anoche. Aun así, han podido comerse una enorme tortilla con chiles, ¡¡¡una especie de plato de carne con algo que se parecía a unos pegotes de salsa de tomate!!! Asqueroso.

«¿Terminado?», ha dicho el chico al recoger los platos. Luego ha metido el pulgar en las manchas de tomate.

Y entonces nos hemos puesto a hablar de lo mala que es la comida. Me ha dicho que sabe lo mala que es porque antes también la comía. Tiene una sonrisa preciosa. Y también me ha dicho que me enseñaría un sitio mejor en la misma calle. Dice que no hay tantas cucarachas y que es más barato. ¡Una combinación ganadora! Deséame suerte.

Besos, A.

Después se dio cuenta de que no le había preguntado cómo se llamaba. Uno de los chicos holandeses le dijo que se llamaba Jake.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Llamo a Terry desde mi habitación y le repito todo lo que se sabe de Jake tal y como me lo han contado, ya insensible a la consternación que provoca en los otros mi historia.

—Entonces ¿es un héroe? —pregunta Terry no muy convencido.

—Es posible —digo, deseando con todas mis fuerzas que sea así.

—Envíame lo que tengas, Kate, y haré que Joe lo organice aquí en la redacción. Hay material bastante bueno de los familiares que podemos añadir. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Francamente, no estoy segura. Don está tanteando el terreno con algunos contactos, pero es como buscar una aguja en un pajar. Jake podría estar en un millón de sitios.

Por primera vez en toda mi carrera no sé por dónde empezar. Por lo general me encanta ir a la caza de la noticia, pero esta vez es personal. Todo esto me afecta. Y es doloroso. Me da miedo no saber qué voy a averiguar.

—Entonces continúa insistiendo —me está diciendo Terry—. Y seguimos en contacto.

Me tumbo en la cama, sólo cinco minutos, me digo, antes de ponerme manos a la obra. Cierro los ojos para detener el caos que tengo en la cabeza. Ideas, pensamientos, imágenes, miedos. Me acuerdo del día en que Jake saltó del tejado del cobertizo. Se quedó sentado en el suelo, tan tranquilo, sujetándose la muñeca como si no fuera suya. Pálido pero tranquilo. «Puede que me la haya roto», dijo. Fue Freddie el que lloró. «Eres un niño muy valiente», le decía yo una y otra vez mientras esperábamos en urgencias a que le hicieran una radiografía. Luego supimos que estaba intentando convencer a su hermano pequeño de que saltara cuando se cayó. Pero lo dejamos pasar. Al

fin y al cabo, se había roto la muñeca. Me pregunto qué otras cosas dejamos pasar. Mi padre decía que lo habíamos malcriado. Discutimos varias veces sobre el tema. Qué palabra más horrible, *malcriar*. Suena muy infantil, aunque su significado es mucho más destructivo. Tumbada en la cama me pregunto: «¿De verdad? ¿Malcriamos a nuestro hijo?».

Todo avanza al doble de la velocidad normal.

—¡Frena! —me digo en voz alta—. Es una buena noticia. Está vivo. Sus heridas no son graves. Seguramente intentó salvar a esas chicas.

Pero escucho en mi cabeza una vocecita que pregunta: «Entonces ¿por qué ha desaparecido?».

Me incorporo en la cama y empiezo a teclear. «Escríbelo y luego empieza con las llamadas», pienso.

Cuando vuelvo a llamar al periódico, Terry me dice que la noticia va en primera plana, con las páginas cuatro y cinco enteras, además de una columna de un parlamentario cuyo hijo murió en un viaje al extranjero.

—¿Y Jake? —quiero saber.

—Tres párrafos breves en primera plana contando que se salvó del incendio y que resultó herido. ¿Te parece bien? Un tabloide apuesta fuerte a la carta del heroísmo. Han conseguido una foto de Jake en alguna parte.

—¿Una foto?

—Por lo que parece, del periódico local. No sabía que le habían dado un premio por sus notas en las pruebas de acceso a la universidad. Que habíais tenido un genio.

—Sí.

Me acuerdo del reportero, acompañado de un fotógrafo, apareciendo en casa. Jake fingía que aquello le daba igual. «Estoy tan orgullosa de ti...», le dije, dándole un beso en la mejilla y limpiándole después la mancha de pintalabios. Me quedé mirándolo mientras posaba para la cámara. Mi chico inteligente y seguro de sí mismo.

—Vete a la cama y trata de dormir un poco —me sugiere Terry, arrastrándome de nuevo a mi pesadilla.

—Claro —contesto, pero no tengo la menor intención de seguir su consejo. He de saber todo lo que está pasando. Necesito algún asidero al que agarrarme.

»¿Joe está en la oficina? Me gustaría hablar con él —digo.

—Sí, nuestro chico mimado está viendo un concurso en la tele con el resto de la guardería. Le diré que te llame ahora.

—Hola, Kate —me saluda Joe cuando cojo su llamada—. ¿Cómo te va? ¿Has sabido algo de Jake?

—Todavía no. ¿Vosotros tenéis alguna noticia?

Joe me recita de un tirón a toda la gente con la que ha hablado, pero no es más que ruido de fondo. «Eran unas chicas encantadoras» parece ser todo el resumen de sus pesquisas, pero me permite volver a meterme en la piel de una periodista. Aunque sólo sea un minuto.

—Mantén el canal abierto con toda esa gente —le indico—. Tenemos que enterarnos de cualquier novedad que les llegue.

—Sí, Kate.

—Por cierto, seguro que has perdido la ronda de anagramas.

—¿Qué?

—Terry te ha delatado. Y, Joe...

—Sí, Kate.

—Los concursos matinales de la tele son para fracasados.

—Sí, Kate.

Martes, 19 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Regreso a Khao San Road en cuanto cuelgo, diciéndome que tengo que hacerme una idea de lo que ocurrió allí. Escudriño la multitud en busca de mi hijo. No está aquí y las caras empiezan a desdibujarse cuando las observo con demasiada atención, desesperada por encontrar algún rasgo familiar. La gente se da cuenta y me mira, de modo que empiezo a enseñar la foto de Jake que tengo guardada en el móvil. Es una foto suya sonriendo a alguien que queda fuera, a un lado, quizá yo. No consigo recordarlo ahora. La he tenido en el salvapantallas del móvil estos dos últimos años y no soy capaz de recordar en qué momento se tomó. La gente me sonríe con gesto compasivo y me dicen que no con la cabeza, pero sé que en realidad no se fijan en la imagen, que no la están interiorizando. Tengo que conseguir que recuerden su cara. Me meto en una fotocopistería para hacer unos *flyers* con la foto de Jake. En la parte inferior he hecho imprimir su nombre, mi número de teléfono y el mensaje: «Por favor, ayúdame a encontrar a Jake». Como una mujer desesperada de las que salen en las noticias. Luego me mezclo con la multitud y voy repartiéndolos. Los chicos me los aceptan, pensando quizá que se trata de una copa o de una entrada gratis para una discoteca. Los veo recorrer el *flyer* con la mirada hasta llegar abajo. Entonces se lo meten en el bolsillo o lo tiran cuando se marchan. ¿Por qué iba a importarles?

Entro en uno de los bares y me siento en la primera fila de mesas, lo más lejos que puedo de los altavoces, pero la música disco repica en mi cráneo como si fuera granizo.

Contemplo la llegada de nuevos rebaños; chicas en pantalón corto, con muslos de una blancura deslumbrante y grandes pendientes. Sin duda, han escuchado la llamada de la diversión procedente de este sitio y sus rostros

muestran que están firmemente decididas a pasarlo bien. Sus carcajadas retumban, pugnando con la música por el dominio de mis oídos.

Comparados con ellas, los chavales son flacos y aniñados. Empuñan botellas de cerveza, se dan empujones, se pican los unos a los otros, propinándose amistosos codazos y guiñándose el ojo, mientras las bonitas cazaturistas del restaurante fingen bajarse las faldas diminutas que llevan, aunque en realidad se las suben un poquito más.

«El Planeta de la Diversión», pienso, pero basta echar una ojeada a las mesas vecinas para darse cuenta de que explican una historia muy distinta. Rostros inexpresivos, exhaustos, aplicados a anesthesiarse a sí mismos con cubos de vodka y Red Bull o botellas extragrandes de cerveza Chang. Parejas aburridas concentradas en sus móviles en vez de prestándose atención. Un chico solitario mira con cautela los sillones de masaje del local de enfrente. Las masajistas, de cuerpo juvenil y rostro envejecido, están apoltronadas en la tapicería lavable de los asientos como lagartijas a punto de saltar.

«Quizá luego, después de un par de cervezas más. Si no tengo suerte», piensa seguramente ese chico.

Todo parece un poco cansado y cutre. «Se parece a Blackpool con buen tiempo», me digo.

—¡Un gin tonic! —le grito a uno de los camareros que merodean por el bar.

Su expresión no parece reaccionar al pedido, pero al cabo de un rato regresa con la copa y la cuenta. Le enseño el *flyer* de Jake y se encoge de hombros y señala con el dedo hacia un punto detrás de él. En los postes que sostienen la marquesina hay un montón de fotos enganchadas con celo y todas suplican ayuda para encontrar a un amigo o un padre desaparecido. Me tomo un buen trago y agradezco el amargor y la sensación chispeante del gin tonic.

—¿Estás sola? —dice una voz a mi espalda.

Cuando me giro, veo a Louise sentada a dos mesas de la mía.

—Sí —respondo, y vuelvo a concentrarme en mi copa. No puedo enfrentarme a ella ahora: la inevitable preocupación fingida con la que me obsequiará, las preguntas maliciosas...

Louise se acerca a mi mesa y se sienta a mi lado.

—Me imagino que lo estarás pasando mal —dice, y yo me río.

—Por Dios, Louise, ¿de verdad vas a jugar esa carta conmigo?

Se queda callada. Luego pide otro gin tonic al camarero.

—Lo siento, es la costumbre, ya sabes... ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores. Mira, de verdad que no me apetece hablar. ¿Por qué no estás cenando con el resto de la tropa?

—No me apetecía. Están emborrachándose en el bar del hotel. ¿Has comido?

No he comido, no desde que llegué, hace una eternidad, y la ginebra se me está subiendo a la cabeza. Pero Louise no espera a mi respuesta.

—Voy a pedirme un bol de algo aquí —anuncia—. Y también te pediré uno a ti. Tienes que comer. Reponer fuerzas.

«Está haciendo lo mismo que yo», pienso, y casi se me escapa una sonrisa de reconocimiento por su habilidad. Me está haciendo de madre, intenta manipularme. Me dan ganas de decirle por dónde se puede meter el bol de comida, pero resulta muy agradable que te cuiden así. No tener que tomar ninguna decisión. Así que dejo que continúe.

Y me como el plato dulce y pringoso de pollo con arroz porque no he comido nada en días. Cuando termino, Louise deja el bol sobre la mesa, aunque todavía está a la mitad. «No se puede preguntar nada con la boca llena», pienso, fijándome en su teatro.

—¿Tienes idea de adónde ha podido ir Jake? —pregunta—. Tiene que haber sido un trauma durísimo lo que ha vivido.

No respondo. Espero a que tome la iniciativa. Pero ella hace lo mismo. Nos quedamos sentadas en silencio mientras ella juega con la servilleta. Luego se moja el dedo e intenta enganchar los granos de arroz que han quedado sobre la mesa.

—¿Sobre qué has escrito? —inquiero, perdiendo el pulso.

—Las chicas, las madres, unas vacaciones irrepetibles. Lo habitual. Y he descrito a Jake como un héroe cohibido, que se jugó la vida para salvar a las chicas y luego se escabulló para evitar los focos.

—Exacto. Tengo entendido que habéis conseguido una foto suya...

—Sí, la ha encontrado la agencia de noticias local. Creo que todo el mundo la tiene. Bonita foto, aunque un poco antigua. Supongo que ahora estará cambiado.

—Sí —digo, pese a que no tengo ni idea. Intento imaginármelo con barba o con la cabeza rapada.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —pregunta Louise como si no fuera con ella, y le hace una seña al camarero para pedir una ronda más.

—No para mí, gracias —digo rápidamente—. Tengo que volver al hotel. Meto la mano en el bolso para pagar, pero Louise se niega.

—Invito yo. De todos modos, lo voy a cargar a gastos —afirma, y coge el *flyer* que he sacado con mi cartera—. Me parece una buena idea. ¿Te importa que me lo quede?

Más tarde, ya en la habitación, leo las noticias por internet y veo mi *flyer* con el titular: «Madre desesperada busca a su heroico hijo». Soy yo. Empiezo a marcar el número de Louise, pero lo dejo. Todo lo que diga ahora se convertirá en noticia. Será mejor que me calle.

Miércoles, 20 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

A Terry le cuesta encontrar las palabras adecuadas. Nunca da con ellas y a menudo me he preguntado cómo consiguió sobrevivir como enviado especial.

—Escucha, Kate. Esto es una gran noticia, pero no puedo tenerte escribiendo crónicas si formas parte de la historia. Lo entiendes, ¿no?

Sí lo entiendo, pero es como si una puerta se cerrara.

—Bueno, dame sólo un par de días, hasta que resuelva el tema de Jake —respondo, intentando pararle los pies. Finjo que no me afecta, como si estuviera enfrentándome a un niño pequeño con un berrinche.

—Sí, pero ¿y si las cosas se ponen difíciles? —pregunta.

—¿Difíciles? —replico, aunque sé a qué se refiere.

—Ya sabes cómo puede evolucionar esto —responde Terry sin energía—. No hace falta que te lo diga. —Y es verdad. De hecho, quizá ya ha empezado.

—¿Qué es lo que se cuenta de Jake?

—No mucho más que antes. Todo bastante positivo. Se le describe como el superviviente que quizá tenga la clave de lo sucedido.

—Bueno, no suena mal —comento esperanzada.

—Confío en que le habrás dicho a Steve que no cuente nada.

«No lo he hecho, pero ahora lo haré. Y a Freddie también», pienso.

—Bueno, lo que tienes que hacer es concentrarte en tu familia —añade Terry. El último clavo en el ataúd. Cuando desde la redacción te empiezan a hablar de tu familia, puedes hacerte a la idea de que la partida ha concluido.

—¿Esto viene del director? —pregunto.

Terry no contesta inmediatamente, pero es evidente que así es. Cortan conmigo por si acaso mi hijo y yo misma dañamos la valiosísima reputación del periódico.

—A Simon le preocupa mucho la situación que estás viviendo, Kate —dice Terry—. Él también tiene hijos. Cree que necesitas tiempo para concentrarte en Jake. Todos lo creemos.

—Entonces ¿quién va a cubrir la noticia para nosotros? ¿Don?

—Voy a enviar a Joe.

—Vale, seguro que estará contento. Es su primera gran noticia en el extranjero. ¿Cuándo llega?

—Está de camino. Te llamará cuando llegue mañana. Dios, allí ya debe de ser mañana. Vete a dormir, Kate. Ah, y si hay algo que pueda hacer por ti dímelo, ¿vale?

Está desesperado por colgar y concluir el intento de imaginarse el dolor que siento.

—Vale —digo.

Miro qué hora es en el televisor. Son las dos de la madrugada. Cojo mi cuaderno y vuelvo a leer la lista de tareas: hospitales, farmacias, refugios de tortugas.

Cuando llamo a casa, me responde el mensaje del contestador y empiezo a hablar sobre mi propia voz, pidiéndole a Steve que descuelgue el teléfono.

—¿Kate? Lo siento, pero he tenido que empezar a filtrar las llamadas. Tus colegas no paran de llamarme para preguntar por Jake. ¿Hay alguna novedad?

—No, todavía no. He estado repartiendo *flyers* alrededor de la pensión.

—Tendría que estar allí contigo.

—Estoy bien —miento—. Esperemos a ver qué pasa entre hoy y mañana, Steve. Creo que aparecerá cuando vea las noticias. Y entonces lo llevaré de vuelta a casa.

—Dios, ojalá. Freddie me ha dicho que recibe solicitudes de amistad de reporteros en su página de Facebook.

—¿Cómo está? Le llamaré ahora mismo.

—Está bien, Katie. Un poco confundido, como todos.

—Me lo imagino. Escucha, supongo que no hace falta que te lo diga, pero no hables con periodistas. Ni siquiera con los que conoces. Sobre todo con esos.

—¿Por qué crees que filtro las llamadas? No te preocupes por eso. ¿Qué dice la policía?

—Acerca de Jake, nada. Sólo que hubo una fiesta y que los extranjeros son los culpables del incendio.

—Suenas agotada. Allí es noche cerrada. Ahora mismo no puedes hacer nada más. Intenta dormir un poco y así mañana podrás pensar con claridad.

—Sí.

—Hazlo, Kate.

Dejo un mensaje a Freddie en su contestador:

—Cariño, soy mamá. De momento, sin noticias por aquí, pero estoy segura de que aparecerá pronto. Me voy a la cama. No hables con los periodistas... Te quiero.

Miércoles, 20 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Me despierta el teléfono. Es Joe desde el vestíbulo del hotel.

—Kate, soy yo. Acabo de llegar. El taxista me ha clavado, el muy cabrón. ¿Puedes ponerme al día?

Su hiperactividad nerviosa me llega a raudales por la línea telefónica y me obliga a incorporarme en la cama. Me dan ganas de matarle.

—Ahora bajo —respondo, arrastrándome fuera de la cama—. Pide un litro de café.

Tardo diez minutos en lavarme la cara, vestirme y cepillarme el pelo, y cuando llego intuyo por el gesto de Joe que tengo muy mal aspecto.

Se vuelve y veo por un instante mi reflejo en el reluciente bufet cromado donde sirven el desayuno. Parece que tenga noventa años.

—¿Estás bien, Kate? —dice Joe, y empiezo a desmoronarme.

—No vayas de comprensivo conmigo o me pondré a llorar. Y si crees que tengo mal aspecto, ni te imaginas cómo soy llorando.

Joe pone cara de susto.

—No te preocupes, estoy bien. No he dormido lo suficiente, sólo es eso.

—Has perdido un pendiente —observa.

—Da igual. Aparquemos mis atentados contra la moda y centrémonos en la noticia. ¿Ya has visto a la tropa?

—Sólo a Mick. Tiene peor aspecto que tú...

—Gracias. —Tomo un sorbo largo de café caliente y me quemo la lengua.

—¿Dónde están las familias?

—Supongo que en sus habitaciones si tienen un poco de sentido común. Evitándonos. Ve a servirte un poco de desayuno, Joe.

Sorbo mi café y le observo mientras recolecta comida en el bufet, amontonando tortitas y tiras blandas de beicon en su plato. Me pregunta con gestos si quiero algo y le digo que no con la cabeza. Todavía no puedo pensar en comida. Veo cómo el segundero del reloj del comedor desgrana otro minuto y trato de organizar un plan para la jornada. Ya no soy una reportera.

—¿Qué vas a hacer esta mañana? —pregunta Joe como si me hubiera leído el pensamiento, aunque lo que me pregunta en realidad es qué es lo que debe hacer él.

Le escupo una lista de personas a las que tiene que llamar (Don, la policía, Clive Barnes y las familias), mientras va acumulando comida en la boca, lo apunta todo en una servilleta de papel y asiente con la cabeza.

—Tienes que ganarte a Lesley y a Jenny. Las llamaré por teléfono en cuanto hayas terminado de empapuzarte.

—Ah, qué buen aspecto tiene ese desayuno —dice Mick, apareciendo de pie detrás de Joe—. No como usted, señora Waters.

—¿Te has mirado en el espejo esta mañana, Mick? Creo que has ganado la carrera de los muertos vivientes. ¿Cuánto mamaste anoche?

—Un par.

—¿De litros?

—Vete a la mierda. ¿Qué tienes en el plato, Joe? Parece un injerto cutáneo.

—Es beicon de pollo. Aunque sabe a beicon de verdad.

—Con eso me basta. Vuelvo en un segundo.

Me pregunto qué le habrán contado a Mick desde la redacción del periódico. Lo más importante es que sabrá qué hace la tropa. Qué piensan nuestros colegas.

—¿Estás seguro de que te convienen esos huevos fritos?

—Déjame en paz. Me sentarán bien. Lo necesito.

—¿Dónde están los demás?

—En la cama. Acabo de hablar con George, del *Telegraph*. A las diez tenemos una rueda de prensa aquí.

Joe lo apunta en su cuaderno.

—¿Has terminado? —pregunto—. Venga, vamos a hablar con las familias.

—Esperadme —nos pide Mick, doblando su último huevo frito en una rebanada de pan, al mismo tiempo que recoge la bolsa de su cámara.

Nos encontramos a Lesley en el vestíbulo y levanta la mano para saludarme.

—Hola, ¿cómo estás? —le digo—. ¿Has podido dormir algo?

—No, ¿y tú? ¿Alguna noticia de tu hijo?

La cojo del brazo y la llevo a unas butacas en un rincón.

—Lesley, me han apartado del seguimiento mientras me ocupo de lo de Jake, pero mi colega Joe Jackson me toma el relevo.

Ambas miramos en dirección a Joe. Mi colega se da cuenta de que me estoy refiriendo a él y sonrío, saludando a Lesley con la mano desde la otra punta de la sala.

—Pues parece que sólo tenga doce años —suspira ésta.

—Es un buen reportero. Y un chaval muy majo.

—Si tú lo dices... Una tipa ha llamado a la puerta de nuestra habitación a las tantas. Le he dicho adónde podía irse.

«Louise de ronda matutina, sin duda», pienso.

—Malcolm está arriba hablando con la compañía aérea. Queremos llevarnos a las niñas cuanto antes, pero hay mucho papeleo. No puedo soportarlo.

—Si quieres puedo ayudarte, Lesley —comento—. ¿Quieres que nos veamos después de la rueda de prensa?

Ella asiente, distraída por la llegada de su marido y los Shaw.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Jenny a Malcolm.

—He hablado con una mujer del aeropuerto bastante agradable. Tengo que volver a llamarla a las once.

Con un gesto, le pido a Joe que se acerque y se lo presento a todos. Mick tira el resto de su desayuno en un cubo de basura y reparte apretones de mano, demorándose un poco más de lo necesario en la de Jenny. Ella se ruboriza, pero no la retira.

—¿Cómo lo llevas, Jenny? —pregunta Mick, y le aprieta ligeramente el codo antes de apartarse.

«Pobre mujer, necesita un poco de cariño», pienso. A mí tampoco me vendría mal.

Joe está charlando con Malcolm y Lesley sobre Bangkok y el tráfico de locos que hay en la ciudad, desviándose de la noticia y haciendo que se sientan más cómodos. «Buen chico. Te las arreglarás solo», pienso.

Las familias han decidido ir temprano a la embajada para hacer sus llamadas a casa desde allí.

—Me espera una factura telefónica enorme —se lamenta Jenny—. No me lo puedo permitir. No sé cómo voy a pagar todo esto...

Malcolm la coge del brazo cuando su cara empieza a derrumbarse y le dice:

—Ya lo hablaremos cuando volvamos. Vamos, Jenny. El coche ya ha llegado.

Miércoles, 20 de agosto de 2014

LA MADRE

Después de inscribirlos en la garita de la entrada, Clive los había acompañado al interior de la embajada, entre los fumadores del jardín y a través de la sala de espera para la gente que había perdido su pasaporte o quería pedir un visado. La gente los había mirado al pasar y Lesley sintió sobre ella los ojos de aquellos desconocidos. Era imposible que supieran quién era.

«“Vana curiosidad”, habría dicho mi padre si hubiera estado aquí», pensó, y deseó tenerlo a su lado en aquel momento. Lesley aferró con más fuerza la mano de Malcolm.

Los acompañaron a lo que parecía un decorado de película. La tarima encerada de la residencia del embajador brillaba y la luz del sol entraba por las altas ventanas, filtrada por unas cortinas de gasa.

—Esto parece salido de una película —comentó ella, y se sintió ridícula. Estaban en la embajada para hablar de la muerte de sus hijas, no de visita turística.

»¿Dónde nos sentamos? —añadió a toda prisa.

Les sirvieron el té y se sentaron a una mesa de manteles blancos en la galería. Un retrato sonriente de la reina y, a través de una ventana, una escultura de bronce de la reina Victoria los observaban.

Clive estaba hablando de la repatriación y los distintos trámites legales necesarios y Malcolm acompañaba sus explicaciones repitiendo varias veces «entiendo» y «desde luego». Mientras tanto, las dos mujeres permanecían sentadas en silencio. El esfuerzo de encontrar algo que aportar a la conversación se les antojaba imposible.

—Disponemos de un poco de tiempo antes de que tengan que volver al hotel —dijo Clive—. ¿Desean hacer alguna llamada?

—Sí —contestaron Jenny y Lesley a la vez, con la voz entrecortada—. Por favor —agregó Lesley.

Lesley tuvo que escuchar los llantos de Jenny al teléfono, hablando con su hermana, y le sujetó los puños contra el vientre para que su pena no se desbocara, mientras que Mike estaba sentado a su lado, ojeroso y en estado de shock.

Luego le tocó a ella. Se acurrucó en un diván bajo que había en un rincón con una caja de pañuelos y Mike salió a fumarse un cigarrillo. Lesley marcó el número de casa. El auricular le devolvió una voz tronante e incomprensible.

—No funciona —afirmó, y su voz sonó estúpida por el cansancio.

—¿Has puesto el código internacional antes del número? —preguntó educadamente Clive, antes de quitarle el teléfono y marcar de nuevo el número.

Se imaginó el teléfono sonando en su casa y cerró los ojos. Por un instante, deseó que nadie cogiera la llamada. Estaba demasiado cansada para hablar.

—Hola, ha llamado a la casa de los O'Connor. Por favor, deje su mensaje para Malcolm, Lesley, Dan o Alex y le llamaremos —dijo el contestador.

Alex.

No pudo hablar.

—Es... Es... —balbuceó al final.

—Mamá —irrumpió la voz soñolienta de Danny—. ¿Eres tú?

—Sí, cariño.

—¿Cómo estáis tú y papá?

—Bien. Estamos haciendo el papeleo para traerla a casa, Danny.

No pudo, no quiso emplear la palabra *cadáver*. Su hijo sollozaba a ocho mil kilómetros de distancia y no podía hacer nada para remediarlo.

—Sé fuerte, cariño. Estaremos en casa lo antes posible. ¿Está la tía Sheila contigo?

—Sí, ella y el tío Rick llegaron anoche. Está aquí a mi lado si quieres hablar con ella.

El teléfono pasó de una mano a otra como un testigo en una carrera de relevos.

—¿Les? —dijo su cuñada—. ¿Estáis bien? ¿Cómo está Malcolm?

—Estamos destrozados, Sheila —respondió Lesley; ya no era necesario fingir entereza—. Pero nos la traemos a casa. Te agradezco mucho que te hayas quedado con Danny. ¿Qué le has dicho a mamá? ¿Lo ha entendido?

—No mucho. Quizá es una suerte. No te preocupes por Dan. Estamos a su lado. Cuidad de vosotros mismos y llamadnos cuando tengáis tiempo.

De vuelta en el hotel, ya les habían organizado todo lo necesario para la rueda de prensa. Clive Barnes señaló las sillas para los periodistas y los rechonchos micrófonos negros colocados sobre la mesa donde se sentarían los familiares. Una mujer joven estaba poniendo tarjetas con sus nombres impresos sobre el mantel blanco. Habían escrito mal su nombre. Leslie O'Connor, como si fuera un hombre. Estuvo a punto de comentárselo, pero se interrumpió. ¿Qué importancia podía tener ya? Alex estaba muerta.

De pie en la antesala diez minutos después, oía el bullicio cada vez más sonoro de las voces en la vecina sala de conferencias, el chirrido de sillas que se movían, el trinar de los saludos. Clive les había dicho que los harían pasar cuando todo el mundo estuviera sentado. «Como famosos invitados a un programa de entrevistas», quiso decir Lesley. Y eso era lo que habría dicho una semana antes. Sólo una semana antes.

Miró a Malcolm, y luego a Mike y a Jenny.

—¿Creéis que nos harán preguntas? —planteó, pero recordó que ya lo había preguntado antes.

—Quién sabe —contestó Jenny.

—No tenéis ninguna obligación de responder —afirmó Clive con rotundidad—. Seguramente lo mejor sea no hacerlo.

Les había asesorado en la declaración que leería Malcolm. «Lo mejor es que sea corta y solemne», les había dicho, y la habían escrito juntos. Clive la había leído de arriba abajo, les había dado el visto bueno con una inclinación de cabeza y había añadido como colofón: «Nos gustaría poder llorar la muerte de nuestras hijas lejos de las cámaras y confiamos en que respeten nuestra intimidad».

—Por intentarlo que no quede —había murmurado.

Cuando los hicieron pasar a la sala, un ruido semejante a una bandada de pájaros echándose a volar sobresaltó a Lesley. Las cámaras de una marabunta de fotógrafos los apuntaban y trastabilló bajo su mirada.

—Vamos, cariño —dijo Malcolm.

La declaración había ido bien. Malcolm había conseguido leerla sin tropiezos hasta el final, cuando Lesley oyó cómo se atragantaba al decir que iban a llevarse a Alex y a Rosie a casa. En ese instante, Lesley se había acercado un pañuelo arrugado a la boca para detener el temblor de sus labios y se había impulsado en la silla para ponerse de pie y salir de allí. Pero una voz que pronunció su nombre la hizo dudar:

—Señora O'Connor. Muchas gracias por hablar con nosotros hoy. Entendemos lo difícil que ha de ser esto para ustedes.

Intentó localizar a la persona que le hablaba, pero no fue capaz de distinguirla entre aquel mar de caras.

—Gracias por su apoyo —dijo a la sala.

Un bosque de manos se alzó por toda respuesta.

—¿Cuándo se enteró de que Alex era una de las fallecidas en el incendio, señora O'Connor? —preguntó un hombre en la primera fila.

—Ayer —contestó.

—¿Saben cómo se produjo el incendio?

—No —respondió Jenny, sin despegar los ojos de la mesa.

—Hemos sabido que hubo una fiesta la noche del incendio. ¿Las chicas estuvieron en la fiesta?

—Creemos que sí —declaró Lesley.

—¿Saben qué otras personas asistieron? —inquirió aquel chaval, Joe, desde el final de la sala.

—¿Jake Waters también acudió? —quiso saber una mujer desde la primera fila.

—¿Quién? —dijo Mike.

—El hijo de Kate, la periodista —le susurró Lesley. A lo que añadió en voz alta, respondiendo a aquella mujer—: No lo sabemos. Fue trasladado con quemaduras al hospital la noche del incendio. Pero es todo lo que sabemos de momento.

—¿Están satisfechos con la investigación policial? —preguntó la misma mujer, inclinándose hacia delante a la espera de su respuesta.

—Pues... —empezó a decir Lesley.

—¿La policía considera sospechoso a Jake Waters?

—¿Sospechoso de qué? —estalló Malcolm, mirando a los demás porque no entendía nada—. ¿Qué demonios insinúa? El incendio fue un accidente. Es

lo que dice la policía.

—Lo comento porque hemos conocido algunos detalles inquietantes acerca de la pensión. ¿Sabían que la policía disponía de mucha información sobre el Mama's Paradise? De hecho, en la ciudad la gente lo llamaba «La tienda de chucherías de Mama». Por lo visto, es a donde la gente va, perdón, iba a comprar drogas —les explicó la mujer como si fueran unos críos. Unos ingenuos en el extranjero.

Lesley no podía apartar la mirada de aquella reportera.

—Y no es la primera vez que se produce una muerte en el establecimiento. A finales del año pasado, un hombre de cuarenta y dos años murió allí en circunstancias que no han sido aclaradas.

—No —respondió Mike con la voz quebrada—. Por supuesto que no lo sabíamos.

—Creo que vamos a concluir con esta pregunta —dijo Clive Barnes con suavidad, al tiempo que prácticamente levantaba a Lesley de la silla por el codo—. Muchas gracias, damas y caballeros.

Y así terminó. Pero ya en la antesala, Lesley tuvo la impresión de que no había hecho más que comenzar.

Miércoles, 20 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Una vez a solas, me derrumbo en un sillón del vestíbulo. Por un instante me siento perdida. Tendría que estar haciendo algo. Pero ¿qué?

«Vamos, Waters. Ponte en marcha.»

Salgo a la parada de taxis y pido que me lleven otra vez a Khao San Road.

La cinta roja y blanca que ayer acordonaba el callejón de la pensión de Mama está rota y tirada por el suelo polvoriento. La policía también ha desaparecido. Me acerco a la estructura hueca de la pensión y el olor a hollín hace que me pique la garganta y me lloren los ojos cuando llego a la entrada calcinada. La placa ha sobrevivido inexplicablemente y cuelga de un último tornillo, pero las letras han desaparecido, perdidas en la madera carbonizada y la pintura abarquillada que se desprende en escamas.

Echo un vistazo al interior y luego a mi alrededor. No hay nadie que pueda impedírmelo.

—Hola —digo a la oscuridad por si acaso, y entro de puntillas.

No sé qué imagino que voy a encontrarme, pero cuando llego a un callejón sin salida en la investigación de una noticia mi instinto siempre me dice que vuelva al principio y compruebe si algo se me ha pasado por alto. Y este lugar es el principio.

Me abro paso con cautela y a medida que mis ojos se acostumbran a la oscuridad empiezo a comprender la espantosa magnitud del incendio. Un forense al que entrevisté una vez me dijo que el fuego puede decirte por dónde empezó, si encuentras una marca de humo o una zona quemada en forma de V que apunta como una flecha al origen de las llamas.

Empiezo a mirar y, por lo que veo, los mayores daños parecen concentrarse en la parte trasera del edificio, pero decido no adentrarme más.

Los restos de los pisos superiores cuelgan por encima de mi cabeza y los fragmentos de madera astillada y hormigón se mezclan en precario equilibrio como si se tratara de un número de circo.

—¡Fuera de aquí! —grita una voz—. ¿Está loca? ¡Se matará!

Asomo la cabeza fuera de la oscuridad. El colgado que vi la noche anterior en la cafetería está plantado delante de la pensión de Mama.

—¡¿Y a ti qué te importa?! —le respondo también a gritos—. Sólo estoy echando un vistazo.

—Es peligroso. ¡Mierda! Eres lo bastante vieja para ser mi madre. Tendrías que ser tú la que me echara la bronca.

Su ridícula indignación hace que me ría, por primera vez en días.

—Bah, déjame en paz —replico—. ¿Qué edad tienes? ¿Catorce años?

—Veinte en realidad. Y, de todos modos, ¿qué estás husmeando aquí? La policía ya ha terminado. Dicen que fue un accidente. Pero eso dicen siempre.

—Ah, ¿sí? —pregunto.

—Si se trata de un *farang* como yo. O como las chicas.

—¿Las conocías? ¿A las chicas?

El chico echa un vistazo rápido a su alrededor.

—¿Qué? —inquiero.

—Tengo que andarme con cuidado —explica—. Hay mucha gente haciendo preguntas.

—Mira, mi hijo también estuvo en el incendio.

—¿Tu hijo?

—Sí. Y ahora ha desaparecido. Estoy desesperada buscándole —contesto, sacando uno de los *flyers* del bolso.

Lo mira y luego me mira a mí, con los ojos abiertos como platos.

—Jake —dice—. ¿Eres la madre de Jake?

Diez minutos después estamos sentados en su habitación, él con las piernas cruzadas en el suelo y yo en el pico de su cama. Ross no ha querido hablar en la calle porque le dan miedo los policías y también los periodistas, según me ha dicho. No le he confesado que yo también lo soy. No es necesario que lo sepa. Me ha contado que vive justo a la vuelta de la esquina y me ha preguntado si me apetecía pasarme a tomar una taza de té. Le he seguido. En el último momento, le he escrito un mensaje a Mick para decirle adónde iba. Como medida de seguridad.

Ross se ha disculpado por el desorden al abrir la puerta, mirándome para ver si iba a echarle la bronca. Para él, soy la madre de alguien. Pero me he limitado a sacar de encima del colchón los trozos de papel de aluminio, las pajitas y la ropa sucia, y me he sentado.

Empieza a preparar el té en un camping gas y me pongo a taconear el suelo con impaciencia. Él levanta la vista y paro de moverme y le sonrío para darle ánimos.

—¿Cuánto hace que vives aquí? Te ha quedado muy hogareño.

Mi patético intento de entablar conversación le hace reír y vuelve a concentrarse en la cacerola de agua hirviendo. Luego me ofrece una taza sucísima y finjo dar un sorbito mientras él se enciende un porro.

—¿Te molesta? —pregunta, como si le importara mi respuesta.

Claro que me molesta.

—Por favor, estás en tu casa. Haz lo que quieras. —«Pero ¿podemos hablar antes de que te suba?», me dan ganas de añadir.

»Así que conoces a Jake —digo, y él asiente despacio, aguantando la respiración.

Cuando finalmente expulsa el humo, explica:

—Trabaja en la pensión de Mama, en la cocina, lavando y cosas así. Dice que no gana mucho pero que la tipa le deja vivir allí gratis. Lleva un montón de tiempo allí. Cuando llegué ya estaba, y eso fue en enero de 2013.

Ha estado aquí todo este tiempo, mintiéndonos, fingiendo que estaba en Phuket haciendo recuento de tortugas. Mi hijo de sobresalientes trabajando en una cocina de mala muerte.

—A veces voy a verle —señala Ross—. O él viene aquí.

—Entonces ¿sois amigos?

—Sí, más o menos —responde, y echa otra larga calada—. No hablamos mucho. A veces fumamos juntos. Sabe dónde encontrar buena mierda. Un pequeño desatascador... —añade soltando una risita.

—¿Un desatascador? —pregunto, aunque sé a qué se refiere. Aun así, conservo la esperanza.

—Un poco de maría, nada más. No le da a la yaba ni al caballo. Nada chungo —asegura Ross—. Es un buen tipo, Jake.

«¿Buen tipo? No puedo creer que estemos hablando de que mi hijo consume drogas. Se le daba fatal la química —recuerdo de repente—. Deja de pensar en eso.»

—¿Sabes dónde está ahora? —inquiero, con unas ganas tremendas de salir escopeteada.

—Ni idea. Va a lo suyo. Me sorprendió que volviera por aquí después de la muerte de aquel tipo.

—¿Qué tipo?

—Un escocés. Tenía unos cuarenta años. Lo encontraron en su habitación en la pensión de Mama, justo antes de Navidad. La policía dijo que fue un suicidio, pero...

—Pero ¿qué?

—Bueno, no dejó ninguna nota, digámoslo así. Parecía que se hubiera peleado y cuando lo encontraron todas sus cosas habían desaparecido. Alguien se llevó su dinero y su pasaporte.

—¿Crees que fue asesinado?

—No lo sé. Había estado de farra la noche anterior, la verdad es que se había pasado mil vueltas. Jake le había servido un montón de copas en el bar y me dijo que el tipo había estado esnifando Special K.

—¿Special K?

—Ketamina. Aquí se toma mucho. Te sube rapidísimo. Es la hostia.

Quiero dejar de preguntar. No necesito saber más. Pero no puedo parar.

—¿Se presentó la policía? ¿Interrogaron a la gente sobre su muerte? ¿Preguntaron a Jake?

Ross sonríe.

—No. Mama le dijo que se largara un tiempo mientras ella se ocupaba de arreglar el asunto. Le explicó que los polis culpan a los extranjeros de estos crímenes siempre que pueden. Y su visado no le permitía trabajar aquí. Mama se conoce el tinglado. Tiene algún rollo montado con la policía. Pero aquello espabiló a Jake. Se largó una temporada. Unas cortas vacaciones hasta que todo se calmara un poco. Y estuvo fuera durante los disturbios contra el gobierno. Esto era un caos. Loquísimo. Pero luego volvió a aparecer en la pensión de Mama. Dijo que no tenía dónde caerse muerto. Que no podía contárselo a sus padres porque le habían asegurado que eso era lo que pasaría. Que fracasaría.

—Nunca le dije nada parecido —respondo, aunque quizá sí lo hice. Intento recordarlo—. ¿Cuándo lo viste por última vez, Ross?

—La semana pasada. Un par de veces. La primera me lo encontré por la calle y me contó que todo le iba de maravilla. Que había conocido a una tipa. —Ross me guiña el ojo y sonríe con gesto soñoliento.

—Eso está bien —afirmo—. ¿Te contó quién era?

—Qué va. Pero creo que le dio calabazas, porque se pasó por aquí un par de días después y estaba un poco hecho polvo y quería fumar. Era muy

temprano. Yo estaba todavía en la cama, pero aporreó la puerta hasta que le abrí. Tenía muy mal aspecto. Vino con los pantalones manchados de pota o algo, así que le presté unos. De hecho, los suyos todavía están aquí. No he tenido tiempo de lavarlos, puedes llevártelos si quieres.

Rebusca en un montón de ropa, saca unos pantalones azules y me los da.

—Lo siento, huelen un poquito.

Más bien apestan. Los meto en el fondo de mi bolso.

—Oye, Jake es un buen tipo. No te preocupes. Terminará apareciendo.

La cabeza me va a estallar con toda esta información que no quería conocer. Lo único que me apetece es que este alfeñique se calle de una vez.

—¿Le has contado a alguien más lo que sabes de Jake? —pregunto.

«Dios mío, ¿quién más se habrá enterado?»

Ross niega con la cabeza.

—Una reportera me hizo preguntas anoche, pero le dije que no sabía nada. No me cayó bien. Era una prepotente. Iba provocando, ¿sabes? Seguro que también quieren hablar contigo.

—Ya lo han intentado, aunque tampoco les cuento nada. Ross, ¿me harás el favor de no explicar nada, ni lo del escocés ni tampoco que mi hijo fumaba maría? Hazlo por él. Los periodistas le harán la vida imposible si se enteran. Cuando lo encuentren.

Ross asiente sabiamente. Se lleva la mano a la boca para decir que sus labios están sellados. Escribo mi número de teléfono en su móvil por si se entera de algo y lo dejo en el aire viciado y dulzón de su cuarto.

Miércoles, 20 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

George está fuera del hotel vapeando y echa una nube de tamaño industrial de humo simulado. Huele a canela y manzana cuando me acerco.

—Hola, Kate —dice—. Mi nuevo vicio... ¿Lo has probado? Es asqueroso, pero puedo fingir que es sano porque huele a frutas. Uno de los cinco que me fumo al día.

George ha estado en nuestra casa con su mujer y sus hijos. En una barbacoa, creo recordar. A su hijo le picó una avispa y le puse vinagre, como hacía mi madre cuando era niña. Fue una tarde agradable entre amigos, echados en las viejas tumbonas, riéndonos del trabajo mientras bebíamos un rosado frío.

Me dirige una sonrisa compasiva.

—Te hemos echado de menos en la rueda de prensa, a ti y tus preguntas geniales. ¿Qué has estado haciendo?

—Sí, ha sido un poco raro no estar allí. Voy escarbando por aquí, hablo con la gente, pero no he avanzado mucho. ¿Ha pasado algo esta mañana que valga la pena enviar al periódico?

—Chorradas. Han hecho una declaración y han aceptado unas pocas preguntas. Acabo de enviar la crónica. Los familiares parecían conejos inmóviles ante los faros de un coche, pobres desgraciados. Acababan de ver a sus hijas en la morgue y Louise va y les pregunta sobre la otra muerte que se produjo en la pensión.

Se me eriza la piel. Sólo van un paso por detrás de mí.

—¿En serio? —digo.

—Sí, un encalador que estaba de vacaciones. Según la policía, se suicidó. La familia dice que es imposible que se suicidara, acababa de pagar miles de

libras para renovar su abono de temporada para los partidos del Arsenal... Pero la policía tailandesa no les hizo ni caso.

—¿Has hablado con su familia?

—Sí, son majos. Nos darán para un buen destacado en la crónica de hoy. Todos estamos trabajando en lo mismo. En eso y en que la pensión de Mama era un centro de distribución de drogas. La central del porrero, nos han dicho.

—¡Jesús! —exclamo, y espero ser convincente en mi sorpresa.

—¿No lo sabías? —pregunta George.

Niego con la cabeza. Tengo que apartarme de ellos. Tengo que terminar esta conversación.

—¿Jake llevaba mucho tiempo en la pensión? —interroga, intentando hurgar en mi silencio.

—No lo sé, George. Es mayor de edad. Dejó de informarnos de lo que hacía cuando se fue de casa.

—Claro —dice George—. No veo la hora de que los nuestros abandonen el nido. —Se interrumpe. Sabe que ha metido la pata.

—Vuelve a tus llamadas —pido como si le perdonara la vida.

Ya en mi habitación, reviso las noticias sobre esa muerte previa. Pero lo que no saben es que mi hijo estaba allí. Y que también en esa ocasión se escapó.

Releo mi lista de tareas y llamo a otro proyecto de protección de la fauna en Phuket. No hago más que matar el tiempo. Lo sé. Nunca fue a Phuket. Vivía otra vida mientras nosotros contábamos sus mentiras a los demás.

Lllaman a la puerta y al abrir me encuentro a Louise con esa expresión tan suya en la cara de tener una exclusiva. La he visto tantas veces que me resulta inconfundible.

—Estoy un pelín ocupada, Louise —digo, pero ya está lista para saltar.

—Es importante que sepas esto, Kate. Antes de que aparezca en internet.

—¿Saber qué? —pregunto, mordiendo el anzuelo. Debería tener aprendida la lección, pero es irresistible. Quiero conocer el secreto.

—Hemos encontrado la página de Facebook de Jake.

—¿Era eso? —Casi me río. Estoy a salvo—. No la usa desde que se marchó. No soportaba las redes sociales. Nos explicó que...

Yo la había mirado una y otra vez.

Louise me responde con una media sonrisa.

—Ésa no, Kate. No la que tenía con su nombre auténtico. La otra. Se hace llamar Jake Sherwood para sus amigos de Facebook.

—¿Sherwood? —Se me corta la respiración. Es mi apellido de soltera—. ¿Cómo sabes que es mi Jake?

—Es él.

—¿Cómo lo encontraste?

—Mi cerebritito informático en el periódico lo ha localizado. Bueno, también hablé aquí con un amigo de Jake, un idiota raquítico que se llama Ross y que intentó colarme que nunca había oído hablar de él. Siempre se nota cuando mienten, ¿sabes? Le di carrete y me habló de otras cosas, me dijo cómo se llamaba y de dónde era, y eso nos condujo a la versión online de Jake.

—¿Y Jake ha colgado algo? —pregunto—. ¿Sabes dónde está?

Louise niega con la cabeza.

—Nada nuevo desde el incendio. Pero tiene más material colgado.

El estómago se me retuerce.

—¿Material? ¿Qué material?

—Yo que tú le echaría un vistazo. No es bonito.

—Dímelo —le suelto.

—Dice que tuvo que irse pitando de Phuket. Hemos hablado con un bar que mencionaba en un *post* y el dueño afirma que Jake trabajó allí pero que lo dejó hace un año. Tu hijo explicaba que le habían robado y que la mafia local le había amenazado de muerte porque les debía dinero. Da la impresión de que se ha metido en un lío con la peor gente posible...

«No digas nada. No le des nada que luego pueda citar.»

Trato de mostrarme impertérrita.

—Vale, le echaré un vistazo.

—Y también hay fotos...

—No me sorprende que las haya —señalo mientras la voy acompañando a la puerta—. Gracias por contármelo, Louise.

«Y ahora vete a la mierda.»

Ella se vuelve y me dice como si le fuera la vida en ello:

—Tienes que verlas, Kate. Saldrán publicadas.

Cierro la puerta y voy corriendo a mi portátil.

Cuando encuentro su página empiezo a llorar. Está ahí. En una fiesta en la playa. A la luz de una hoguera. Lleva el pelo moldeado con cera en forma de unos pequeños cuernos y los ojos pintados de negro. En el pie de foto se lee: «Soy un pirómano perverso».

Jueves, 21 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

La imagen aparece en las portadas de casi todos los periódicos. Era de esperar. Incluso en el *Post*. Con la firma de Joe y el titular «¿Es este joven el testigo desaparecido en el incendio de las mochileras?».

Llamo a mi protegido.

—¿Qué demonios es esto?! —Mi grito estalla en su oído.

—Todo el mundo tenía la foto, Kate. Una agencia la distribuyó y me vi obligado a adaptar la crónica a la imagen. Intenté quitarle hierro, pero Terry me echó la bronca. Me pidió que subiera el tono de la noticia. Lo siento, es que la foto es tremenda.

—Sí, pero tiene un año por lo menos, según Facebook. Y va disfrazado de Keith, el cantante de The Prodigy.

Lo entendí en cuanto la vi. Era una broma que teníamos en casa. Después de que uno de los maestros de Jake lo llamase «niño prodigio» en una reunión que tuvimos en la escuela le empezamos a chingar llamándolo Keith cuando se le subían los humos. A Jake le encantaba la broma. Él y Freddie se ponían a bailar por la cocina cantando la letra de *Firestarter*, la canción de The Prodigy: «*I'm a twisted firestarter*», soy un pirómano perverso. Puta mierda de canción estúpida.

—Ah, claro —dice Joe, y se pone a cantar el estúpido estribillo de la canción.

—Cállate, Joe. Así no me ayudas.

—Lo siento. Oye, en la crónica escribí que era una foto vieja, que se tomó hace un año en Phuket. Igual lo han eliminado...

—¿Por qué no me avisaste?

—Porque sabía que me ibas a machacar. Estoy en una posición imposible. Lo tienes que entender. Estoy trabajando en esta noticia, no la estoy viviendo contigo. He de hacer lo que me pide el jefe de redacción. Él es el que manda...

—Lo que tú digas.

«La caza está en marcha. Ahora Jake no se dejará ver. ¿Quién lo haría en su lugar?»

—¿Quieres decir algo? ¿Dar su versión de la historia? —pregunta, y advierto una nota de esperanza en su voz.

—Vete a la mierda. No sé cuál es su versión de la historia. Y lo que te he dicho es confidencial. Todo es confidencial. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí. Yo lo entiendo, pero ¿y los demás? ¿Qué les dirás? A algunos ya los han enviado a Phuket. Uno de los chicos de Don va en representación nuestra. Terry me quiere aquí con las familias.

—Dios, ¿Lesley ha visto la foto?

—No lo sé.

Cuelgo el teléfono y llamo a la habitación de Lesley. Es Malcolm quien responde.

—¿Kate? Nos preguntábamos si hoy tendríamos noticias tuyas. ¿Has visto a tu hijo en los periódicos?

—Es un montaje, Malcolm. Es de una fiesta de disfraces de hace un año, por Halloween. Se disfrazó de un cantante. Keith de The Prodigy. *Firestarter* es el título de su canción más famosa. Era una broma. Nada que ver con lo que ha pasado aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

Pero el teléfono ha quedado en silencio.

Los otros empiezan a llamar a mi puerta. Toc-toc. Pap-parapap-pa-pa-pa. Pum-pum.

No saben si estoy aquí dentro, de modo que espero en silencio. Pero cada vez es peor. Es asfixiante. A medida que van llamando a la puerta es como si la habitación se hiciera más pequeña por momentos, como si las paredes se volvieran cada vez más finas. «¡Kate! Sé que estás ahí dentro. ¡Abre la puerta!» Cuando ven que eso no funciona llegan las súplicas susurradas: «Kate, soy yo, George. Escucha, creo que puedo ayudarte. Tenemos que hablar».

Sé que si fuera al revés yo estaría ahí fuera, llamando a mi habitación toda la noche, asaltándome durante el desayuno, pasando notitas debajo de mi

puerta. Puedo oírme al otro lado de la puerta. Me pregunto cuándo van a dejar de insistir. ¿Cuánto tiempo insistiría yo?

Escucho las conversaciones que llegan del pasillo.

—¿Crees que está dentro? No se oye nada.

—Tiene que estar destrozada.

—Me apuesto a que ha enviado su crónica —salta Louise—. Esta mujer no va a permitir que una tontería como ser madre se interponga en su camino.

Tengo la mano en el pomo de la puerta, lista para abrirla de golpe y soltarle un buen rapapolvo. Pero me contengo.

«Sabe que puedes oírla, estúpida. Está intentando picarte para que digas algo.»

Vuelven a llamarme. He silenciado el móvil para que los reporteros no puedan oírlo.

Es el número de Joe. Voy de puntillas al cuarto de baño y cierro la puerta a cámara lenta.

—Kate —dice cuando por fin contesto—. ¿Estás bien?

—¿Tú qué crees? —susurro.

—Voy a pasarme a decirles que tengo noticias tuyas —me responde también entre susurros—. Que vas de camino a la embajada. Con un poco de suerte se largarán.

—Bueno, podría funcionar, pero ¿luego qué?

—Mick te ha reservado habitación en otro hotel a su nombre. Recoge tus cosas y prepárate para cuando la tropa se haya dispersado.

—Gracias, Joe. —No puedo decirle nada más. La emoción me asfixia.

—En un minuto me oirás fuera. Mick llamará tres veces a la puerta cuando se hayan ido.

Dos minutos después le oigo llegar. George le dice:

—Ven, Joe, a ver si consigues que Kate hable con nosotros. Tiene que darnos algo.

—Acabo de hablar con ella. Por teléfono. No está aquí. Ha ido a la embajada a hablar con Clive Barnes.

—Mierda —suelta Louise—. ¿Estás seguro? No nos vas a engañar, ¿verdad, Joe?

Agunto la respiración. No estoy segura de que pueda colársela a alguien como ella.

—Cállate, Louise. Crees que todos somos como tú.

«Buen chico. ¿Cómo he podido dudar de ti?»

—Puedes quedarte a la puerta de una habitación vacía si te apetece. Yo me voy a la embajada —anuncia, y le oigo marcharse.

Hay un silencio y me agarro con más fuerza al borde de la cama.

—¡Espérame, por favor! ¡Podemos compartir taxi! —grita George al final del pasillo, y todos se ponen en marcha, refunfuñando y echando pestes.

Los tres toques me hacen saltar de la cama. Entreabro la puerta y veo a Mick. Me da un abrazo rápido.

—En marcha, vamos a jugar al escondite con la prensa canalla —dice recogiendo mi maleta—. Tengo un taxi esperando en la puerta de atrás. Por si acaso les ha dado por esperarte en la entrada...

Sigue con la cháchara en el taxi mientras avanzamos por las calles de camino a un hotelito anodino.

Ya nos ha inscrito como matrimonio —los señores Murray— y me adelanto y subo por la escalera de camino a la habitación.

—Perfecto. Tengo que volver al curro o sospecharán —comenta—. Pero llámame si me necesitas. He guardado tu número en mi teléfono con el nombre de Mamá, para que nadie vea que eres tú. Le he dicho a Joe que haga lo mismo. Lo ha hecho bien, ¿eh? De tal palo tal astilla...

—No como Jake —replico.

—No seas tan dura con él, Kate. Estaba en una fiesta. Supongo que todo el mundo iba disfrazado. Ha tenido mala suerte, nada más.

—No lo sé. Es como si ya no supiera nada de él. Vete. Estoy bien. Y gracias, Mick. Eres maravilloso.

—El puto amo, ése soy yo. Ahora te toca apretar los dientes.

No puedo llamar a Steve para decirle que he cambiado de hotel —ya habrá empezado su ronda de visitas en el hospital—, de modo que me echo en la cama y trato de ordenar mis ideas, aunque todo baila en mi cabeza sin orden ni concierto.

¿Por qué ha huido Jake? Es por el trauma, dicen los doctores. Y punto. No puede soportar el recuerdo de esa noche. Tiene que estar asustadísimo. ¿O es que está avergonzado?

Intento llamar a Lesley al móvil. Verá mi número en la pantalla y cruzo los dedos para que responda. Los tonos de llamada se me hacen larguísimos y

ya estoy a punto de colgar cuando por fin coge el teléfono y me responde ligeramente sofocada.

—¿Kate? Lo siento, he tenido que meterme en otra habitación. Malcolm no quiere saber nada de ti.

—Lo entiendo. La noticia de hoy seguro que ha sido un impacto terrible para todos vosotros. Gracias por coger la llamada. ¿Sabes que la foto es viejísima? ¿Que se la hicieron en una fiesta?

—Sí, sí, pero nos ha dejado de piedra. Nos han entrado las dudas. Malcolm no para de preguntarme si el incendio pudo ser intencionado. Pero la policía lo sabría, ¿no?

—Supongo que sí, Lesley. ¿Has hablado hoy con ellos?

—Malcolm lo ha hecho. Dicen que el incendio fue fortuito. No hay nuevas pruebas.

Me embarga una sensación de alivio que me deja temblorosa.

«Esto es ridículo. Tranquilízate —me digo a mí misma—. Claro que fue un accidente.»

—También habrá sido horrible para ti —señala Lesley—. Verlo así.

«Bueno, seguimos en el mismo bando.»

—Me he cambiado de hotel para librarme de los reporteros —le explico, y ella me responde resoplando.

—Bienvenida a nuestro mundo. Ya hemos empezado el papeleo. Las aseguradoras están ocupándose de la repatriación de las niñas y estamos preparando el funeral en casa. Creo que lo único que podemos hacer es mantenernos ocupados.

—Si puedo ayudaros, sea como sea...

—De momento creo que no. Hablaré con Malcolm. Está de los nervios. De los dos, él suele ser el que se toma las cosas con tranquilidad, pero la presión que tenemos encima es tremenda. Lo único que queremos es volver a casa.

—No me extraña. ¿Os han dicho cuánto van a tardar en resolver todos los trámites?

—Unos días. Todo el mundo es muy amable con nosotros. Nos ha llamado la policía de Hampshire. Ese tal inspector Sparkes. Para interesarse por cómo va todo y transmitirnos su pésame. Pero tenemos que ver a Dan. Está soportando todo esto sin que estemos a su lado y no hay manera de acertar con la franja horaria para hablar con él.

—Pronto estaréis en casa —digo.

Cuando cuelga, empiezo a marcar el número de Bob Sparkes. Son las ocho y media de la mañana en Inglaterra. Tengo que hablar con una persona madura.

Jueves, 21 de agosto de 2014

EL INSPECTOR

Se había preguntado cuándo le llamaría ella.

Las primeras noticias de la implicación de Jake en el incendio habían caído como una bomba y Zara había acudido corriendo —*corriendo*— a su despacho. Sparkes había pensado que se trataba de una alerta terrorista como mínimo y la había recibido en la puerta.

—¿Qué?! —le había gritado, con el corazón a mil por hora.

—El hijo de Kate Waters. Estuvo en el incendio de Bangkok con las chicas. Intentó sacarlas.

—¿Qué?

—Su reportera favorita, señor. Su hijo, Jake, sale en casi todos los periódicos de hoy. Estaba allí la noche del incendio.

La subinspectora Salmond estaba tan acelerada que casi se le salían los ojos de las órbitas. Sparkes le respondió con un sonoro gruñido.

—Por el amor de Dios, Zara. Cálmate. Cuando te he visto venir como una apisonadora he pensado que teníamos un confinamiento por alerta terrorista. Y además no es mi reportera favorita.

—Lo siento. Es que no me lo podía creer cuando lo he leído. —Salmond se había ruborizado por el esfuerzo y la vergüenza—. Perdón. Voy a ver si hago algo útil.

—Me parece muy bien.

Después de quedarse solo, Sparkes había buscado las crónicas y las había leído con detenimiento, permitiéndose un «madre del amor hermoso» íntimo. Había estado a punto de llamar a Kate para decirle que se alegraba de que Jake estuviera bien, pero ese «reportera favorita» de Salmond le había

molestado. ¿Era tan transparente? De todos modos, no era verdad. La llamaría cuando hubiera regresado de Tailandia con el héroe de su hijo.

Pero esa mañana el ruido de su sargento corriendo por el pasillo una segunda vez fue suficiente para que entendiera que aquello no había hecho más que empezar.

—Ya no es un héroe —dijo ella—. Según la prensa, es un «pirómano perverso». Parece que se ha dado a la fuga. ¡Espera a ver la foto!

—Gracias por el *flash* informativo, Zara. Le echo un vistazo dentro de un rato...

Lo había buscado inmediatamente después de que la cabeza de Salmond desapareciera del quicio de su puerta. La cara de Jake dominaba las páginas web de todos los tabloides. Aquello era grotesco. Antes de ver esa foto no sabía cómo era Jake Waters, pero deseó que aquél no fuera su aspecto habitual. Leyó los artículos, reparando en el «sin comentarios» de la policía tailandesa, y luego volvió a mirar la foto, intentando descubrir el parecido con Kate en aquel rostro totalmente maquillado. Pero no vio ningún rastro de la periodista en torno a aquellos ojos y boca.

De todos modos, su hijo tampoco se le parecía demasiado, más bien había salido a la familia de Eileen. «Que Dios le ayude —se dijo—. Tendría mejor pelo si hubiera heredado mis genes.»

Se preguntó cómo estarían sus chicos. Ninguno de los dos le había preguntado si era la última vez que los médicos mandaban a su madre a casa y no había tenido el valor de decírselo. Pensó que casi con seguridad ya lo sabían, pero que era mejor no decirlo en voz alta. Todos lo irían asimilando según se fueran sucediendo las cosas. Tuvo la sensación de que iba a caerse y se agarró de los brazos de la silla para salvarse.

Jake Waters podía ser su válvula de escape para apartar aquellos pensamientos durante la jornada. Estaba prácticamente convencido de que Kate le llamaría sin tardanza.

Y lo hizo, cuarenta minutos después.

—Hola —dijo él—. ¿Qué tal todo?

—Un horror, Bob. ¿Has visto los periódicos?

—Sí. Mi subinspectora acaba de superar su mejor marca personal trayéndome las últimas noticias.

—Es una farsa de principio a fin. Esa maldita foto se la hicieron hace más de un año. No tiene nada que ver con el incendio. Al pobre le están arruinando la vida por una estúpida foto que le sacaron en una fiesta en la playa.

—He de reconocer que me he llevado una sorpresa al verla. Los artículos de ayer contaban lo valiente que había sido.

Kate soltó un profundo suspiro que hizo silbar la línea telefónica.

—Eso salió de uno de los médicos que lo trató. Dijeron que quizá se había quemado intentando sacar a gente del incendio. Y lo publicaron todos. Durante veinticuatro horas. Hasta que encontraron esta foto. La clásica maniobra del héroe convertido en villano en cuestión de horas.

—Bueno, sabes mejor que yo lo que hace la prensa cuando empieza a aburrirse...

Kate se quedó callada.

—En fin, ¿tienes alguna noticia de Jake? —continuó Sparkes—. ¿Por qué crees que se marchó del hospital por las buenas?

—Ni idea. Estoy muy preocupada por él. Aunque también me dan ganas de retorcerle el pescuezo. ¿Por qué no aparece de una vez? Dicen que se ha dado a la fuga, pero es ridículo. Es mayor de edad y decidió pedir el alta del hospital. Eso no es ningún delito.

—Exacto. Aunque es raro que le dejaran marcharse... y que no haya aparecido.

Sparkes medía sus palabras. Si hubiera sido su investigación, se habría asegurado de que no desapareciera ningún posible testigo.

—¿Las heridas eran graves?

—No, gracias a Dios. Sólo unas quemaduras en una mejilla y en las manos.

—Así que quizá se marchó tan sólo para recuperarse. ¿O quizá para volver a casa?

Casa, aquella palabra reverberó en la cabeza de Sparkes. Allí, en casa y con Eileen, era donde debería estar en aquel momento.

—¿Volver a casa? —repitió Kate.

—Bueno, sí. Si yo estuviera herido y traumatizado, seguramente volvería a casa.

Se produjo otro silencio revelador.

—¿Me convierte en una mala madre que ni siquiera se me haya pasado por la cabeza esa posibilidad? —preguntó Kate, y suspiró.

«Podría ser —pensó él—. ¿Soy yo un mal marido por estar hablando contigo en vez de cuidar de mi mujer?»

—Escucha —dijo, cambiando de posición en la silla—. Nadie es perfecto. Y te has metido de lleno en una tormenta mediática, Kate. —«Y, por una vez, en el bando equivocado», reflexionó, pero se contuvo y no hurgó en la herida—. Es difícil pensar con claridad. ¿Jake tenía un billete de vuelta?

—Las navidades pasadas le regalamos un billete para que viniera a vernos. Se lo enviamos por email y nos respondió que lo había validado, pero luego no cogió el avión. Un amigo suyo nos dijo que estaba un poco liado esos días...

—Vale. Pero puede que se lo guardara para más adelante. ¿El billete era flexible? La embajada quizá podría hablar con la compañía aérea. O tal vez la policía ya haya hecho la llamada, si de verdad les interesa encontrarle. ¿Has hablado con el equipo que investiga el caso?

—No, todavía no. Todo lo que se va conociendo de Jake procede de los periódicos, no de la policía. Lesley O'Connor me ha dicho que no le consideran sospechoso. Le explicaron que no tenía ningún interés para la investigación. No sé qué pudo contarles, pero la policía afirma que ni siquiera saben a ciencia cierta que estuviera en el hostel. La impresión que me da es que la policía se da por satisfecha con que fue un accidente y que las chicas murieron por inhalación de humo. Caso cerrado.

—¿Y qué dicen las familias?

—Bueno, al principio pensaban lo mismo, pero ahora, con toda esta cobertura informativa, están inquietos, ¿cómo no iban a estarlo? Y además varios periódicos publican hoy que ya se había producido una muerte en el hostel. Un suicidio. Sin ninguna relación. Pero redobla las sospechas, ¿no crees? Tal y como yo lo veo, la prensa está intentando encontrar a alguien para cargarle el muerto y se han centrado en Jake por culpa de esa foto. Es un clásico. Ya lo sabes, si tienes un aspecto un poco raro, pena del telediario al canto.

—Sí, es la fama que tenéis —dijo Sparkes, obligando a Kate a asumir su parte de culpa—. ¿Te acuerdas de ese pobre maestro de una escuela de Bristol al que los periódicos prácticamente acusaron de asesinato porque llevaba un corte de pelo raro?

—No en mi periódico —puntualizó Kate enseguida—. De todos modos, ni siquiera sé todavía si Jake conocía a las chicas. De momento, no ha salido nadie que lo confirme. Y no está aquí para defenderse. Es muy injusto.

—Puedo llamar a la Interpol para ver si hay alguna alerta activada sobre Jake —propuso Sparkes—. Si los tailandeses no le están buscando, podrías publicarlo y así bajaríamos un poco la presión periodística.

—Dios mío, ¿podrías hacerlo?

—Deja que haga la llamada. ¿Te puedo localizar allí con tu número de móvil de siempre?

—Sí. Me llamarás en cuanto hayas hablado con ellos, ¿vale? Gracias, Bob. Te estoy muy agradecida.

Más tarde, Sparkes se arrellanó en la silla y le dio vueltas al asunto. Ya había contactado con la Interpol justo después de leer la noticia. Y no le había contado a Kate la charla que había mantenido la tarde anterior con Hilary Young, del instituto forense. Aquello era asunto de la policía, no de los medios de comunicación. Había llamado a Hilary después de enterarse de que iban a repatriar los cuerpos de las chicas. El forense de guardia iba a abrir una investigación en cuanto los cadáveres llegaran al Reino Unido y quedaran bajo su jurisdicción. Sparkes quería que le informaran del calendario previsto. Había charlado con Hilary sobre el caso y ambos se habían preguntado si las familias optarían por incinerarlas antes de regresar.

—Es más barato y no podremos practicarles las autopsias aquí si lo hacen —le había comentado Hilary—. Es posible que lo prefieran. Espero que la embajada les haga saber todas las opciones que tienen.

—Me aseguraré de que se lo digan —había dicho Sparkes.

La conversación había sido la habitual en aquellos casos. Pero, evidentemente, Sparkes no sabía en aquel momento que Jake Waters estaba desaparecido en combate. Aquello daba un cariz completamente distinto a la situación.

Jueves, 21 de agosto de 2014

LA PERIODISTA

Estoy intentando hacerme entender con la policía tailandesa cuando suena un aviso de llamada en mi móvil y veo que Mick quiere hablar conmigo. Le llamaré cuando haya terminado.

—Me llamo Kate Waters —vuelvo a empezar—. ¿Habla mi idioma?

La voz al otro lado de la línea, la tercera de momento, dice: «Perdón, perdón» y me ponen en espera mientras tratan de encontrar a alguien que pueda entenderme.

—Hola, hola —repito al teléfono cuando nadie coge la llamada.

Me dan ganas de gritar «¡Coged el teléfono!», pero sé que no servirá de nada. No hay nadie ahí. Sólo ruido de fondo. Cuelgo y lo intento otra vez. Ya me sé el número de memoria.

—Hola. Me llamo Kate Waters —digo, procurando que no se note la exasperación en mi voz—. ¿Habla mi idioma?

Oigo el sonido de una boca que respira y una total incomprensión.

—¡No me ponga en espera...! —grito cuando entiendo demasiado tarde que eso es precisamente lo que está a punto de ocurrir. Vuelvo a quedarme en ese limbo telefónico.

En la embajada, que ha sido mi primera llamada, se han mostrado educados pero firmes. «No podemos darle información sobre los viajeros aéreos, señora Waters. Las medidas de seguridad aérea son muy estrictas, seguro que lo entiende. A lo mejor la policía puede ayudarla.»

Tras diez minutos más de espera y una nueva llamada, por fin me pasan con alguien que me hace la pregunta mágica: «¿En qué puedo ayudarla?».

Me esfuerzo en contarle mi historia de la manera más sencilla posible, editando las palabras a medida que desgrano el relato.

—Mi hijo se llama Jake Waters. Resultó herido en el siniestro..., en el incendio de la Pensión y Bar Mama's Paradise. Donde murieron las dos chicas inglesas.

—Sí —responde el agente.

—¿Entiende lo que le digo? —pregunto.

—Sí —repite, pero no sé si me entiende o no.

—¿Están buscando a mi hijo, Jake Waters?

—Sí —contesta.

«¡¿Por qué le haces preguntas dicotómicas?! —grito mentalmente—. Pregúntale algo que tenga que responder con palabras de más de una sílaba.»

—¿Por qué?

—Tenemos que hacerle unas preguntas.

¡Ahora hablamos!

—¿Qué quieren preguntarle? Tenía entendido que el caso estaba cerrado.

—Eso es asunto de la policía. ¿Sabe dónde se encuentra su hijo?

—No, lo siento mucho, pero no. También estoy desesperada por encontrarle.

—De acuerdo. En fin, llámeme por favor si habla con él.

—Así lo haré —digo, pero cruzo los dedos detrás de la espalda como una niña pequeña. Me pregunto si se lo diré—. ¿Han comprobado si mi hijo ha salido de Tailandia?

Hay un silencio.

—¿Tiene un billete de avión?

—Podría ser. No estoy segura...

—Entiendo. ¿Con qué compañía? Lo comprobaremos.

Le doy la información que he encontrado en el email que le envié a Jack, pronunciando con claridad la referencia del billete.

—Gracias, señora Waters.

Bob me llama para decirme que han incluido a Jake en la lista de alertas de la Interpol.

—Es un Código Amarillo, es decir, una persona desaparecida. Las chicas estaban en la misma lista hasta que identificaron sus cadáveres. Así que es una buena noticia. Un Código Rojo, una orden de detención internacional, habría supuesto su búsqueda y captura por un crimen.

—Gracias, Bob, pero no estoy segura de que la prensa esté muy interesada en los matices de los códigos de colores. Se limitarán a publicar que lo busca

la Interpol. Creo que me lo voy a guardar.

Llamo de nuevo a Mick y me da su ración de malas noticias.

—Hay más porquería —indica—. Joe acaba de tener una charla con una antigua novia de Jake del instituto. Según parece, lo expulsaron de la universidad.

—¿Expulsado? Si nos explicó que lo había dejado porque creía que se había equivocado de carrera.

—Pues parece que no. Hizo trampas y lo pescaron.

Creo que voy a volverme loca. Todo lo que creía saber se desmorona bajo mis pies.

—¡Pásame a Joe! —le grito a Mick.

—Hola, Kate —me dice Joe nervioso, y puedo imaginarme la cara que habrá puesto Mick al darle el teléfono.

—¿Qué es esta bazofia que estás escribiendo de que a Jake lo expulsaron de la uni?

—Entonces ¿no lo sabías?

—Claro que no lo sabía. ¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Vale. Bueno, es una espontánea. Una exnovia que vio lo del Pirómano en los periódicos y nos ha llamado para ver si estábamos interesados en su información. Terry me la ha pasado.

—¿Quién es? ¿Ha pedido dinero? Me apuesto a que sí. Vamos, dímelo. Lo quiero todo, con pelos y señales.

Joe duda.

—¿Qué?

—La chica dice que se drogaba. Tendría que habértelo contado desde el principio.

Cierro los ojos y espero que todo el horror de la noticia me caiga encima.

—Resumiendo, lo echaron por presentar trabajos copiados de internet. Su ex dice que Jake era lo bastante inteligente para escribirlos él mismo pero que estaba demasiado ocupado pasándoselo bien.

Se me aparece la imagen de Jake el día que lo dejamos en la estación para que cogiera el tren que lo llevaría a la Universidad de Durham. Nos había pedido que no le llevásemos en coche («Es mucho camino. Iré perfectamente en tren») y vi que se sentía avergonzado por que estuviéramos en el andén, diciéndole adiós con la mano y armando jaleo, pero nos daba igual. Era un rito de paso: nuestro primogénito partiendo hacia la vida adulta. Se parecía a Stephen Hawking, con sus gafas de bicho raro (un gesto un poco afectado, lo sabíamos) y su hermosa sonrisa.

¿Qué le había ocurrido a aquel muchacho? A ese hijo mío al que creía conocer. Quizá se había visto en una situación distinta en la universidad. Hasta entonces, nunca había tenido que esforzarse para que todo le saliera bien. Siempre había sido el mejor alumno de su clase. Y si pensaba que iba a fracasar en algo (como ocurrió con las clases de saxo, que abandonó al cabo de sólo tres meses, cuando empezó a resultarle más difícil, pese a que nos había suplicado que lo apuntásemos), sencillamente lo dejaba y a otra cosa. Se había acostumbrado a que la vida le resultara fácil. Pero en la universidad debió de encontrarse con muchos chicos parecidos a él. Cuando llamaba a casa nos decía que todo iba bien. Pero quizá, si me hubiera dignado a escucharle como es debido, habría detectado algunos indicios. Siempre se me ha dado muy bien leer entre líneas cuando entrevisto a la gente, detecto enseguida el tartamudeo de la verdad debajo de unas mentiras presentadas con pulcritud. Sin embargo en su caso no fue así. Supongo que sólo me apetecía escuchar buenas noticias. Las buenas noticias no consumen tanta energía emocional, ¿no? Y además estaba ocupada con las malas noticias de otras personas.

Trato de recordar sus llamadas, las pistas que debería haber detectado. Me había dicho que todos sus compañeros de curso habían sido alumnos de sobresaliente en secundaria y que algunos eran más inteligentes que él, pero Steve y yo no nos lo habíamos tomado en serio y le habíamos tomado el pelo. Pobre Jake, supongo que fue una experiencia traumática descubrir que tenía que esforzarse para seguir el ritmo de la clase. Al principio lo había intentado, sin duda. Nos decía que pasaba las tardes en la biblioteca («No me reconocerías, mamá. Ahora soy un empollón...»), que se leía todos los libros obligatorios de las asignaturas y alardeaba cuando le ponían buenas notas en los trabajos.

Pero quizá hincar los codos perdió atractivo al cabo de un tiempo y empezó a despistarse. Si sacarse la carrera iba a ser tan exigente, a lo mejor no valía la pena.

Joe sigue hablando, dándome los detalles escabrosos de la caída en los infiernos de mi hijo, y vuelvo a sintonizar.

—Esa novia suya ha dicho que había empezado a emborracharse todas las noches y a esnifar un poco de coca. Sus amigos hacían lo mismo. Se presentaba a las clases con la mandíbula desencajada, sorbiendo mocos, y creía que decía cosas brillantísimas cuando en realidad no hacía más que soltar chorradas.

—Qué idiota... —murmuro.

—Jake le contó a la chica que su tutor le había dado un toque al principio del segundo curso. Le dijo que tenía que meter más horas en sus trabajos. Que las drogas no lo estaban volviendo más inteligente. Que lo estaban convirtiendo en un incordio insoportable y que si no espabilaba lo iba a echar todo por la borda. Pero Jake pasó de todo y siguió a lo suyo. Sus amigos estaban muy preocupados por él, Kate.

—Tan preocupados que ahora venden información sobre él. Qué bonito.

¿Por qué no nos lo había dicho? En segundo ya no nos llamaba tan a menudo, pero ¿por qué iba a hacerlo? Ya no necesitaba que su mamá le controlase. Aunque quizá era justo eso lo que necesitaba. ¿Le llamaba yo? No, sólo le enviaba mensajes de texto. Cariño abreviado. Nada que ver con el afecto de verdad. Y luego se había quedado en Durham a pasar el verano. Dijo que estaba trabajando.

—Empezó a copiar cosas de otra gente en internet cuando se olvidaba de hacer sus trabajos —continuó Joe—. Y luego artículos enteros. Le pillaron. Le abrieron un proceso disciplinario y le enseñaron la puerta.

—Dios mío. —No puedo decir nada más.

—Vamos a publicarlo, Kate —añade Joe en voz baja—. Lo siento muchísimo.

—¿De verdad? ¿Qué tiene esto de noticia? No tiene nada que ver con el incendio. Supongo que Jake dejó plantada a esta chica, ¿me equivoco? Por eso os ha llamado. Son cuentas pendientes.

Es mi último intento a la desesperada para liquidar la noticia. Pero he formado demasiado bien a Joe.

—No, nos ha explicado que fue ella quien cortó por las drogas. Estaba cambiando. Y he corroborado su versión. Es fiable. La universidad acaba de publicar un comunicado confirmando su expulsión.

—Bravo por ti —le suelto, y me sabe fatal sonar tan resentida.

Hace sólo dos días le habría estado aplaudiendo por el trabajo. Pero ahora no puedo. Es que me he encontrado mil veces en la posición de Joe Jackson, enarbolando la verdad con gesto victorioso. Nos enseñan que la verdad es lo único que cuenta. Mi primer jefe de redacción me decía: «Da igual que escribas maravillosamente bien una noticia. Si no es rigurosa, no vale nada».

Todo el mundo quiere saber la verdad de lo ocurrido. Salvo a quienes no les interesa que se conozca. Aquellos que saldrán perdiendo. Ahora lo entiendo.

—Tengo que contárselo a Steve —le comunico, y cuelgo dejando a Joe con la palabra en la boca.

Mi pobre marido se queda muy callado cuando lo desembucho todo.

—Oh, Katie —dice por fin—. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, Steve. ¿Quizá se mezcló con malas influencias? —contesto, avergonzada de recurrir a la trillada excusa que tantos padres utilizan para justificar a sus hijos cuando se meten en problemas.

—Por favor, vuelve a casa, cariño. Freddie y yo te necesitamos aquí. Y ni siquiera sabemos si Jake sigue en Tailandia...

Me supera y me cabrea que me pida que vuelva de Tailandia sabiendo que Jake podría estar aquí, pero no veo cómo voy a poder justificar mi estancia.

—Vale —respondo a regañadientes, dando a entender por mi tono de voz que si acepto es sólo por Steve, aunque la verdad es que estoy demasiado cansada, destrozada, para hacer nada más.

Llamo a la agencia de viajes del periódico y pido que me cambien el vuelo que tenía reservado por el primero que salga. En mi otra vida habría experimentado esa chispa instantánea de felicidad cuando por fin vuelves a casa al terminar un trabajo. Pero aquí no termina nada, ¿no?

Después de hacer las maletas, enciendo la tele para acabar con el silencio de la habitación, pero la peli de acción que dan termina convirtiéndose en un decorado de fondo insípido, de modo que me siento y trato de ponerme en la situación de Jake. Intento imaginar la vergüenza, el durísimo golpe cuando supo que lo echaban de la universidad. Quizá marcharse a Tailandia le pareció la mejor decisión. Se tomaría un año sabático y luego regresaría a la buena senda. Sólo necesitaba relajarse un poco. ¿Viajar, conocer a gente para poner las cosas en perspectiva?

Pero parecía que Jake se había deslizado cuesta abajo, buscando asideros a los que agarrarse y negando la verdad. Había cortado con la familia, esquivándonos con algún que otro email y con llamadas todavía más infrecuentes. Su amigo de Bangkok, Ross, había dicho que Jake tenía la impresión de que no podía regresar a casa. Que no podía contarles a sus padres que se había metido en problemas.

No podía contarnos en qué se había convertido. En un fracasado.

Viernes, 22 de agosto de 2014

LA MADRE

Malcolm había abordado las múltiples dificultades de los trámites con algo que cabría comparar con el entusiasmo. Lesley sabía que de aquella forma evitaba pensar en un futuro sin Alex y trató de no reventar aquella burbuja de actividad de su marido. Se quedaba sentada y lo miraba al teléfono, hablando de permisos y documentos. Le preguntaría más tarde los detalles. Malcolm lo apuntaba todo en su cuaderno especial. Lesley se dio cuenta de que su letra, de la que siempre había estado discretamente orgulloso, se iba haciendo cada vez más pequeña y apretujada.

Arrugaba el entrecejo cuando le delectaban algo. Era casi como si estuviera trabajando en su despacho en el ayuntamiento. Transmitía una impresión de ejecutivo al mando de las operaciones. Nada que ver con un padre de luto por su hija. Hasta que se percató de que ella le miraba y se le demudó el gesto.

—Lo siento —dijo con los labios, y levantó los cinco dedos de la mano para indicarle cuánto tiempo le quedaba.

—Voy a por un par de cafés —le respondió ella, también con los labios.

Lesley acercó el oído a la puerta de la habitación antes de abrirla. Ya se conocía el truco. Sonreír y no decir nada. Los reporteros se habían organizado por parejas que se turnaban a la puerta de su habitación cuando el hotel los amenazó con echarlos a todos si continuaban obstruyendo los pasillos.

—Lo siento mucho, señora O'Connor —se había disculpado el encantador director del hotel con una sonrisa.

Le había costado un tiempo acostumbrarse a esas sonrisas permanentes. Al principio, Lesley creía que se burlaban de ella cuando se quejó de que llamaran a su puerta a las tantas de la noche.

—¿Por qué se ríe? —le había preguntado a una chica que trabajaba en la recepción—. Es muy molesto.

La chica había sonreído todavía más y Lesley se había largado. Clive le había comentado más tarde que se trataba de un tic cultural que muchos occidentales malinterpretaban.

—Con su sonrisa te transmitía primero una disculpa y luego su turbación cuando ha visto que estabas enfadada.

—¿Y cómo se supone que iba a saber eso? —le había comentado Lesley a su marido—. Qué estupidez de berrinche. ¿Crees que debería bajar a pedirle perdón?

—Olvídalo, cariño.

Se había acostumbrado a oír la llegada del siguiente turno de reporteros, cuando se instalaban con cuidado en las sillas que habían dejado junto a su puerta. Parecían estar en la sala de espera de un dentista.

Se preguntó a quién se encontraría esta vez. ¿Joe del *Post*? Ojalá, pensó. Siempre se ponía de pie de un salto cuando ella aparecía. Modales encantadores. Le recordaba un poco a Dan. O George del *Telegraph*. Era un hombre serio y respetuoso. No como otros. Louise Butler, sin ir más lejos. Siempre se arrimaba demasiado, fingiendo interés. Pero no engañaba a Louise, no con aquel rictus de piedra en la boca.

No oyó nada fuera y cuando abrió la puerta vio que no había nadie. Casi se sintió decepcionada. «Tranquilízate, Lesley —se dijo a sí misma—, se supone que has de evitar a la prensa.»

Sin embargo, miró a un lado y otro del pasillo, deseando verlos. Lo cierto era que esos reporteros y fotógrafos se habían convertido en sus vecinos, unos rostros conocidos en un país de desconocidos. Le preguntaban cómo se encontraba, cómo lo llevaba, y le hablaban de Alex. Y Lesley también sabía cosas de ellos. Por supuesto, conocía todos los problemas de Kate, pero también que Mick iba a casarse («Es un puto escándalo lo que cuestan un trocito de salmón y una ensalada para el convite», le había oído decir al otro lado de la puerta), o que Joe estaba intentando comprarse un piso y que George tenía el estómago revuelto. Poco le había faltado para darle un poco de loperamida, pero Malcolm le había dicho que estaba algo fuera de lugar. Aun así, le había preguntado si se encontraba mejor la siguiente vez que lo vio. Y saludó con la mano a los dos fotógrafos que estaban desayunando cuando entró en el comedor.

Malcolm estaba otra vez tomando notas en su cuaderno cuando regresó con los dos cafés, que habían rebosado manchando los platillos.

—Ten cuidado de no manchar tus notas —le advirtió desde el cuarto de baño, mientras arrancaba un poco de papel higiénico para secar el café derramado.

—La funeraria está resolviendo los papeles del certificado de defunción en el registro civil, el certificado para la conservación del cadáver y el documento para el traslado de los restos mortales al Reino Unido —dijo Malcolm—. Clive dice que ya podemos reservar los billetes de vuelta.

Se sentó con todo su peso sobre la tapa del váter. «Traslado de los restos mortales», aquella expresión era como un puñetazo en el estómago.

Habían decidido llevarse intactas a las chicas porque no soportaban la idea de incinerarlas sin organizarles antes un funeral.

—¿Estás bien ahí dentro?

—Sí, estoy intentando calmarme un poco. ¿Lo saben Jenny y Mike?

—No, ahora iba a su habitación. ¿Quién está fuera esta mañana?

—Nadie. Es un poco raro. Me pregunto qué estarán haciendo. Iré yo.

Jenny Shaw no estaba vestida. Cuando la hizo entrar en su habitación a oscuras le dijo que no podía afrontar el esfuerzo físico de quitarse el pijama, elegir qué ropa iba a ponerse y pasársela por la cabeza. Jenny quería volver a dormir y no despertarse nunca más.

A Lesley le dieron ganas de zarandearla, pero en cambio optó por mostrarse activa.

—Abriré las cortinas, Jenny. Todo luce mejor a la luz del sol.

—Pues Rosie sigue muerta, por más luz que entre —repuso Jenny.

Lesley se volvió sobre sus talones para mirarla de frente.

—Lo sé. Cómo no voy a saberlo. Pero tenemos que salir adelante. No podemos hundirnos. Tenemos cosas que hacer, Jenny. —Y trató de encontrar alguna tarea que Malcolm no hubiera asumido ya—. Tenemos que comprar ropa para las chicas. Para dársela a la funeraria.

—¿Ropa? —dijo Jenny como si no entendiera la palabra.

Lesley se sentó a su lado en la cama sin hacer. El dolor de Jenny cubría las paredes de la habitación. Era visible en las sábanas torturadas, en los envases en miniatura del minibar, tirados por todas partes, y en la cena intacta cuajándose en la mesilla de noche. El mundo se había detenido en esa habitación.

Se volvió hacia Jenny y la cogió por los hombros.

—¿No crees que todos nos estamos muriendo por dentro igual que tú? No estás sola en esto, Jenny. Mike también está destrozado.

Jenny se abrazó a sí misma.

—Mike se vuelve a casa. Mira qué destrozado está. Imogen le necesita, así que me deja aquí para que me ocupe yo de todo. Es un egoísta, el muy hijo de puta.

Lesley trató de no reaccionar (si lo hacía, sólo conseguiría darle cuerda), pero estaba furiosa con él. «¿No podía esperar un par de días?», pensó. Iría a hablar con Malcolm para pedirle que lo convenciera de quedarse.

—Mira, Jenny —dijo con tranquilidad—, no podemos cambiar lo que ha pasado. Pero sí podemos asegurarnos de que todo se haga bien para que las chicas puedan volver a casa con nosotras. Malcolm está poniendo de su parte, y tú y yo tenemos que poner de la nuestra. Vamos, vístete e iremos a los grandes almacenes que hay al lado de la embajada.

Hacía un rato que las dos mujeres, con gesto ausente, iban pasando ropa inapropiada en los percheros, cuando Jenny le hizo la pregunta que lo cambió todo.

—¿Qué ropa llevaban cuando las encontraron? —quiso saber.

Y ambas se quedaron quietas, soltando las perchas, que volvieron repicando a su posición de equilibrio.

—No lo sé, Jenny. El policía dijo que se habían envuelto en una estera para protegerse del fuego, ¿no?

—Pero nadie comentó nada de la ropa que llevaban. Nadie se ha ofrecido a devolverme la ropa de Rosie. Quiero saber qué llevaban puesto. Tiene que haber fotos del lugar donde las encontraron. Llama a Clive.

Lesley agarró nerviosa el teléfono y se quedó envarada como uno de los maniquís.

—Clive, soy Lesley. Queremos saber qué ropa llevaban las chicas cuando las encontraron... Bueno, entonces pregúntaselo a alguien. Alguien tiene que saberlo.

Las dos mujeres permanecieron juntas un momento antes de abrirse paso entre los dependientes y dirigirse a la salida.

El móvil de Lesley empezó a sonar cuando ya enfilaban por el pasillo del hotel.

—¿Clive? Espera a que entre en la habitación. Casi hemos llegado. Vale. ¿Qué has averiguado?

El silencio en la habitación, lujosamente decorada, se alargó varios minutos mientras Lesley escuchaba sus explicaciones, apretándose tanto el móvil contra la cara que le estaba dejando una marca en la mejilla.

Jenny la observaba, tratando de descifrar su mirada.

Malcolm estaba sentado en la cama, con gesto perplejo, pero Lesley sabía que iba a esperar a que ella terminara de hablar. Le gustaban las historias bien contadas, de principio a fin (no soportaba los culebrones, con esos capítulos que te dejaban con el corazón en un puño y sus solos dramáticos de percusión). Su hijo le llamaba en broma «hombre cofre recopilatorio» porque lo quería ver todo de una sentada.

Cuando colgó, se dejó caer en la cama al lado de su marido.

—Cuéntamelo —dijo Jenny, saltando de la silla—. ¿Qué te ha dicho?

—Estaban desnudas.

Viernes, 22 de agosto de 2014

EL INSPECTOR

Sparkes estaba en la cantina de la comisaría, rozando una lasaña blanda con el tenedor, cuando Salmond lo encontró.

—Tiene una pinta repugnante —soltó ella, dejándose caer en una silla a su lado.

—Muy amable —replicó él, apartando el plato y cubriendo los restos con su servilleta de papel para no tener que volver a verlos—. Estoy comiendo, veinte minutos de carbohidratos y tranquilidad. Sea lo que sea, ¿no puede esperar?

—La verdad es que no —contestó con gesto serio la subinspectora—. Nuestras dos chicas estaban desnudas cuando las encontraron en la cámara frigorífica.

Sparkes se levantó y abrió el paso hacia su despacho.

Salmond le relató la llamada histérica de Lesley O'Connor y la que había hecho a continuación a la embajada en Bangkok.

—Es verdad. El vicecónsul lo ha confirmado con la policía. En su informe consta que los cuerpos estaban desnudos y que no se encontró ropa en el lugar de los hechos.

—¿Y esto lo sabían desde el primer momento? ¿Y no dijeron nada? Maldita sea. Tenemos que ver ese informe y ver si han omitido algo más. ¿Se trata de una chapuza policial o de una ofuscación voluntaria de los hechos?

—Lo segundo —respondió Salmond—, si he entendido bien eso de «ofuscación». No encaja bien con la hipótesis de que las chicas murieron intentando escapar de las llamas, ¿no? Esta prueba abre todo tipo de posibilidades, y ninguna tiene buena pinta.

—No. ¿Qué demonios estaba pasando en esa pensión?

- Eso mismo es lo que ha dicho Lesley.
—¿Cómo has quedado con ella?
—Le he comunicado que te iba a buscar y que luego la llamarías.

La conversación no empezó con buen pie. Primero habló con Jenny Shaw y la mujer no le dejaba meter baza, mientras despotricaba sobre la lamentable investigación, las mentiras, las pruebas perdidas. Permitió que se desfogara y tomó notas mentales hasta que dejó de hablar.

—¿Jenny? —dijo aprovechando el instante de silencio.

—Sí, sigo aquí —murmuró ella—. Estamos todos. Voy a poner el manos libres.

—Vale. ¿Por qué le hizo esa pregunta a la policía? ¿Hay algo más que deba contarme?

—No, no creo. Estaba con Lesley comprando ropa para las chicas, para el viaje. Y estaba pensando en un vestido que se compró justo antes de marcharse. Y me he preguntado si lo llevaba puesto cuando murió. No sé por qué. Tengo ideas muy raras.

—Ha sido una idea muy buena, Jenny. Puede ser un paso decisivo para averiguar qué ocurrió en realidad.

—Sólo que aquí la policía no quiere saber nada. Han cerrado el caso.

La voz de Lesley apareció en la línea:

—No nos hacen caso, inspector. Hemos ido a la comisaría a intentar hablar con la policía, pero el coronel con el que hablamos la última vez no estaba disponible. Un subalterno ha bajado a vernos y nos ha sonreído. Ha insistido en que el certificado de defunción era la última palabra al respecto. Le hemos pedido una copia del informe policial, pero se ha negado. Supongo que debe de contener otras cosas que la policía no quiere que sepamos —relató—. Cuando le hemos insistido en que iban desnudas nos ha dicho: «¿Quizá se quitaron la ropa porque hacía demasiado calor?».

Sparkes gruñó.

—¿De verdad?

—Creo que habría dicho cualquier cosa con tal de librarse de nosotros.

—Intentaré hablarlo más a fondo con la policía tailandesa —informó Sparkes—. Han de saber que voy a investigar personalmente estas muertes. He hablado de estas novedades con el forense de West Hampshire y me ha pedido examinarlas.

—Gracias a Dios —exclamó Lesley.

—Por supuesto, es muy importante que las chicas no sean incineradas en Bangkok. Es preciso que podamos efectuar la autopsia. Si los cuerpos se embalsaman antes de su repatriación, ello podría ayudar a conservar las pruebas relativas a las causas de su fallecimiento.

Malcolm intervino:

—Estoy organizando todos esos trámites ahora, inspector. Me pondré en contacto con usted en cuanto tengamos una fecha.

—Gracias —dijo Lesley desde la otra punta de la habitación. Una voz distante.

—¿Tienen alguna pregunta más? —planteó, más por la costumbre que por un deseo de prolongar aquella agonía.

—No. Ninguna hasta que volvamos a casa —respondió ella.

Lunes, 1 de septiembre de 2014

LA MADRE

Se había obligado a concentrarse en llevarse a Alex de vuelta a casa, apartando de su mente todas las preguntas y los horrores de los últimos días en Bangkok. Se había centrado en una franja muy estrecha de actividad, haciendo caso omiso de los titulares cada vez más morbosos sobre los cuerpos desnudos de las chicas y la implicación de Jake Waters («La turbia verdad sobre el “Héroe del Incendio”: las drogas convirtieron al héroe en un monstruo») y las preguntas informales que le hacían los últimos reporteros que quedaban en el hotel.

Durante esos días, no había sido capaz de mirar más allá del momento en que aterrizarían en Heathrow. Pero cuando por fin abrieron la puerta de su casa, notó que algo se rompía en su interior. Había regresado al mundo real, a su pequeña vida, trabajando todas las mañanas en la inmobiliaria, con partidas semanales en el pub y compras en los supermercados, cantando con la radio puesta mientras planchaba las camisas de Malcolm. Pero aquella vida había perdido todo su significado. Se sentía como una actriz sobre el escenario. Dejándose llevar por la inercia mientras abría un montón de cartas en la encimera de la cocina, fingiendo leer las notificaciones del banco y de las aseguradoras.

La necesidad de conocer la verdad de lo que le había ocurrido a Alex resonaba en su cabeza como el bramido oceánico de un acúfeno.

Tenía que saber si alguien había hecho daño a su hija voluntariamente, tenía que hacerse con las pruebas materiales que los tailandeses habían pasado por alto.

¿La habían drogado? ¿Violado? ¿La habían abandonado a su suerte en un incendio?

Se sorprendió al verse ante las mismas puertas de la locura. Dio un paso atrás. Tenía que ser fuerte. «No puedo salvarte, mi niña querida. Pero tu padre y yo nos hemos comprometido a no descansar hasta conocer la verdad. Conseguiremos que se haga justicia.»

Lesley no terminaba de imaginarse en qué consistiría aquella justicia. Pero era una misión que la gente, y en especial la prensa, parecía comprender. Los periódicos habían publicado que las autoridades de Hampshire habían abierto una investigación, y las imágenes de los ataúdes habían aparecido destacadas, pero la historia, poco a poco, iba quedando relegada a las últimas páginas. Los congresos de los partidos políticos estaban a la vuelta de la esquina y la actualidad no esperaba a nadie. La época de las serpientes de verano de la que le había hablado Kate había echado el cierre y sus noticias quedaban olvidadas como las toallas de playa en un armario.

—Tenemos los certificados de defunción tailandeses —había dicho Malcolm a la funcionaria del instituto forense, una mujer inesperadamente jovial con un vestido muy colorido, cuando se sentaron en su despacho en Winchester, la mañana posterior a su regreso—. He hecho traducir todo el papeleo.

—Llámeme Hilary, señor O'Connor. Eso está muy bien. Ya he recibido las copias de los encargados de la funeraria —explicó ella, mientras caminaba por el despacho hojeando los documentos.

—Tenemos que averiguar qué ocurrió —se oyó decir Lesley a sí misma, como si estuviera en otra habitación.

—Por supuesto que sí.

Y Lesley se vio intentando reconocer los pájaros que volaban en el vestido de Hilary. ¿Eran grullas? ¿Quizá garzas?

—Y el funeral... —le oyó añadir a Malcolm.

—Lo siento, señor O'Connor. No podemos entregarles el cadáver de Alex hasta que hayamos terminado la investigación.

La funcionaria se inclinó hacia delante y le dio una palmada en la mano.

—Aceleraremos los trámites todo lo que podamos. La autopsia está programada para finales de esta semana.

Al llegar a casa, Lesley se fue a la cama y lloró durante el resto de la mañana, hundiendo la cara en la almohada mojada, hasta que Dan subió con una taza de té y se derrumbó al verla. Ella se obligó entonces a parar.

«No voy a llorar más hasta que enterremos a Alex», se prometió más tarde, al coger un trapo de cocina para secar los platos del escurridor.

A Jenny y a Mike les dijeron lo mismo en una reunión aparentemente idéntica. Lesley les comentó que Malcolm podía acompañarlos —para mediar entre ellos si hacía falta—, pero Fran, la hermana de Jenny, había bajado desde el norte del país para echar una mano.

—Me parece muy bien —dijo Lesley—. Te conviene tener a la familia a tu lado.

—No hay manera de hacerla callar —se quejó Jenny—. No tendré ni un momento de paz mientras esté aquí.

Lesley la miró con dureza y Jenny añadió sin mucha convicción:

—Sé que lo hace con buena intención.

Fran les explicó a los O'Connor toda la conversación que los Shaw habían mantenido con la funcionaria cuando ella y Jenny regresaron del instituto forense. Lesley intentó interrumpirla, murmurando un par de veces «Sí, a nosotros nos dijo lo mismo», pero Fran quería su momento de gloria.

—¿Cómo habéis visto a Mike? ¿Cómo lo lleva? —preguntó Lesley. Según Fran, había desaparecido de camino a su nueva vida en cuanto la reunión hubo terminado.

Jenny, que no había soltado prenda desde que se habían sentado, de pronto regresó a la vida.

—A saber... Daba la sensación de no querer estar ahí.

—También ha perdido a su hija, Jenny —señaló Fran, encaminándose directamente a terrenos pantanosos.

—La perdió mucho antes, cuando la abandonó. No me apetece hablar de él. Todo esto es culpa suya.

Malcolm cogió su taza y dijo:

—¿A alguien le apetece otro café? Tenemos más en la cafetera francesa.

Fran le miró con gesto agradecido.

—Me tomaré otro. Voy contigo, Malcolm. —Aquella mujer seguía hablando cuando se fueron a la cocina.

Una vez solas, Lesley trató de hablar con Jenny, pero rehuía su mirada.

—No es culpa de Mike, Jenny —explicó—. Y lo sabes. Pero entiendo que estés muy dolida y enfadada con él. Porque yo también lo estoy.

Jenny se derrumbó en su silla.

—No habría muerto si no hubiera ido. Y no habría ido si no le hubiera dado el dinero.

—Jenny...

—Lo sé, lo sé —replicó Jenny—. No estoy siendo justa.

Lesley se miró las manos. No era el momento.

—El caso es que Fran no para de hablarme de él —continuó Jenny—. Hurgando en la herida. Cómo lo estará pasando Mike, lo triste que debe de estar. Tendría que estar aquí conmigo. Le necesito.

Pareció quedar igual de impactada que Lesley cuando la verdad salió atropelladamente de sus labios.

—¿Le has dicho cómo te sientes? —añadió Lesley a toda prisa.

—No, no puedo. No soporto la idea de que sea Imogen quien coja el teléfono.

—Pues pídele a Fran que lo haga y que consiga su número de móvil.

Jenny asintió.

Lunes, 1 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

El sobre blanco, escrito a mano, todavía estaba húmedo cuando lo he recogido del felpudo. Seguramente se ha pasado esta mañana lluviosa en la bolsa del cartero y el nombre ha quedado emborronado. Lo he abierto sin pensarlo, mi pulgar ha buscado la debilidad en la lengüeta y lo he destripado mientras mis ojos iban revisando el resto del correo.

—Bravo —he dicho al echar un vistazo a la primera línea, y me he sentado a la mesa de la cocina—. Una puta multa por exceso de velocidad.

He tirado el papel a un lado. La última coz de un día de perros.

Es Steve quien lo lee como es debido cuando llega a casa una hora más tarde.

—¡Hola! —grita imponiendo su voz a las noticias de la radio, que tengo puestas a todo volumen para poder oírlas desde cualquier habitación de la casa—. ¡Katie, baja el volumen, por el amor de Dios! Seguro que se oye en toda la calle.

Asomo la cabeza por la puerta de la cocina y le saco la lengua.

—Conque el señor Alegría ha llegado a casa. ¿Un mal día?

Steve me suelta un bufido. Es evidente que ha tenido un muy mal día. A estas alturas de la vida, ya me sé los ruidos que hace de memoria. Veinticinco años de matrimonio me han permitido afinar el oído y detectar todos los matices de sus tics verbales.

—Yo también. Vamos a tomarnos una copa de vino y brindemos por la autocompasión —digo, y le doy con suavidad un beso en los labios.

Últimamente bebemos más. Es una forma de atenuar el pánico que hierve a fuego lento justo por debajo de la piel.

Se sienta cansado. El agotamiento se deja ver en sus ojos, que apenas se sostienen sobre las bolsas de sus párpados.

—Llevo de pie doce horas. La lista de cirugías programadas de hoy era espantosa —explica.

Guardo silencio sobre mis preocupaciones. Son patéticas comparadas con las tuyas. En el periódico me han descargado de trabajo. Terry me ha apartado de cualquier noticia que pueda revestir algún interés. Tuve que insistir en que me dejaran regresar a la oficina, diciéndoles que no trabajaría en el incendio, y que además me necesitaban. «No es que te sobren redactores, Terry —dije—. Me dedicaré a reescribir textos, si quieres. Necesito mantenerme ocupada.»

El director me convocó a su despacho nada más regresar de Tailandia —sólo fue una charla de un par de minutos para asegurarme de que el *Post* seguía contando conmigo—, pero desde entonces me ha estado evitando. Y mi firma no aparece en el periódico. «Será mejor que mantengas un perfil bajo, Kate», me aconsejó Terry. De modo que me he pasado los últimos diez días corrigiendo gazapos en cantidades industriales y peleándome con agentes de famosos que pretenden decirme qué puedo escribir y qué no.

—Tú ganas. Tu día ha sido peor —afirmo.

Steve tiene la mirada perdida en su copa.

—Salud —digo, haciendo chinchín con su copa de sauvignon blanco, y ambos tomamos un buen trago.

»En fin, ¿qué te apetece cenar? Ha sobrado un poco de pastel de pescado. O podemos pedir que nos traigan la cena a casa.

—Da igual —responde Steve—. Cualquier cosa me va. Pareces cansada, Kate.

—Lo estoy —murmuro—. Meteré el pastel en el microondas.

—Vale. ¿Algún mensaje en el contestador cuando has llegado? ¿Alguna carta? —pregunta, como todos los días.

—Tu madre ha dejado un mensaje en relación al domingo. Que le apetece mucho vernos y bla-bla-bla. Un recordatorio sobre el seguro del hogar y otro del dentista sobre mi próxima revisión. Y tenemos una multa por exceso de velocidad.

—¡Kate! Otra no. ¿Por qué tienes que conducir siempre como si llevaras un Fórmula 1? Nos estamos gastando una fortuna en multas.

—Cierra el pico y bébete el vino. De todos modos podría ser tuya. No la he terminado de leer.

—¿Dónde está?

Encuentro el sobre alicaído en la encimera de la cocina, se lo doy y me vuelvo a la nevera, buscando las verduras que he olvidado comprar.

—¿Y bien? ¿Quién es el culpable?

—Es Jake —contesta Steve.

Me quedo mirándolo y Steve levanta las hojas para demostrármelo.

—La multa es suya. Por lo visto, cazaron a nuestro hijo conduciendo a 132 kilómetros por hora en la A3 el 26 de agosto. De eso hace una semana. En un coche de alquiler. La compañía nos ha derivado la multa.

—¿Jake? —digo. Es la única palabra que he oído.

—Jake —repite Steve y me coge de la mano.

—Volvió a casa...

Martes, 2 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Sparkes fue con Salmond a ver a las familias el día después de su regreso y las dos madres los recibieron con los brazos abiertos.

—Es una suerte poder hablar con un policía que sabe hacer su trabajo —dijo Lesley para abrir la conversación.

Sparkes le dedicó una sonrisa alentadora, pero tenía la esperanza de que en aquel encuentro no se limitara a echar pestes de la policía tailandesa.

—Antes de emitir ningún juicio escucharemos lo que tengan que decirnos —le había comunicado a Salmond de camino a la casa—. Pero las familias no estaban allí cuando ocurrió todo, así que no perdamos de vista que toda la información que puedan darnos es de segunda mano.

Malcolm O'Connor permanecía sentado, asintiendo con gesto de aprobación mientras su mujer y su vecina iban contando todo lo que sabían. O lo que creían saber. «Difícil ser objetivo sobre lo que es una prueba cuando tus emociones están en juego», pensó Sparkes.

—Como le dijimos por teléfono, no estaban vestidas cuando las encontraron, inspector —dijo Lesley O'Connor, enumerando «los hechos» con los dedos—. Pero allí la policía se negó a investigar si hubo agresión sexual.

Sparkes reparó en que Malcolm O'Connor había dirigido automáticamente la mirada al techo al oír aquel comentario.

«No puede soportar la idea. Siempre es difícil para los padres» fue el pensamiento que pasó fugazmente por su cabeza. Se fijó también en que Lesley no se había dado cuenta. Estaba concentrada en pormenorizar el catálogo de errores de la policía tailandesa.

—Sólo tuvieron acordonada la zona veinticuatro horas y a partir de entonces cualquiera pudo pasar por encima de las pruebas que quedaran. Fue una total falta de profesionalidad. No se esforzaron para nada en encontrar testigos. Ninguno de los presentes en esa supuesta fiesta ha acudido a la policía. Era una pensión. Tenía que haber otros inquilinos, pero la única persona que nos consta que estuvo allí, Jake Waters —escupió el nombre—, se ha fugado.

—No estoy seguro de que *fugarse* sea la palabra adecuada para describirlo, señora O'Connor —replicó Sparkes, levantando la mano para interrumpirla—. Jake Waters pidió que le dieran el alta en el hospital. Y no ha estado en contacto ni con su familia ni con la policía. Es posible que no sepa que queremos hablar con él.

—Bueno, entonces seguro que está viviendo en una isla desierta.

—No sería descabellado en esa parte del mundo, según tengo entendido —contestó Sparkes midiendo las palabras.

—Inspector, la noticia estaba en todo internet. La prensa cree que ese chico tiene algunas preguntas que responder —añadió Jenny.

«Por suerte, la prensa no tiene la última palabra», pensó.

—Y la policía tailandesa ha difamado a nuestras chicas. Las ha pintado como si fueran unas descerebradas para así poder culparlas y ocultar la verdad. Pero ¿es que no se da cuenta?

Lesley había alzado cada vez más la voz a medida que las acusaciones salían atropelladamente de su boca y se puso medio de pie al pronunciar aquella última súplica. Malcolm O'Connor le sujetó el brazo y con dulzura la hizo volver a sentarse.

—Entiendo que estén disgustados —dijo Sparkes—. Necesitan respuestas. Todos las necesitamos. Y pondremos todo nuestro empeño en encontrarlas. Los resultados de las autopsias nos ayudarán a determinar cómo murieron sus hijas.

La palabra *autopsia* hizo que todos se callaran y Lesley empezó a llorar.

—No puedo soportarlo —reconoció sollozando—. Sé que tienen que hacerlo, pero no quiero que nadie más toque a mi Alex. Ya la han manoseado los agentes de policía, los auxiliares del tanatorio, los embalsamadores, los de la funeraria. Y alguien en la pensión. Alguien desnudó a Alex y a Rosie y las envolvió en una estera de coco. Pero ¿qué más les hicieron? No paro de pensar en todas esas manos sobre su piel. Y no puedo hacer nada para que dejen de tocarla.

—Pero es imprescindible hacerlo, cariño —dijo Malcolm con firmeza—. Ojalá no lo fuera, pero necesitamos pruebas materiales. Alex tiene la clave de lo que ocurrió.

—Y Rosie —añadió Jenny—. Las chicas habrían querido que lo supiéramos, ¿no?

—Sí, Jenny —respondió Malcolm—. Lo habrían querido.

Sparkes los escuchaba mientras racionalizaban todo lo ocurrido para poder soportarlo.

—¿Dónde está Jake Waters? —preguntó Sparkes cuando regresó a su despacho—. ¿Qué vio?

—Supongo que seguirá en el Sudeste Asiático —contestó Salmond, sin aportar nada.

—Eso no lo sabemos. Tenemos que hablar con su madre, cerciorarnos de que no ha sabido nada de él.

—Creía que ya lo había hecho —comentó Salmond con malicia.

—Oficialmente no. No como parte de nuestra investigación. Necesitamos actualizar datos con Bangkok. Quizá han averiguado algo y no se han dignado a decírselo a nadie. Abre un conducto con los tailandeses y yo hablaré con mi colega en la Interpol.

—Y tenemos que ver todos los emails, textos, whatsapps, *posts* de Facebook y tuits de Alex O'Connor y Rosie Shaw. Sus padres nos han conseguido las contraseñas, ¿no?

—Tenemos la de Alex, siempre usaba la misma para todo. Jenny Shaw nos ha dicho que no sabe la de Rosie.

—Entonces empezaremos con Alex.

—Manos a la obra —dijo ella, y salió pitando del despacho.

Regresó al cabo de un rato con aspecto estresado.

—El inspector Collins está extrayendo toda la información online. Es buenísimo en esto.

—Gracias a Dios que alguien lo es. —Sparkes se rió—. ¿Y los tailandeses?

—El coronel Prasongsanti de la Unidad Anticrimen no tiene información sobre el paradero de Jake Stephen Waters, nacido el 15 de marzo de 1992 —recitó Salmond.

—Vale, llamaré a Kate Waters. No voy a ir en coche. Demasiado camino para luego enterarme de que no ha sabido nada de él.

—Quizá debería hacerlo yo, señor. Así sería más... más formal.

—Adelante, pues.

Sparkes le leyó el número de su libreta de contactos y la sargento llamó y puso el manos libres.

—Sí. —Su voz sonó enérgica.

—Hola, señora Waters. Soy la subinspectora Zara Salmond, de la policía de Hampshire.

—¿La policía de Hampshire? —Sparkes se imaginó a la periodista intentando medir el terreno—. ¿La colega del inspector Sparkes? Nos conocemos, ¿no? Ya habrán pasado dos años. ¿Fue en un juicio?

—Sí, eso es. El caso del Bebé en el Edificio en Construcción, si no recuerdo mal. Mire, la llamo porque la policía de Hampshire ha iniciado su propia investigación sobre las muertes de Alex O'Connor y Rosie Shaw.

Silencio.

—¿Hola?

—Sí, lo siento. Sólo quería apartarme de mi escritorio. Pensaba que la investigación estaba cerrada.

—Lo está en Bangkok, pero los cadáveres de las dos chicas han sido repatriados y el forense nos ha pedido que abramos una investigación.

—Claro, lo siento. Había olvidado cómo funcionaba esto. En fin, ¿en qué puedo ayudarla?

—Nos gustaría localizar a su hijo, Jake Waters —dijo Salmond con suavidad.

—Pues ya somos dos —murmuró Kate.

—Hacerle unas preguntas sobre la noche del incendio en Bangkok.

—Ni siquiera sabemos si estuvo allí, sargento. —La voz de Kate empezó a encrespase.

—Y por eso tenemos que hablar con él, para confirmar dónde estaba. Podría ser un testigo importante.

—Entiendo.

—¿Ha tenido algún contacto con su hijo, señora Waters? ¿Tiene idea de dónde puede encontrarse?

—¿Sabe Bob Sparkes que me está llamando? Ya hemos tratado sobre este asunto.

—Sí, el inspector Sparkes está al corriente de esta solicitud.

—Preferiría hablar con él, si no le importa.

Sparkes negó con la cabeza.

—Me temo que ahora mismo no está disponible. —Salmond se mostraba concisa e iba directa al grano—. Entonces ¿ha tenido alguna noticia de su hijo?

Se produjo la más breve de las pausas.

—No.

Sparkes garabateó «¿Y alguien más?» en una hoja de papel y la agitó delante de las narices de Salmond.

—¿Alguien más ha tenido noticias tuyas?

Otra vez el momento de duda.

—No estoy segura —dijo Kate.

—¿No está segura? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, no sé qué importancia puede tener, pero he sabido que quizá ha vuelto al Reino Unido.

Las cejas de Sparkes subieron tanto que desaparecieron bajo su pelo.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Salmond.

—Le han puesto una multa por exceso de velocidad.

Miércoles, 3 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

La subinspectora Salmond quiso venir a verme inmediatamente cuando me llamó ayer, pero le pedí aplazar el encuentro a esta mañana. Le comenté que eran dos horas como mínimo de camino y que tenía que terminar una crónica. No le dije que estaba escribiendo una bazofia sobre los meses de agosto más calurosos de la historia. Quería conservar la iniciativa.

Quedamos en vernos a las once de hoy. Le dije a Terry que tenía visita en el médico y no puso pegas. Prefiere no verme en la redacción del periódico.

Mi regreso había sido mucho más difícil de lo que había imaginado en un principio. Steve me había prevenido, pero supongo que echaba de menos estar en casa, regresar a la nave nodriza, rodearme de mis amistades y colegas. Sin embargo, la experiencia que había vivido con la tropa periodística había hecho mella en mí. Me habían empezado a escamar esos comentarios en apariencia inocentes.

—Tienes que estar destrozada, Kate —me había dicho Gail, una reputada articulista a la que conozco desde que aprendimos taquigrafía juntas, mientras me daba un abrazo—. Y pobre Jake. Tener que aguantar que digan esas cosas horribles de él.

Me sentía en tensión mientras aguardaba a que aquella compasión de ojos llorosos se tornara en un interrogatorio.

Lo cierto es que no podemos evitarlo. Queremos saberlo todo y no se me escapa que yo, en su lugar, habría hecho algunas de las mismas preguntas: «¿No sabías lo de la universidad? ¿Qué pensabas que estaba haciendo en Tailandia? ¿Crees que tuvo algo que ver con las muertes?».

Como no les daba el gusto de responder, optaban por dejarme en paz y empezaban a hablar de mí a mis espaldas. Esa sensación de incomodidad

constante era un auténtico suplicio y me dejaba agotada. Cuando entraba en la redacción, todo el mundo callaba.

Me entraba la paranoia al ver que la gente apartaba la mirada, fingiendo estar ocupados. No sabía si era porque creían que Jake era el malo de la película o lo era yo.

Sigo planteándome las mismas preguntas. Buscando respuestas, escribiéndole emails todos los días, suplicándole que se ponga en contacto con nosotros. Albergué la esperanza de que Freddie hubiera sabido algo de él, pero dice que no. Enseguida lo hemos enviado de vuelta a Birmingham; nos dijo que quería quedarse en casa con nosotros, aunque adiviné cierta reticencia en su tono de voz. Necesita retomar su vida. Aquí no tenía otra cosa que hacer que quedarse sentado, intentando que nos sintiéramos mejor. Es un encanto de chico, pero la paciencia no es su punto fuerte. Creo que el tormento de esperar noticias le resultaba agotador. Al final, terminamos siguiéndonos el uno al otro por las habitaciones de la casa, preparando té una y otra vez, viendo programas de antigüedades en la tele para no tener que hablar. Porque al fin y al cabo se nos habían agotado las formas de decir: «Esto no puede estar pasando».

Los tópicos eran la opción más segura. Pero el ambiente se hacía cada vez más irrespirable, fruto de todo lo que no nos atrevíamos a expresar. Terminé preguntándome si Freddie tendría momentos secretos de alegría al ver al chico maravillas de la familia derribado de su pedestal, pero sólo de pensarlo me dan ganas de azotarme a mí misma. Freddie quiere a su hermano.

Por extraño que parezca, con quien me siento más cómoda es precisamente con el reportero al que puedo responsabilizar de la fama de Jake. Joe me trae cafés con discreción y pequeñas raciones de los chismorreos de la oficina.

He decidido quitarme de en medio en la medida de lo posible hasta que escampe. Hasta que recibamos los resultados de las autopsias que confirmen la muerte accidental de las chicas y sus padres puedan enterrarlas. Entonces voy a hacerles pagar que hayan sospechado de mi hijo. Cuando todo esto termine.

Steve recibió con alivio la noticia de que me había llamado la policía de Hampshire. Había querido llamarlos de inmediato cuando llegó la multa de tráfico, pero le dije que no.

—Seguro que se trata de un error. Llamaré a la compañía de alquiler de coches. Y si realmente es él, existe la posibilidad de que nos diga algo. O de que venga a casa. No vendrá si se lo cuento a la policía y se filtra a la prensa. Se armará otra vez un escándalo. Esperemos un poco, por favor.

Había llamado a la compañía al día siguiente, a primera hora, y me mantuve a la espera, escuchando los grandes éxitos de Vivaldi en bucle. No en la versión archiconocida de Nigel Kennedy. No hacía otra cosa que pensar en Jake y, mientras alisaba las arrugas de la multa sobre mi escritorio, taché su nombre con el dedo. Me dije a mí misma que tenía que tratarse de un error burocrático. E insistí en ello. Y Steve había terminado por aceptarlo, porque el dolor de tener que reconocer que nuestro hijo había vuelto al país sin decirnos nada o sin encontrar la forma de contactar con nosotros era igual de insoportable para los dos. Así pues, error burocrático.

La empleada de la empresa por fin apareció al otro lado de la línea y le expliqué el tema.

—He recibido una notificación —dije—. Aquí pone que a mi hijo lo multaron por exceso de velocidad mientras conducía uno de sus coches. Pero él está en Tailandia, así que ha de tratarse de un error.

—¿Tiene el número de referencia?

Diez largos minutos más tarde, la agente de la empresa había cambiado la atención profesional por la fórmula «el ordenador dice que no», reiterada hasta la saciedad. Había empezado a utilizar mi nombre en cada frase, lo cual nunca es un buen augurio, y no había forma de sacarla de la línea oficial de la empresa, según la cual la multa era asunto de la policía.

—Me temo que no puedo comentar nada más sobre este particular a menos que sea con su hijo.

—Pero si está en Tailandia.

—Su hijo tendrá que tratarlo con la policía, señora Waters. Fueron ellos los que le pusieron la multa por exceso de velocidad, no nosotros. Lo único que hemos hecho es trasladar la notificación a la persona que alquiló el coche —repitió.

—Entiendo.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted en este momento?

—¿Me está tomando el pelo?

Y se cortó la comunicación.

Aún estaba decidiendo cuál iba a ser mi próximo paso cuando la subinspectora Salmond me llamó para hacerme una pregunta directa y supe al momento que no podía mentirle.

Tengo la notificación en el bolso. Y el sobre. Pero me imagino que la subinspectora Salmond ya se habrá puesto en contacto con la compañía de alquiler. Da toda la impresión de ser una mujer eficiente.

Sale a la recepción de la comisaría a recibirme y me acompaña a una sala de entrevistas. Bob Sparkes ya está allí. Levanta la vista de la carpeta que tiene en las manos y me sonríe.

—Hola, ¿qué tal el viaje?

—Bien, gracias. —Estoy a punto de llamarle Bob, pero de pronto no me suena bien. Termino no llamándolo de ningún modo.

De todas formas, es la subinspectora Salmond quien hace las preguntas.

—¿Cuándo recibió la notificación de la compañía de alquiler de coches?

Seguro que ya lo sabe, si es que tiene algo de detective, pero aun así le sigo el juego.

—La traje el cartero este lunes por la mañana, aunque no la vi hasta que volví a casa del trabajo. Pensé que era mía. No sería la primera ni la segunda...

—¿En qué momento supo que la multa era de su hijo?

—Un poco más tarde, por la noche. Mi marido vio su nombre en la carta.

—¿Y no se puso en contacto con la policía?

Echo una mirada a Bob Sparkes, pero su expresión es hermética y termina bajando la vista a una hoja de papel.

—Bueno, estaba convencida de que se habían equivocado. Pensé en ponerme en contacto con la compañía para ver si había algún error. Por supuesto, no quisieron decirme nada. Me dijeron que sólo podían hablar con Jake. Y que era asunto de la policía.

—Exacto. ¿Su hijo se ha puesto en contacto con usted directamente?

—No, no —repito cuando fija la mirada en mí—. Se lo diría.

—¿Igual que nos comunicó el asunto de la multa por exceso de velocidad?

—De acuerdo. Me equivoqué. Lo siento.

—Es importante, Kate —asevera Bob, y asiento.

—¿La compañía les ha dado algún detalle que confirme que era Jake? —pregunto.

—Usó su permiso de conducir y una tarjeta de crédito para alquilar el coche.

—¿Todavía tiene el coche?

—No, ése lo devolvió —dice Salmond.

—¿Así que ha alquilado otro?

Sparkes sonríe.

—Qué rápida eres, Kate. Sí. Jake ha alquilado otro coche. Buscamos el coche. Y a él también, desde luego.

—¿Qué pasará cuando lo encontréis?

—Le haremos unas cuantas preguntas sobre lo que oyó y vio la noche del incendio.

—Si es que estaba allí.

—Exacto. Acuértese de pagar la multa de tráfico —dice Salmond, y cierra de un golpe su libreta.

Bangkok, día dieciséis

Lunes, 11 de agosto de 2014

Fueron los chicos holandeses los que empezaron. Con sus estúpidos concursos a ver quién bebía más. Habían estado dándole a la cerveza todo el día, pero querían divertirse un poco, dijeron, cuando finalmente llegaron tambaleándose a la pensión, con una botella sin etiqueta.

—Nos vamos esta noche. ¡Queremos una fiesta de despedida!

Alex se preocupó al verlos. Habían llegado colorados y sudados, con esa expresión inquietante de ir a por todas. Sus ojos iban saltando con rapidez de una chica a otra, como si tuvieran un plan. Alex le había dado a entender con una mirada que debían tener cuidado, pero Rosie se lo había tomado a risa y Lars la había estrechado entre sus brazos dándole un fuerte beso en la mejilla.

—Mi preciosa inglesita —le había canturreado directamente a la cara.

No la soltaba de sus brazos y Alex vio que su amiga empezaba a intentar liberarse.

—Vamos, Lars —había dicho. «Otra vez haciendo de chica responsable»—. ¿Qué llevas en esa botella?

—El hombre me dijo que era tequila.

Diederik había eructado y luego se había tapado la boca con la mano.

—Cuidado, va a vomitar —avisó Alex mientras se lo llevaba a los lavabos.

Lars había soltado a Rosie y ayudó a Alex a sujetar a su amigo.

—No le pasa nada. Está bien.

—Lo estará en un minuto —afirmó Alex, dirigiendo a Diederik a uno de los lavabos y cerrándole la puerta.

«No hace falta que le sujetes el pelo como a una chica. Puede arreglárselas solo», se dijo a sí misma. Los ruidos del lavabo no dejaban lugar a dudas sobre lo ocurrido y Diederik salió con una sonrisa de oreja a oreja y secándose la boca con el brazo.

—¡Otra vez! —gritó, y salió corriendo hacia la habitación. Quería otra partida.

A Rosie sólo le quedaban el sujetador y las braguitas cuando Jake entró una hora más tarde.

—¿Quién demonios ha potado en el meadero? —preguntó en un tono glacial que los dejó a todos callados—. ¿Y qué está pasando aquí?

Miró a Rosie, que intentaba cubrirse con las manos, y Alex casi sintió pena por ella. Le dieron ganas de decirle a Jake que había tratado de detener el juego, pero que su amiga no le había hecho caso y que no había parado de beber chupitos de esa bazofia porque perdía todos los retos, pero se quedó callada. Se había hartado de excusar el comportamiento de Rosie.

Y aunque no estaba ni de lejos tan pedo como su amiga, lo cierto era que le había subido un poco. Al principio le había seguido el ritmo trago por trago, cansada de tener que ser siempre la juiciosa, pero al cabo de un rato, en cuanto la cabeza le empezó a dar vueltas, fue vaciando sus chupitos en una papelera que tenía detrás cuando los holandeses no miraban. De todas formas, esos chavales sólo tenían ojos para Rosie. Y Alex había visto cómo iban rodeando a su amiga con un nudo en el estómago, sí, pero también con una inconfesable sensación de alivio al ver que no iban a por ella.

Pese al gran enfado de Jake, Lars se puso de pie de un salto y empezó a bailar por la habitación. Al verlo con sus calzoncillos de Superman y su metro noventa, todos se echaron a reír. Alex no podía contener la risa. Le recordaba a un insecto palo hasta las cejas de coca. Rosie se había vuelto a poner la camiseta y a Jake se le pasó el enfado. Cogió un vaso de chupito y se sentó con ellos.

—Me sé un juego —dijo.

Apuntó sus nombres en unos trocitos de servilleta de papel y tuvieron que elegir uno y fingir que eran la persona que les había tocado. Los demás tenían que adivinar quién era. Si no acertaban, entonces tenían que tomarse un chupito de tequila o lo que fuera que hubiese en esa botella.

A Alex le tocó Jake, así que se sentó y esperó. No necesitaba fijarse en él para descubrir detalles reveladores; se sabía a aquel chico de memoria. La forma en que se ajustaba las gafas cuando hablaba en serio, su sonrisa pícara, su modo de morderse la uña del pulgar de la mano izquierda cuando te escuchaba atentamente. Los otros siguieron a lo suyo, cada vez más atolondrados, haciendo el payaso e intercambiando insultos. A Diederik le

tocó el nombre de Rosie y empezó a quitarse la ropa y a tontear con Lars, dándole un beso en la mejilla y alborotándole el pelo. Todos sabían a quién estaba imitando, pero era tan divertido que dejaron que continuara. Rosie era la que más se reía y Alex sabía que desaparecería con Lars en cuanto pudiera.

Cuando le tocó a Jake, agachó la cabeza y los miró a todos bajando los ojos. No de una forma sexi, sino a escondidas. Como si fuera un mirón. Alex supo al instante a quién estaba imitando y miró a Jamie para ver si se había reconocido a sí mismo. Parecía no tener ni idea. Preguntó moviendo los labios quién era y Alex lo señaló con el dedo y le respondió, también moviendo los labios: «Eres tú». La palabra «¿Yo?» se formó en su boca, pero no fue más lejos. Jamie parecía horrorizado. Alex se lo imaginó pensando: «¿Es esto lo que ven en mí? ¿Soy así de raro?».

Como los otros habían empezado a aburrirse, Jake se revolvió el pelo para hacer que le quedara de punta, como lo tenía Jamie por las mañanas. Fue entonces cuando Lars gritó «¡JW!» y aquel suplicio llegó a su fin.

Pero Alex se dio cuenta de que Jake los había estado observando. Sabía quiénes eran.

Unas horas después, cuando Jake se marchó para terminar de lavar y Rosie acompañó a Lars y a Diederik a la estación de autobuses, Alex se sentó en el suelo de la habitación con Jamie. Él había seguido bebiendo después del juego.

Trató de ponerlo de pie, pero sus piernas no querían cooperar y acabaron uno encima del otro, muriéndose de risa.

Cuando se calmaron, Jamie la miró con los ojos empañados. «Te quiero», dijo. Alex intentó volver a reírse, pero vio que no podía. «Desde que te vi en el avión.»

—¿De qué me estás hablando?

—Me sonreíste en el avión cuando veníamos. ¿No te acuerdas?

No se acordaba, aunque imaginó que lo decía por el alcohol.

—Te seguí y me subí al mismo autobús, pero no me viste. Supuse que tenías jet-lag. Bueno, al final hemos terminado juntos, ¿no?

—Calla, Jamie —le pidió. Él le cogió la mano.

—Sé que eres demasiado preciosa para mí. Casi todas las chicas lo son. —Tomó aire y fue como si algo se hubiera desencadenado en su interior. Las palabras salían a borbotones—. Spud, uno de los tipos del último solar en el que trabajé, me llamaba «parásito». Les dijo a los demás que yo sólo iba a por

las chicas feas porque eran fáciles. Quise decirle que esas chicas eran majas. Simpáticas. Pero me vi venir el jueguito de siempre. El jueguito de «vamos a cabrear a Jamie». Así que respiré hondo, como me enseñaron a hacer, me reí con él y luego continué mezclando el yeso. Pero no pude parar de pensar en ello. Pasando revista a todas las chicas con las que había salido. No eran muchas, la verdad. Y las elegí porque no me miraban con esa cara de «¿Quién demonios te has creído que eres?». La mirada que me ponen las chicas guapas, las malas, y que me hacía sentir como si fuera un cero a la izquierda. Así que dejé de hacerlo. Empecé a buscar chicas que sonreían nerviosas cuando me acercaba a ellas en un *pub* o una disco. Que se reían con la boca pequeña cuando les hablaba, tan asustadas como yo de que las rechazaran. Me hacía sentir bien y eso no tiene nada de malo, ¿no?

A Alex, aquel aluvión de confianzas le cayó como una losa encima, pero respondió diciendo que no con la cabeza.

—No, no tiene nada de malo.

—¿Te gusto, Alex?

Asintió, sintiéndose incapaz de hacer otra cosa. Le dieron ganas de decirle: «Me gustas mucho como amigo, Jamie», pero aquella repentina vulnerabilidad suya la había asustado. No quería hacerle daño.

Él sonrió feliz y se deslizó lentamente de lado hacia el suelo. Ella cogió una sábana de su litera y lo arropó.

Jueves, 4 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

La pantalla del móvil de Sparkes se había iluminado con una notificación veinticuatro horas antes: «Autopsia de Alex O'Connor». No se acordaba de haberla introducido en su calendario de Outlook, la había garabateado en la agenda que tenía en el escritorio. «Es muy analógico», se imaginó que decía Zara Salmond en alguna parte. Seguro que había sido ella quien había creado el aviso.

Llegó al despacho temprano para prepararlo todo. No le molestaban las autopsias. Formaban parte del trabajo. Pero, para discreta satisfacción suya, Salmond siempre se aseguraba de colocarse en un rincón de la sala de autopsias —lejos del «lado de la cabeza»—, si no le quedaba más remedio que asistir al examen. La Mujer Maravilla, que era como la conocían en el departamento, tenía una mella en su armadura.

El forense de West Hampshire había solicitado la presencia de la policía. Era un hombre de pelo entrecano, impaciente, que se ventilaba los trámites a toda prisa pero aun así conseguía agradar a los deudos.

Sparkes ignoraba qué revelarían los exámenes. A veces era muy difícil encontrar pruebas de agresión sexual en un cadáver embalsamado. Y, por supuesto, también cabía la posibilidad de que no hubiera nada. Nada que encontrar. Quizá se había producido un malentendido con respecto a la ropa. Un error en la traducción. Y la ausencia de ropa era todo lo que tenía en esos momentos. Una prueba absolutamente circunstancial.

No era lo que las familias querían escuchar, y se preguntó si podrían seguir llorando a sus hijas si el forense coincidía con los tailandeses en que las chicas habían muerto de forma accidental en el incendio. Lo dudaba. Pero por lo menos podrían enterrarlas.

Eileen había hablado de su funeral la noche anterior. Quería su nombre escrito con flores, a gente cantando un himno evangélico sensiblero y muchas personas retorciéndose las manos de dolor, le había dicho, antes de echarse a reír viendo su cara de horror. «Bob, sólo es una broma. Si cantas *The Rugged Cross* te juro que me siento en mi ataúd. ¿Qué tal *Ding Dong, la bruja ha muerto?*»

Intentó seguirle la broma, pero por dentro se sintió morir.

—Bueno —dijo ella por fin, y comenzó a leer la lista que tenía en el regazo—: Lirios en el ataúd. Donaciones a la investigación contra el cáncer. El poema de *Cuatro bodas y un funeral*, todos los versos de *Amazing Grace* y *Starman* de David Bowie para terminar. —Arrancó la página del cuaderno y se la entregó—. Todo resuelto.

«Aparte del hecho de morirse», pensó él. Y el miedo que sentía se transformó, como de costumbre, en un nudo en el estómago. «Esto es ridículo —reflexionó mientras intentaba contener las náuseas—. Has visto la muerte muchísimas veces.»

Pero casi siempre a posteriori. Y no de personas a las que hubiera querido. Había visto muchos cadáveres. Sin embargo, esta vez presenciaría el momento de la muerte. Y estaba asustadísimo, aunque en realidad no sabía muy bien por qué. Tal y como lo había contado la enfermera de cuidados paliativos, todo sería muy sereno. Eileen sencillamente se apagaría poco a poco. Pero ya no estaría. Y su futuro sin ella echaría a andar.

La subinspectora Salmond llamó a la puerta entreabierta y lo sacó de su ensimismamiento. Se llevó las manos a los ojos por si acaso había llorado sin darse cuenta. Le ocurría a veces.

—¿Se acuerda de que la autopsia de O'Connor está programada para hoy? —preguntó Salmond.

—Por el amor de Dios, entra del todo. Siempre estoy hablando con tu cabeza decapitada. Sí, claro que me acordaba. Recuérdate quién la hace.

—Aoife Mortimer. Me lo ha dicho Hilary, del instituto forense.

—Ah, vale. Deberíamos salir ya. A esa mujer le gusta empezar temprano.

—Exacto. Otra cosa. ¿Seguro que necesita que le acompañe?

—Sí. Así conduces tú.

En el coche, Salmond chupó un caramelo fuerte de menta, en un ataque preventivo contra esos olores que siempre le revolvían el estómago.

—¿Por qué cree que los tailandeses no les practicaron la autopsia? Muy chapucero —dijo ella para abrir conversación.

—Yo no me habría quedado tranquilo tomando esa decisión. Pero mejor esperar a ver qué encuentra Aoife, ¿no?

No tuvieron que esperar demasiado.

El fotógrafo de la policía científica estaba tomando las primeras imágenes del cuerpo de Alex O'Connor cuando Sparkes y Salmond entraron en la galería de observación de la morgue.

—Buenos días, Bob —les saludó la doctora Mortimer desde abajo—. Hola, subinspectora Salmond. ¿Cómo se encuentra hoy? Le he colocado un taburete en ese rincón especial para usted. Por si acaso.

Sparkes intentó contener la sonrisa y se asomó para ver el cuerpo tendido sobre la mesa.

—Dios, a los embalsamadores se les ha ido la mano con el formol —comentó. La concentración del líquido para conservar el cadáver era tan alta que le escocían los ojos.

Aoife Mortimer asintió.

—Ahora subo. ¿Seguimos con el informe mientras podemos respirar?

Sparkes refirió los datos de los que disponían hasta la fecha, con la cautela de preceder cada uno de ellos con las palabras «según la policía tailandesa». La patóloga iba tomando notas y luego bajó a la morgue para empezar.

Encendió la campana extractora para protegerse del formaldehído, dejó su libreta sobre una mesa cubierta con una sábana que tenía detrás de ella y luego levantó la vista hacia Sparkes. Sus ojos estaban a la altura de los zapatos del inspector.

—Muy bien —señaló ella—. ¿Empezamos?

Hubo un silencio en la sala mientras caminaba alrededor de la mesa para hacer la inspección visual preliminar de aquel cadáver manchado y ceroso.

—Vamos a quitarle este maquillaje post mórtem —dijo en voz baja al técnico que tenía al lado—. Supongo que pretendían tapar las marcas que le quedaron en el cuello después de las inyecciones para embalsamarla, pero se han pasado tres pueblos.

La base naranja color mermelada le daba a la chica muerta el aire macabro de una cabaretera de pueblo de pescadores.

Sparkes intentaba no respirar por la nariz mientras la patóloga empezaba a lavar el maquillaje de la cara y el cuello de Alex O'Connor para dejar expuesta su piel.

—Parece que hay un hematoma en el cuello —dijo Aoife Mortimer, apartando el pelo de la joven—. ¿Puedes verlo, Bob? ¿Justo donde estaba la base de maquillaje?

Sparkes miró abajo desde el balcón. La descomposición había empezado a enturbiar la piel, pero pudo ver una serie de marcas y arañazos más oscuros.

—Dios, parece que la han estrangulado.

Salmond se levantó como un resorte de su taburete y se acercó a verlo, cubriéndose la boca con la mano. Cuando se volvió hacia su jefe, en sus ojos podía leerse un «se lo dije».

—No nos precipitemos —sugirió la doctora Mortimer con tranquilidad, después de ver aquella mirada de la subinspectora—. Tengo que terminar el examen antes de llegar a conclusiones firmes.

Prosiguió con el meticuloso inventario externo del cadáver y Salmond regresó a su rincón de seguridad, donde escribió algunas notas sobre una carpeta.

La doctora Mortimer iba bajando poco a poco por el cadáver de la muchacha. Se demoró un momento en el examen de la zona púbica, apartándose primero para volver a acercarse después, observándola cuidadosamente desde distintos ángulos. Sparkes era consciente de que estaba buscando el brillo o reflejo de fluidos secos.

«Alex nos está contando su historia», se dijo a sí mismo, al tiempo que asentía con la cabeza.

Bangkok, día diecisiete

Martes, 12 de agosto de 2014

Había sido un día difícil y todavía iba a empeorar. Esa mañana, después de varios días de incubación, ella y Rosie habían tenido una bronca tremenda sobre cómo continuar el viaje. Además, cuando esa noche Alex entró en el bar se encontró a Rosie tonteando a saco con Jake, batiendo las pestañas despacio al compás de los chistes que él le contaba. Su enamoramiento con Lars había quedado aparentemente olvidado.

Alex se lo tomó como una bofetada. Rosie debía haber sabido de sus sentimientos por Jake; le había hablado de él un par de veces, estando a solas en la habitación. Para tantear cómo se lo tomaba, qué opinión tenían los demás de él. Rosie no había parecido mostrar demasiado interés por Jake en ese momento, pero ahora le estaba tirando los tejos con descaro. Era evidente que el hecho de que Alex se hubiera fijado antes en él no le suponía ningún obstáculo. Y Jake parecía estar pasándolo bien.

—¡Rosie, estoy hablando contigo! —le recriminó Alex.

—¿Ahora? Estoy ocupada...

—Ya lo veo. —Alex se había acercado, apartando las sillas ruidosamente—. No sé por qué gasto saliva contigo, pero tenemos que comprar los billetes hoy. Los baratos se acabarán si no nos damos prisa.

Rosie se encogió de hombros.

—Se supone que teníamos que irnos el viernes, después de que nos den las notas del examen. Eso fue lo que acordamos —dijo Alex.

—Eso fue lo que acordaste tú, no yo. Lo estoy pasando bien aquí. Jake quiere llevarme a otro karaoke, ¿no, Jake?

—Bueno, te estaba diciendo dónde encontrarlo. No tengo pensado ir allí —puntualizó Jake deprisa, antes de buscar refugio detrás de la barra.

—¡Jake! —gritó Rosie intentando que volviera, y acto seguido la tomó con su amiga—: Consigues espantar a todo el mundo, Alex. Todos piensan

que eres una amargada. ¿Por qué no te relajas y te diviertes un poco?

—Me estoy divirtiendo. Sólo que quiero conocer mejor Tailandia. Vine para viajar, no para quedarme sentada en una pensión, drogarme y ligarme a todo bicho viviente.

—¡Cállate! Lo estoy pasando en grande y no puedes soportarlo. ¿Qué problema tienes?

—¡Tú! Tú eres mi problema. Y además, ¿cuánto tiempo crees que vas a poder «pasar bien» si sigues gastándote la pasta en copas en las discos y tatuajes? ¿Tienes idea de cuánto dinero te queda?

Rosie volvió a poner la cara de niña enfurruñada.

—No es asunto tuyo, Alex. Nadie te ha encargado cuidar de mí.

—Vale. Pero yo me voy a ir el viernes por la noche, vengas conmigo o no. De hecho, voy a comprarme el billete de autocar esta noche. Tú haz lo que te dé la gana.

Jake fingía secar los vasos y Jamie había estado mirando su móvil todo el rato en un rincón, aunque era evidente que se habían enterado de todo. Alex odiaba pelearse en público. Su madre decía que era una ordinariez y sabía que se ponía colorada y llorosa. Sin embargo, esta vez no había podido evitarlo. Le había dado vueltas al asunto en los últimos días, sin decidirse a plantearlo. En su itinerario original, deberían haber brindado por las notas de las pruebas de acceso en Koh Phi Phi, «contemplando peñascos monolíticos en un mar de un azul radiante», según había leído en su guía turística. Pero todo apuntaba a que brindarían una vez más en Oxxi's Place, contemplando un mar de borrachos.

Cuando Rosie se hubo marchado echando pestes, Jamie se acercó a Alex, se sentó a su lado y se le quedó pegado toda la mañana, consolándola y diciéndole que todos estaban hartos de Rosie. De sus berrinches y de sus lloriqueos.

Después de comer, Alex pudo por fin darle esquinazo, aprovechando que había ido al lavabo. Necesitaba estar un rato a solas. Sabía que se lo tomaría a pecho, pero era insoportable tenerlo todo el rato delante de las narices. Animándola a romper con Rosie, presionándola para que se fuera con él de viaje en vez de con ella. No se atrevía a decirle que aquello era imposible. No con esa mirada mendicante que le dedicaba. No podía decirle la verdad. Que sencillamente no le gustaba.

Alex fue a dar un paseo por el río. Contempló las barcas y vio matas de jacintos de agua arrastradas por la corriente. Le había asegurado a Rosie que se iría sola, pero en el fondo sabía que no lo haría. Estaba nerviosísima. ¿Qué

iba a hacer? Su pensamiento volvía una y otra vez a Jake. Era un encanto. No estaba segura de si le gustaría a su madre —para ser sincera, a aquel chico le hacía falta una ducha y cortarse las uñas de los pies—, pero su madre no estaba allí para pasarle revista...

Era como un alma en pena, y a Alex las almas en pena le resultaban irresistibles. La idea de poder rescatar a alguien, como Lizzy con el señor Darcy en *Orgullo y prejuicio*, o como la Bella y la Bestia, le parecía muy romántica. A veces se pasaba horas pensándolo.

Sabía que Jake había ido a la universidad, pero que la cosa había terminado mal. Se lo había dicho en su primera cita (así lo denominaba ella, aunque en realidad él se limitó a enseñarle sitios de confianza donde comer). Le había comentado que no había conectado con su tutor y que había decidido dejar los estudios. Alex pensó que era una reacción un poco exagerada, aunque prefirió no decírselo directamente.

—¿Qué dijeron tus padres? —le preguntó en cambio. Había sido lo primero que se le había pasado por la cabeza cuando él se lo explicó. Se había imaginado diciéndole a su madre algo parecido y el disgusto que ésta se habría llevado.

—Ah, les dio igual. Soy mayor de edad. No necesitaba su visto bueno —respondió él, pero apartando la mirada.

—¿Cuándo piensas volver a casa? —quiso saber ella, intentando cambiar de tema.

—No lo sé. No tengo planes.

Jake no había vuelto a hablar en el camino de regreso a la pensión y ella había quedado convencida de que no le propondría salir otra vez. Pero cuando llegaron al final de su callejón, Jake carraspeó y ella dejó de caminar.

—La verdad es que la cagué. Mi familia no lo sabe, pero no se me dio bien la uni. Fracasé y no me atreví a decírselo. Habían invertido muchísimo en mí para que tuviera éxito. No hablaban de otra cosa. Estaban superorgullosos de que estudiara derecho.

—Los míos son un poco así también. A veces es como si estuvieran planeando mi futuro. Tienen tantas ganas de que mi vida sea un éxito que al final duele y todo. Es una presión enorme.

Jake asintió.

—Estas últimas navidades estuve a punto de volver a casa. Tenía un billete, pero sabía que tendría que contárselo todo y cada vez que pensaba en decirles la verdad me venía el recuerdo de mis padres en el andén de la

estación, despidiéndose de mí el día que me fui a la universidad. Y al final me rajé. Y terminé aquí.

—¿Saben lo que estás haciendo ahora?

—No. Eso ha sido otra cagada. Ahora no puedo contártelo. Los llamé no hace mucho, un día que estaba un poco borracho. Me había olvidado del cumpleaños de mi madre y sólo quería oír sus voces, pero no supe qué decir cuando mi madre contestó.

Alex había alargado la mano para tocar la suya.

—Hablaré con ellos como es debido cuando haya puesto un poco de orden en mi vida —murmuró Jake con la voz temblorosa.

—Deberías hacerlo —sugirió ella—. ¡Llámalos!

Él asintió, no muy convencido.

—Ya veremos. Gracias por escucharme. Pero no se lo cuentes a nadie, por favor.

—Claro que no.

Mientras subía por la escalera se preguntó por qué la había elegido a ella para compartir sus secretos, aunque en realidad le daba igual el motivo. Lo único que importaba era que lo había hecho. Luego, sin darse cuenta, empezó a cantar en la ducha, mientras se imaginaba a sí misma cayendo entre sus brazos y cómo sería el roce de sus labios. Tampoco era que le hubiera dado ningún indicio de que fuera a dar el siguiente paso. Jake ni siquiera le había cogido la mano. Pero aún quedaba tiempo. Seguiría trabajándose. Había empezado a maquillarse un poco para que la viera de una forma distinta.

Se abrazó a sí misma cuando imaginó cómo sería que se fijara en ella. Y entonces se paró de golpe. Tenía que seguir dando pasos. Rosie ya estaba moviendo sus fichas, acercándose a él a toda velocidad. Era una descarada, así que ella tendría que serlo también. Intentó visualizar la cara que pondría Rosie cuando le dijera que Jake y ella irían juntos a la isla Kho Phi Phi. Eso haría que su coleta rubia dejara de moverse un rato. Alex le envió un mensaje de texto a Jake antes de perder el ímpetu y le preguntó si quería salir a tomar una copa luego. Él respondió de inmediato: «Genial. Te llevaré a mi sitio favorito...».

No regresó hasta casi las seis y Jamie seguía sentado en el bar, esperándola.

—Por el amor de Dios, Jamie, ¿has estado aquí todo el día?

—¿Dónde has estado? —dijo él—. Estaba preocupado.

—Estoy bien. Sólo necesitaba despejarme un poco —contestó ella, y se vio fugazmente en el espejo de detrás de la barra. Tenía la cara luminosa. Y Jamie parecía tan triste que le apretó el brazo con la mano y se disculpó.

—No pasa nada. ¿Dónde vamos a cenar esta noche?

—Ah... En realidad he quedado con Jake para ir a uno de sus bares favoritos.

A Jamie se le ensombreció el gesto y Alex se enfadó. Tenía todo el derecho del mundo a salir con Jake, pero no dijo nada. No dijo que hacía siglos que no estaba tan emocionada con alguien. Que Jake tenía los ojos muy bonitos. Y las manos preciosas. Y que iba a ponerse ese top que no le gustaba a su madre. Se lo contaría más tarde a Mags.

Jamie no hacía más que mirarla con la boca abierta.

—Alex —graznó. Pero ella no quiso escucharle. Había puesto rumbo a otros mares. Subiría a su habitación, se ducharía y se arreglaría para Jake.

—¡Ten cuidado! —le gritó él cuando ella ya subía la escalera.

Jueves, 4 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Cinco horas después, Sparkes estaba intentando tomarse un café en la cantina del personal. Pero se le cortaba en la boca al entrar en contacto con el omnipresente poso del líquido para embalsamar. El retrogusto de la muerte.

—Muy bien —dijo cuando Salmond se sentó a su lado con una copia del informe preliminar de la patóloga—. ¿Qué tenemos por aquí? ¿Algo que no hayamos oído en la morgue?

—No, creo que no. La doctora hará llegar muestras orales, vaginales y anales al laboratorio junto con otras muestras de tejidos. Por ahora, son veintiocho días hasta que envíen los resultados, con lo que ya nos plantamos a principios del mes que viene, a menos que movamos algún hilo y nos los suban en la programación de análisis. Pero ha incluido los moratones, los arañazos defensivos, una fractura de hioides y las uñas quebradas; todo apunta a un estrangulamiento manual. Es un escándalo que la policía de Bangkok no lo investigara. No hacía falta una autopsia para ver las lesiones externas. Sólo un par de ojos y un cerebro.

—Sí. En fin, centrémonos en los hechos tal y como nos constan, ¿de acuerdo, sargento? Supongo que no se menciona ninguna causa de muerte en el informe preliminar, ¿no?

Delante de él, la copia del certificado de defunción de Alex O'Connor firmado en Tailandia afirmaba «inhalación de humo y gases tóxicos» como la causa de defunción.

—No, pero la doctora ha hecho constar en su informe: «No se ha detectado hollín más allá de las cuerdas vocales».

En la morgue, la doctora había dicho sin levantar la vista de la tráquea expuesta: «Parece que no estaba viva cuando empezó el incendio».

—¿A qué hora comienza la autopsia de Rosie Shaw? —preguntó Sparkes, mirándose el reloj.

—Tenemos unos veinte minutos. ¿Le apetece un sándwich?

—¿Tú qué crees?

—Yo me voy a pedir uno. No puedo hacer esto con el estómago vacío.

—Tú misma.

Esperó a que la subinspectora se alejara y llamó a Eileen a casa.

—¿Qué tal? —dijo ella—. Tengo a mi ángel de la guarda en casa, Helen, y me está diciendo que debo comer más. —Helen, la enfermera de cuidados paliativos, estaría sin duda sentada en la vieja silla de mimbre, junto a la cama de Eileen en el piso de abajo. «Debería estar en casa» fue el pensamiento que pasó volando por la cabeza de Sparkes, arrastrando tras de sí una estela de culpa.

Su mujer iba desapareciendo ante sus ojos, su color iba tornándose gris como si se estuviera desdibujando. Esa mañana le había dado tres besos al irse a trabajar. No podía parar de besarla. «Lo siento, es que esta mañana lo necesito», le había dicho. «No pidas perdón, Bob. Dame otro», le había respondido ella.

—Hazle caso a Helen —indicó ahora—. ¿Cómo te encuentras? ¿A qué hora viene Sam esta tarde?

Su hija se pasaba todos los días y, en un intercambio de papeles, había adoptado el papel de madre. Su hijo, en cambio, se marchaba en cuanto llegaba, y a menudo se quedaba en la puerta como si temiera contagiarse de algo o implicarse demasiado. Eileen sacaba fuerzas de flaqueza con él, intentando inyectar alegría a su voz, riéndose con las historias que le contaba su hijo. Era desgarrador verlo. Aquel espectáculo hacía que los negros tentáculos del terror se desplegaran y le estrangularan.

—No seas tan duro con él, Bob. Está muy asustado —le había pedido Eileen después de una visita especialmente difícil—. Es la primera vez que vive una situación dolorosa. Nunca ha tenido que enfrentarse al fracaso.

—¿Fracaso? Tienes cáncer, Eileen. Eso no es algo que uno elija en su vida.

—Mmm... En fin, supongo que tu hijo, secretamente, lo ve así. Es superior a sus fuerzas. Es su forma de ser.

—Tendremos que ir a ver a los padres cuando haya terminado la autopsia de Shaw —dijo Sparkes en cuanto Salmond regresó con un repugnante sándwich

de huevo con mayonesa. Casi prefería el olor del formaldehído—. Prefiero decírselo esta noche. No es justo hacerlos esperar. ¿Te parece bien si trabajamos hasta tarde?

—Ningún problema, jefe. De todas formas, Neil tiene reunión de padres en la escuela.

—Estupendo. ¿Quién es el agente de enlace con las familias?

—Wendy Turner. La llamo en un minuto y le informo.

Aoife Mortimer entró por las puertas batientes de la cantina y los saludó.

—Vengo sólo a por una barrita energética. ¿Estáis preparados? —Echó una mirada al imponente sándwich de la subinspectora Salmond y levantó una ceja—. ¿Seguro que te conviene eso?

Sparkes no pudo evitar que la incertidumbre de aquella segunda autopsia le provocara cierto nerviosismo al entrar en la morgue. Se preguntó si Aoife Mortimer habría sentido lo mismo. Miró su perfil. La máscara de seguridad ocultaba casi toda su cara, pero Sparkes sabía que, incluso con toda aquella protección, el rostro de la doctora Mortimer nunca delataba sus emociones.

Sparkes miró ansiosamente la cara y el cuello de Rosie Shaw en busca de morados reveladores y dudó. Se echó hacia delante en su silla para verla mejor, pero no se apreciaba nada.

—Ningún signo visible de morados u otras lesiones externas en cabeza y tronco —dictaba la doctora Mortimer a su grabadora—. Acusada decoloración gris-azul de la piel, lo que indica descomposición de los tejidos antes del embalsamamiento.

—No murió de la misma forma que Alex O'Connor, ¿verdad? —planteó Sparkes, y percibió la nota de decepción en su propia voz.

—No da esa impresión.

La doctora Mortimer estaba tomando muestras de los dientes y el paladar con un algodón.

—Parecen detectarse partículas de hollín presentes en la boca —le dijo a su máquina—. Pero no en la tráquea —añadió un poco después—. Esa chica tampoco estaba respirando cuando se declaró el incendio.

—Y entonces ¿qué la mató? —preguntó Bob Sparkes, más para sí mismo que para la patóloga—. ¿Fue agredida?

—Todavía es pronto para asegurarlo. No veo heridas externas ni lesiones defensivas. He tomado muestras para toxicología y tendremos que esperar a los resultados del laboratorio. Siento no poder decirte más.

—¿Cuándo podremos tener el informe completo?

—Tardará lo que siempre, Bob. Ponte en mediados de octubre para la versión completa. El laboratorio tiene mucha faena atrasada.

—No podemos esperar tanto. Cursaré una solicitud para que den prioridad al análisis genético de las muestras de las dos chicas. Tenemos que saber quién les hizo esto.

—Bueno, a ver si tienes suerte.

Bangkok, día diecisiete

Martes, 12 de agosto de 2014

Estaba tan ensimismada que al abrir la puerta tardó un rato en entender lo que estaba viendo. Había quedado en dar señales de vida a las madres —aquel día tocaba enviarles un mensaje de texto— y estaba planeando qué iba a contarles.

Rosie estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama. Delante de ella, todo el contenido de la bolsa de mano de Alex estaba volcado sobre las sábanas.

—Oh —dijo sorprendida, y empezó a meter los folletos y los horarios en la bolsa—. Lo siento, estaba buscando el paracetamol.

Alex asintió desconfiada. ¿Seguro que era eso lo que estaba buscando?

—Las pastillas están en el bolsillo lateral de mi mochila. Donde siempre.

—Ah, sí. Lo siento. No me acordaba.

Alex recogió su bolsa. El ambiente de la habitación se notaba tenso, como si estuviera a punto de suceder algo. Algo malo.

—Tengo mejor el brazo —dijo Rosie, señalando el sitio donde se había hecho el tatuaje, como si todo fuera normal. Pero su voz sonaba aguda y tensa.

—Me alegro.

—¿Vas a salir?

—Sí. He subido a cambiarme. He quedado con Jake.

—¡Oh! —exclamó Rosie, torciendo el morro.

—Sí.

Hablaban sin mirarse la una a la otra. Alex sacó de la bolsa su billetero de emergencia.

—Yo también voy. Invito yo esta noche —anunció Rosie a toda prisa. Demasiado rápido.

—No, gracias —murmuró Alex, abriendo el billetero—. Queremos estar solos. De todos modos, tengo que sacar dinero para comprar mi billete de autocar. Estoy perdiendo la cuenta de lo que llevo gastado. Es como si siempre tuviera menos dinero en la cartera del que espero encontrar. Quizá debería apuntar lo que gasto...

—Déjate de tonterías —replicó Rosie.

Alex se puso el billetero en el regazo.

—Me voy a ir. Lo tengo decidido.

—Yo quiero quedarme.

—Entonces quédate.

Alex se dispuso a sacar los billetes que había contado cuidadosamente el día de su llegada. No estaban.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosie alzando la voz, y su preocupación sonó falsa y excesiva.

Alex levantó la vista y la miró.

—No está. Mi dinero no está.

—¡No! Alguien te lo habrá robado.

«No le van a dar un Oscar actuando así», pensó Alex.

—¿Dónde está, Rosie?

—¿Qué coño insinúas? ¡No tengo ni idea!

—Eso es lo que estabas haciendo cuando he entrado. Primero intentas robarme a Jake, ahora me robas el dinero.

La tez de Rosie se puso de un rojo apagado.

—No... no... No... puedo creerlo. —Intentó expresar su indignación, pero Alex vio que la máscara se le derrumbaba. Las lágrimas no tardarían en llegar.

No la defraudó. Rosie se puso a llorar como un bebé y Alex se quedó sentada con el ovillo en que se había convertido la joven en el regazo. Su barriga se endurecía con cada gemido. Por más que lo intentara, no conseguía tocar a Rosie. Consolarla. Tenía ganas de darle un puñetazo.

—¿Dónde está el dinero? —quiso saber, y su voz casi le sonó irreconocible. Rosie también se quedó sorprendida.

Se sacó dos billetes de veinte libras de debajo del muslo.

—Es lo único que tengo. Me he fundido el resto —dijo hipando.

—¿Todo? Tenía doscientas libras en el billetero la última vez que lo miré.

—Lo siento muchísimo, Alex. Iba a devolvértelo todo. Lo haré, te lo devolveré todo. ¿Qué vas a hacer? No se lo digas a nadie, por favor.

—No sé qué voy a hacer —declaró Alex, más a sí misma que a Rosie.

Y era verdad, no sabía qué haría. Se sentía completamente sola e indefensa. Deseó con todas sus fuerzas poder volver a casa y que su madre la sacara de aquel atolladero. Necesitaba tiempo para pensar.

—Voy a cambiarme de habitación —añadió al final—. No quiero estar aquí contigo. No puedo confiar en ti.

Rosie redobló el llanto.

—No me odies. —Lloró.

—Cállate, Rosie. Todo tiene que girar alrededor de ti, ¿no? ¿Cómo crees que me siento yo?

—Enfadada. Sé que estás enfadada. Puedo explicártelo...

—¿En serio? Lo dudo mucho.

—Alex, escúchame. Por favor. Me he metido en un problema.

Jueves, 4 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

—Lo sabía —dijo la subinspectora Salmond mientras se abrochaba el cinturón.

—Menos humos. Los listillos no suelen caer bien —murmuró Sparkes—. ¿El enlace con las familias ya ha llegado?

—Sí, Wendy lo ha organizado todo. Está allí. La reunión es en casa de los O'Connor.

—Bueno, vámonos. Espero llegar esta noche a casa a una hora razonable.

—Claro, jefe. Lo siento.

La agente Turner abrió la puerta y puso cara de preocupación.

—Están todos muy nerviosos, señor.

—Gracias por la info. No me extraña, la verdad.

Sparkes adoptó su máscara profesional cuando pasó por la puerta del salón y estrechó la mano a todos los familiares.

—¿Qué han revelado las autopsias, inspector? ¿Qué ha venido a decirnos? —preguntó Lesley, saltándose los saludos de cortesía.

—Déjale hablar, cariño. Nos hemos reunido para escuchar al inspector —dijo Malcolm.

Sparkes detestaba esos momentos. Algunos polis los disfrutaban. El Complejo de Poirot, lo llamaba él. Ese momento en el que se imaginan convocando a todo el mundo a una biblioteca para revelar todas las respuestas. Sabía el enorme impacto que sus palabras tendrían en esas cuatro personas y tuvo un instante de duda. Una vez que se lo hubiera explicado no

habría vuelta atrás. Quiso medir sus palabras, pero aquel exceso de reflexión le hizo vacilar.

—Gracias... Esto... Sé que hace tiempo que nos esperan, así que no voy a andarme por las ramas. En fin..., bueno, el caso es que tenemos los resultados preliminares de las autopsias. No se trata del informe completo, desde luego, pero los hallazgos de la patóloga son..., mmm..., apuntan a que ninguna de las dos chicas estaba viva en el momento del incendio.

Los rostros del sofá parecían perdidos en la nebulosa de sus palabras. ¿Por qué no había ido directo al grano?

—Lo siento, lo que quiero decir es que parece que ambas chicas ya estaban muertas cuando empezó el incendio —aclaró, y esos cuatro rostros se iluminaron fugazmente al entender el sentido de sus palabras, para derrumbarse después.

—Las asesinaron, ¿no? —saltó Jenny Shaw—. Alguien las mató y luego incendió el hostel para ocultar lo que había hecho.

—¿Cómo murieron? —murmuró Malcolm, tan bajito que todos dejaron de hablar.

—En el caso de Rosie, no lo sabemos todavía, pero hay indicios de que Alex pudo haber sido estrangulada —dijo Sparkes, sin apartar ni un instante la mirada de Malcolm O'Connor. Al padre le palpitó la mandíbula y sus labios se crisparon para contener el dolor.

—¿Estrangulada? ¿Quién estranguló a nuestro cielo de niña?! —chilló Lesley—. ¿Dónde está Jake Waters? Tiene que saber algo. Sólo se esconden los culpables, ¿no?

—O quienes tienen miedo —puntualizó Sparkes.

—¿Y qué miedo podría tener? ¿Miedo a la verdad?

—Lesley, llegados a este punto es necesario dar un paso atrás. Sé que esta noticia es terrible, pero lo que necesitamos ahora son pruebas, no conjeturas ni acusaciones. Esperemos al informe del laboratorio para ver si encontramos algo que demuestre quién estuvo implicado.

—Pero ¿cuánto van a tardar? —preguntó Lesley llorando.

—El informe completo se demorará entre cuatro y seis semanas, como les habrá dicho ya la agente Wendy. Pero hemos pedido al laboratorio que agilice algunos análisis. Es posible que tengamos resultados la semana que viene, aunque no puedo prometerles nada.

—¿Y Rosie? —preguntó Mike Shaw a la espalda de Sparkes. Estaba de pie cerca de la puerta, como si estuviera a punto de escaparse—. ¿También la estrangularon?

Sparkes se volvió hacia él.

—Aún no lo sabemos, Mike. Su cuerpo no presenta indicios visibles de lesiones —contestó con cautela—. Pero el laboratorio quizá nos ayude a averiguar cómo falleció.

Todos guardaron silencio, esforzándose en asimilar aquel tsunami de información.

Malcolm fue el primero en hablar:

—¿Y la policía tailandesa por qué no vio todo esto?

—No lo sé, Malcolm. Les trasladaremos estos hallazgos y hablaremos con ellos.

—No sé por qué se molestan —repuso Lesley—. No les importa lo que les pasó a las chicas. Pero a usted sí, ¿verdad?

Eran las siete y media cuando salieron de la casa, aunque Sparkes aún no estaba listo para volver con su mujer. Tenía algo pendiente. No le gustaba que quedaran cabos sueltos.

—Bueno, viaje rápido al sudeste de Londres —dijo, y fingió no oír a Salmond diciendo: «Me toma el pelo».

—Creía que tenía que volver a casa —comentó ella.

—Sí, pero Sam está con su madre. Y quiero terminar lo que hemos empezado.

Llamó a Kate para decirle que iban de camino.

—¿Tu marido está en casa?

—¿Mi marido? ¿Has encontrado a Jake? ¿Cuéntame qué está pasando? —le suplicó Kate.

—No. Mejor que hablemos cara a cara.

La casa de Kate Waters no era como esperaba. Pensaba que periodistas y médicos especialistas que trabajaban en hospitales ganaban una fortuna, pero se trataba de una casa adosada normal, casi con seguridad de propiedad municipal cuando la construyeron, a tiro de piedra de los comercios de Roman Road. Aun así, con los precios de Londres, aquella casa debía de costar tres veces más que la suya. Había unos geranios rojos marchitos en una maceta de barro sobre el alféizar de la ventana.

—Tendría que regarlos más —dijo la subinspectora Salmond, al tocar el timbre.

Steve Waters los recibió en la puerta. Sparkes era más alto y se sintió inexplicablemente complacido.

—Usted debe de ser el inspector Sparkes —comentó con amabilidad—. Y la subinspectora Salmond. Pasen, por favor.

Kate estaba sentada en silencio en el salón. El televisor estaba encendido y tenía su portátil sobre las rodillas. Lo cerró, quitó el volumen de la tele y se puso de pie cuando los agentes entraron.

—Hola —saludó ella—. Habéis llegado rápido.

Su voz sonaba muy tranquila, aunque Sparkes notó un ligero temblor en torno a su boca.

—Siéntense aquí y cuenten qué noticias tienen. —Steve los acompañó a un sofá.

—No debería llevarnos mucho tiempo. Gracias, doctor Waters.

—Disculpe, es *señor* Waters. Aunque seamos doctores, a los especialistas se nos trata de señor. Es la tradición inglesa.

«Por supuesto que es así.» Sparkes se maldijo por su estupidez.

—Claro, disculpe. Bueno, en fin. Hoy se han efectuado las autopsias a Alex O'Connor y a Rosie Shaw.

—¡Ah! —exclamó aliviada Kate.

—Parece que ninguna de las dos chicas estaba viva cuando se declaró el incendio.

Kate le miró a los ojos.

—Entonces ¿cómo murieron?

—Todavía hay que terminar los análisis, pero todos los indicios apuntan a que una de las chicas murió estrangulada.

Steve Waters se quedó boquiabierto.

—¿Y habéis tenido que hacer todo el camino desde Southampton para contarnos esto? —dijo Kate—. ¿Por qué?

Ella sabía por qué. Y Sparkes sabía que ella lo sabía.

—¿Es por Jake? —preguntó Steve con serenidad.

—Sí, señor Waters, así es. Vamos a abrir una investigación por homicidio y este dato nuevo hace todavía más urgente que hablemos con su hijo. Para averiguar qué pudo ver u oír en los días y horas anteriores al incendio.

—Por supuesto —convino Steve.

—También necesitamos una muestra de ADN de Jake. De un peine, de un cepillo de dientes, ese tipo de objetos personales.

—¿Queréis su ADN? De ninguna manera —replicó Kate alzando la voz—. Acabas de decir que querías entrevistarle como posible testigo. ¿Hay algo

que no nos cuentes? La policía tailandesa no lo ha acusado de nada. Los periódicos son los únicos que lo acosan. Y no hay nada que lo relacione con...

—Kate, siempre estamos recogiendo pruebas. Cada vez tenemos una idea más clara de lo que les ocurrió a Alex y a Rosie. Una muestra de ADN podría descartarlo de nuestra investigación.

Hubo un silencio.

—De todos modos, no tenemos nada —repuso ella, pero su voz sonó menos segura—. No dejó ningún cepillo de dientes aquí... cuando se fue de casa. Y hemos vaciado su habitación.

—Te sorprendería saber de dónde pueden obtenerse muestras de ADN. ¿Puedo enviar a alguien de la científica?

—Bah, de acuerdo. Si eso ayuda a descartarlo. —Sparkes distinguió el temor en su voz, alimentando su agresividad—. ¿Qué más habéis descubierto?

—Preferimos no revelar nada de momento —señaló Sparkes con firmeza, al tiempo que dirigía a su sargento una mirada de advertencia. No quería comentar nada sobre la toma de muestras en los genitales.

—Entiendo —dijo Kate—. ¿Cuándo se lo diréis a los medios? ¿Vais a convocar una rueda de prensa?

Volvía a estar al mando de la conversación y Sparkes, sin darse cuenta, se incorporó un poco en el sofá. Se preguntó si era así como se sentían los entrevistados de Kate.

—¡Dios mío! —exclamó el marido de Kate casi para sí mismo.

—Tendrán que hacerlo, Steve. Es el siguiente paso —apuntó Kate.

—Sí —afirmó Sparkes—. Tenemos previsto convocarla mañana por la mañana. Pediremos colaboración ciudadana para localizar a Jake y a cualquier otro testigo.

—¿A quién más estáis buscando? —preguntó Kate.

«Siempre en guardia, mi amiga periodista.»

Jueves, 4 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

En cuanto se marchan, me meto en el cuarto de baño de la planta baja y cierro la puerta. No puedo mirar a Steve. Está sentado en el sofá tapándose la cara con las manos y me temo que se venga abajo. Lo he visto llorar muy pocas veces desde que lo conocí: cuando nacieron nuestros dos hijos lloramos los dos juntos; también cuando su padre murió el año pasado. Y cuando me marché. Los niños eran pequeños y Steve nunca estaba del todo; siempre en el trabajo o con la mente puesta en el trabajo. Sólo quería que se diera cuenta de lo que pasaba, pero fui demasiado lejos y tardamos varios meses en regresar a la normalidad como pareja.

Cuando Bob nos hablaba de las autopsias he tenido la falsa impresión de que aquello no me afectaba a mí personalmente. Ha sido como si se me hubiera conectado la periodista que llevo dentro, sopesando la información, redactando la entrada en mi mente. Pero ahora nos ha tocado a nosotros. Y esto no es un trabajo en el que tenga que elegir las mejores declaraciones.

«Han encontrado el ADN de alguien en las chicas. —Suenan las alarmas en mi cabeza—. Descubrirán quién lo hizo.»

«Tranquilízate, Kate —me digo mirándome en el espejo—. Jake no ha tenido nada que ver con esto. Y Steve te necesita.»

Levanta la vista cuando regreso al salón.

—¿Qué vamos a hacer, Kate? —dice. Sabía que me lo iba a preguntar. Quiere que tome el mando, que me ocupe de arreglarlo—. ¿Qué vamos a decir a la gente?

—Bueno, todo el mundo sabe ya que la policía quiere hablar con Jake. Ha salido en todos los periódicos.

—Pero todavía no saben que las muchachas murieron asesinadas, ¿no?

—Una de las muchachas. Una fue asesinada. La otra no lo sabemos.

—Coño, Kate. ¿A qué viene ponerse quisquillosa? Una o las dos. No cambia nada, ¿no?

Es verdad.

—Lo siento, tienes razón. Tenemos que contarle a la familia enseguida. Ahora mismo. Llama a tu madre y yo llamo a Freddie.

Cogemos nuestros teléfonos y me voy al recibidor. Ya me lo imagino disculpándose con Dorothy por llamar tan tarde. «Seguramente estará acostada. Tendríamos que haber llamado mañana por la mañana. Ahora no podrá dormir.»

—Lo siento, mamá —se disculpa Steve—. Sólo llamaba para decirte que hemos recibido noticias del incendio en Bangkok. Bueno, supongo que en realidad son noticias de Jake...

Freddie coge el teléfono y de inmediato me veo sumida en el sonido envolvente de un pub abarrotado.

—Mamá, ¿ha pasado algo?

Me dan ganas de gritar «¡No!». Es demasiado joven para cargar con todo el peso de mis temores, pero también forma parte de esto.

—Más o menos —respondo—. Cariño, ¿puedes buscarte un sitio más tranquilo un momento? Quiero contarte algo que acabamos de saber.

—¿Has tenido noticias de Jake, mamá? ¿Ha aparecido?

—No, cariño, aún no. Sólo te llamo porque va a salir algo en los periódicos. Una de las chicas fue asesinada.

—No fue Jake... —susurra.

—No saben quién la mató, Freddie. Pero mañana anunciarán que abren una investigación por homicidio y que necesitan hablar con tu hermano urgentemente. Sólo quería avisarte.

—¡Jo, mamá!

—Lo sé, cariño. Lo sé. Quieren una muestra de ADN. Para descartar a Jake —digo, y noto lo vacías que suenan mis palabras—. Pero no tenemos nada suyo en casa.

—Yo sí —dice Freddie—. He conservado algunas camisetas tuyas y esa gorra que se ponía para chincharte.

—¿De verdad? No lo sabía.

—Sí —afirma, y noto que la voz se le quiebra—. Están en mi armario. Es estúpido, lo sé, pero todavía olían a Jake. Lo echo de menos, mamá.

Y yo no me había enterado. Estaba demasiado ocupada en hacerme la fuerte.

—Lo siento, Freddie. Lo encontraremos.

Más tarde, me he sentado con Steve, cada uno con su taza de café en las manos, callados.

—No ha tenido nada que ver con esto, Steve —vuelvo a decirle.

—No.

—Voy a descubrir quién lo hizo. —Y de pronto es como si me hubiera quitado un peso de encima—. Eso es lo que voy a hacer. Encontraré a toda la gente que estuvo en esa pensión. Encontrar a los otros. Eso es lo que se me da bien.

No como ser madre, hablando claro. Pero esto sí que puedo hacerlo.

—Katie —me dice Steve—. Esto no se arregla llamando a puertas y acosando a policías. Se trata de tu hijo. Es nuestra responsabilidad. Y si ha hecho algo mal, tendremos que estar a su lado y ayudarle a que reciba el castigo que le corresponda.

Me quedo mirándolo. Duda de Jake. No puedo contar con él para mi plan, así que estrecho el perímetro de mi acción.

Llamo a Joe Jackson desde la cocina y le informo de las autopsias. Por su voz noto cómo se va emocionando a medida que le doy a cuentagotas los detalles que he decidido compartir con él.

—¿Muertas antes de que empezara el incendio? —dice—. ¿Estrangulada? Madre mía. ¿Y puedo publicarlo ya?

—Sí, Joe. La policía lo comunicará por la mañana. Mejor que llames enseguida a las familias. Puedes incluir declaraciones mías en el sentido de que esta noticia tiene que ser terrible para las familias, pero que no voy a permitir que se relacione a mi hijo con esas muertes.

—Apuntado.

—Y, Joe, estás muy en deuda conmigo. Te pediré favores. ¿Entendido?

—Por supuesto. Te ayudaré con mucho gusto.

Ya veremos.

Bangkok, día diecisiete

Martes, 12 de agosto de 2014

Mama la había mirado de arriba abajo cuando Alex le pidió una habitación individual.

—¿No la compartes con Rosie?

Alex también la había mirado con gesto desafiante.

—No. Necesito otra habitación. Sólo para mí.

No le apetecía entrar en detalles o ponerse a discutir. Necesitaba un espacio propio. Y punto.

La confesión de Rosie la había dejado estupefacta. Ya se había dado cuenta de que en realidad no conocía a esa chica con la que compartía habitación, pero nunca se habría imaginado que pudiera hacer algo así.

Su amiga había parado de llorar de golpe, quizá al intuir que aquel teatrillo de niña pequeña no colaba con ella, y se secó los ojos con la camiseta. Volvió a acostarse sobre las almohadas, hablándole al techo, tal vez porque de esta forma no tenía que ver las reacciones de Alex, y le anunció que había tenido que marcharse de casa porque iba a suspender sus pruebas de acceso a la universidad.

—A mí me da igual, pero mi madre se va a volver loca.

—¿Cómo sabes que vas a suspender? Igual estás paranoica —le había dicho Alex.

—Ojalá. Falté a un examen. Toda una asignatura. Fui a una fiesta que al final duró toda la noche. Me lié con alguien y no me desperté a tiempo. Mi madre creía que estaba estudiando ese fin de semana con mi grupo de biología. Pero necesitaba distraerme un poco. Estaba harta de estudiar. Y además no quiero ir a la uni. Es mi madre la que quiere que vaya, no yo.

Ahora que había empezado, era como si Rosie casi estuviera disfrutando del momento. Volvía a ser el centro de atención, lo que más le gustaba. Y como siempre todo era culpa de los demás. Ella era siempre la víctima inocente.

—Eso me da igual. ¿Dónde está mi dinero? ¿Por qué me has estado robando?

—No te lo robaba. Te he dicho que era un préstamo. Te lo devolveré.

—¿Cuándo?

Pero Rosie ya estaba contándole a la bombilla que colgaba del techo el siguiente episodio de su historia lacrimógena.

—Tuve que hacerlo, Alex. Todo cuesta mucho más de lo que pensaba. El tatu me costó cuatro mil bahts, acuérdate, aunque al final no pedí el grande.

—¡Nadie te obligaba a hacértelo! —explotó Alex, pero las excusas seguían fluyendo mientras Rosie se miraba sus relucientes uñas pintadas, a las que había dedicado toda la tarde.

—Y todo el mundo me estafa.

—¿Quién?

—Bueno, los del tatuaje, y luego el tipo de la vespa.

—¿Qué tipo de la vespa?

Rosie se incorporó por primera vez y la miró.

—No fue culpa mía, Alex. Te lo juro. Le alquilé una vespa a un tipo. Lars quería darse un paseo en moto por Bangkok, pero no tenía dinero para pagar el depósito, así que se lo pagué yo. El sitio donde alquilaban las motos era serio, y lo pasamos muy bien. Dejamos la moto fuera de un bar mientras nos tomábamos una copa. Le pusimos el candado, te lo juro. Pero cuando salimos había desaparecido. El tipo que nos la alquiló se puso hecho una furia cuando se lo dijimos. Dio media vuelta y me soltó que le debía miles de bahts porque tendría que comprar otra.

—¿En serio? ¿En qué estabas pensando? Es una de las estafas más típicas de Tailandia. Está en todos los foros de viajeros que hay en internet. Esos timadores tienen duplicados de las llaves, te roban la moto y luego te la cobran.

—No lo sabía.

—Da igual. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía que ibas a cabrearte. Pensaba que podría arreglarlo yo sola y así no tendrías que enterarte.

Alex estuvo a punto de reírse. A punto.

—¿Lo denunciaste a la policía?

—Quise hacerlo, pero el tipo de las vespas tiene mi pasaporte. Tuve que dejarlo como garantía cuando alquilamos la moto. Le pedí a Mama que me acompañara a la policía, pero me respondió que me detendrían si me presentaba sin pasaporte. Y que la policía me escondería drogas para meterme en la cárcel. Pero Mama me dijo que si le daba dinero ella se ocuparía de pagar la deuda. Que lo arreglaría. Me prometió que se aseguraría de que no me metiera en más problemas. Dice que ya lo ha hecho otras veces con extranjeros.

Rosie la miró de reojo antes de volver a derrumbarse y esconder la cara en la almohada. Se quedaron en silencio, perplejas. Alex sólo tenía un pensamiento en la cabeza: «Te has cargado el viaje».

—Ojalá te lo hubiera explicado —añadió Rosie en voz baja.

—¿En serio? ¿Se lo has contado a tu madre?

—Claro que no.

—¿Y a tu padre? Quizá él pueda prestarte dinero para recuperar el pasaporte.

Rosie se volvió a sentar en la cama y trató de reírse.

—No lo hará. Tuve que amenazarle con contarle a Imogen lo de su última amante para que me diera el dinero para venir aquí. Lo vi en un coche dándose el lote con una de las vendedoras delante de su tienda. Fue un golpe de suerte. De no ser por esto, nunca me habría pagado el viaje. Pero al final me dio el dinero para hacer que callara la boca y quitarme de en medio. No sé de dónde lo sacó. Me dijo que estaba arruinado y que vivía de las tarjetas de crédito. Pero lo hizo.

Alex se quedó mirándola. «¿Qué clase de persona eres tú?» era la pregunta que le pasaba por la cabeza.

—Toma. —Mama le puso una llave en la mano—. Planta baja. Por aquí.

Le señaló el camino y Alex se fijó en que sus uñas pintadas de un esmalte plateado eran como las de Rosie. «Son uña y carne —pensó—. Uñas sobre todo.»

—Gracias.

Alex se cargó al hombro la mochila, que había hecho a toda prisa, y se encaminó a la oscuridad que reinaba en la trastienda de la pensión.

Rosie había bajado ruidosamente por la escalera gritando su nombre, pero Alex había pasado de ella. Estaba demasiado rabiosa para hablar con tranquilidad con ella. Se lo contaría todo a Mags.

—Mama, se ha enterado —le oyó decir a Rosie cuando ya se iba.

Viernes, 5 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Mags Harding los llamó esa mañana.

—Tengo que hablar con alguien sobre Alex y Rosie —le dijo a la centralita, con la voz temblorosa—. Acabo de ver las noticias en la tele.

—Está bien, vamos paso a paso. ¿De qué conoces a Alex y a Rosie? —le preguntó la operadora con dulzura—. Empecemos por aquí.

Al cabo de unos minutos, pasaron la llamada de la adolescente a la subinspectora Salmond, quien la escuchó atentamente y luego apareció en la puerta del despacho de Sparkes.

—Hemos recibido una llamada sobre las chicas, señor —anunció.

—No han tardado nada. ¿Qué decía? ¿Algo sobre Jake Waters?

—Sí, en cierto modo, señor. Es sobre lo que pasó en los días anteriores a su muerte. Lo que estaba pasando de verdad. La testigo dice que Alex era su mejor amiga y que le escribía emails en los que le contaba que las cosas habían ido de mal en peor casi desde el primer día. Tuvieron todo tipo de problemas y peleas.

—¿De verdad? ¿Sobre qué?

—Sexo, drogas y rock and roll, parece. Según los emails, Rosie y Alex discutieron por Jake Waters.

—¿En serio? Así que al final sí que se conocieron. Jake estaba allí.

—Sí, claro. Y hay mucho más. Rosie se metió en problemas con un timador. Y en su último correo, Alex decía que la había pillado robándole dinero. Ah, y que Rosie había chantajeado a su padre para que le pagara el viaje a Tailandia.

—¡Madre mía! ¿Cómo es posible que nuestro genio de la técnica, el agente Collins, no viera esos emails en su rastreo?

—Alex usó una cuenta distinta. Una de la que no sabíamos nada. La utilizaba para temas íntimos, según su mejor amiga.

—¿Y quién es su mejor amiga? Creía que era Rosie.

—Pues parece que no. Nos ha llamado Margaret Harding, a la que todos llaman Mags. Era la chica que tenía que ir a Tailandia con Alex y que al final se rajó.

—Ah, sí, Rosie fue una suplente de última hora.

—Por lo visto, Alex le escribió un montón de emails a su amiga Mags. El último llegó el 12 de agosto, más de cuarenta y ocho horas después de que los padres recibieran el último. Esos emails dibujan una imagen muy distinta de la que hemos visto en las redes sociales. Eso de «mejores amigas de viaje» era un poco ficticio, parece. Alex le dijo a Mags que odiaba a Rosie.

—¿Y por qué esta Mags no se puso antes en contacto con nosotros cuando se denunció la desaparición de las chicas?

—Alex le había hecho jurar que no contase nada y no quería causarle problemas a nadie. Los emails son bastante explícitos, no son lectura adecuada para los padres. Y, como todo el mundo, creyó que las chicas terminarían apareciendo. Y cuando las encontraron, pensó que su muerte había sido un accidente y que nadie tenía por qué conocer los emails. Pero ahora será necesario. Es una investigación por homicidio.

—Muy bien. Echemos un vistazo a esos emails y que Collins se ponga a trabajar.

Los emails —a veces tres diarios— inventariaban la creciente tensión entre las dos chicas en Bangkok, las peleas, los silencios, la rabia y el robo.

Sparkes empezó a leerlos al azar: «Esta noche está completamente ida. No consigo entender lo que le pasa»; «Rosie está como una cuba y se está pasando por la piedra a todos los chavales de la pensión. No he venido a Tailandia para esto. Lo está echando todo a perder»; «Otra bronca con Rosie. Ya he tenido bastante»; «Rosie está ligando con Jake. Increíble».

—¿Cómo no nos hemos enterado de esto antes? —dijo Sparkes—. Sus padres nos contaron que lo estaban pasando genial.

Salmond entró en el perfil de Facebook de Alex.

—Porque eso era lo que Alex quería hacernos creer. Aquí, por ejemplo, el 2 de agosto, cuando le dijo a Mags en los emails que Rosie se estaba pasando por la piedra a todos los chavales, colgó una foto en Facebook de las dos brindando. «Viviendo un sueño con mi compi de habitación», pone aquí.

—¿Por qué iba a fingir que se lo estaba pasando bien?

Salmond se quedó mirándolo.

—Porque eso era lo que quería que pensarán sus «amigos». Era su perfil público. No tenía nada que ver con lo que estaba pasando de verdad en su vida.

—¿Perfil público? —preguntó Sparkes—. Era una estudiante de Winchester, no una concursante de «La Isla de los Famosos».

—Ya, pero todos somos estrellas en nuestros propios *realities*, señor. ¿No lo sabía?

—Cállate, Zara. Qué montón de bobadas. Mientras que esto... —señaló la pantalla— plantea algunas preguntas muy serias sobre lo que pasó en realidad durante aquel viaje.

«Las drogas, el sexo fácil, el robo. Las conductas de alto riesgo. ¿Murieron por eso?»

—Necesitamos una declaración de Mags Harding ya mismo y acceso total a los emails de Alex.

—Viene de camino y trae su móvil para que podamos revisarlo.

—Muy bien. Llámame cuando llegue; quiero estar en la entrevista. Supongo que con todo lo que sabemos habrá que llamar a Bangkok, aunque sólo sea para guardar las apariencias...

—Yo hablaré con los tailandeses —dijo Salmond—. La gran pregunta es si se lo contamos a las familias.

Sparkes volvió a recorrer los emails, dándose un tiempo para pensarlo.

—Creo que es necesario. Si se los pasamos a la policía tailandesa es posible que terminen filtrándose. No sé si serán muy fiables allí, pero será cien veces peor si los padres se enteran por la prensa.

—¿Quiere que lo haga yo?

—No, yo lo haré. Dile al enlace con las familias que necesito verlas al mediodía, después de que hayamos interrogado a Mags Harding. Yo lo haré. Primero se lo diré a Mike Shaw, porque tiene un papel estelar en todo esto. Podría negarlo todo si está acompañado por el resto de los familiares. Luego hablaré con su exmujer y con los O'Connor. Me figuro que no va a ser agradable.

Trató de imaginarse la reacción de Jenny Shaw cuando se lo contara: «Incredulidad, probablemente. Ninguna madre quiere saber que sus hijos tienen un lado oscuro. Sobre todo si la hija está muerta».

Y además la última línea que Alex le había escrito a Mags seguía retumbando en su cráneo. Decía simplemente: «Odio a Rosie. A veces la mataría».

Viernes, 5 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Ya he visionado tres veces la rueda de prensa. Las declaraciones más destacadas corren en bucle en la parte inferior de la pantalla, debajo del alegre presentador de Sky News. Cada vez que sacan la foto de Jake que les di, cierro los ojos como si fuera demasiado brillante para mirarla directamente. Sé cuándo la van a poner: siempre aparece en el mismo segmento de la crónica, pero aun así me impacta cada vez que la veo. Hace que me cierre.

Esta mañana había pensado ir al trabajo, pero a Steve le ha parecido una idea espantosa.

—¿Cómo se te ocurre? —me ha dicho.

—¿Por qué no? Tú sí vas a trabajar —he replicado.

—Pero es distinto, ¿no?

Lo que ha querido decir es que su trabajo es algo serio e importante. Que las vidas de algunas personas dependen de él. Pero se ha contenido. Supongo que se ha dicho que no era el momento de entrar en esa discusión. Pero Kate no iba a dejarlo pasar. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir? ¿Que mi trabajo no es tan importante como el tuyo?

—Déjalo, Katie. No iba a decir nada de tu trabajo. Mira, ni tú ni yo hemos pegado ojo esta noche. Tenemos un estrés encima tremendo y te han pedido que te quedes en casa. Llego tarde a mi primera visita. Tengo que irme. Vuelve a la cama.

He permitido que me diera un beso de despedida y he seguido con nuestra discusión en la cabeza mientras el agua para el té se calentaba. He ganado. O eso creo. No me ha dado la gana de volver a la cama. Haría algo para mantenerme ocupada.

Sin embargo, aquí estoy ahora, sentada y viendo el mismo boletín de noticias una y otra vez, cerrando los ojos cada quince minutos.

Es Joe quien rompe el hechizo de la caja boba. He silenciado el móvil y lo he dejado en la mesa del recibidor para ahorrarme las llamadas de periodistas. Lo oigo vibrar en la madera barnizada y subo el volumen de la tele. Pero Joe llama a mi puerta. Pap-parapap-pa-pa-pa. Le he enseñado bien. Aparto las cortinas y le veo, con camisa y corbata, mirando mis flores.

—Sí, ya lo sé. Tengo que regarlas —digo cuando abro—. Entra rápido. ¿Hay alguien más fuera?

—No, he hecho misión de reconocimiento antes de llamar. Regla de oro número ciento veinte, ¿no?

—Calla la boca. ¿Un café?

—Vale. Será el tercero de la mañana. Llevaré un buen globo cuando salga de aquí.

—Bueno, ¿por qué has venido? ¿Cómo es que no estás con los padres? ¿Terry sabe que has venido?

—No exactamente. He enviado la crónica de la conferencia de prensa antes de venir y han enviado a Gail, de «Artículos de fondo», para que les haga la gran entrevista.

«Tendría que haber sido yo», pienso, como una mujer despechada en los últimos bancos de la boda de su ex. Pero Gail lo hará de maravilla.

—Le he dicho a Terry que había quedado con un contacto. Y en realidad es lo que estoy haciendo. Tú eres mi mejor contacto.

—Eso, Joe, es una tragedia. Los contactos son gente que puede contarte cosas, gente que sabe de qué va la historia. Como polis y políticos.

—Como tú —afirma, y tiene razón. Tengo la información que busca.

—Supongo que Terry te habrá colgado una medalla por la exclusiva de anoche —señalo, apartando la conversación de mí.

Sonríe de oreja a oreja. Una expresión de puro gozo en su rostro.

—Me dijo: «¡Joder!». Terry nunca había dicho nada parecido de ninguna de mis noticias.

—Me alegro por ti. Anda, siéntate, que te voy a contar lo que haremos.

Hemos hecho una lista. Me gustan las listas. Un pequeño remanso de orden en un mundo caótico. Vamos a localizar a los otros testigos, pero necesitamos más información si queremos tener alguna posibilidad de encontrar a alguien.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —pregunta Joe.

—He llamado a Ross, ese chico de Bangkok. El amigo de Jake. Dice que en la pensión se alojaban dos jóvenes holandeses. Cree recordar que uno se llamaba Lars.

—Bueno, entonces tenemos la mitad de la historia...

—En esta mesa de redacción está prohibido el sarcasmo —digo, dando un puñetazo en la mesa de la cocina—. Vale, ¿dónde está la información que necesitamos?

—Internet. Foros de viajeros. Facebook. Instagram. Twitter —responde Joe, y sus dedos se crispan, huérfanos de un teclado.

—Sí, vale, pero ¿y la gente de carne y hueso que sabe algo de esta historia?

—Bueno, está Jake, obviamente.

Le fulmino con la mirada. Ya hemos tenido la conversación «Él no tuvo nada que ver con la muerte de esas dos chicas».

—Y Rosie y Alex —añado.

Me mira desconcertado.

—Escribieron a sus familias, ¿no? Bueno, Alex por lo menos. Parece que Rosie se desentendió del asunto y dejó que Alex se ocupara de ir contando las novedades. Seguro que Alex no sólo escribió mensajes de móvil y emails a sus padres. No paraba de colgar cosas en las redes sociales, así que podría haber otros correos. Tenemos que leerlos. Seguro que dejó un montón de detalles y chismorreos sobre los otros huéspedes de ese cuchitril.

Joe levanta la cabeza y arquea las cejas. Yo asiento.

—Sí, es posible que también haya cosas sobre Jake. Pero podría ser información que le ayude.

—Voy a llamar a la subinspectora Salmond. De todas formas, la llamo todos los días. Suele estar demasiado liada para hablar, pero podría ayudarnos.

—Tienes que currártelo, Joe, ganarte su confianza. Habla con ella del caso, de las horas que tiene que dedicarle, del sueldo de los policías. Y de otras cosas. Tienes que crear una relación con ella. Demostrarle que eres un periodista en quien se puede confiar.

—Eso me suena un poco sobón.

—Para ser periodista hay que ser sobón, imbécil. No nos dedicamos a esto para mirar las cosas que pasan por un telescopio o con Google. Tienes que zambullirte en este trabajo para poder tocar las cosas, verlas de cerca, entenderlas. Tienes que ensuciarte las manos. Meterlas hasta el codo.

—Vale... Ya lo pillo. ¿Tengo que apuntarlo?

Hago ademán de propinarle un golpe con mi libreta y me río. Me dan ganas de darle un abrazo por haberme hecho reír.

—Perfecto. Clase terminada. Eso sí, no la atosigues hoy pidiéndole ver los emails. Te dirá que no y sólo conseguirás poner sobre aviso a todo Dios. ¿Quién más puede tener emails?

—¿Los padres?

—Vi los que tenían cuando les hice la primera entrevista. Eran muy modositos, cosas sobre templos y taxis de tres ruedas. Tenemos que encontrar a las amigas en las que más confiaban.

—Me pongo a ello —dice Joe, inclinándose, sin hablar, tomando notas en su libreta antes de adentrarse en el éter electrónico.

Viernes, 5 de septiembre de 2014

LA MADRE

Había visto la rueda de prensa demasiadas veces. Tantas que al final empezó a repetir con los labios las palabras que pronunciaba el inspector Sparkes mientras esperaba a que la foto de Alex y Rosie apareciera en pantalla justo después del titular.

Y la foto de Jake Waters. Había grabado toda la noticia y congelaba la imagen con la cara de aquel muchacho mirando al espectador. No esa foto horrible en la playa, en la que parecía un demonio, sino una nueva, con aspecto de un hijo como cualquier otro. Aparecía con gafas y tenía el pelo ondulado y una sonrisa torcida.

«¿Fuiste tú? —le preguntó a aquella cara—. ¿Pudiste hacerlo?» Intentó imaginarse a un hijo suyo haciéndole daño a alguien, pero no conseguía convocar aquella imagen. Entonces no un hijo suyo. Pero ¿el de otra mujer podría hacerlo? ¿Pudo hacerlo el de Kate? Levantó la vista y se sorprendió al ver aparecer a Malcolm en la puerta.

—Para de torturarte —dijo desanimado.

—Estoy buscando algún indicio en su cara, Mal. ¿Qué aspecto tiene alguien que estrangula a una niña? ¿Son así? ¿Normales?

—No lo sé, cariño. La policía sabe de estas cosas, no yo. No aguanto volver una y otra vez a lo que pasó. Me hace tanto daño no haber podido evitarlo...

Se sentó y lloró en silencio. Sus hombros subían y bajaban con cada sollozo. Lesley lo miró un rato y luego volvió a fijarse en la pantalla. Rebobinó la grabación y la reprodujo de nuevo, centrándose en la cara de Bob Sparkes.

Había puesto a cocer dos huevos para el desayuno, pero enseguida se desanimó otra vez y dejó que los huevos se pasaran y quedaran grises en el agua que se iba enfriando. Malcolm seguía sentado, pálido, en la sala de estar. Le pasó por los hombros una manta de la cama de Alex sin decir una palabra y lo dejó con su pena. Lesley ya tenía bastante con la suya. Por lo menos aquel día.

Wendy Turner llamó a las diez.

—¿Wendy? ¿Alguna noticia? ¿Alguien os ha llamado? ¿Han encontrado a Jake Waters?

—Hola, Lesley. Me han dicho que anoche te importunó un reportero. Deberías haberme llamado. Para eso estoy.

—Era muy tarde, Wendy. No quería molestarte y, además, Joe Jackson ya tenía la información. No podíamos evitar que lo publicara, ¿no?

—No, supongo que no. En fin, te llamaba para concertar una reunión con el inspector Sparkes. Quiere veros a todos para explicaros en detalle ciertas cosas. ¿Puede pasarse a mediodía?

—Sí, claro. Puede venir antes si quiere. ¿De qué se trata?

—No, mediodía es lo que me ha dicho. Mejor esperamos a que llegue, ¿de acuerdo?

No lo estaba, pero Lesley ya no tenía el control de nada. Debería soportar la espera.

—¿Cómo estás, Lesley? —le preguntaba Wendy.

—Fatal. Malcolm se ha cerrado por completo y a mí me toca aguantar el chaparrón.

—A lo mejor vale la pena que hables con el médico para que os dé algo para soportarlo mejor.

—No queremos pastillas. Tan sólo queremos saber quién mató a Alex.

—Lo sé. Pero la medicación podría ayudaros a pasar estos días de incertidumbre.

«“Días de incertidumbre.” Un nuevo eufemismo que añadir al diccionario —pensó Lesley—. “Días difíciles”, “vuestra tristeza”, “vuestro duelo”. Nadie ha dicho todavía “Hasta que encontremos al asesino de vuestra hija”. Me pregunto cuánto tardarán en hacerlo.»

—Gracias Wendy. Se lo comentaré a Mal.

Se quedó sentada con el teléfono en la mano, mirando al vacío. Esa inmovilidad la estaba matando. Llamó a Kate Waters.

—¿¿Dónde está?! —gritó—. ¿¿Dónde está tu hijo asesino?!

—¿Quién llama? —susurró Kate, tan sorprendida que bajó la voz.

—Lesley. Soy Lesley. ¿Ya sabías lo que había hecho cuando fingías preocuparte tanto por nosotros?

—Claro que no. ¿Qué te pasa? Estás hablando de mi hijo. Mi hijo no ha matado a nadie. La prensa y la policía no tienen ni idea.

—No es eso lo que nos han dicho.

—¿Qué os han dicho? Mira, entiendo lo disgustada que estás, pero mi hijo no tuvo nada que ver con la muerte de tu hija. Créeme, por favor.

—No puedes estar tan segura. No estabas allí. Y además era un drogata en la universidad, antes de que lo expulsaran. Dijiste que eso tampoco lo sabías. No parece que conozcas muy bien a tu hijo, ¿no?

Kate colgó. Lesley intentó saborear aquel momento de victoria, pero se sentía tan muerta como la línea que comunicaba.

Viernes, 5 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Sparkes carraspeó.

—Siento mucho que la prensa los importunase anoche —dijo mientras removía el café en la taza con la cuchara, haciéndola sonar como una campana, tal era la hiperactividad que llevaba encima.

—Condenados periodistas —saltó Jenny—. ¿Quién le pasó a Joe Jackson los resultados de las autopsias? Es obvio que nosotros no fuimos.

Todos negaron con la cabeza, sin asomo de duda. En esta ocasión, Sparkes, Wendy Turner y los O'Connor estaban apelotonados en la pequeña cocina de Jenny. El inspector observó sus expresiones tensas e íntimamente se alegró de que Mike Shaw no asistiera a la reunión.

Sparkes había ido a verle antes, en la tienda de moquetas. Lo vio sudado, con aspecto de estar enfermo, en su despacho, que también hacía las veces de almacén. Había quitado unas muestras de una silla para que el inspector pudiera sentarse. Sus rodillas casi se tocaban.

—¿Cómo lo lleva? —dijo Sparkes.

Estaban tan juntos que casi podía oler las notas de sacarina del chicle que enmascaraba el aliento de Shaw y también, por debajo, el olor rancio del humo de tabaco. Se echó hacia atrás en la silla, intentando encontrar un poco de espacio personal.

—¡Mierda! —exclamó Shaw—. Estoy hecho una mierda. Lo siento, pero esto es una puta pesadilla.

Sparkes asintió con gesto comprensivo.

—No es de extrañar. Son unos días terribles para todos ustedes —«Y en breve todo empeorará»—. Mike, ahora que tenemos una idea más precisa de cómo murieron las chicas, necesitamos saber qué estaba ocurriendo en esa pensión. Necesito que nos ayude.

Fue entonces cuando Shaw le había mirado a la cara por primera vez como es debido.

—¿Que yo los ayude? —preguntó—. ¿Qué puedo decirles? Me encontraba a miles de kilómetros de distancia cuando ocurrió todo. No había tenido noticias de Rosie desde antes de que se marchara. No sé nada.

Extendió las manos en gesto suplicante.

Sparkes cogió una carpeta que había dejado en el suelo, al lado de sus pies.

—Quiero mostrarle unos emails sobre Rosie que Alex envió a una amiga suya —dijo Sparkes—. Pueden ser importantes para la investigación.

Shaw abrió mucho los ojos y cogió la hoja de papel.

—Debo advertirle que usted aparece mencionado en ellos —añadió Sparkes.

La mano de Mike Shaw flaqueó un instante, pero no soltó la hoja impresa. Sparkes le observaba mientras sus ojos iban volando de línea en línea, y supo en qué momento encontró la línea incendiaria porque vio cómo su rostro perdía todo el vigor.

—Dios mío, ¿Jenny los ha leído?

«Entonces lo único que te importa eres tú. No que tu hija haya muerto», caviló Sparkes al tiempo que le decía que no con la cabeza.

—Todavía no. Voy a ver a los demás en media hora. He pensado que sería más justo que usted los leyera antes que nadie.

—Soy el único al que se deja por los suelos. —Shaw se aflojó el nudo de la corbata.

—¿Vendrá a la reunión?

—¿Usted qué cree? —murmuró—. De todos modos, no pensaba ir. Para serle franco, he pensado que lo mejor es quitarme de en medio, tal y como están las cosas entre Jenny y yo. Anoche tuvimos otra pelea después de que usted se fuera. Me acusó otra santa vez de que había abandonado a Rosie. No puedo más, inspector. Malcolm me dijo que me llamaría después.

Shaw abrió entonces un cajón de su escritorio y sacó un paquete de cigarrillos.

—Abriré una ventana —indicó después de encenderse uno e inhalar una profunda calada.

—Lo prefiero —dijo Sparkes—. ¿No está prohibido fumar en los centros de trabajo?

—Por el amor de Dios, vamos, deténgame —exclamó Shaw, sonriendo apesadumbrado.

Sparkes movió las manos hacia la ventana para apartar el humo y continuó:

—Entiendo que esto sea muy difícil, pero he de preguntarle si es verdad lo que Rosie le contó a Alex. ¿Rosie le chantajeó para que le diera el dinero?

Shaw se irguió en la silla y apagó la colilla dentro del cajón del escritorio, seguramente en un cenicero que tenía escondido, o eso era lo que esperaba Sparkes.

—No veo qué relación puede tener con lo que sucedió.

—Necesitamos comprobar la veracidad del relato de Alex. También dice que Rosie estaba consumiendo drogas. Que hubo celos por hombres a los que conocieron y que se pelearon varias veces. Eso podría guardar relación con lo que ocurrió. Lo entiende, Mike, ¿verdad?

Shaw abrió y cerró la boca como si estuviera a punto de negarlo todo, pero al final terminó asintiendo con gesto cansado.

—No sé si Rosie consumía drogas antes de irse. Es posible. En realidad, no tenía mucha idea de lo que hacía. Debería haberlo sabido, pero Jenny me lo ponía muy difícil. Cambiaba los planes, me cancelaba las visitas en el último momento. Cada vez la veía menos. Usaba a Rosie para castigarme por haberla abandonado. Por ser feliz con Imogen...

—Pero su hija fue a verle por el viaje... —le recordó Sparkes.

—Sí, Rosie vino a verme. —Se llevó las manos a la cabeza—. Hacía siglos que no la veía. Pensaba que cuando se hiciera mayor podría retomar el contacto conmigo, si le apetecía, pero supongo que Jenny consiguió volverla en mi contra. En fin, fue una situación horrible. Me vio haciendo el tonto un momento con una de las empleadas, no fue nada, de verdad. Esas cosas pasan en las oficinas todos los días.

«Bueno, quizá en tu oficina», pensó Sparkes. Se alegró de que Zara Salmond no estuviera en la reunión, porque habría saltado con ese comentario machista.

—Pero Rosie se lo tomó a la tremenda, dijo que se lo diría a Imogen. Mi nueva esposa no lo habría entendido. —Shaw apartó la mirada—. Supongo que se hace cargo.

Sparkes asintió, sin perderlo de vista, y Shaw continuó con su suplicio:

—Tenía que impedírselo y me dijo que no contaría nada si le daba el dinero para ese condenado viaje.

—¿Y de dónde sacó el dinero? Me explicó que estaba usted pagando la hipoteca con la tarjeta de crédito.

Shaw soltó una carcajada, más bien un ladrido, para fingir que le hacía gracia el comentario.

—No me venga con jueguecitos, inspector. Ya sabe de dónde lo sacó Rosie. De mi madre.

—¿Fue usted quien ordenó la transferencia desde su cuenta?

—No me acuerdo.

—¿Y su madre lo sabía?

Shaw se levantó para poner punto final a la conversación.

—Ya hemos pasado por esto, inspector. Terreno más que trillado. Mi madre ha retirado la denuncia por la desaparición del dinero. Estoy seguro de que tiene cosas más importantes que hacer. Por ejemplo, averiguar cómo murió mi hija.

—Así es. —Sparkes también se puso de pie y recogió la hoja impresa—. Ahora voy a enseñarle los emails a su exmujer.

—Me aseguraré de tener el móvil apagado —aseveró Shaw—. Qué puto infierno.

Había unos taburetes diminutos para sentarse en la cocina de Jenny Shaw y todos parecían estar sentados en equilibrio sobre una nalga.

—No sé quién se lo dijo a Joe Jackson —dijo Sparkes.

Para ser más precisos, no lo sabía a ciencia cierta. Eso sí, podía imaginárselo, aunque no quería que la conversación se perdiera por aquellos vericuetos durante una hora. Volvió a carraspear, indicando un cambio de tema. Pero Lesley hizo oídos sordos a sus señales no verbales.

Los emails seguirían siendo el tema sobre el que gravitaba aquella reunión. Aguardando su momento.

—Eso da igual. ¿Sabe si alguien ha visto a Jake Waters desde la rueda de prensa? —planteó Lesley—. ¿Dónde se ha metido?

—No, pero estamos recibiendo buena información gracias a la colaboración ciudadana.

No era verdad. Los llamaban los fracasados de siempre. «Se parece al chico del *fish and chips*. Sólo que el chico del tenderete es negro...» era el que más le había gustado de momento.

Arrastró su taburete para arrimarse a la mesa y se inclinó hacia delante para conseguir que le prestaran toda la atención.

—He venido a darles cierta información que hemos recibido esta misma mañana.

—¿Qué información? ¿A qué se refiere? —preguntaron todos a coro.

—Ha llegado a nuestro conocimiento la existencia de ciertos emails que Alex le envió a una amiga, en los que le hablaba de las dificultades que estaba teniendo con Rosie.

—¿Dificultades? Alex no nos habló de ningún problema. Nos decía que lo estaban pasando genial —dijo Lesley—. ¿Y por qué tenemos que enterarnos ahora?

Sparkes suspiró.

—Porque acabamos de enterarnos nosotros.

Jenny hablaba por encima de ellos dos, exigiendo que la escucharan.

—Dínos qué hay en esos emails.

—Bueno, son unos cuantos. Todos dirigidos a Margaret Harding.

—¿Mags? Mi hija no me dijo nada de esos emails —saltó Lesley alzando la voz, más aguda de lo normal por la inquietud. Los sonidos rebotaban en las paredes de la cocina, distorsionando las voces y convirtiéndolas en una cacofonía de enojos cruzados—. La llamé casi el primer día para preguntarle si tenía noticias de Alex y me dijo que no sabía nada, como nosotros. Luego, cuando regresamos de Tailandia, nos llamó para darnos el pésame. ¿Por qué no nos comentó nada?

Sparkes levantó la mano para interrumpir aquel vendaval.

—Le prometió a Alex que no diría nada. Los emails contienen material no del todo agradable que Alex no quería que ustedes conocieran. Mags es una adolescente. A veces no toman las decisiones más acertadas. Seguro que tendrán muchas preguntas, pero creo que es mejor que lean estos correos antes de abordarlas...

—¿Hablan de drogas? —dijo Lesley, cortándole.

—Sí.

—Déjenos leerlos de una vez —soltó Jenny.

—Por favor —añadió Malcolm.

Sparkes sacó las hojas impresas y la agente Turner las repartió para que las leyera. Salió al pasillo. «Voy a chequear una cosa con la comisaría mientras los leen», informó, deseoso de escaparse un momento. Miró las fotos de Rosie que había cerca de la puerta de la casa. Varios cumpleaños a lo largo

del tiempo: variaciones de una niña con un vestido de fiesta, soplando las velas de una tarta y sonriendo para la cámara.

La tensión creciente de la cocina terminó rebotando, filtrándose al estrecho pasillo, y se arremolinó en torno a sus pies mientras le escribía un mensaje a Salmond. Era insoportable. Los padres exclamaban discretamente cuando se topaban con los primeros indicios de problemas, la primera acusación. Pero era sólo un «¡Oh!», nada más. Luego avanzaron guardando un inquietante silencio, tal vez por la incertidumbre de no saber qué les esperaba a continuación.

Diez minutos después, la agente Turner le reclamó en la cocina. Sparkes vio el impacto en sus caras.

—¿Los ha leído alguien más? —preguntó Malcolm tomando la iniciativa.

—Sólo la subinspectora Salmond y yo mismo. Y también Mike.

—¡¿Mike los ha visto?! —gritó Jenny—. ¿Cuándo? ¿Por qué los ha visto antes que nosotros? ¿Por qué no está aquí para responder a sus preguntas?

—Le he visto a solas esta mañana, Jenny.

—No podía mirarnos a la cara, ¿no? Cobarde de mierda. Y otra vez volviendo a las andadas. Otra vez a enredarse con las chicas de la oficina. La santa de Imogen seguro que no se lo perdonará.

—Déjalo, Jenny. —Lesley le dio una palmada en la mano por debajo de la mesa—. No es momento de hablar de tu separación ni de ti. Tenemos que centrarnos en las chicas.

Jenny se puso colorada.

—Lo siento. Es superior a mis fuerzas. Me viene todo a la cabeza otra vez.

—Es normal, Jenny —aseguró la agente Turner en voz baja, zanjando el asunto.

—¿Quién más va a ver estos emails? —Malcolm insistió en su pregunta.

—De momento, sólo los compartiremos con la policía tailandesa —dijo Sparkes midiendo las palabras.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Jenny—. ¿No hemos sufrido ya bastante con su muerte? ¿Tenemos que ver ahora cómo arrastran su recuerdo por el barro?

Sparkes dejó esa pregunta sin respuesta.

Ninguno de los tres se miró mientras comentaba las posibles repercusiones de aquella información.

—Alex menciona a otros huéspedes de la pensión. Lars, amigo y posible novio de Rosie, y otro chico holandés, Diederik. Y a un chico al que llama Jake y JW indistintamente y que le gustaba.

—Jake Waters —señaló Lesley en voz baja—. El porrero, así lo llamaba. Sale en muchos de estos emails. Y no siempre le gusta. En uno de los correos dice que le gustaría que desapareciera de su vista.

—De todos modos, gran parte de lo que cuenta no es verdad —añadió Jenny de pronto.

Los O'Connor se volvieron para mirarla.

—Ay, Jenny —se quejó Lesley—. Claro que es verdad.

Sparkes recordó con una sensación de vértigo la retahíla de faltas que Alex le atribuía a Rosie en los emails.

—Mi hija nunca robaría dinero. Y no tomaba drogas —insistió Jenny. Pero le temblaba la voz.

—No sabemos qué hacían —repuso Lesley.

«No», pensó Sparkes.

—¿Por qué no nos dijo Alex lo mal que lo estaba pasando? —musitó Lesley a su marido—. ¿Por qué fingía?

—No lo sé, cariño —respondió Malcolm—. Eran jóvenes y estaban solas. Todos hicimos estupideces a su edad.

—Es que no me lo puedo creer. Lo siento —insistió Jenny, como si quisiera que constara en acta.

—Es inútil hablar de esto ahora —intervino Lesley—. Estás demasiado disgustada para pensar con claridad.

—¡Cállate, Lesley. Estoy bien! —gritó Jenny—. Sé perfectamente lo que me digo. Son todo mentiras.

Viernes, 5 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Cuando termino la llamada con Lesley no puedo hablar. No es sólo por la rabia que me provoca esta injusticia espantosa. Me siento crispada y herida como si me hubieran atacado físicamente. «¿Dónde está tu hijo asesino?!», esa pregunta me oprime el corazón.

En silencio, me dejo deslizar por la pared hasta caer sobre la moqueta del pasillo, tratando de recobrar el aliento y de poner en orden mis ideas. Intento rescatar del barro mi bandera de «Jake es inocente».

No sé si Joe ha oído algo, pero cuando asoma la cabeza por la puerta de la cocina no me queda ninguna duda. Está igual de lívido que yo.

—¿Estás bien? ¿Era Lesley O'Connor? —pregunta.

Asiento.

—Está disgustada —explica, tratando de consolarme—. No sabe lo que dice.

Pero lo sabe perfectamente.

—No me apetece hablar de eso. Venga, hagamos algo útil —propongo, intentando incorporarme contra la pared—. ¿Has averiguado algo?

—He encontrado a alguien —responde, y tira de mí para levantarme.

Joe ha tardado menos de media hora en localizar a Mags Harding, compañera de viaje inicial y con amplia presencia en la cuenta de Instagram de Alex antes de que ésta se marchara. Llama a la redacción para comunicarles que baja a Hampshire porque tiene una pista y salimos a buscar su coche.

—¿Qué te han dicho? —pregunto, al tiempo que conecto mi móvil a su cargador.

—Suenan interesantes... Lo que siempre dicen cuando no te escuchan.

—A veces está bien volar bajo, Joe. Venga, démonos prisa.

Conduce como Pat el cartero, de la serie de dibujos animados. Respeta los límites de velocidad durante todo el trayecto hasta llegar a nuestro destino, por más que le grite: «¡Por el amor de Dios, ¿por qué conduces a dos por hora? No tienes noventa años. Pisa a fondo!».

—¿Cuántas multas te han puesto este año? —quiere saber—. Con lo que te habrás gastado en multas seguro que podrías comprarte un coche nuevo.

El comentario me deja cortada. Pero sigo gritándole por dentro cuando frena en cada semáforo.

Mags Harding nos espera delante de una hamburguesería. Ella ha propuesto el sitio, evidentemente. Se ha emocionado mucho cuando Joe la ha llamado desde mi casa. Éramos sus primeros periodistas, le ha dicho. «Bingo —he exclamado cuando me lo ha comentado—. En el blanco a la primera.»

Dejo que Joe se ocupe de pedir unas hamburguesas dobles con queso para él y para Mags —«Yo quiero un café, gracias»—, mientras me encargo de ponerla a tono. Me presento como Kate, la colega de Joe. Nada de apellidos, para no disparar las alarmas.

—¿Cómo lo llevas? Tienes que estar muy afectada por lo de Alex —indico, abriendo la puerta de la conversación.

—Sí. Hemos sido... habíamos sido íntimas desde primaria. Todavía no me lo creo. Primero el incendio y ahora dicen que la asesinaron.

Sus ojos se llenan de lágrimas y se muerde una uña.

—Y en principio eras tú quien tenía que acompañarla a Tailandia, ¿no?

Se saca el dedo de la boca y veo cómo se desprende un trocito de uña y cae sobre la mesa. Mags transita entre la pena y el dramón adolescente sin solución de continuidad. Me doy cuenta de que está pensando que ha escapado por los pelos de las fauces de la muerte. Es la estrella de su propio programa de supervivientes.

—Habría podido pasarme a mí, ¿no? Se lo dije a mi madre. Si hubiera ido. Si no me hubiera rajado. Habría podido pasarme a mí. Es espantoso.

—Por supuesto. ¿Por qué no fuiste, Mags?

—Por dinero. Tenía muchísimas ganas de ir, pero siempre dejaba para la semana siguiente el empezar a ahorrar. No podía pagarme el viaje. Y no me atrevía a confesárselo a Alex. No hablaba de otra cosa: Tailandia.

—¿Se enfadó mucho?

—No. Creo que la pilló tan de sorpresa que no dijo gran cosa. Sigo sintiéndome culpable. Le pedía perdón constantemente, pero le había fallado, ¿no?

Espera que le asegure que no es así. Callo un momento mientras Joe deja las hamburguesas sobre la mesa y desaparece para ir a buscar mi café.

—No tienes que torturarte. Su madre cuenta que lo estaba pasando muy bien en Tailandia antes de... Antes de todo esto —digo, observando cómo su mano planea sobre ese revoltijo de hocicos y párpados vacunos.

—Bueno —contesta Mags. Da un mordisco y un trozo de lechuga mustia le cae sobre la mesa. No se molesta en recogerlo. No parece muy aficionada a la ensalada.

Joe se sienta y también empieza a comer. Espero a que terminen. Sólo tardarán un par de minutos en devorar su comida.

Mags se limpia la boca con una servilleta y me dirige una sonrisa de labios brillantes.

—¿Mejor? —pregunto, y ella asiente.

—Lo siento, estaba muerta de hambre.

—Te estaba contando que la madre de Alex aseguraba que lo estaba pasando fenomenal en Tailandia...

Mags tuerce el gesto.

—La verdad es que no. De hecho, me dijo que lo estaba pasando fatal con Rosie.

—¿En serio? Creía que eran muy buenas amigas.

—No, yo era la mejor amiga de Alex —me corrige Mags—. Rosie fue mi suplente de última hora. Me pareció increíble que se fuera con Rosie. Le dije: «¿Estás segura, Alex? No sabes nada de ella», pero ella me contestó que todo iría bien. Y yo sabía que no sería así. No salían juntas los fines de semana como hacía conmigo. Rosie iba con las Hermanas Peligrosas en el instituto, unas chicas que se acostaban con cualquiera y se emborrachaban cada noche. Ella no era de las Hermanas Peligrosas, porque su madre la tenía muy controlada después de que su padre se fuera de casa. Pero quería serlo.

—¿Y ésa era la idea que tenía Alex de pasarlo bien?

—Ni hablar. La gente igual piensa que somos un poco frikis. Nos gusta Harry Potter... —matiza.

—¿Y cómo se llevaban en Tailandia?

—Nada bien. Rosie era una auténtica pesadilla, según me reconoció Alex.

—Entonces ¿hablaste con Alex? —interviene Joe—. ¿Por Facetime?

—Una vez, justo al principio, pero con la diferencia horaria era imposible quedar. Así que nos escribíamos emails casi todos los días.

—Estaría muy contenta de poder hablar contigo —indica Joe mientras yo tomo un sorbo de café y me relajo en la silla.

—Siempre hemos hablado. Nuestras madres decían que éramos almas gemelas. Nos lo contábamos todo. Sabía que no se lo contaría a nadie más. Y nunca lo hice. Su madre me llamó cuando Alex dejó de enviar mensajes, pero cumplí mi promesa. Le comenté que no había sabido nada de ella durante esa semana. Ojalá hubiera hablado, pero es que no podía enseñarle a Lesley algunas de las cosas que Alex me había escrito. Cosas sobre drogas y acostarse con chicos. Es lo último que quiere saber una madre, ¿no? Sólo llamé a la policía cuando comunicaron que Alex había sido asesinada.

—¿A la policía? ¿Cuándo hablaste con ellos? —pregunto.

—Esta mañana, en realidad. Pensé que habíais contactado conmigo por eso.

—Vale —digo, dando la bienvenida al cambio de tema—. De todos modos has hecho muy bien, Mags —añado, y parece agradecida.

—No creo que Jenny, la madre de Rosie, piense lo mismo.

—¿Por qué? ¿Porque los emails decían que Rosie se había pasado de vueltas?

—Bueno, sí. Pero más porque le había robado dinero a Alex y había chantajeado a su padre para que le pagara el viaje.

Mags coge su último aro de cebolla y lo moja en la salsa de tomate mientras intento mantenerme impasible.

—No le sentaría nada bien —reconozco—. ¿Cuándo pasó todo eso?

—Fue en el último email que me envió Alex. Un par de días antes del incendio. Me escribió que acababa de pillar a Rosie intentando ligar con el chico que le gustaba a ella y que luego la había visto revolviéndole la bolsa. Le había robado casi doscientas libras. Se las gastó en un tatuaje y a saber en qué más. Y luego Rosie le soltó que había pillado a su padre besándose con otra y que le había dicho que se lo contaría a su nueva mujer si no le daba el dinero. Alex se quedó alucinada. Me dijo que iba a largarse sin Rosie. Estaba pensando en volver a casa. Y luego nada más...

—Vaya... —exclama Joe—. Qué locura.

—Ya. Nunca me lo habría creído si no me lo hubiera contado Alex. Mira, lo cuenta aquí, en este email.

«Buen chico, Joe.»

Mags le pasa su móvil y él va bajando por el mensaje, haciendo ruidos de desaprobación y levantando las cejas como un profesional.

—¿Te importa si me quedo una copia de esto? —pregunta, y Mags se encoge de hombros.

—Qué va.

—Me lo envió a mi cuenta y te dejo mi número en tu agenda para que puedas ponerte en contacto conmigo cuando quieras.

Ella sonríe y se enrosca un mechón de pelo con los dedos grasientos.

—¿Puedo hacerte una foto? —pregunta Joe cogiendo su móvil.

Bangkok, día diecisiete

Martes, 12 de agosto de 2014

La otra habitación estaba al lado del dormitorio de los chicos y le llegaba el murmullo de sus voces mientras descargaba su rabia en un email a Mags en el que le detallaba todos los pecados de Rosie escritos en mayúsculas y que concluía con las frases: «Odio a Rosie. A veces la mataría».

Se preguntó si debía hablarle a alguien más de lo que había pasado con el dinero. Hablar de Rosie. Y de Mama.

«A lo mejor Jake puede ayudarme. Aunque ¿qué puede hacer él? El dinero ha desaparecido. No lo recuperaré nunca. Pero la gente debería saber qué está pasando aquí. ¿O no? Mama podría aprovecharse de los demás si no lo cuento.»

Alex fue a darse una ducha para quitarse de la cabeza todos aquellos pensamientos y lavarse la sensación pegajosa que tenía en la piel después del ataque de furia. El cuarto de baño parecía salido de una peli de terror y se notaba un olor a baldosas pringosas y testosterona que lo señalaba como espacio masculino. De inmediato taponó los agujeros en las placas de yeso de las paredes con trocitos de papel higiénico antes de desnudarse; desde que le había parecido ver aquella sombra en la ventana era más precavida. Cerró los ojos y contuvo la respiración hasta que se metió debajo del agua fría.

No le apetecía vestirse en aquel estercolero, de modo que se enrolló una toalla al cuerpo, agarró la ropa y regresó discretamente a su habitación. Pero cuando estaba metiendo la llave en la cerradura Jake salió de pronto del dormitorio.

—¿Alex? ¿Qué estás haciendo aquí? No me digas que has usado nuestra ducha. Te habrá dejado traumatizada...

Alex sujetó la toalla y su ropa con más fuerza. La piel se le erizó bajo la intensa mirada de Jake.

—Bueno... Me he cambiado de habitación. Escucha, tengo que vestirme.

—¿Estás bien? Pareces disgustada. ¿Sigue en pie la copa de esta noche? ¿Cuando haya terminado mi turno? Ven a buscarme al bar en cuanto te hayas vestido.

Ella asintió y se metió en su habitación lo más rápido que pudo. Jake era un encanto. Y era mayor. A lo mejor él sí sabría qué hacer.

Cuando Alex bajó, la esperaba ya una cerveza servida en la barra. El bar estaba animado y Jake tenía trabajo sirviendo copas, así que se subió a un taburete y esperó. Al otro lado de la sala pudo ver a Rosie enfrascada en una conversación con Mama. Levantaron la vista como si hubieran notado que las observaba, pero Alex se volvió hacia la barra. No le apetecía hablar con ninguna de las dos.

«Tranquila. Tú no has hecho nada malo», se dijo a sí misma. Entonces ¿por qué se sentía como si fuera así?

—¿Todo bien? —le preguntó Jake cuando se empezó a vaciar el local—. ¿Aún está fría tu cerveza? La ha pagado Jamie.

—Sí, gracias.

Se volvió para buscarle. Estaba sentado solo, con gesto impávido, a una mesa al final del local. Alex levantó la copa para darle las gracias y tomó un sorbo.

—Bueno, ¿me cuentas qué ha pasado? ¿Por qué te has cambiado de habitación? —dijo Jake—. Aunque ya me lo imagino...

—¿Seguro? Lo dudo mucho...

Jake levantó las cejas.

—Bueno, os he oído discutiendo.

—Es una historia muy larga —apuntó Alex, sin saber de repente si quería contárselo.

—Tenemos toda la noche. Termina en un par de horas —replicó Jake y sonrió.

Fue esa sonrisa lo que la decidió. La hizo derretirse por dentro.

—Rosie me ha robado el dinero.

—¿Rosie? ¿En serio? ¿Estás segura? —Miró a la acusada y Alex vio que su antigua compañera de habitación levantaba la cabeza. «Seguro que ha oído su nombre.» Rosie torció el gesto y se volvió una vez más hacia Mama, que la escuchaba muy atentamente.

—Sí. La he pillado revolviendo mi bolsa. Y lo ha reconocido. Pero eso no es lo peor. Le han estafado un montón de dinero. Un tipo que le alquiló una

vespa que luego le robaron.

Jake entornó sus ojos preciosos.

—Y Mama le ha metido el miedo en el cuerpo diciéndole que la policía se implicará en el asunto y le esconderán drogas para detenerla.

No llegó a contarle que Rosie quería pagarle a Mama para que la ayudara. Un cliente lo reclamó desde la otra punta de la barra para que le hiciera un cóctel complicado antes de que Alex pudiese continuar. Volvió a tomar un sorbo de cerveza. Había perdido el gas. Cogió un puñado de cacahuets de un bol en la barra.

Cuando Jake regresó, retomó la conversación como si nada.

—Bueno, lo de la vespa es de primero de la escuela de timos, pero ¿que te detengan? Igual Rosie lo exagera para que pierdas de vista que te ha robado la pasta. Para darte pena. Juega la carta de la niña perdida muy a menudo, ya lo he visto. En realidad, es un poco pesadilla esta chica, ¿no?

—Pensaba que era la única en darme cuenta —dijo agradecida Alex—. Me comentó que todos pensabais que yo era una amargada, que era una aguafiestas.

—Yo que tú no me creería todo lo que cuenta. Nadie opina eso. Todos pensamos que eres una santa aguantando a la princesita Rosie.

Alex intentó sonreír.

—Pero ¿y el dinero? ¿Tienes bastante para ir tirando? ¿Qué harás? —quiso saber él.

—No lo sé.

—Podrías comentárselo a Mama —dijo con tacto.

—¿Mama? Creo que ella es parte del problema.

—¿A qué te refieres? Lo único que digo es que conoce a mucha gente. Sabe cómo funcionan las cosas aquí. A mí me ha ayudado alguna vez.

—¿Cómo?

—Bueno, las cosas se me complicaron un poco el año pasado. La policía se puso pesada con mi visado y ella me sacó las castañas del fuego. Le debo una.

—A mí me ha dejado claro que no le caigo bien. Pero lo pensaré.

—Tengo clientes. Luego seguimos hablando —señaló cuando un nutrido grupo de viajeros ruidosos entró en tropel en el local.

Más tarde, aunque no pudo situar cuándo exactamente, empezó a encontrarse mal. La noche parecía haber desaparecido. En cierto momento fue como si se

hubieran desdibujado sus límites. Eso sí, se acordaba de la cara de Mama encima de ella. También tuvo la impresión de que su boca había dejado de funcionar y las palabras que le salían eran ininteligibles, como si las escupiera, mientras se tambaleaba peligrosamente sobre el taburete. Tenía que ir al lavabo, pero no sabía dónde estaba. ¿Seguía en el bar?

—¿Qué me pasa? —había querido decir, pero sólo oía una serie de sonidos confusos. Notó unas manos que la levantaban. Luego nada más.

Cuando se despertó por primera vez, le dolía la cabeza como si le estuvieran dando martillazos. Intentó incorporarse, pero vomitó en el suelo, al lado de la cama. Se sentía demasiado débil para que eso la preocupara y cerró los ojos porque le molestaba la luz del día. Cuando se despertó por segunda vez — ¿fue la segunda?—, le pareció que volvía a anochecer y no quedaba rastro del vómito. Vio una palangana de plástico junto a la cama.

Intentó ponerse de pie, pero las piernas le temblaban tanto que volvió a derrumbarse. El ruido alertó a Jamie, que se acercó a la puerta.

—¿Cómo te encuentras, Alex? —dijo—. Tienes muy mala cara. Voy a por un poco de agua.

Alex no habló. Abrió la boca, pero tuvo arcadas. Notaba doloridos los músculos de las costillas y de la barriga. Le dolían como si le hubieran dado varios puñetazos.

—Quédate en la cama —sugirió Jamie—. Tardo un minuto.

—¿Qué me ha pasado? —murmuró ella con voz ronca cuando volvió con el vaso de agua.

—No lo sé. Igual comiste algo en mal estado. Te desmayaste yendo a los lavabos. Pobre. Has estado malísima.

Trató de recordar qué había comido. ¿Los cacahuetes? Sólo se había tomado un par de puñaditos. Pero la cabeza le dolía demasiado para pensar.

—Te metí en la cama. He estado viniendo de vez en cuando para asegurarme de que estabas bien.

Las lágrimas le caían por la cara, bañando la almohada.

—Me encuentro fatal —declaró—. Ojalá estuviera aquí mi madre.

Jamie se sentó en la cama y le acarició el pelo.

—No te preocupes. Yo cuidaré de ti.

—¿Rosie sabe que estoy enferma?

Al ver que Jamie no respondía, Alex le agarró del brazo.

—Dile que envíe un mensaje a nuestras madres para explicarles que estamos bien. Ayer no lo hice. Estarán preocupadas. Y Rosie nunca se acuerda. Y no digas que estoy enferma. Mi madre se volverá loca.

—Vale. Ahora duerme.

Alex se quedó todo lo quieta que pudo para no desencadenar otra serie de arcadas. Metió la mano debajo de la almohada para buscar su móvil, pero no lo encontró. «Ya lo buscaré más tarde», se dijo a sí misma.

Viernes, 5 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Le he pedido a Joe que me lleve a casa, pero cuando subimos por mi calle veo a varios periodistas apoyados en la tapia de mi jardín. «Cambiemos de línea editorial», digo, agachándome en el hueco para las piernas, y Joe pasa de largo y dobla en la primera calle lateral que encuentra.

—¿Cuántos eran? —pregunto, subiéndome al asiento del coche.

—Tres. Y un fotógrafo. Seguramente eran de agencias. Todos parecían muy jóvenes.

Casi me río.

—¿Jóvenes como tú? —digo, y me mira sonriente.

—Ya, pero resulta que conduzco como un viejo... ¿Adónde vamos?

—A esa esquina. Déjame allí —respondo cuando llegamos al final del callejón que pasa por detrás de mi adosado.

—Te llamaré en cuanto termine de revisar los emails.

Joe me ha enviado todo el hilo de mensajes. Son cientos de palabras en varias decenas de mensajes que empezaron el 27 de julio y se alargaron hasta el 12 de agosto. Hemos acordado que de momento no reproducirá ningún fragmento en sus crónicas.

—Hay mucho que hacer, Joe. No hemos confirmado ninguno de los extremos de esta información, especialmente el tema del robo. Alex podría habérselo inventado todo. Tenemos que trabajarlo primero.

Asiente, pero veo en su cara lo decepcionado que está.

Avanzo con pies de plomo a lo largo de las fachadas posteriores de mi calle, hasta que veo a Bet, mi vecina de al lado, en su jardín. Está tendiendo la

colada y me saluda con la mano. Me llevo el índice a los labios y le señalo la entrada de la casa. Ella me responde con una sonrisa cómplice y me hace pasar a su cocina.

—Pasa —dice, apartando a su gato, *Albert*, de un taburete de formica—. Y descansa un poco.

—¿Te han molestado, Bet?

—Lo han intentado. Los he mandado a tomar por saco. Son unos putos cuervos. Un chaval me ha llamado «cariño». Mocoso descarado.

Sonrío al imaginarme a alguien tratando de adular a Bet. Sabe Dios que lo intenté al principio, cuando nos mudamos a estas casas hace una eternidad. Pero esta mujer es capaz de detectar la falsedad a la legua y no se deja impresionar por nada ni por nadie. Mi padre habría dicho de ella que es muy suya.

Me mira esperando una respuesta, aunque es difícil que la acompañe poniendo a parir a la prensa.

—Sólo hacen su trabajo, Bet. Tarde o temprano se largarán. Pasa de ellos.

—No es fácil con las cosas que han publicado de Jake. Se lo he dicho. Jake es un chico maravilloso. Lo conozco desde que nació y no mataría a una mosca.

Sus amables palabras me cogen desprevenida y no tengo tiempo de ponerme la coraza. Me echo a llorar. Bet empieza a buscar pañuelos por todas partes y al final me trae un rollo de papel higiénico rosa.

—Mejor sacarlo —dice tratando de consolarme—. No tienes por qué reprimir tus sentimientos. Es malo para la salud.

Sorbo mocos patéticamente y trato de recomponerme.

—Será mejor que me vaya, Bet. Tengo que hacer unas llamadas a la familia.

—Llévate este paquete de galletas. Seguro que hace una temporada que no comes como es debido.

Meto las galletas integrales en mi bolso.

—¿Hablarás con Freddie? Dale un beso de mi parte. ¿Cómo lo lleva? ¿Qué piensa de todo esto?

—Nos apoya mucho —contesto, pero la realidad es que ya no tengo la menor idea de lo que le pasa por la cabeza. Me pregunto si me echa la culpa de que Jake se marchara y terminara metiéndose en todo este lío. Debemos tener mucho cuidado con lo que nos decimos el uno al otro. Intentaré protegerlo, pero quizá él haga lo mismo por mí. A lo mejor se abre más con Steve. Pueden hablar de mí entre ellos. Esta noche le volveré a llamar.

Me doy prisa en llegar a mi puerta trasera y la cierro con llave. No solemos hacerlo, nunca hemos tenido motivo. Los chicos volvían en bici de la escuela por la calle de atrás y metían sus bicicletas en el cobertizo antes de entrar como salvajes por la puerta trasera. Hace tanto tiempo de eso que la llave se ha oxidado en la cerradura y me cuesta un poco girarla. Luego me quedo un rato al sol. Los altos muros de ladrillos que delimitan los jardines me protegen de cualquier mirada, pero no de *Albert*, que se ha tumbado en el techo de nuestro cobertizo y me vigila. Necesito tiempo para pensar. Pero pensar sólo me sirve para recordar el niño que fue Jake. ¿Dónde está ahora? ¿Qué hicimos mal?

Cierro los ojos y respiro hondo.

«La lista, Kate. Céntrate en la lista.»

Voy al salón a buscar mi portátil. Esta mañana he corrido las cortinas antes de irme con Joe para proteger mi casa de ojos y objetivos fisgones, y al dejar atrás la luz del sol no veo nada en la repentina oscuridad. Voy a tuestas hasta el sofá y abro la pantalla del portátil. Me dispongo a sentarme, pero los oigo hablar fuera. Creo incluso reconocer algunas voces. Es surrealista tener que esconderme asustada en mi casa, teniendo a mis compañeros fuera, aunque saco pecho y me alejo de ellos.

Yo también tengo un trabajo que hacer.

Es como salir a pescar. Tengo que tirar la red en todo este maremágnum de desvelos adolescentes y revisar cada palabra.

Copio los correos en un documento y busco varias palabras. Empiezo con «Jake». No me queda otra. He de averiguar qué sabe la policía. Su nombre aparece varias veces, pero me fijo en que Alex también le llama JW. Sobre todo en sus últimos emails, los nombres se intercalan, Jake esto, JW lo otro. Alex parece vacilar entre dos extremos: a veces está fascinada con mi hijo, dice que es muy amable, que tiene los ojos muy bonitos, las manos preciosas... También cuenta que tiene muchas ganas de que le pida para salir, todo lo que hace para que se fije en ella, qué le dice mi hijo, cómo la mira. Mi hijo el rompecorazones. Pero otras veces Alex se harta de él y se queja de que la atosigue. «Chicas», pienso. Aunque no tengo ni idea. Nunca he tenido una hija.

Sólo más tarde me doy cuenta de que Alex también se refiere a Jake en sus primeros emails cuando habla de un tal «Porrero», que se encierra en la habitación compartida a fumar porros cuando no está recogiendo mesas. Es él. Aparco a un lado a este otro Jake y sigo adelante.

La búsqueda de Lars me permite averiguar el nombre de su amigo, Diederik. La siguiente etapa de su viaje era Birmania. Y se menciona Ámsterdam —«Supongo que fuma maría todo el día en su país. Dice que en Ámsterdam lo hace todo el mundo»— y también los planes de Lars de estudiar ingeniería de sonido cuando regrese a casa. Alex no parece quedar muy impresionada con ese chico. Dice que está preocupada por Rosie, que está desmadrada por completo y que se droga con Lars. Me parece imposible que las borracheras y las discos fuera una sorpresa para Alex, ¿qué adolescente no lo haría? Pero le habían encomendado vigilar a una chica a la que no conocía del todo. Los miedos de Alex quedan reflejados con todo detalle y me da pena. Estaba superada por las circunstancias. Tener que lidiar a los dieciocho años con todo aquello supongo que fue una pesadilla.

«Maldita Rosie —me sorprende pensando—. Para, Katie, ya te estás implicando demasiado...»

Los correos relatan sin tregua la espiral de descontrol de Rosie vista según los ojos inocentes de Alex. «Todo irá bien» se convierte en su mantra y puedo imaginármela cruzando los dedos cuando lo pensaba, como en un juego infantil. Aun así, me llama poderosamente la atención que Alex presiente de forma cada vez más apremiante el desastre que se cierne sobre ella.

«¿Por qué no hiciste nada, Alex? Habría bastado con llamar a casa. Tu madre te habría dicho qué hacer. Para eso están las madres...»

Encuentro otro fragmento sobre Lars. Según Alex, Rosie se estaba acostando con él en esos días.

Hoy he subido a nuestra habitación y al entrar me la he encontrado con Lars. Superdesagradable. Rosie me ha echado a gritos. En serio, es que también es mi habitación. Lars ha salido poniéndose la camiseta y me ha pedido perdón. Cuando he entrado, Rosie me ha recibido como si no hubiese pasado nada. Es así de rara. Me ha dicho que Lars la llevará a otra disco esta noche. Por lo visto, va a pinchar un poco. Ahora se hace llamar DJ Rappo. ¡Sapo le sentaría mejor!

Entro en Google y busco DJ Rappo, Lars y Ámsterdam. Está ahí, sonriéndome con cara de dormido desde su foto de perfil. Lars De Vries. Tiene su propia página web. «Gracias, redes sociales», me oigo decir en voz alta.

Llego a la información antes que Joe. Le cabrea haberse quedado un paso por detrás —«He tenido que volver en coche a la oficina, Kate. No seas tan dura conmigo»—, pero se emociona tanto como yo cuando le doy el nombre.

—Vale, llamaré a quien tengamos en Holanda. ¿A quién tenemos allí?

Se lo digo. Yo no puedo llamar. Soy persona non grata desde que se publicaron los resultados de las autopsias y se abrió la investigación por homicidio. Me han sacado de la rotación. Me han mandado a la nevera. Expulsada. Terry me llamó para preguntar si estaba bien, para pedirme que me tomara unos días libres. Muy amable por su parte. No es culpa suya que me haya metido en este lío, pero aun así es colega mío. Mick también me llama, por supuesto. Pero es muy incómodo hablar con él. Tenemos que medir cada palabra que decimos.

Así pues, me sumerjo en el mundo del anonimato en internet, emboscada como un cazador. «Podría ganarme la vida con esto —pienso—. Si todo termina mal.»

La página web está dedicada en exclusiva a la música de Lars: hip hop y grime, por lo visto. ¿Son esos temas en los que la gente corre alrededor del escenario gritándose los unos a los otros? Dios, estoy hecha un vejestorio. Pero veo que ha publicado el anuncio de su próxima actuación en un club. Dentro de dos días. Vuelvo a llamar a Joe. Lo noto apagado cuando responde.

—De Vries es uno de los apellidos más frecuentes del país —dice—. Acabo de mirarlo y hay cientos de personas con el mismo nombre.

—No te preocupes. Mete en la maleta tu ropa de música grime, sea lo que sea eso. Nos vamos de clubes.

Joe convence a Terry de que hay que intentarlo: «Le dije que Lars podría contarnos qué estaba pasando en la pensión y que además podría tener fotos de las chicas». Sospecho que ha añadido un «con Jake» al final de la frase, pero no digo nada. Sólo quiero ir.

A Steve no le entusiasma la idea.

—No estás trabajando, y además tienes que estar en casa por si Jake aparece —dice.

—Sigo en plantilla. Me han dado un permiso por asuntos personales. Sólo estaré una noche. Estaremos en contacto en todo momento. Sólo hay que cruzar el Canal.

—El mar del Norte, más bien. Bueno, si crees que puede servir de algo...

Está demasiado agotado para seguir discutiendo conmigo y se lo agradezco.

Bangkok, día diecinueve

Jueves, 14 de agosto de 2014

Rosie se había marchado. Alex volvió a mirar por la ventana de la habitación que habían compartido. Alguien había descosido el parche de niña exploradora con el que había juntado las dos cortinas. La sábana de la cama era de distinto color y la mochila de Rosie había desaparecido. Volvió a probar con el pomo de la puerta, moviéndola débilmente en su endeble marco. Mama apareció en lo alto de la escalera.

—¡Deja de hacer eso! —gritó—. Tú romperlo. Rosie no aquí.

—¿Dónde está? —La cabeza le daba vueltas. Le había costado mucho esfuerzo subir aquella escalera con la flojera que sentía en las piernas.

—Se ha marchado a buscar a sus amigos.

—¿Qué amigos?

—Chicos holandeses. Ha ido a buscarlos.

Alex seguía con las manos en el pomo, tratando de procesar la información recibida. Mama había desaparecido escaleras abajo y se oían el toc-toc de sus tacones sobre el suelo de hormigón.

—¡Pero si no tenía dinero...! —gritó Alex—. Te lo quedaste tú.

Regresó caminando despacio a su habitación. Se detuvo en la puerta del dormitorio de los chicos y llamó.

Abrió Jake. Era la primera vez que le veía desde la noche en que se puso enferma. Pareció sorprendido de verla.

—No sabía que estuvieras fuera de la cama. —Aquel día no había calidez en su voz.

—Rosie se ha largado —informó ella.

—Sí, eso tengo oído.

—¿Sabías que se iba a marchar? ¿Te lo contó?

—No, no. ¿Por qué iba a contármelo? Mama dijo que se había ido. —Y sus ojos se apartaron de ella como si no viera la hora de terminar la

conversación.

—Jake, ¿te dejó algún recado para mí?

—No sé nada, Alex. Te lo acabo de decir. Mira, siento no poder ayudarte... —Y empezó a marcharse.

—La odio —espetó Alex entre dientes, haciendo que Jake se parase en seco—. De verdad que la odio. Ha hecho todo lo posible para arruinarnos el viaje porque es una egoísta. Pues que se arregle sola. Por mí como si estuviera muerta. Si quiere largarse sin decir ni mu que lo haga. Ya veremos lo lejos que llega. Mama me ha dicho que iba a encontrarse con Lars, pero ¿cómo lo hará? No tiene nada de dinero.

Jake se volvió para mirarla. Parecía cansado y estresado. Sus bonitos ojos estaban irritados, como si no hubiera dormido.

—Oye, no te preocupes por Rosie. Era un incordio para todos. Estarás mejor sin ella —afirmó—. Igual deberías plantearte muy en serio volver a casa. Esto es un desastre.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes por qué se ha ido?

Jake dijo que no con la cabeza.

—Creo que no te vendría mal descansar un poco, Alex —añadió.

En ese instante sintió que las náuseas volvían a despertarse en sus tripas y se agarró a la puerta. No quería que Jake la viera vomitar. ¿La había visto enferma antes? Intentó no pensarlo.

—¿Qué pasó la otra noche? —preguntó ella.

—¿A qué te refieres? —respondió él con brusquedad, y el cambio de tono la dejó desconcertada.

—Bueno, me puse enferma...

—Ah, vale. No tenía ni idea. Tuve mucho trabajo y Mama me envió al bar de un amigo a buscar más alcohol. Dijiste que me esperarías, pero cuando volví ya no estabas. De hecho, me molestó un poco. Teníamos que salir esa noche, ¿te acuerdas? Fui a buscarte. En fin, Rosie me dijo que tu fiel Jamie te acompañó a tu nueva habitación.

—No recuerdo nada de eso. Lo siento mucho, Jake. Tenía muchas ganas de salir contigo. Jamie cree que comí algo en mal estado.

—El bueno de Jamie —dijo Jake con rencor. Muy a su pesar, Alex sintió un hormigueo de placer. Le pareció que estaba celoso.

—Jamie sólo es un amigo, Jake. No me gusta. Podemos salir otra noche. Y esta vez como es debido.

—Quizá. Ya lo decidiremos cuando te encuentres mejor...

—Creo que tengo que descansar un poco —señaló ella, y regresó tambaleándose a su cama.

Ya acostada, casi sin darse cuenta, metió la mano debajo de la almohada para buscar su móvil. Seguía sin estar allí, no se había materializado por arte de magia durante la noche. Se incorporó lentamente. Tenía que encontrarlo. Vació la mochila sobre la cama y luego su bolso, rebuscando entre todas sus cosas una y otra vez.

—¡Dios! —se lamentó. Jamie asomó la cabeza por la puerta como si hubiera estado esperando fuera.

—¿Estás bien?

—Mi móvil. Alguien me lo ha robado. Y Rosie se ha marchado. Y me encuentro fatal...

Jamie entró y la rodeó con sus brazos.

—No te preocupes, Alex. Yo cuidaré de ti.

Se sentía demasiado débil para hacer nada que no fuera relajarse entre sus brazos. Notó que él apoyaba la barbilla en su cabeza.

Alex trató de retomar la rabia que sentía contra Rosie, pero se había esfumado, igual que su compañera de viaje, y su lugar lo había ocupado un temor enfermizo a cómo se lo explicaría todo a sus padres.

—Tengo que encontrarla, Jamie —indicó—. ¿Qué voy a decirle a mi madre? Me odiará. Me pidió que cuidara de ella, que confiaba en mí, y ahora Rosie se ha largado a Birmania sin ningún dinero. Ni siquiera sabe dónde está. Dios. ¿Me prestas tu móvil para consultar mis emails y así veo si me ha dicho algo?

Jamie dudó.

—Por favor.

—Mira, no pierdas el tiempo. Librarte de ella era lo mejor que te podía pasar. Era un mal bicho. No sabes ni la mitad de las cosas...

—¿Qué quieres decir? —Alex notó que le hervía la sangre—. ¿La mitad de qué cosas?

—Nada, nada. Lo siento, mi móvil está un poco loco. Deja que me conecte primero. —Estuvo manipulándolo unos treinta segundos y luego echó la cabeza hacia atrás dándose por vencido—. Se ha caído el puto wifi. Bajo a decirle a Mama que lo reinicie —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

Cuando volvió parecía nervioso.

—Mama dice que acaba de recibir un mensaje de texto de Rosie. Dice que siente mucho todo lo que ha pasado y que se ha marchado a reflexionar.

Alex se quedó mirándolo.

—¿Y por qué no me ha dejado un mensaje?

—No lo sé, pero son buenas noticias que se haya ido —continuó Jamie—. Yo iré contigo a Phi Phi. Necesitarás un amigo que te acompañe en tu viaje.

Alex descartó la idea con una mirada.

—¿Buenas noticias? ¿Cómo van a serlo? Es un auténtico desastre. Y no me vuelvas a mencionar esas condenadas islas.

Jamie reaccionó como si lo hubieran abofeteado. Ella abrió la boca para consolarlo por haber herido sus sentimientos, pero se contuvo. No tenía tiempo para cuidar de nadie más. Debía centrarse en sí misma por una vez.

—Tendré que decírselo a nuestros padres —dijo ella, más para sí misma que para el chico enfurruñado que tenía delante—. Y querrán saber lo que ha pasado aquí. Todo. Dios mío, se cabrearán un montón. Me echarán la culpa.

—¿De qué? —preguntó Jamie—. Todo es culpa de Rosie.

Domingo, 7 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Aterrizamos en plena hora punta y Joe quiere coger un taxi para ir al centro de la ciudad, pero le convengo de que llegaremos antes en tren. Y además nos saldrá más barato. Esta vez me pago yo los gastos.

Nina le ha reservado habitación en un hotel de cuatro estrellas.

—Suenan bien —dice—. Tiene piscina y gimnasio.

—No vamos a nadar, Joe. ¿O es que te has traído el bañador?

Aprieto los dientes y visito Booking.com para conseguir una tarifa más barata en su «balneario».

La primera idea era esperar en la puerta del club para asaltar a DJ Rappo a su llegada, pero el bolo no empieza hasta medianoche. A LAS ONCE Y MEDIA, dice el cartel fuera del club, y suelto un gruñido.

—Son doce horas de espera. Y además yo no aguanto despierta hasta tan tarde —digo—. Me convertiré en una calabaza. Alguien por aquí tiene que saber dónde vive.

Detecto las miradas que me acompañan en cuanto entro por la puerta del club. Nadie de mi edad se adentra en estos pagos normalmente.

—Hola —saludo a una chica con cara de aburrimiento que está pasando el trapo por la barra.

—Eh... hola —contesta ella.

—¿Ha llegado Lars? ¿DJ Rappo? —Se ríe.

—No, seguro que está durmiendo. No se despierta antes de las doce.

—¿Dónde vive últimamente? —pregunta Joe—. ¿Desde que volvió de Birmania? He oído que tuvo un viaje estupendo.

—Sí, le encantó. Se ha vuelto a instalar en el apartamento de Gibraltarstraat. Está con un amigo.

—¿No será Diederik por casualidad?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Un poco. Me encantaría verlos. Recuérdame, ¿cuál es el número del apartamento?

—Cuarenta y dos. Segundo piso. Dile a Lars que no llegue tarde esta noche.

—Buen trabajo, Joe —le digo, y lo pienso de verdad.

Caminamos a buen paso, siguiendo las indicaciones de su móvil, transmitidas en una voz robótica, y pulsamos el botón del interfono en el número 42 de la calle. Después de un momento, una voz amodorrada nos dice «hola» y abre la puerta sin esperar respuesta. En la escalera, ideamos a toda prisa un plan en voz baja. «Empiezo yo —propone Joe—. Le entro con el motivo de nuestra visita, el incendio, etcétera. Y luego intervienes tú cuando la cosa haya avanzado un poco. ¿Vale?»

Hoy será él la estrella. No tengo inconveniente. Hace tiempo que le quité los ruedines a la bici.

—De acuerdo. Pero no le digas mi apellido. Con Kate basta. Y Sherwood si es necesario. Es mi apellido de soltera.

Todavía estamos hablando cuando llegamos a la puerta del apartamento. Está entornada y Joe dice «hola» en voz alta al empujarla. Aparece una silueta en calzoncillos y camiseta. Huele a rancio y no le vendría mal lavarse el pelo. Nada mal.

—Eh, ¿qué tal? —saluda.

—¿Lars? Soy Joe, de Londres.

—¿Buscáis a Diederik? Ha salido, pero vuelve enseguida.

—Bueno, me gustaría hablar con los dos. Soy periodista de un diario inglés.

—¿Periodista? ¿En serio? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacéis aquí?

Suena agresivo y ha dado un paso hacia nosotros, arrinconándonos junto a la puerta. Si no hacemos nada, nos echará al rellano en un minuto.

—Lars, siento mucho aparecer así, sin avisar —digo rápidamente—. Habríamos llamado para concertar una entrevista, pero no teníamos ningún número al que llamarte.

Titubea. Es evidente que no esperaba ser tratado con educación. Parece un poco desconcertado.

—Hemos cogido un avión desde Inglaterra sólo para verte. Venimos directamente del aeropuerto.

—¿En serio?

—Sí, de hecho, si no es mucho pedir, tendría que ir al lavabo. Es urgente. —Pongo una mueca para disculparme—. ¿Por favor?

Lars cede y nos hace pasar.

Me tomo mi tiempo en el lavabo para que Joe pueda iniciar la entrevista. Pero cuando salgo, secándome con discreción las manos en los pantalones en vez de en una toalla mugrienta, Lars está hablando de clubes en el Sudeste Asiático y le está abriendo una cerveza a Joe.

«No lo sabe —es el pensamiento que retumba en mi cabeza—. No sabe lo que les pasó a las chicas.»

—Muchas gracias —digo—. Me has salvado la vida.

—En fin... —continúa Joe un poco nervioso—. Le estaba diciendo a Lars que estamos escribiendo un artículo sobre las experiencias de los mochileros en Tailandia.

«En el bote.»

—Sí. Eso es. Concretando, estamos escribiendo sobre los peligros a los que se ven enfrentados los jóvenes cuando viajan —explico, reconduciendo la conversación—. Obviamente, el motivo ha sido lo que les pasó a tus amigas.

Lars me mira y levanta una ceja.

—Tus amigas de Bangkok, Rosie y Alex.

Lars deja la botella en la mesa.

—¿Rosie y Alex? Sí. Claro. ¿Qué pasa con ellas?

—¿Cuándo volviste de Asia? —pregunto con dulzura.

—Hace una semana. ¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar, Lars. Siéntate, por favor.

Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas como un niño esperando que le cuenten un cuento.

—Hubo un incendio en la pensión de Mama cuando estaban alojadas allí.

—¡No! ¿Cuándo?

—La madrugada del 15 de agosto.

—Dios mío, si acabábamos de marcharnos. Diederik y yo. Cogimos el autobús a Rangún el día 11. Rosie vino a la estación a despedirse de nosotros. ¿Está herida?

—Sí. Me temo que sí. Rosie y Alex están muertas, Lars.

Su cabeza se yergue como un resorte y me mira. Nos quedamos en silencio mientras asimila la noticia.

—¿Muertas? ¿Las dos?

—Sí. Encontraron sus cuerpos después del incendio. Pero el caso es que la policía cree que murieron antes.

—¡Dios mío! ¿Las mató alguien?

—Siento muchísimo ser yo quien te dé la noticia —digo—. Ser yo quien te lo cuente. De verdad pensaba que ya te habrías enterado.

Dice que no con la cabeza.

—Hemos estado de gira y el wifi en Birmania era malísimo. Todavía estoy respondiendo mensajes atrasados de amigos. Dios, pobres chicas.

—¿Pasaste mucho tiempo con ellas? —pregunta Joe.

—Bueno, estuvimos juntos un par de semanas. Rosie y yo intimamos bastante. Pero no con Alex. No le caía bien, creo. Siempre estaba con otro chico.

—¿Jake? —pregunta Joe, e inmediatamente le doy a entender con la mirada que se ande con cuidado.

—No. Bueno, Jake le gustaba mucho, que yo recuerde. Trabajaba allí y era alguien a quien ella podía acudir cuando las cosas se salían un poco de madre. Como el día que se peleó con Rosie. Pero Alex siempre estaba con Jamie. Era amigo suyo. La seguía a todas partes como un perrito faldero.

¿Jamie?

—¿Jamie también se alojaba en la pensión? ¿También era británico? —inquiero—. Es la primera vez que oigo su nombre.

—Sí. Bueno, eso me parece. No puedo decirte mucho sobre él. No contaba nada personal. Prefería observar a la gente. Igual era tímido, no sé. Eso sí, era un tipo curioso. Dormía encima de todas sus cosas en el dormitorio compartido. ¡Como si fuéramos a robarle! Y estaba colgadísimo de Alex. Pero ella no sentía lo mismo. —Y entonces chasquea los dedos—. Jamie Way. Así se llamaba el tipo. Ahora me acuerdo. Rosie solía llamarlo Jamie *el Metomentodo* en broma.

«¿Es el JW de los emails? —me pregunto, intentando releerlos de memoria—. ¿En qué momento escribía sobre JW?»

—¿Quién más había? La policía dijo que se celebraban fiestas todas las noches —comenta Joe.

—Eso es una chorrada. Casi siempre salíamos por la noche. Y, además, en el hostel sólo éramos seis. Cuatro chicos en la habitación compartida y las chicas arriba. Y la dueña, claro. Mama. Era todo un personaje...

—¿En qué sentido?

—En todos. Físicamente... Y conocía a todo dios. Podía conseguirte lo que quisieras. Ella misma llamaba al hostel «La tienda de chucherías de Mama».

—¿Drogas? —dice Joe.

—Si te apetecía —responde Lars, con repentina cautela.

—¿Rosie conseguía drogas a través de Mama? —lo interrogo.

«Tenía que sacarlas de algún lado», pienso.

—A veces —responde él—. Mira, Rosie era divertida. A los dos nos gustaba pasarlo bien y no tenía problema en probar cosas nuevas.

—¿Alguien más vendía drogas en el local? —inquiero aguantando la respiración. «¡No digas “Jake”!», grito para mis adentros.

—Qué va —contesta Lars—. A Mama no le habría gustado nada. Era inflexible con esto. Era su local.

—¿Tienes alguna foto de la pensión? —continúo.

Lars asiente y coge su portátil.

—Las he descargado todas. Iba a hacerme un *collage* para la pared...

«Pero probablemente ahora ya no lo harás», pienso.

Abre una foto de los seis juntos.

—Puse el temporizador para hacernos una foto de grupo. Fue la última noche que estuvimos juntos antes de irnos. Fue una gran noche.

Están en una habitación con literas metálicas detrás. Y está Jake. El corazón me da un vuelco cuando lo veo, más delgado que cuando se fue, más descuidado, pero sonriente. A primera vista, parece que todo el mundo lo está pasando muy bien. Pero cuando cojo el portátil de las manos de Lars y hago *zoom* en cada una de sus caras veo que no todos se ríen. Alex no lo hace. Y hay un chico detrás de ella. Con la expresión vacía.

—Ése es Jamie —dice Lars.

Lunes, 8 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

El *Post* ha sacado el máximo partido a la foto del grupo de amigos en la pensión. «¡La última foto de las chicas asesinadas en su viaje!», grita el titular que preside una entrevista exclusiva con Lars. Joe la ha redactado bien. Ha recogido todas las frases destacadas y ha puesto nombre y apellidos a todas las personas que había en la pensión. Jamie Way es una de esas personas. Luego descubro una cita de uno de los emails que Alex le envió a Mags. Sólo una línea, en la que no se mencionan ni las drogas ni el robo, pero que procede evidentemente de uno de los mensajes.

«Eres un idiota, Joe. Le has revelado a la policía que hemos visto los emails y ni siquiera has utilizado las mejores frases. Qué desperdicio. Me pregunto qué dirá Bob Sparkes.»

Llamo a Joe y me entero de que ya ha recibido la llamada de Sparkes, además de una de Jenny Shaw.

—No hemos tenido una conversación agradable con Jenny. Me ha dicho que habíamos atentado contra la vida privada de Rosie.

—Pero no has usado el material sobre el robo y sobre las aventuras de su padre, ¿no? Aun así, ahora ya te ha calado. Tiene que ser una tortura para ella. Por no hablar de Mike Shaw. ¿Cómo ha ido con Bob Sparkes?

—El inspector Sparkes tampoco quería que los emails salieran a la luz, pero no me ha insistido demasiado. Le interesaba mucho más preguntarme por Lars y Jamie Way.

—Perfecto. ¿Le has dado el contacto de Lars?

—Sí, y se ha puesto contento, creo. Pero ha quedado bien, ¿no?

—Fabuloso. Ahora falta saber dónde está Jamie Way. Te veo en una hora en la cafetería que hay doblando la esquina del periódico. Vamos a buscar su

partida de nacimiento. Estoy convencida de que el equipo de Bob Sparkes está haciendo lo mismo.

Cuando llego a la cafetería, Joe ya ha hecho todo el trabajo duro consultando los registros civiles de 1985 a 1995. Le había dicho que ampliase bastante el radio de búsqueda. En la foto, Jamie Way parece tener la misma edad que las chicas, aunque nunca se sabe.

—Igual es mayor y lo esconde —digo.

Una vez entrevisté a un tipo que tenía treinta y tantos años, pero que fingía tener diecisiete para poder reexaminarse de las pruebas de acceso a la universidad. La gente hace cosas rarísimas. Y siempre he sospechado que todos nos reinventamos un poco cuando viajamos al extranjero. Es tan fácil embellecer o censurar nuestras propias vidas cuando nadie nos conoce de verdad...

Hay cinco nacimientos que podrían encajar con nuestro Jamie Way.

—No sabemos cuál fue su último domicilio en el Reino Unido, así que tendremos que contactar con todos —dice Joe, pinchando el envoltorio de una porción de mantequilla con el cuchillo—. Pediré las partidas de nacimiento.

—Vale. Pero mientras tanto podemos buscar a los padres de cada uno por internet, localizar sus datos matrimoniales y sus fechas de nacimiento. Pásame el primero y empezaré con el portátil mientras tú te comes tu bizcocho con pasas.

Joe le da un buen mordisco y mastica.

—Tardaré un día o así en conseguir las partidas.

—Sí, pero quizá no tengamos que esperar tanto. El periódico acaba de publicar la foto. Has colocado una solicitud de colaboración debajo, ¿no?

—Sí, lo de siempre: «Si conoce a alguna de estas personas, por favor llame...».

—Bueno, a ver qué nos dicen los lectores. Alguien podría reconocerlo.

Y, por supuesto, así es. Un jefe de obra de Portsmouth se pone en contacto con la redacción y enseguida le pasan los detalles a Joe. Marca el número y pone el manos libres.

—Hola, ¿es el señor Watson? Muchas gracias por llamarnos. Tengo entendido que dispone de cierta información sobre la fotografía que hemos publicado hoy.

—¡Ah, claro! Sí —contesta el señor Watson con un vozarrón, y los ocupantes de la mesa de al lado se quejan—. Bueno, creo que es un chico que trabajó conmigo. Pero se llamaba de otra forma.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo se llamaba su colega?

—Jamie también, pero se apellidaba Lawrence. Un chaval curioso, aunque trabajador. Iba para buen albañil.

—¿Cómo se deletrea Lawrence? ¿Con W? ¿Era curioso en qué sentido? —pregunta Joe.

—Callado, pero cuando se cabreaba se le iba la pinza un poco. ¿Sabe qué quiero decir? Se le iban los puños si alguien se pasaba de la raya con él.

—¿Y se pasaban de la raya con él muy a menudo?

—Era el más joven de la cuadrilla, puede imaginárselo.

—Vale —concede Joe un tanto cansado—. ¿Y dónde vivía cuando trabajó con usted?

—No lo sé. Habitación realquilada, piso compartido, algo así. No hablaba del tema. Creo que no tenía familia.

—¿Cuándo? —le digo con los labios a Joe.

—Entonces ¿cuándo lo vio por última vez, señor Watson?

—Pues... ¿Me van a pagar por esto? —pregunta nuestro colaborador, y suspiro.

—Bueno —contesta Joe, y pasa a leerle el guion—. Normalmente no pagamos por la información.

—Ah, entonces igual llamo al *Herald*...

Pongo cara de susto.

—Pero, como iba a decirle, quizá puedo solicitar que se le abonen unos honorarios por su ayuda. ¿Cien libras?

—Estupendo —responde el señor Watson—. Vale, el chaval dejó de trabajar en la obra en julio. Había ahorrado para ver mundo una temporada. No hablaba de otra cosa. Que si Tailandia esto, que si Tailandia lo otro. Estaba superemocionado con el viaje. Nos dijo que era la primera vez que se sacaba el pasaporte. Pero antes de marcharse estaba rarísimo. En las últimas semanas. Deprimido, malhumorado, algo así. Íbamos a tomarnos unas cervezas con él para la despedida, pero no apareció por el pub.

—¿Y se ha puesto en contacto con usted desde que se marchó?

—Recibimos una postal en la oficina. La secretaria la recibió. Ella a veces hablaba con él cuando lo veía un poco bajo de ánimos. Lo cuidaba un poco. En fin, la postal sólo decía que estaba en Bangkok y que lo estaba pasando muy bien.

Hago el gesto de sacar una foto y Joe me corta dando un manotazo al aire.
—Supongo que no tiene ninguna foto de Jamie, ¿no?
—No, la obra no es sitio para hacerse *selfis*. Pero podría preguntar en el pub. Solía dejarse caer por allí.
—¿Cómo se llama ese pub?
—El Mucky Duck... No, lo siento, es el Black Swan. Un poco cutre, pero acogedor.

La camarera del Black Swan dice que estaba a punto de ponerse en contacto con el periódico cuando Joe la llama.

—He visto el artículo, pero tenía que esperar a terminar la faena. Jamie es un chaval muy majo. Siempre me invitaba a copas —dice—. ¿Van a pagarme por esto?

—Preguntaré —responde Joe—, pero no puedo prometer nada. Bueno, ¿dónde vivía Jamie? ¿Era de por aquí?

—Sí, claro. Vivía pasados los muelles. Tenía una habitación en una casa compartida. Con estudiantes, creo. No los conocía de antes. Decía que era sólo un sitio donde dormir un poco.

—¿No tenía novia?

—Ahora no, creo que no. El año pasado salía con alguien, pero la cosa se enfrió. Creo que era un poco demasiado intenso para ella. Lo habría sido para mí. Es un encanto, pero demasiado dependiente. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, creo que sí. ¿Tiene familiares en Portsmouth?

—No lo sé. Era un poco raro cuando hablaba de su familia. Decía que era adoptado. Pero creo que pasó parte de su vida en un centro de menores. O eso me pareció por cosas que contaba.

Me encantan las camareras. Siempre atentas a lo que ocurre a su alrededor, con una sonrisa bien entrenada. Como yo.

—Nos ha sido de gran ayuda. Gracias. Supongo que no tendrá un número de teléfono o el email de Jamie, ¿no?

—No, lo siento. La verdad es que no intercambio números con los clientes. Da pie a malentendidos.

—Ya. Muy bien, ¿puedo darle mi número por si lo ve o recibe noticias tuyas?

—No hay problema. ¿Y usted consultará lo de mi pago? Aquí no gano ni para pipas.

—La tendré al corriente —promete Joe.

—Bueno, todo esto es muy interesante —digo cuando cuelga—. Se llamaba Jamie Lawrence antes de viajar a Bangkok. Me pregunto por qué se cambió el apellido. ¿Y si Way es el nombre con el que nació? ¿Antes de su adopción?

Joe busca a Jamie Lawrence en el censo electoral de Portsmouth y lo encuentra. Está empadronado, según parece, en una casa compartida.

¡Bingo! Y todo esto sentados en una cafetería.

Bob Sparkes intenta parecer contento con todo que he descubierto, pero no me dejo engañar.

—No te preocupes, no llamo para quejarme, Bob. Tengo información que podría ser importante sobre Jamie Way, el chico que según Lars estaba en la pensión.

—Vale, te escucho.

—Hemos recibido una llamada de alguien que trabajó con él. Nos ha dicho que se hacía llamar Jamie Lawrence cuando vivía en Portsmouth. Trabajaba en la construcción justo antes de marcharse a Bangkok.

—Ah, ¿sí?

—Y la historia nos la ha confirmado una camarera de su barrio.

—Me pregunto por qué se cambió el nombre.

—¿Algo que ocultar, quizá? La camarera dice que era adoptado. Hemos encontrado a alguien con su nombre que está empadronado en una casa compartida.

—No sé por qué nos molestamos en hacer nuestro trabajo, Kate. Lo tienes todo controlado —dice, y puedo oírle sonreír.

—Lo siento, Bob. No intento hacerte sombra. Tú tienes un millón de cosas que hacer. Yo sólo una.

—Ya hemos pedido a Interpol e Inmigración que busquen a Jamie Way. Ahora mismo les pasaré este otro nombre como alias. Gracias por compartirlo conmigo tan rápido.

Noto que quiere terminar la llamada e interrumpo su despedida.

—Bob, sólo es una idea, pero ¿crees que este chico, Jamie, podría ser el JW de los emails de Alex? Lars dice que se pasaba todo el día siguiendo a Alex por todas partes. Y leyendo los correos he notado que emplea un tono distinto cuando habla de Jake, como si ella fuera la que lo persigue.

Sparkes duda. Quizá lo estoy apretando demasiado.

—Le echaré un vistazo, Kate —dice, añadiendo a renglón seguido, sin que me sorprenda en absoluto—: ¿Supongo que no habrás recibido noticias de Jake?

Ya ha vuelto a cortarme las alas.

Lunes, 8 de septiembre de 2014

LA MADRE

—¡Menuda impresentable! —gritó Lesley, refiriéndose a Mags Harding, en la mesa de la cocina, al tiempo que tiraba el periódico al suelo.

—¡Les! Mira qué has hecho —respondió su marido desde el otro lado de la mesa, recogiendo las hojas del periódico y volviéndolas a ordenar.

—Seguro que los emails de Alex se los ha pasado ella al *Post*. Bob Sparkes dijo que sólo los había visto la policía aparte de esa mocosa. Y no ha sido nadie de su equipo, eso seguro. Está igual de cabreado que nosotros.

—Pero no estará tirando periódicos por el despacho —murmuró Malcolm.

—Jenny está que se sube por las paredes. Me ha dicho por teléfono que le ha echado una santa bronca al periodista y que ahora se pasa a hablarlo con nosotros.

—Santo cielo —dijo Malcolm, abandonando su ejercicio de origami—. No creo que pueda aguantarlo, cariño. No quiero otra escena con ella.

—Pues ve a darte un baño. Yo me ocupo. Vete. No te quedes sentado aquí como un pasmado.

Malcolm se puso de pie torpemente y salió de la cocina caminando despacio, sin una gota de energía en su cuerpo. Lesley contó el ruido de sus pies en cada escalón como si fuera el tictac de un reloj. Oyó después el quejido del ventilador del extractor, al que le convenía un chorro de aceite multiusos, y también el correr del agua cuando abrió los grifos. Estaba tan absorta que se puso de pie de un salto cuando sonó el timbre, como si fuera a echarse a correr. Esos días a menudo le daban ganas de huir corriendo. «Dejar todo esto atrás.»

Abrió la puerta y Jenny empezó a despotricar enseguida, con los ojos brillantes de rabia. Lesley dio un paso atrás para dejarla pasar.

—Malcolm está dándose un baño —contestó—. Hoy no tiene fuerzas.

Jenny se quedó callada un minuto, pero no duró mucho. Se sentó a la mesa donde los restos del *Post* ocupaban una posición destacada y los aplastó con una sonora palmada.

—¡Este periodicucho...!

—No tienes por qué gritar, Jenny. Estoy aquí.

—Este periódico de mierda tiene los emails. ¿Pueden hacer esto? ¿Pueden publicar cosas privadas como si nada?

—No lo sé. Habría pensado que no... ¿Tú has hablado con el periódico?

—Sabía que lo había hecho, pero le pareció que lo más amable en aquel caso era darle la oportunidad de explicarse.

—Claro que sí. Los he llamado a primera hora. He hablado con ese mocoso, Joe Jackson. No ha servido de nada. Luego he intentado hablar con el director, pero estaba reunido. Aunque más bien debía de estar escondiéndose de mí.

Lesley se puso de pie y fue a preparar un té, asumiendo el papel de figura consoladora. Oyó el borboteo del agua arriba. Malcolm había terminado de bañarse.

—El lado bueno es... —aventuró Lesley con cautela.

Jenny se puso colorada.

—No hay ningún lado bueno.

—Espera, escucha lo que quiero decirte. El lado bueno es que sólo han usado un par de frases. Y no hay nada sobre Rosie y las drogas o Mike y el dinero.

Jenny volvió a aporrear la mesa, haciendo que el té se encrespara en las tazas.

—Pero pueden hacerlo. Podrían publicar cualquiera de esas mentiras, ¿no?

Se produjo una extraña quietud en la estancia y Lesley tuvo la impresión de estar moviéndose a cámara lenta cuando volvió la cabeza para mirar a Jenny.

—¿Mentiras? —dijo Lesley, y la palabra se alargó en sus labios más allá de lo normal, llenando el espacio que las separaba—. ¿Puede saberse qué quieres decir?

—Me refiero a por qué iba Alex a escribir esas cosas. Esas cosas horribles —farfulló Jenny—. Rosie no era así. En todo caso, no lo era antes de que tu hija la arrastrase a Tailandia y la pusiera en peligro. Nunca tendría que haberla dejado ir. De todos modos, creo que Alex estaba celosa de ella, celosa

de que Rosie tuviera tanto éxito con los chicos, y escribió esas patrañas por despecho.

Lesley notó que un ardor le subía por las entrañas. Habló despacio, casi sin confiar en que la voz le funcionara:

—Cállate. Cómo se te ocurre decir algo así de perverso, Jenny. Se te tendría que caer la cara de vergüenza. Pero entiendo por qué lo dices. Al fin y al cabo, a nadie le gusta reconocer que su hija se drogaba, se acostaba con todo bicho viviente y le robó dinero a su amiga. Tienes que estar destrozada.

La cara de Jenny se encendió y Lesley vio que tenía una gotita de sudor en el labio superior. Jenny tomó una bocanada de aire y dijo entre dientes:

—Mi hija no hizo esas cosas. ¿O es que no me has oído?

—Creo que deberías irte a casa, Jenny —intervino otra voz.

Malcolm, en su viejo batín de rayas y descalzo, estaba plantado en la puerta. Jenny se volvió de golpe para encararse con él. Pero él la paró en seco.

—Quizá deberías hablar con Mike sobre el dinero que le dio a Rosie —dijo—. Tienes razón en que sólo tenemos la versión de Alex de lo que ocurrió en Bangkok. Pero tu exmarido está aquí. Se lo puedes preguntar cara a cara.

Jenny se marchó llorando, dando un portazo al salir.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Lesley.

—No lo sé. No creo que le interese la verdad, Les. Sólo quiere oír su propia versión. Pero no puedo permitir que hable así de Alex.

—No, Mal. Ha sido horrible.

La acompañó al salón para hablarlo a fondo. Aquel espacio se había convertido en su búnker de seguridad, el sitio donde podían decir lo indecible y dejarlo allí.

Cuando hubo despotricado y llorado hasta serenarse, Lesley miró a su marido.

—Voy a llamar a Mags para pedirle que venga a vernos. Tengo que oír todo lo que sabe de nuestra hija. No es culpa suya que todo esto haya pasado. Y no hemos hablado con ella como es debido desde que volvimos de Tailandia. Era la mejor amiga de Alex.

Malcolm asintió.

—Quizá podríamos regalarle algo de Alex para que tenga un recuerdo.

—Es una idea preciosa. Voy a buscar algo a su habitación.

Bangkok, día diecinueve

Jueves, 14 de agosto de 2014

Le llegó otro mensaje a través de Mama. Jamie dijo que Rosie le había escrito para decirle que necesitaba pasar un tiempo sola. Que estaba con Lars. Que él le había prestado dinero.

—Qué raro —señaló Alex—. Es como si Rosie pudiera oír lo que digo. Creo que Mama se lo está inventando.

Jamie se había quedado callado, con gesto pensativo. «¿Por qué iba a hacer algo así?», preguntó finalmente. Y a Alex no se le ocurrió ningún motivo.

Había pedido ver los mensajes, pero la dueña de la pensión le había soltado por toda respuesta: «No eres amiga de Rosie. Los mensajes son para mí».

Alex se sentía aislada por completo. Ya no le escribía a Mags; no tenía el móvil y, de haber tenido uno, tampoco lo habría hecho. No podía confiar en que su amiga guardara el secreto de la desaparición de Rosie. Era algo demasiado grave para callárselo. Pensó que, en su lugar, ella seguramente daría la voz de alarma. Así que punto en boca hasta que pudiera resolverlo. Hasta que Rosie volviera con ella.

Su entorno más inmediato tampoco la ayudaba. Cada vez estaba más harta de Jamie. Todo el rato le daba la lata con Phi Phi. Perdió los estribos con él cuando intentó sacar el tema otra vez en el bar. No había nadie y se preguntó si Mama había dejado de aceptar huéspedes.

—Por el amor de Dios, Jamie. No puedo pensar en eso. Tengo que conseguir que Rosie vuelva. ¿No lo entiendes?

Era evidente que no lo entendía.

—Pensaba que estarías contenta de que Rosie se marchara. Siempre estabas quejándote de ella. Dijiste que ojalá no hubieras venido con ella. Que ibas a dejarla plantada.

—No me atosigues. Tengo que hablar con alguien que pueda ayudarme. Tengo que hablar con Jake. ¡No me pongas esa cara! Él sabe cómo funcionan las cosas por aquí. Él sabrá qué hacer.

—A lo mejor Jake podría ir a Birmania para encontrar a Rosie. Es obvio que le gusta... —dijo en voz baja.

—¡No seas imbécil! —gritó ella—. Cómo va a gustarle. Rosie intentaba ligárselo a saco. A Jake le daba vergüenza ajena.

—Bueno, si eso es lo que quieres pensar... No me lo pareció cuando los vi.

—¿Cuándo los viste?

—La noche que supuestamente tenías que salir con él. Se emborracharon juntos. Rosie estaba todo el rato encima de él, sentada sobre sus rodillas, y Jake no intentaba quitársela de encima. De hecho, subieron juntos a la habitación.

Alex cerró los ojos intentando no imaginárselo.

—¡Cállate, Jamie! —gritó más alto, como si de esa forma pudiera borrar su voz—. Te lo estás inventando. Intentas hacerme daño.

—No es verdad. Pregúntaselo a Mama. Ella también lo vio. No te lo digo para hacerte daño. A mí me gustaría saber si un amigo me hace algo así a mis espaldas. Fue un polvo por venganza. Rosie no podía caer más bajo.

—Déjame en paz, Jamie —dijo Alex entre sollozos, antes de irse corriendo del bar.

Ahora también lo odiaba a él. Un polvo por venganza. ¿Rosie era capaz de algo así? ¿Y Jake era tan débil como para aceptarlo? Ya no sabía qué pensar.

Alex sospechó que Jamie volvía a estar junto a la puerta de su habitación. Se arrimó a la puerta para escuchar. Pudo oír un crujido, pero intentó no hacer caso. Tenía que vestirse y comprar otro teléfono. «Vamos, Alex. No puedes aplazarlo más.»

Cuando se estaba poniendo unos *shorts*, le pareció oír unas voces susurrando fuera. Se agachó junto a la puerta y escuchó. Oyó la voz de Jake.

—¿Todo bien? —susurró.

—No.

—¿Sigue preguntando por Rosie?

—Sí.

—Hablaré con ella —dijo Jake, y llamó a la puerta, justo por encima de la oreja de Alex. Ésta dio un salto hacia atrás y cayó sentada en el suelo de hormigón.

—¡Adelante! —gritó ella, poniéndose de pie.

—¿Cómo te encuentras, Alex? Ah, lo siento, te estabas vistiendo —se disculpó él cuando la vio—. ¿Crees que es una buena idea?

Al verlo, notó que la cara le ardía, pero aquella rabia la hizo sentirse más fuerte.

—¿Y a ti qué más te da lo que yo haga? —le espetó.

—Pues... Mira, veo que estás disgustada, que no piensas con la cabeza.

—Te equivocas. Sé perfectamente lo que hago. Voy a comprarme un móvil y voy a llamar a casa. Tengo que contarles a mis padres lo que ha pasado.

—Escucha, Rosie ya es adulta. No puedes decirle lo que tiene que hacer —aventuró él.

—Según he oído, parece que no.

Jake la miró de arriba abajo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué has oído?

—Olvidalo.

Ahora que lo tenía enfrente no era capaz de preguntarle si se había acostado con Rosie. No podía enfrentarse a aquella humillación.

Jake respiró hondo.

—Alex, tienes que tomar tus propias decisiones sobre este viaje. Podrías continuar por tu cuenta. Deja que Rosie haga lo que le apetezca. No es responsabilidad tuya.

—¡Claro que lo es! —gritó ella—. No puedo abandonarla así como así. ¿Qué voy a hacer?

—Podrías volver a casa —sugirió él.

—Tú no volviste cuando las cosas se torcieron.

—No, y ojalá lo hubiera hecho. He tomado malas decisiones, Alex. No cometes los mismos errores que yo.

Jake le pasó el brazo por los hombros para consolarla y ella intentó apartarse, pero se sintió a salvo por primera vez en varios días. Se quedó descansando allí, inspirando su olor, escuchando el latido de su corazón, diciéndose a sí misma que Jamie mentía. Habría podido quedarse allí toda la vida, pero Jake se soltó cuando Jamie entró sin llamar, fingiendo que no había estado espiándolos desde detrás de la puerta.

—Lo siento, no quería interrumpir —dijo enfadado.

—Pues eso es lo que haces —saltó Alex—. ¿Te importaría cerrar la puerta cuando salgas?

Jamie prefirió salir dando un portazo.

Lunes, 8 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Jamie Lawrence hizo saltar todas las alarmas. Servicios sociales, fichas policiales, tribunales de menores, servicios de libertad vigilada..., en todas partes aparecía su nombre. Los términos y eufemismos empleados —*conflictivo*, el favorito de Sparkes— eran distintos, pero el consenso no admitía dudas: un chico problemático. Su madre lo había puesto al cuidado de los servicios sociales a los cuatro años. «Pobre crío. Tan pequeño y tener que enterarse ya de todo. De que tu madre no es capaz de lidiar contigo», se dijo Sparkes.

Siguieron varias familias de acogida temporales —Sparkes contó tres cambios en menos de un año—, hasta que fue adoptado finalmente por el matrimonio Lawrence. A partir de entonces, los antecedentes de Jamie guardaban silencio unos diez años antes de volver a aparecer de golpe en escena como un vándalo juvenil. Los Lawrence volvieron a ponerlo al cuidado de los servicios sociales —«por su propia seguridad»— cuando ya no pudieron controlarlo más. Tampoco ellos fueron capaces de lidiar con él.

Pisos tutelados, delitos menores, peleas, juicios, segundas, terceras y hasta cuartas oportunidades salpicaban los documentos que Sparkes tenía sobre la mesa. El día que cumplió los diecisiete años, Jamie fue expulsado del sistema público con un programa de inserción laboral bajo el brazo, según la última evaluación del trabajador social.

Pero lo curioso era que había dejado de meterse en problemas. Había desaparecido del radar y así continuó.

«Hasta ahora», se recordó Sparkes a sí mismo. Le daba muy mala espina ese Jamie. El jefe de la obra había dicho que perdía los nervios —«se le iba la pinza un poco», había dicho— cuando algo se torcía. Cuando alguien le decía

algo que no le gustaba. Y, según los emails de Alex, en la pensión las cosas se habían torcido muchísimo. «Y querías sustituir a Rosie como compañero de viaje de Alex. ¿Te aseguraste de poder hacerlo? ¿Hiciste algo para que fuera así? ¿Alex se enteró?»

Todas esas preguntas se arremolinaban en su cabeza mientras observaba la foto de la fiesta, tratando de leer las expresiones de las caras y hacerse un esquema de las relaciones del grupo.

Estuvo dándole vueltas hasta que, a media mañana, las respuestas a sus solicitudes de información empezaron a llegar poco a poco a su buzón de entrada. Más señales de alarma.

Resultó que Jamie Lawrence había viajado de Londres a Bangkok en el mismo avión que las muchachas y con un pasaporte recién expedido. «¿Las vio en el avión? ¿O las siguió desde el aeropuerto? —pensó—. Me pregunto si aparecerá en las cámaras de seguridad de la terminal de llegadas de Suvarnabhumi. O en la terminal de salidas de Heathrow.» Llamó a Salmond.

—Ponte con esto ahora mismo, Zara. Vamos a comprobar si seguridad aeroportuaria puede encontrar a las chicas en las cámaras de videovigilancia y así vemos quién se mueve cerca de ellas, ¿vale? Creo que por fin vamos por el buen camino. ¿Qué más tienes pendiente?

—He entrevistado al jefe de obra, a la camarera y a los otros inquilinos del apartamento alquilado.

—¿Qué te han contado?

—Que era reservado. Lo de siempre... Le gustaban las baladas roqueras, por lo visto.

—¿En serio?

—Escuchaba a Whitney Houston sin parar. Los otros se quejaban.

—Así que un romántico...

—Mmm... Su ex dice que era un poco ciclotímico. Se ponía celoso por cualquier tontería y luego se tranquilizaba. Al final ella se hartó y lo dejó el año pasado. Me ha dicho que... —Salmond sacó su libreta—. Me ha dicho que Jamie tenía un problema de confianza en los demás. Si quieres saberlo, me parece que esa chica lee demasiados cuestionarios de revistas juveniles.

—Un chico problemático. Quizá Alex le dio algún motivo para estar celoso. Según los emails, estaba bastante colgada de Jake. Quizá no lo escondió.

Ambos policías asintieron al mismo tiempo, cada cual con sus propias ideas.

—Vamos a seguir por aquí —dijo Sparkes—. Parece que por fin tenemos caso. Lo noto por dentro.

Todo iba sobre ruedas. Hasta que le dieron el aviso de que tenía que llamar a su contacto en la Interpol.

—Bob, siento haber tardado. Estamos hasta arriba de trabajo. En fin, que Jamie Lawrence ha aparecido en nuestro sistema. Está en prisión preventiva en Bangkok en el marco de una investigación por drogas.

—Dios, lo tenéis. Estupendo. ¿Cuándo lo detuvieron?

—El mes pasado. La policía tailandesa lo pilló el 14 de agosto.

—Pero eso fue el día antes del incendio. ¿Puedes confirmar la fecha?

El cerebro de Sparkes iba a mil por hora mientras esperaba dando golpecitos en la mesa con los dedos. «Los tailandeses se han equivocado en todo lo demás. Seguro que también habrán metido la pata con esto.»

—Hola. No, la fecha está bien. Seguramente no es lo que querías oír. Lo siento, pero acabo de consultar la ficha de detención online. Detenido el jueves, 14 de agosto, a las 14.05. Con una bolsa de dos gramos de cannabis.

—¡Mierda! ¿Puedes enviármela? Qué putada.

—¡Salmond, ven aquí! —gritó en su despacho vacío, y tachó el nombre que tenía escrito en lo alto de su bloc de notas.

Martes, 9 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Había estado toda la mañana esperando la llamada de los cerebritos. A veces pensaba que le estaban hinchando las narices a propósito cuando llamaba para preguntarles si había alguna novedad, y ellos fingían que no sabían quién era, y le llamaban inspector Chispas a sus espaldas. En el laboratorio eran muy bromistas.

—Inspector, estoy pulsando ahora mismo el botón de envío de los resultados de las muestras genitales —le dijo una voz al teléfono—. Llámenos si hay algo que no entiende.

«Menudo descaro.»

—Gracias, eso haré.

«La prueba RMS3 (muestra vaginal inferior) dio positivo para semen. Se obtuvo un perfil genético completo.» Las trazas de fluido corporal obtenidas del cadáver de Rosie Shaw mostraban presencia de semen. El laboratorio había pasado el ADN extraído de esos restos por la base de datos, pero no había obtenido ninguna concordancia. Aun así, una vez descartado Jamie Lawrence, podía apostar a que serían consistentes con el perfil genético de Jake Waters.

«Dios mío, pobre Kate —se sorprendió pensando—. Olvídate de Kate. Pobres Alex y sus padres. Ellos son las víctimas.»

Volvió a leer los resultados, cotejándolos con la lista mental que se había hecho. Salmond llamó a la puerta.

—He oído que tenemos los resultados del laboratorio, señor.

—¿Te han dicho que han encontrado semen en Rosie Shaw?

—No. Por Dios, seguro que es de Jake Waters. Ya lo tenemos.

—Salvando el pequeño detalle de que no es así. A menos que se haya entregado esta noche y nadie me lo haya dicho. ¿Dónde demonios se ha metido? ¿Por qué no lo ha visto nadie ni ha dejado rastro de su tarjeta de crédito, aparte del alquiler de dos coches? Seguro que paga en efectivo y duerme al raso. Ya han pasado dos, no, tres semanas desde que volvió, según nos han confirmado en Inmigración. ¿Cómo ha conseguido ser invisible tanto tiempo? Su foto está por todas partes.

Kate Waters se había quejado vivamente de la foto —que era la que aparecía en su permiso de conducir—, asegurando que le hacía parecer un criminal. «Todo el mundo parece un descuartizador en las fotos de carné, Bob. Por favor, usa otra. Te enviaré una nuestra.»

Pero la otra foto no había espabilado a los posibles testigos. Al margen de los lunáticos de siempre y la gente desesperada por recibir un poco de atención, no habían recibido en comisaría ninguna llamada de interés al respecto.

—De todas formas, Zara, lo que quizá confirmemos es que mantuvo relaciones sexuales con Rosie. No que la asesinara. De momento vamos a ceñirnos a los hechos, ¿vale? Ni siquiera sabemos a ciencia cierta que sea su ADN. Los resultados del pelo que encontramos en su gorra deberían llegar esta tarde. ¿Puedes ocuparte tú? Quiero hablar con los de arriba sobre los siguientes pasos que vamos a dar. Alguien tiene que ir a Bangkok. Hablar con Jamie Lawrence, ver el lugar del crimen e intentar recuperar alguno de los informes originales como mínimo. No vamos a ninguna parte haciéndolo por teléfono.

A Salmond se le iluminó el rostro.

—¿Quién? ¿Iré yo?

—Para de sonreír como un mono. No es un chollo —dijo él.

—Claro que no. Pero nunca he estado en Bangkok.

—Bueno, de momento no hagas las maletas. Igual nos dicen que no.

La inspectora jefe Chloe Wellington iba asintiendo a medida que leía los puntos de la solicitud extraordinaria de Sparkes. La inspectora tenía una reunión a las once: «Es obligatoria —le dijo—. Así que quiero la versión rápida y al grano, Bob». Ello le obligó a concentrarse en lo que tenían hasta el momento.

Dos chicas muertas.

Ambas murieron antes del incendio, que quizá fue provocado para destruir las pruebas del asesinato.

Una estrangulada y la otra posiblemente violada.

Sospechoso/testigo en paradero desconocido en estos momentos en el Reino Unido.

Testigo británico, Jamie Lawrence, detenido en Bangkok.

Investigación sospechosa en Bangkok que omitió casi todos los puntos anteriores.

—¿Y cuánto nos costará enviaros? —quiso saber la inspectora Wellington.

—Estamos preparando el presupuesto, pero necesitaremos un equipo de cuatro, incluidos un especialista y un fotógrafo de la científica.

—Y un intérprete —añadió ella, echando un vistazo al reloj encima de la puerta—. Envíame el cálculo aproximado cuanto antes, para que se lo pueda presentar al comandante. Pero en principio sí. Deberías ir.

—No estoy seguro de que pueda —dijo Sparkes en voz baja.

—Bueno, eso es decisión tuya, Bob. Pero no creo que esto funcione sin ti.

Salmond casi se puso a cantar cuando se lo dijo.

—Reunión de equipo en treinta minutos. ¿Puedes ocuparte de que alguien mire el precio de los vuelos y los hoteles? Tenemos que cerrar el presupuesto esta tarde.

—Yo me ocupo.

El envío de la tarde llevó pruebas de que los pulmones de Rosie habían aspirado alimentos. Al microscopio, se habían identificado «múltiples zonas de materia vegetal en los bronquios y alvéolos».

—Parece que se ahogó en su propio vómito —le dijo a Salmond—. Pobre niña.

—Igual se durmió borracha, ¿no crees?

—Es muy posible, pero tal vez también había consumido drogas.

Sparkes volvió a revisar aquellos correos buscando el mensaje en el que Alex O'Connor había dicho que su amiga se drogaba. Estaba casi seguro de que Alex no especificaba qué tipo de sustancia consumía, pero quería cerciorarse.

Y esta noche está completamente ida. No consigo entender lo que le pasa. Se queda sentada, jadeando, y tiene los ojos tan vidriosos que dan miedo. A saber qué se habrá tomado. Se lo he preguntado a Lars (uno de los chicos), pero el tipo se ha reído en mi cara. Me ha dicho que no le pasa nada, que él también se ha tomado algo. Voy a meterla en la cama e intentaré hablar con ella mañana por la mañana.

Por cómo lo describía, parecía ketamina: la disociación y la respiración difícil. Se preguntó si había sido la primera vez que consumía. Era una droga que se tomaba en clubes, esnifada en pequeñas cantidades o introducida por el culo para que subiera rápido. Pero los efectos no siempre duraban mucho. Quizá la iba consumiendo poco a poco para mantener el subidón. Podías pasarte —especialmente si ya estabas colocado—, aunque los consumidores no solían morir por sobredosis, a menos que hubieran tomado algo más. O hubieran bebido demasiado y se ahogaran. Para estar seguros, tendría que esperar a los resultados de tóxicos realizados en el fluido que Aoife había conseguido extraer de una vena de la ingle de Rosie. Aun así, se la habría jugado a que encontraban esa sustancia.

—Voy a decírselo a los Shaw —dijo Sparkes.

Sparkes condujo despacio de camino a Winchester. Necesitaba tiempo para pensar. Alex estrangulada. Rosie ahogada. ¿Cuál era el marco temporal? ¿Cómo estaban relacionadas las dos muertes? ¿Una era consecuencia de la otra? Pero ¿cuál de las dos había sido el detonante?

Seguía absorto en sus pensamientos cuando aparcó. Mike Shaw estaba esperándole en la calle, dentro de su coche.

—He pensado que podíamos entrar juntos, inspector —propuso nervioso, mientras Jenny los observaba desde la ventana.

Se sentaron en butacas enfrentadas a cada lado del salón, de modo que Sparkes tenía que girar una y otra vez la cabeza, como si estuviera viendo un partido de tenis.

Jenny se había puesto a llorar de inmediato y Mike se había levantado para sentarse en el brazo de su butaca, dándole torpes palmadas en la espalda mientras Sparkes relataba los últimos momentos de su hija.

—Seguramente no se dio cuenta de nada —dijo. Era lo que todo el mundo quería oír. Que no hubo sufrimiento.

Se marchó para que pudieran llorar a su hija y regresó a la oficina.

Salmond le llamó justo cuando estaba apagando el ordenador. Y su cerebro policial. Necesitaba regresar a casa con Eileen.

—Estoy saliendo, Zara. ¿Es importante? ¿Es el resultado de ADN?

—No, dicen que mañana. Pero parece que Jake Waters ha aparecido.

Sparkes volvió a encender el ordenador.

—¿Dónde?

—En Kingston upon Thames. Ha pagado gasolina y ha sacado dinero en el cajero automático de una estación de servicio saliendo de la A3. Tenemos una orden de vigilancia de sus cuentas y el banco nos ha alertado de inmediato.

—¿Y...?

—Se ha marchado antes de que pudiéramos llegar, pero lo tenemos en las cámaras de la estación de servicio. Sigue conduciendo el segundo coche de alquiler, el Skoda. Lo estamos buscando en las cámaras de reconocimiento de matrículas de la A3 para ver adónde ha ido. Su matrícula saltará en alguna de las salas de control si permanece en las arterias principales. No llegará muy lejos.

—Bueno, ¿qué tenemos de momento? ¿Algún material de las cámaras de seguridad para identificarlo?

—Las imágenes borrosas y cutres de siempre. Lleva puesta una gorra que le tapa los ojos y lo que parece una bufanda sobre la parte inferior de la cara. El chico que lo ha atendido dice que le ha dado mala espina. Dice que parecía que llevaba el uniforme de un ladrón de bancos cuando ha entrado, todo tapado en un día soleado.

«¿Ha hecho sol hoy? No puede ser que no haya mirado por la ventana en todo el día.»

—¿A quién tenemos allí?

—Estamos una pareja de policías y yo para pasar revista a los empleados y los testigos antes de que todo el mundo desaparezca. Y estoy coordinando la alerta de vehículo con otras fuerzas.

—¿Crees que vuelve a casa? ¿Ya has hablado con Kate Waters?

—No. Es lo siguiente en la lista.

—Yo me ocupo.

Mientras marcaba el número, Sparkes pensó qué iba a decirle. Era una mujer muy aguda, seguramente lo intuiría enseguida y no quería arriesgarse a que

Kate pudiera avisar a su hijo, lo que habría hecho todavía más difícil localizarle.

Por un instante, se preguntó qué haría él si se tratara de su hijo. Lo entregaría a la policía. Claro que sí. Pero ¿y si la prensa lo hubiera condenado por anticipado? ¿Y si las pruebas sólo fueran circunstanciales? ¿Podía afirmar con la mano en el pecho que lo haría?

—Hola —dijo Kate, cogiendo la llamada de inmediato e interrumpiendo el discurrir de sus pensamientos—. ¿Tienes alguna noticia?

—Es posible que hayan visto a Jake en una gasolinera de Kingston.

—¿Kingston? ¿En el sudoeste de Londres? ¿Por qué iba a estar allí?

—Esperaba que tú lo supieras. ¿Sabes qué puede habersele perdido por allí? ¿Tiene amigos en esa zona? ¿Ha estado alguna vez allí?

—No, que yo sepa. Es una zona de paso, ¿no? ¿Cómo sabéis que es él?

—Bueno, alguien ha sacado dinero con su tarjeta de crédito y ese alguien conducía el segundo coche que se alquiló a su nombre.

—Vale. Pero lo más importante: ¿habéis encontrado a Jamie Way o Lawrence, comoquiera que se haga llamar ahora?

Le había llegado a él el turno de dudar.

—¿Qué? ¿Lo tenéis?

—Nosotros no, la policía tailandesa. No estaba en el hostel, Kate. Estaba en la cárcel en Bangkok la noche del incendio. No es nuestro hombre.

Aquella noticia la dejó tan tocada que Sparkes pudo notar la decepción en su tono de voz cuando ella murmuró:

—No...

—Sí, mejor mirar adelante.

A continuación, Sparkes llamó a la enfermera de cuidados paliativos para decirle que llegaría tarde.

—No te preocupes, Bob. Está dormida. No lo sabrá.

—¿Cómo ha pasado el día?

—Como siempre. Te veo en un ratito.

Bangkok, día diecinueve

Jueves, 14 de agosto de 2014

Jake se marchó de la habitación poco después de que Jamie diera el portazo. Dijo que tenía que ir a ver a Mama. «Enseguida vuelvo —le dijo acariciándole el pelo—. Intenta descansar.»

Alex se planteó reposar un momento e incluso se acostó en la cama, pero no lograba descansar. «Haz un plan y luego llévalo a cabo», le habría aconsejado su madre de haber estado allí con ella. Pero todo le parecía irreal y tenía la sensación de hallarse en una obra de teatro. Sacó su cuaderno y escribió «Plan para encontrar a Rosie» en lo alto de una página, aplazando de esta forma el momento en el que debería actuar de verdad.

«Vale —se dijo a sí misma—. ¿Qué es prioritario?» Escribió: «1: Ir a un cibercafé para entrar en internet», pero luego lo tachó. Necesitaba un teléfono para que sus padres pudieran llamarla. Tenía que hablar con ellos; no bastaba con enviarles un email o un mensaje de texto.

Se puso su pámela y caminó despacio en el sofocante calor, arrimándose a los tenderetes para aprovechar la sombra de sus toldos. Lo primero: hacer cola en un cajero automático, sacar dinero suficiente para comprar un móvil y tener algo de saldo. Luego, ir al bazar de productos electrónicos más cercano y encontrar un móvil barato.

Se le hizo eterno, pero al final llegó a su habitación y metió la tarjeta SIM con los dedos sudados. Cuando el móvil se encendió, intentó conectarse a su cuenta de correo electrónico, pero algo fallaba con su contraseña. Hacía tanto tiempo que no la introducía que le costó recordarla. Gmail le decía una y otra vez que lo volviera a intentar. La introdujo de nuevo, con más decisión esta vez, como si Google fuera un niño retrasado. Pero tampoco coincidía. Cuando pinchó «¿Has olvidado tu contraseña?», la página le informó de que se había enviado un enlace a su móvil. Pero lo había perdido. Le dieron ganas de gritar. Era como uno de esos rompecabezas baratos en los que tenías que

mover interminablemente unas fichas cuadradas para encontrar el orden correcto. Llamaría a casa y punto. Se sabía el número.

Pero aun así Alex se reprimió, todavía desagarrada entre el consuelo de oír la cálida voz de su madre y el pánico que aquella llamada desataría. Siempre había sido una hija en la que se podía confiar, y ya no lo era. Frunció el ceño, obligándose a marcar el número, aunque se quedó a medias. En Winchester aún no había amanecido. Poder aplazar de nuevo aquel mal trago la inundó de una sensación de alivio.

«¡Voy a probar con Rosie!», gritó. Podía llamarla ya. «Puedo conseguir que vuelva y terminar con esto —se dijo a sí misma—. Y mamá nunca se enterará.»

Pero no se acordaba del número. Lo había tenido guardado con el nombre de Rosie y hacía una eternidad que no lo veía. Intentó concentrarse para que los números aparecieran mágicamente en su cabeza —había dos ochos seguidos, estaba segura—, aunque no sirvió de nada. Si pudiera encontrar su viejo teléfono... Entonces tuvo la idea de marcar su propio número. «Quizá se ha escurrido por algún lado.»

Esperó, diciéndose a sí misma que se habría quedado sin batería y saltaría de inmediato el mensaje del contestador. Pero los tonos empezaron a llegar a su oído. Apartó el teléfono para ver si oía la melodía de llamada, *Happy*, de Pharrell Williams. Rosie y ella se habían puesto la misma canción en sus móviles durante el vuelo a Bangkok. «Dios, sólo han pasado quince días.» Alex apretó el teléfono en la mano, recordando aquel tiempo en el que todavía se sentía feliz.

Le llegó la voz de Pharrell, aunque no estaba en su habitación. Pensó que se lo habría olvidado en el bar. Caminó todo lo rápido que pudo por el pasillo, pero el sonido se hacía más débil en vez de más fuerte. Alex se paró en seco y se volvió como una antena de radar para detectar la procedencia de aquel sonido metálico. Provenía del dormitorio.

Alex abrió la puerta de golpe justo cuando la melodía se interrumpió.

—Mierda —exclamó, y empezó a marcar el número de nuevo.

—¿Tienes un móvil nuevo? —dijo Jamie al entrar detrás de ella.

—Pues... sí. Creo que el viejo está aquí.

—¿Aquí dentro? ¿Por qué iba a estar aquí?

—No lo sé. Acabo de oírlo sonar.

—¡Ah! Tengo el mismo tono que tú —explicó Jamie, y se medio rió—. Justo venía ahora a contestar la llamada. —Su voz había sonado inexpresiva.

—No, claro que no —replicó ella—. Tú tienes *I Will Always Love You*.

—Eso era antes. Me cansé y la cambié. Me descargué *Happy* —dijo, y cogió su móvil para ponerle la canción.

Alex volvió a su habitación, sintiéndose insegura y un poco boba, y se sentó en la cama para pensar qué iba a decirle a su madre antes de decidirse a dar el salto. Esperaría a que sus padres se despertaran o incluso a que volvieran del trabajo. Eso le daba unas cuantas horas de margen.

Miércoles, 10 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Encontraron el coche la noche anterior, ya bastante tarde, ardiendo en un descampado del sur de Londres. Salmond le había llamado para decírselo.

—Se habrá dado cuenta de que había cámaras en la gasolinera —dijo ella—. Nuestro pequeño pirómano se desplaza ahora a pie.

—¿Ha dejado algo con lo que puedan trabajar nuestros chicos? —Sparkes hablaba en voz baja para no molestar a Eileen, que descansaba en la planta baja.

—No mucho. Ya estaba ardiendo a base de bien cuando alguien ha dado el aviso. Por lo visto no es nada del otro mundo en esa zona.

—Bob. —La voz de Eileen había ascendido por la escalera.

—Consigue los resultados de ADN de Jake Waters, Zara. Tengo que colgar —dijo, cortando la llamada y sintiéndose tan culpable como si hubiera estado hablando con una amante—. Ahora bajo, amor —respondió a su mujer con ternura.

¿Cómo iba a decirle que quería ir a Bangkok? No iría. No podía. ¿Cómo iba a poder? Ella podía... No, no iría.

—¿Era del trabajo? —preguntó Eileen cuando se agachó para darle un beso en la frente.

—Claro. Nada que deba preocuparte.

—Va, cuéntamelo.

Se sentó en el pico de la cama y le cogió la mano, que estaba fría.

—Han hallado calcinado el coche que conducía Jake Waters. Ha vuelto a desaparecer.

—No te preocupes. Eres un poli listo y lo encontrarás.

—No es que me sienta muy listo ahora mismo.

—Lo siento, amor.

—No seas boba, Eileen. Sólo digo que ahora mismo tengo cosas más importantes en las que pensar. Tú, sin ir más lejos.

—Silencio. Yo estoy bien. Mi amiga la morfina está haciendo un muy buen trabajo. Tú dedícate al tuyo.

—Eso es lo que intento. El caso... El caso es que tenemos que ir a Bangkok un par de días a interrogar a un sospechoso y a hablar con la policía tailandesa.

Eileen estuvo unos segundos pensándolo. Con esfuerzo, se incorporó en la cama y Sparkes la ayudó a colocarse bien las almohadas detrás de la espalda.

—¿Cuándo te vas?

—No iré, Eileen. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Bah, basta ya de autocompasión. Haz tu trabajo, Bob. Ve a Bangkok. Yo estaré bien con Sam y Helen Angel. Son sólo un par de días.

—Pero podrías... Tengo que estar aquí —dijo atropelladamente.

—Basta de melodramas. Estaré bien. El doctor y Helen están contentos conmigo. Tienen el dolor controlado y eso es lo principal.

—Pero...

—Mira, si te prometo que no me voy a morir mientras estés fuera, ¿irás?

Se le empañaron los ojos y con todas sus fuerzas intentó controlar el temblor de sus labios. Eileen lo vio todo y le dio una palmada en la mano.

—Vete, vuelve y cuéntame cómo ha ido todo. Me están empezando a gustar las historias de policías.

No le quedó más remedio que sonreír. Eileen nunca había mostrado ningún interés por su trabajo. Se quejaba de las largas jornadas, del sueldo y del desgaste que arrastraba.

Pero ahora que se estaba muriendo quería que le explicara hasta el último detalle de sus casos. Hasta había empezado a leer novelas de detectives. Cuanto más tétricas, mejor.

—Ya hablaremos mañana.

—¿De qué vamos a hablar? Pensaba que ya lo habíamos zanjado.

Él volvió a besarla y se metió en la estrecha cama, acurrucándose en torno a su cuerpo.

Los resultados ya estaban allí cuando llegó a su despacho por la mañana. Era una coincidencia. Jake Waters había mantenido relaciones sexuales con Rosie Shaw. «Pero ¿qué más hizo?»

—¿Los has visto? —preguntó a Salmond cuando ésta llamó a su puerta.

—Sí. ¿Cree que hubo violación?

—No hay indicios físicos que lo demuestren. Y Alex dijo en sus emails que Rosie estaba ligándose a Jake.

—Si Alex lo descubrió, la situación se pudo poner muy fea...

Sparkes asintió.

—Ni una palabra de esto a nadie. La investigación cada vez es más compleja y no queremos que nadie saque conclusiones apresuradas y las filtre a la prensa antes de que encontremos a Jake Waters.

—Entendido, jefe. Pero las familias quieren respuestas ya.

—Diles que ha habido un retraso en algunos de los resultados. Que la toxicología pide tiempo, que hay problemas en el laboratorio. Sé imaginativa. Los Shaw todavía están asimilando la causa de la muerte de Rosie, así que nos vamos a Tailandia y vemos qué averiguamos allí.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

El vuelo le había dejado completamente exhausto y grogui. Había intentado dormir, pero no hubo forma. Y Salmond se había pasado todo el rato roncando y moviéndose a su lado. Se miraron el uno al otro cuando se encendieron las luces y llegó el carrito con el desayuno.

—Madre mía, parecemos unos muertos vivientes —dijo ella—. Con un poco de suerte, asustaremos tanto a la policía tailandesa que no les quedará otra que ayudarnos.

Sparkes asintió y se metió unas cuantas cucharadas de yogur con trocitos de fruta en su boca de zombi.

Tras darse una ducha caliente y ponerse una camisa limpia, se había sentido un poco más persona para su reunión con el coronel Prasongsanti, de la Unidad Anticrimen de la policía tailandesa. Veinte minutos después, se preguntaba por qué se había tomado tantas molestias.

La reunión fue un ejercicio de diplomacia insoportable. Aquello sin lugar a dudas no tenía nada que ver con la investigación, al menos en lo que a Sparkes respectaba. El alto mando tailandés hizo gala de una cortesía que rayaba en lo paródico, con reverencias y discursos sobre la importancia de la cooperación con la policía británica, a lo que añadió preguntas acerca de la labor policial en Inglaterra. Pero ni una palabra con relación a las chicas.

Bob había insinuado con discreción el asunto en varias ocasiones, agradeciendo las atenciones del coronel y diciéndole que estaban deseando trabajar con su equipo. Tuvo que esperar a que el intérprete hiciera su

ping-pong lingüístico para darse cuenta de que el coronel lo rechazaba con igual cortesía.

Al final, le pidió directamente los informes policiales. La sonrisa del coronel Prasongsanti se congeló al escuchar las palabras traducidas.

«Entonces será que no», pensó Sparkes.

—El coronel Prasongsanti lamenta que ahora mismo eso no sea posible. Los informes no están terminados. Pero pueden visitar el lugar de los hechos.

«Bueno, algo es algo.»

—Será de gran ayuda, gracias. ¿Y cuándo espera el coronel disponer de los informes?

—Pronto.

—Por favor, ¿podríamos entrevistar a los agentes que investigan el caso?

—Lo siento mucho, ahora mismo están ocupados con otros casos.

Sparkes sonrió sombríamente a su homólogo tailandés.

—Quizá podrían concedernos una hora. Le estaríamos muy agradecidos. Sólo queremos conocer su opinión sobre...

Sparkes había dado con la tecla. El coronel asintió con gesto serio.

—Concertará una reunión. Dentro de unas horas. Alguien le llamará al número que ha tenido la amabilidad de darnos.

—Se lo agradezco mucho —dijo Sparkes, despidiéndose de su anfitrión con una reverencia que éste respondió al unísono.

—Esto ha sido peor que ir al dentista —le susurró a Salmond mientras enfilaban hacia la salida.

—Menuda pantomima —murmuró ella—. Me pregunto con quién van a dejarnos hablar. Por supuesto, con nadie que sepa algo.

—Ya veremos. De momento toca conformarse con lo que tenemos. Venga, acerquémonos al lugar de los hechos. ¿Dónde andan Jason y Nicole? ¿Tenemos que pasar a recogerlos?

Habían dejado a los agentes de la científica en el hotel, tomándose un café para quitarse el jet-lag de encima. Era evidente que sus compañeros se habían tomado más de uno y de dos. Estaban un poco pasados de vueltas cuando se subieron al taxi y Jason Fellowes se puso a esbozar su plan un poco más rápido de lo normal en cuanto su trasero tocó el asiento de atrás. Sparkes le escuchaba sin decir nada desde el asiento delantero, repasando en su mente su propia lista de prioridades.

Cuando llegaron a la pensión de Mama se quedaron cinco minutos en la acera, mirando larga y detenidamente el edificio, las construcciones colindantes, los accesos, la gente del barrio. «Husmear el aire», así lo llamaba Sparkes.

Para él era un momento clave, ver el lugar de los hechos con una mirada nueva. Tan nueva como pudieran permitir las doce horas de vuelo, desde luego. Se frotó la suciedad de los ojos y trató de relacionar lo que veía con las descripciones de los emails de Alex y las fotos de Lars. El edificio parecía una fotografía antigua coloreada a mano. El hollín y las cenizas lo habían convertido en una foto virada a sepia en la que se conservaban unas pocas pinceladas de color. Jirones de un cartel escarlata que anunciaba la venta de whisky en la trastienda, una caja amarilla de plástico medio fundida.

Intentó orientarse: la terraza donde Alex y Rosie tomaban cervezas cuando llovía; el escritorio de Mama, la dueña, más allá de la barra; la escalera de hormigón que llevaba a la habitación de las chicas; las rejas en las ventanas de lo que quedaba del dormitorio compartido, el «nidito de los chicos», lo había llamado Rosie, según Alex.

—Vale —murmuró Sparkes. Sus compañeros habían estado esperando su señal y se pusieron en marcha.

—Me encanta el interiorismo estilo tugurio —dijo Salmond, poniéndose el uniforme al lado de Nicole—. Tengo uno para usted, jefe.

Sparkes cogió el mono blanco y se lo enfundó. Luego se puso unos guantes de látex. Respetaban los protocolos de actuación, aun a pesar de que toda la población de Bangkok con toda probabilidad ya había pisoteado el lugar de los hechos. Con todo, al ponerse el mono habían empezado a despertar la curiosidad de la gente. En su mayoría, turistas aburridos, pero también algunos dueños de tenderetes que se acercaban para ver mejor lo que estaba pasando.

—Venga, empecemos de una vez —musitó Sparkes, con ganas ya de sustraerse a la mirada de los curiosos. Ya estaba sudando en el mono y se arrepintió de no haberse quitado la corbata antes de subir la cremallera.

Nicole Ratner estaba grabando los primeros vídeos y abría el camino. Sparkes se movía entre los restos detrás de ella, tomando medidas mentales de todo lo que veía. Nunca hablaba hasta terminar la visita al lugar de los hechos. Era su forma de proceder. Eligió una ruta entre los escombros de la planta baja, situándose en su plano mental y conteniendo las ganas de ponerse a gritar de desesperación. Se había quedado alucinado —no, horrorizado— al ver la cantidad de pruebas posibles que se habían dejado tiradas durante

semanas para disfrute de perros callejeros u oportunistas de paso. Algunas botellas seguían rodando entre los armazones retorcidos de las literas del dormitorio de los chicos. Objetos personales quemados —un móvil fundido, una pulsera, trocitos no identificables de plástico y metal— flotaban en un mar de cenizas, seguramente en el último lugar donde alguien los había tirado.

La policía tailandesa había dicho en su primer comunicado que el incendio había sido provocado por una vela que había caído en una fiesta, pero a Sparkes le dio la impresión de que el origen del fuego se situaba en la parte trasera del edificio, al final de un pasillo.

«Curioso lugar para celebrar una fiesta —pensó—. Y si hubiera caído una vela sobre este suelo de hormigón se habría apagado sola. Sería necesario otro material para que el fuego se propagara.»

Sparkes siguió la trayectoria de las marcas de las llamas en las paredes hasta llegar a lo que supuso que había sido una puerta. No quedaba nada de ella, sólo un gran vacío. Lo habría apostado todo a que el incendio había empezado allí, junto a la puerta. ¿Había sido provocado? ¿Para impedir que alguien saliera? ¿O que entrase? ¿O para impedir que la gente viera lo que había pasado al otro lado de esa puerta?

El hueco de la puerta conducía a un pequeño patio interior, cercado por los muros impenetrables de los edificios colindantes. Había muchas bombonas de gas tiznadas tiradas por el suelo y charcos rojos de plástico fundido. La cámara frigorífica, donde habían hallado los cadáveres cuatro semanas antes, ocupaba una de las esquinas del patio. Parecía una construcción improvisada. Consistía básicamente en una gran caja de metal llena de abolladuras y remiendos, con óxido donde se juntaban los bordes. La goma de la puerta había quedado destruida y las cenizas habían pintado de negro un aparato de aire acondicionado externo. Se preguntó cómo era posible que alguien hubiera logrado entrar aquel armatoste en el patio. Con toda probabilidad lo habían construido allí mismo.

Dentro de la cámara de metal, las cajas para botellas estaban intactas, apiladas junto a uno de los lados. Cuando pisó el suelo irregular del interior algunas de las últimas botellas tintinearon. Olía a comida podrida y mierda de rata, y Sparkes se tapó la máscara con la mano para proteger sus pulmones por partida doble. Sin embargo, no fue hasta que dio media vuelta para salir cuando vio la estera, tirada al lado de la puerta, en el rincón más oscuro de la cámara, el mismo sitio —sospechó— donde la habían dejado los agentes que habían descubierto los cadáveres.

—Nos la quedamos —le dijo a Jason, quien se le había unido en el interior claustrofóbico.

—Vale, jefe —respondió Jason—. Cuando Nicole termine de fotografiarlo todo, yo empezaré a seleccionar las pruebas.

Sparkes encontró un poco de sombra delante del edificio e hizo un croquis del plano en su libreta. Solía tomar notas de forma concienzuda. Era importante, más todavía en esos días, cuando se distraía con tanta facilidad.

Estaba pensando en la distancia entre el dormitorio compartido y el lugar donde habían encontrado a las chicas cuando Salmond fue a buscarlo.

—¿Todo bien, señor? —dijo, quitándose los guantes y la capucha.

—Sí. Bueno, salvando el pequeño detalle de que esto es un puto desastre. Los tailandeses no han asegurado la escena. ¿Jason ha recogido ya las botellas del dormitorio?

—Sí. Todo en bolsas y etiquetado. Hay huellas dactilares por todas partes, desde luego, pero se ha concentrado en la cámara frigorífica. Dice que hay una bonita huella de mano dentro, cerca de la puerta.

—Posiblemente de un policía o de un ladrón de recuerdos. Pero, bueno, tenemos que comprobarlo todo.

—No me parece que las asesinaran en la cámara. ¿Usted cómo lo ve, jefe? Es muy estrecho, la cabeza me roza en el techo estando de pie, y el asesino habría tenido que matar a una mientras la otra no hacía nada.

Sparkes asintió.

—No había marcas en los cadáveres que apuntasen a que estuvieran atadas. Pero quizá no las asesinaron al mismo tiempo, claro. Eso sí, estoy casi convencido de que murieron en el edificio. El único acceso a este patio es por la pensión y la calle exterior nunca está vacía; ¡echa un vistazo! Seguro que hay actividad las veinticuatro horas del día, con todos esos clubes nocturnos y bares que hay en la zona. Alguien cargando dos cadáveres por la calle no habría pasado desapercibido. Ni siquiera en esta ciudad.

—Yo apuesto por el dormitorio —dijo Salmond, abriendo una botella de agua—. Quizá fue un juego sexual que se les fue de las manos. ¿Asfixia autoerótica? Como ese diputado... con una satsuma en la boca.

—¿Satsuma?

—Igual fue una mandarina.

—Vale, no nos perdamos ahora averiguando qué cítrico era. Caray, Zara, ¿tienes jet-lag?

Salmond sonrió.

—Un poquito.

—¿Quién las vio vivas por última vez?

—Los asistentes a la fiesta, según la policía tailandesa. Aunque parece que aquí no se celebró ninguna. La única gente que había en la pensión eran los dos muchachos holandeses, Jake Waters y Jamie Lawrence. Lars y Diederik se marcharon el 11 y Lawrence estaba en la cárcel la noche del incendio.

—Tenemos que ir a verle cuanto antes para averiguar qué sabe. También le sacaremos las huellas. Intentar recibir material forense de nuestros compis tailandeses sería una pérdida de tiempo. —Volvió a revisar sus notas—. La única fuente que asegura que las dos chicas estaban vivas esa noche es la policía. Podrían haberlas matado días antes y haber guardado sus cadáveres en la cámara. Aoife sólo pudo darnos una idea orientativa del momento de su muerte porque ignoramos la temperatura exacta de la cámara frigorífica. ¿De cuándo es el último mensaje que envió Alex a Mags?

Salmond sacó su móvil y empezó a pasar páginas en silencio.

—Del 12 de agosto —anunció—. La noche que Alex pilló a Rosie robándole de su bolsa.

—Así que pudieron haber muerto en cualquier momento de esas setenta y dos horas anteriores al incendio.

—Pues sí.

El móvil de Sparkes empezó a sonar. Un número local. Descolgó.

—Hola, soy el inspector Bob Sparkes —dijo.

Dos agentes tailandeses —el de mayor rango con un inglés dubitativo— llegaron media hora después. Sonreían de oreja a oreja durante las presentaciones y los guiaron al interior de la pensión para enseñarles los lugares que habían examinado. Obviamente, parecía que les habían encomendado instruir a los agentes británicos sobre cómo llevar a cabo una investigación.

—Si no me equivoco, consideran que una vela provocó el incendio, ¿verdad? —preguntó Sparkes con una sonrisa. Se le estaba contagiando—. ¿Por qué creen que fue una vela la causa del incendio? ¿Algún testigo dijo que había una en la fiesta?

—La dueña —afirmó uno de los agentes—. Dijo muchas fiestas aquí. Personas borrachas. Encienden velas. Cayó una vela. —Hizo ademán de

marcharse, considerando terminada su tarea.

—¿Cuándo hablaron con la dueña? Pensaba que había desaparecido —señaló Sparkes.

—Poco después del incendio. Nos ayudó mucho.

—Pero tengo entendido que no han encontrado otros testigos.

—Sólo la dueña. Lo perdió todo en el incendio. Fue culpa de las extranjeras que murieron.

—Con un pero. La autopsia en Inglaterra ha demostrado que una de las chicas fue asesinada. Estrangulada —insistió Sparkes, bloqueando la puerta con aire despreocupado para que los agentes no se marcharan—. Les hemos enviado el informe.

Los dos tailandeses hablaron entre sí un momento.

—El caso está cerrado. Tenemos trabajo. Tenemos que irnos —declaró el superior.

—Muchas gracias por enseñarnos cómo trabajan aquí —comentó Sparkes, tratando de mantener a raya el sarcasmo—. ¿Podríamos disponer de una copia de su informe? Nos sería de gran utilidad.

—No es posible. Lo siento.

Y se fueron.

El equipo se reunió en una cafetería al final de la callejuela.

—Tenemos que hablar con la dueña enseguida —indicó Sparkes—. Estaba allí. Preguntad a los vecinos. Seguro que saben dónde está. Yo le pediré a la embajada que nos consiga una entrevista con Jamie Lawrence.

«Y entonces volveremos a casa», pensó.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

La decisión de venir no fue tan difícil en realidad. Estaba exprimiendo cada posibilidad de esta historia para averiguar la verdad de lo ocurrido, la verdad del papel de mi hijo en ello, y Jamie Lawrence parecía el único ser vivo que podía saberlo. «Aparte de ti, Jake —me digo a mí misma—. Pero no estás aquí. Y he de saber de qué te estoy protegiendo.»

Se lo expliqué a Steve en cuanto me enteré de que Jamie estaba preso en Bangkok. Lo había digerido todo mientras se servía el pollo dhansak que descansaba en un charco de aceite rojo en un recipiente de aluminio.

—¿Y por qué tienes que ir? ¿Por qué no puedes esperar a que tu querido inspector Sparkes lo vea y te informe? —masculló.

—Porque quiero hacerle unas preguntas. Y puede que Jamie no quiera hablar con la policía.

—Pero ¿querrá hablar contigo? —Steve levantó una ceja y bebió de su cerveza.

—Me ganaré su confianza, Steve. Le convenceré.

—No me cabe duda, Katie. Nadie puede resistirse a tus encantos, ¿verdad?

Aparté mi plato.

—No te pongas desagradable conmigo. Estás agotado, lo entiendo. Yo también, pero debo averiguar qué sabe. Tienes que entenderlo. ¿O no?

Steve no respondió. Se tomó otro bocado de pollo dhansak.

—¿No? —insistí, alzando la voz—. Este chico podría ser la clave de todo.

—En realidad, la clave de todo es Jake. ¿No deberías invertir todas tus energías en encontrarlo a él? A este otro chico la policía ya lo ha descartado de la investigación. No estaba allí. Esto no es más que un mecanismo de

desplazamiento, Katie. Una distracción muy cara. Te costará una fortuna el viaje. Y podría ocurrir que al final no te dejen verlo.

—Eso no es justo. He intentado todo lo que se me ha ocurrido para encontrar a Jake.

Y era verdad. Había localizado a sus amigos del instituto, de la universidad, incluso a esa novia traicionera, y les había hablado con tranquilidad, mientras una ira corrosiva se iba acumulando en mi estómago. Había llamado a los chicos con los que jugaba al fútbol los sábados, visitado los pubs adonde iba a beber, las bibliotecas donde solía estudiar, las cafeterías y las tiendas que frecuentaba. Pero nada. Nadie lo había visto. Nadie había sabido nada de él.

—Y de todos modos conseguiré colarme. Me he colado en sitios mucho más difíciles.

Recordé un parque de animales salvajes después de la hora del cierre, para encontrar a un elefante encadenado, y una cárcel búlgara estilo *El expreso de medianoche*.

—Y tengo un poco de dinero ahorrado.

—El dinero para nuestras vacaciones, querrás decir.

—Da igual. Esto es importante. Me voy.

Steve pinchó otro trozo de pollo y siguió masticando.

Y aquí estoy. Día de la marmota en Bangkok, viendo los mismos rascacielos, cuyas siluetas se confunden en las alturas, desde la ventanilla de un taxi que avanza a toda velocidad. Don ya está trabajando para mí. Tengo que pagarle de mi bolsillo, pero vale su peso en oro. Si alguien puede ayudarme a entrar en ese centro de preventivos es él.

Nos encontramos en la misma cafetería al final de la callejuela y, sin pensarlo, busco a Ross en las mesas vecinas. Como no lo veo, me vuelvo de nuevo e intento concentrarme en lo que Don me está contando.

—Puedo colarte en la prisión Klong Prem esta tarde. No me ha costado mucho dinero, pero sólo podrás estar treinta minutos con el preso.

—Eres un genio, Don. ¿Vendrás conmigo, por si necesito un intérprete?

—Claro.

—¡Joder, es Kate Waters! —exclama una voz alzándose entre el bullicio de la cafetería. Me doy la vuelta en la silla. La subinspectora Zara Salmond está sentada dos filas por detrás. Y de hecho ya no está sentada. Avanza entre

las mesas, una mujer con una misión, mientras sus dos acompañantes la miran asombrados.

—¿Qué coño está haciendo aquí?! —grita la subinspectora por encima de las cabezas de otros clientes, incapaz de esperar a llegar a mi mesa.

—Eh... Hola —saludo—. He venido a hacer el seguimiento de una noticia.

—¿En serio? Espere a que el jefe se entere de que está aquí.

Me vuelvo, pero no alcanzo a ver a Bob Sparkes.

—¿Está aquí?

—¿Usted qué cree? Está llamando por teléfono aquí al lado.

Me pongo de pie enseguida. Quiero hablar con él a solas, no con un público de turistas ruidosos y agentes de policía gritones.

Casi chocamos cuando doblo la esquina para meterme por la callejuela. Lleva el móvil en la mano y parece estar en otro mundo.

—Bob —digo, y pega un salto. Sigo caminando, guiándole por donde ha venido para así quedar sumidos entre sombras.

—¿Kate? ¿Qué demonios haces aquí?

—Tu sargento acaba de hacerme la misma pregunta a grito pelado. Estoy aquí por la noticia, por supuesto.

—¿Qué noticia? Creía que se la habías pasado a Joe Jackson. Se supone que estás de baja por asuntos personales.

—Bueno, me gusta mantenerme ocupada. Y Joe está ahora mismo con otra historia. ¿Cómo estás? ¿Qué tal con la policía tailandesa?

—Digamos que nos dedicamos a lo nuestro. Mi equipo está trabajando en el lugar de los hechos e intentamos localizar a la dueña. Los tailandeses ahora dicen que también fue testigo del incendio.

—¿En serio? Quizá yo pueda ayudaros con eso. Luego voy a verme con uno de los amigos de Jake. Igual sabe dónde podemos encontrarla.

—Vale —conviene Sparkes, y parece dolido.

—Podríamos ir juntos, tener una charla tranquila con él —sugiero, pasando a nuestra relación habitual de trabajo.

—Creo que no, Kate —repone devolviéndome a la realidad—. Te agradezco la propuesta, pero estamos buscando a tu hijo en el marco de una investigación por homicidio...

—Lo siento, qué estúpida soy.

—En fin, ¿qué esperas encontrar aquí? Jake está en el Reino Unido. ¿No deberías estar allí cuando aparezca?

—Dios, hablas igual que mi marido.

Sparkes sonríe.

—Tu marido tiene toda mi comprensión...

Sigo charlando, no quiero que se entere de mi visita a la cárcel. Podría intentar impedírmelo.

—Aquí es donde ocurrió todo, sea lo que sea. Necesito descubrir la verdad, Bob. Lo hago por Jake. Y no puedo quedarme de brazos cruzados. Soy así, Bob, ya lo sabes.

—Te entiendo —dice. Y es verdad. Estamos cortados por el mismo patrón.

—Tengo que irme. Se me hace tarde.

—¿Adónde vas ahora?

—Voy a darme una vuelta —contesto—. ¿Y tú?

—Lo mismo —responde, y me guiña el ojo.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Había largas colas en la cárcel de Klong Prem y he estado mordiéndome las uñas, sin saber si podríamos entrar antes de que terminara el horario de visitas. El contacto de Don le había dado los datos completos de Jamie Lawrence y el número del edificio, y nos había confirmado que podíamos presentarnos sin más. Había montones de normas para los visitantes: nada de libros ni de revistas con fotos de mujeres (vestidas o no), nada de dinero, nada de comida. En cambio, los visitantes sí podían adquirir para los presos artículos de aseo personal y también comida para que se la llevaran, incluidos, por extraño que parezca, los menús de KFC, y luego confiar en que los funcionarios de la cárcel se los dieran.

—¿Es un castigo añadido? —he tratado de bromear.

—El menú diario es arroz y cabezas de pescado —ha dicho Don—. Nos agradecerá cualquier cosa que le enviemos.

—Espero que no sea vegetariano —le he comentado a Don mientras le pasaba el dinero para un cesto de pollo frito, pasta de dientes y jabón.

—No te preocupes. Si no le gusta, podrá usarlo como moneda de cambio.

Avanzamos despacio por el sistema de control de la cárcel, mostrando nuestros pasaportes, siendo cacheados, rellenando formularios en pasillos cavernosos, siguiendo las indicaciones hasta la sala de visitas. Finalmente, nos sentamos en un banco y esperamos a que anuncien nuestro turno.

La aparición repentina de un montón de gente señala el final de la ronda de visitas anterior y me preparo. Sé lo que quiero preguntar, lo que espero que me diga. Lo que espero que no me diga. Anuncian varios nombres y los

visitantes se ponen de pie de un salto y corren a la cabina que les han asignado.

Don se levanta. «Nos toca», dice. No he oído mi nombre o nada que se le parezca ni remotamente, pero me coge del brazo y me dice: «No podemos esperar. No tenemos mucho tiempo. Es la cabina del final».

Caminamos deprisa, dejando atrás a los demás visitantes, que ya están sentados a nuestro lado de la reja de seguridad y se acercan todo lo que pueden a sus seres queridos. El ruido es ensordecedor, fruto de multitud de voces que compiten entre sí y rebotan sin tregua en las paredes.

Hay un taburete alto y un auricular de plástico en nuestra mitad de la cabina. Me siento y miro a través de las dos rejas: la primera a escasos centímetros de mi cara, la otra a un metro, al término de una tierra de nadie donde hay alguien sentado con un teléfono pegado a la oreja. Guiño los ojos para verlo mejor. «Es tailandés», le digo a Don, y él también pega la cara a la reja.

Cojo el teléfono y pregunto: «¿Jamie?».

El hombre dice algo que no entiendo.

—¡No es él! —le grito a Don—. ¿Nos hemos equivocado de cabina? Dios mío, estamos perdiendo tiempo.

Don se acerca a un guarda sentado a un escritorio detrás de nosotros y vuelve.

—Cabina correcta, preso equivocado. Está aquí por la visita anterior. Ahora mismo nos traen al nuestro.

Limpio el auricular con una toallita húmeda y luego la reja cuando se llevan al preso tailandés y entra nuestro hombre.

Me quedo mirándolo, sin poder hablar.

—Coge el teléfono —dice Don.

Lo hago. La persona que tengo enfrente hace lo mismo.

—Hola, mamá —saluda.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Jake tampoco puede hablar. Nos miramos el uno al otro. Aquí estamos, sentados frente a frente. Está tan quieto que parece una escultura sobre una lápida. Pero es él. «Jake», susurro entre el vocerío que me rodea. Y su cabeza se mueve, apenas un temblor casi imperceptible. Se lleva la mano a la cara, cubriéndosela, y parece que esté mirando por una grieta en un muro. Es como si no estuviera del todo aquí.

—No me creo que hayas venido —dice.

Don se acerca y me da un codazo. Sólo puede oír mis palabras en esta conversación que no termina de arrancar.

—Eres una aficionada, Kate. Mira que tener mal el nombre... —estalla Don—. Es Jamie. Pregúntale algo, joder. No hemos venido para quedarnos mirándolo.

Intento decir algo, pero siento una opresión tan grande en la garganta que sólo puedo soltar un gritito. Don me quita el teléfono de las manos y empieza.

—Hola, Jamie. Espero que puedas disculparnos. Mi amiga tiene un poco de jet-lag. ¿Cómo estás? Somos periodistas y hemos venido a verte para que nos hables de la pensión de Mama.

Intento recuperar el teléfono y el pobre Don, sorprendido, me lo cede.

—Jake —digo—, ¿qué haces aquí?

La cara de Don es un poema.

—Es mi hijo —le explico—. Es Jake.

Mi hijo y yo hablamos despacio, avanzando a tientas por un campo de batalla donde las minas son preguntas que exigen respuesta. Aferro el teléfono, como

he hecho tantas otras veces, a miles de kilómetros de distancia, para analizar cada una de sus palabras. Don está sentado con su cabeza arrimada a la mía para no perderse palabra y toma algunas notas, interrumpiéndonos de vez en cuando con alguna pregunta si algo no le ha quedado claro.

Jake nos dice que Jamie le robó el pasaporte y lo sustituyó por el suyo. No sabe por qué. Se dio cuenta cuando le detuvieron en un bar cerca de la pensión. La policía le registró la mochila y encontró el pasaporte de Jamie y una bolsita de cannabis.

—Fue una trampa, mamá. Alguien le dijo a la policía dónde podía encontrarme. Vinieron directamente a mi mesa. Me escondieron la droga. No entendía lo que me decían, no paraban de gritarme, y entonces me miraron la documentación y supusieron que yo era Jamie Lawrence. No les di mi nombre real porque pensé que podría resolverlo por mi cuenta sin que nadie se enterase nunca de que me habían detenido.

Se refiere a nosotros. No quería que nos enterásemos nosotros. Su familia, siempre critica.

—¿Te han llevado ante el juez? —pregunta Don.

—No, estoy en prisión preventiva.

—¿Por qué no nos avisaste, Jake? —quiero saber.

Le oigo suspirar al teléfono.

—Lo siento, mamá. Iba a hacerlo, pero...

—Es que nos dijiste que estabas en Phuket, salvando a la fauna o qué sé yo. Jake, durante dos años no hemos sabido dónde estabas...

—Mamá —dice, y dejo de insistir.

—Lo siento, no pretendía interrogarte. —«Ya llegará el momento de hacerlo», pienso—. Es que no me lo esperaba para nada. Encontrarte aquí...

Volvamos a empezar.

—Entonces ¿por qué has venido, mamá? ¿Qué querías preguntarle a Jamie?

—El incendio en la pensión —señalo, y mi hijo levanta la cabeza.

—¿Qué incendio? ¿Cuándo?

—La noche después de tu detención. ¿No lo sabías?

Dice que no con la cabeza.

—Ninguno de los guardas habla inglés. Y aquí no llegan las noticias.

—Encontraron muertas a dos chicas que se alojaban allí.

—¡¿Dos?! —grita, volviendo a taparse la cara con la mano—. ¡Dios mío! ¿Alex?

¿Por qué no se acuerda de Rosie?

Don me mira. También se da cuenta de que hay algo raro en la reacción de Jake. Muevo la cabeza y le indico a Don con los labios: «Está en shock».

—Sé que tiene que ser angustiante, cariño —convengo recalcando las palabras, tanto para convencerme a mí misma como para convencer a Don—. La policía está investigándolo, aquí y en Inglaterra. Dicen que Alex fue asesinada, Jake. La estrangularon antes de que alguien prendiera fuego al hostel.

Su cara se contrae de dolor y se echa a llorar. Acerco la mano a la reja. Es lo más cerca que puedo estar de tocarle.

—No llores, cielo. —Es la primera vez que se lo digo desde que era un bebé y también me pongo a llorar.

—¿Quién crees que la mató, Jake? —pregunta Don—. ¿Había alguien de su entorno que se comportara de una forma extraña? ¿Que le prestara demasiada atención?

Mi hijo trata de acompasar la respiración.

—Nos reíamos diciendo que Jamie la acosaba —explica con una voz ronca y plana, como si le hubieran arrancado la vida de las entrañas—. Intentaba convencerla de que se fueran juntos a Koh Phi Phi después de que Rosie...

Se calla.

—¿Después de que Rosie qué? —lo interrogo.

—Intento recordarlo —responde, y la voz le tiembla—. Rosie se largó el día antes de que me detuvieran. Le dijo a Mama que se iba con unos chicos holandeses a Birmania. Jamie estaba contentísimo. Pensaba que tendría a Alex para él solo.

—¿Unos chicos holandeses? —pregunto—. ¿Te refieres a Lars y a Diederik?

—Sí. ¿Cómo sabes sus nombres? —Levanta la cabeza y fija la mirada en mí.

—He hablado con Lars, Jake. He estado trabajando en la noticia —le informo, y trato de verle los ojos, ver si está mintiendo. De niño, siempre lo notaba. Primero apartaba la vista a un lado, o se miraba los zapatos, si contaba alguna mentirijilla. «Es culpa de Freddie...», por ejemplo. Cuando fue creciendo, las mentiras se hicieron más sutiles y ya no me resultaba tan fácil: «He intentado llamar, pero me he quedado sin saldo...». Aunque todavía era capaz de detectar la falsa sinceridad de su voz. «De verdad, mamá...»

Si tuviera que enfrentarme a él, si fuera el protagonista de una de mis noticias, le atacaría directamente diciéndole: «Rosie no se fue a Birmania con

los holandeses. Lo sabes, ¿verdad?». Pero no sé qué dirá. No quiero que me mienta. No estoy preparada.

—No se fue de la pensión —añade Don—. El otro cadáver era el de Rosie.

—Ha sido noticia en todas partes —interrumpo—. Tu cara ha salido en la portada de todos los periódicos del país desde el incendio. La policía te está buscando para preguntarte por las muertes, Jake. Te has metido en un buen lío.

—¡Dios! Pero ¿por qué no buscan a Jamie?

—Porque, en lo que a ellos respecta, está preso en una cárcel de Bangkok. Jake vuelve a agachar la cabeza.

—Te voy... Te vamos a sacar de aquí —afirmo. No tengo ni idea de cómo voy a hacerlo, pero tengo que darle esperanzas.

—Vale —murmura.

—Aguanta —pide Don—. Tenemos que buscarte un abogado enseguida. Conozco a uno que quizá pueda ayudarte. Luego hablaremos con la policía sobre tu identidad real, ¿de acuerdo?

Jake asiente. No me mira. Suena el timbre y empezamos a despedirnos.

—Vendré mañana —digo—. Te he enviado un poco de comida. Kentucky Fried Chicken —añado desesperada. Se lo llevan de la silla para hacer sitio al siguiente preso—. ¡Te quiero, Jake! —grito a través de la reja, pero no hace ningún gesto de haberme oído.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Esperamos a salir de las cabinas para hablar.

—¿Podemos sacarle? —pregunto. Es lo único que me importa ahora mismo. Luego me ocuparé de todo lo demás. Sea lo que sea.

—Ya veremos —dice Don—. Llamaré a mi colega, pero también necesitaremos que la embajada británica se implique. Se trata de una confusión de identidades y podemos demostrar quién es. Algo es algo. Si estuviéramos en casa sería optimista, pero esto es la jungla.

Mientras él llama a su hombre, yo llamo al mío.

—Steve, he encontrado a Jake —le suelto a bocajarro.

—¿De verdad? —alza la voz de repente, sus palabras salen a borbotones del teléfono—. ¿Te ha llamado? ¿Dónde está? ¿Cómo está? ¿Me lo puedes pasar?

—Steve, está aquí, en Bangkok.

Se queda callado un instante, perplejo, mientras trata de asimilar la noticia.

—¡¿Qué?! —grita—. ¿Qué está pasando?

Y se lo explico despacio, desligando los nudos de la historia tanto para mí misma como para mi marido, que se ha quedado sin palabras.

Es Don quien ve a Bob Sparkes y a Zara Salmond en la cola de los visitantes.

—Seguro que han venido a ver a Jamie Lawrence —dice cuando intento esconderme detrás de una columna—. Tenemos que contárselo. Quizá puedan ayudarnos a sacar a Jake.

Sigo sin estar segura, pero cruzo los dedos.

—Inspector —le llama Don desde lejos, mientras yo trato de sonreír.

Bob parece llevarse un monumental cabreo cuando nos ve. No me devuelve la sonrisa. Simplemente se pasa la mano por la cabeza, dejándose unos surcos sudados en el pelo.

—¿Habéis entrado? —me suelta—. Tendría que haber sospechado que venías a esto.

Trato de poner cara de arrepentida, lo necesito de mi parte.

—Sí, Bob, hemos entrado —respondo, pero me veo de pronto intentando contener las lágrimas. Aprieto los puños para controlarlas. Intento serenar el gesto.

—¿Kate? ¿Qué te ocurre? ¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Es Jake —digo tragando saliva.

—¿Qué pasa con Jake? ¿Jamie te ha contado algo sobre él?

Digo que no con la cabeza y Don toma la palabra en mi lugar, resumiendo la historia en tres frases como el buen periodista que es.

—El preso que tienen encarcelado es Jake Waters, no Jamie Lawrence. Jake dice que le engañó. Le cambió el pasaporte y le escondió drogas para que lo detuvieran.

—¡Madre mía! —exclama la subinspectora Salmond—. Entonces ¿es Jamie quien ha estado moviéndose en un coche de alquiler por Surrey?

El inspector Sparkes mira al cielo y luego a mí.

—¿Estás segura de que es él?

—Es mi hijo. Claro que estoy segura.

—Me imagino que no estabais sentados frente a frente y hace tiempo que no lo ves. Sólo digo que a veces la gente se confunde.

—¡Es él! —grito.

—¿Y qué ha dicho? ¿Qué te ha contado?

Me sueno la nariz en un pañuelo que me da la subinspectora Salmond. La gente que espera en la cola se vuelve y nos mira con descarada curiosidad, antes de avanzar unos pasos más.

—Me ha dicho que cuando empezaron a llamarle Jamie pensó que era una buena noticia. Que podría resolverlo y así nadie sabría que se había metido en líos. Es un idiota, Bob. Pero no estuvo implicado en el incendio. De hecho, no sabía nada hasta que se lo he contado. Estaba encerrado en Klon Prem, durmiendo en el suelo de una celda con otros setenta presos.

Sparkes no quiere saber nada de la lacrimógena historia de Jake. Con un manotazo al aire, me da a entender que no le interesan en absoluto esos detalles.

—¿Y las chicas? ¿Sabe algo de lo que les pasó?

—Me ha dicho que Rosie se marchó dos días antes del incendio. A Birmania.

—Con los chicos holandeses... —añade Don en voz baja.

Bob Sparkes levanta una ceja.

—Aunque evidentemente sabemos que no se marchó...

—Se lo contó esa mujer, la dueña del hostel, Mama. ¿Habéis podido hablar ya con ella? —Y me apresuro a dejar atrás las preguntas sobre Jake para centrarme en Jamie—. Mi hijo dice que Jamie era un chaval un poco raro y que seguía a Alex por todas partes. Intentaba presionarla para que viajara con él en vez de hacerlo con Rosie.

—¿Cree que Jamie las mató?

—No lo sabe. Pero me ha dicho que Jamie estaba muy contento cuando Rosie desapareció.

Salmond saca su libreta.

—Entonces Rosie desapareció el 13 de agosto, ¿no? —pregunta, con el bolígrafo en ristre.

—Creo que sí. No ha sido fácil hablar a través de dos rejas con un montón de gente gritando a nuestro alrededor.

—Me lo figuro —conviene Sparkes—. Tengo que hablar con Jake en persona. Lo estamos investigando como sospechoso, al menos hasta que descartemos su participación en los hechos, y necesito confirmar personalmente su identidad. Luego ya contactaré con la policía tailandesa y con los nuestros.

—No sé si los presos pueden recibir más de una visita diaria —observo. Tampoco sé si quiero que mi hijo sea interrogado por el inspector Bob Sparkes—. Tienen un millón de normas.

—De eso nos ocupamos nosotros. Zara se ha hecho amiga de un funcionario de la cárcel y nos han facilitado la entrada. Cuéntame algunos secretos de familia para que pueda ponerlo a prueba.

Enumero nombres de perros, la escuela de Jake, los nombres de sus maestros, sus notas en las pruebas de acceso a la universidad, su primera novia. Pero ni un solo momento dejo de repasar mentalmente nuestra conversación en la cabina.

«¡¿Dos?!», ha gritado. Como si sólo esperase un cadáver. No sabía nada de Alex. Pero ¿de Rosie? ¿Qué le contará a Bob Sparkes?

—¿Qué vas a hacer con esto, Kate? —me está preguntando Bob—. ¿Se lo vas a contar a tu periódico?

Por un segundo tengo la sensación de que no conozco la respuesta a esa pregunta. Pero sí sé qué voy a hacer. Si no lo hago yo, lo hará Don.

—Sí, claro que sí. Debo conseguir que lo suelten. Don va a conseguirle un abogado y yo me voy directa a la embajada para contárselo. Tienen preso al hombre equivocado. Supongo que eso tendrá algún peso con las autoridades tailandesas.

—Bueno, yo no estaría tan seguro —dice Sparkes—. Será mejor que vaya avisando a nuestro departamento de prensa. ¿Qué hora es allí?

—Temprano todavía, señor —informa Salmond.

—Pero no voy a confirmar tu relato, Kate. No por lo menos hasta que lo vea y esté seguro.

—No seas muy duro con él, Bob —pido—. Ha pasado un calvario.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Sparkes salió con las pilas recargadas. Era Jake Waters. Iban a hacerle un análisis de sangre en la enfermería de la cárcel para confirmarlo, pero era él sin lugar a dudas.

—Vamos, Zara, no te quedes atrás —dijo caminando hacia la parada de taxis, mientras volvía a encender el móvil—. Tenemos que decírselo a la Central de inmediato y hacer pública la foto de Jamie Lawrence.

—Estoy casi segura de que Kate Waters ya ha enviado la noticia, señor. Tengo un montón de llamadas perdidas.

—Ya, yo también.

Una de las llamadas perdidas era de Eileen, pero se puso a marcar el número de la inspectora Wellington al subirse al taxi. Llamaría a Eileen en cuanto hubiera terminado con todo el trabajo. Tenía muchísimas ganas de contarle el último giro en la historia. Le encantaría.

Mientras sorteaban el tráfico, le relató a su jefa todas las novedades en breves paquetes comprimidos. Ya estaba al corriente de todo. El *Post* se había puesto en contacto con la policía antes de publicar la crónica de Kate mientras Sparkes estaba en la cárcel, pero la inspectora Wellington había repelido las acometidas de la prensa hasta que pudiera hablar con su agente.

—Di que se están realizando análisis de sangre para confirmar la identidad del hombre preso en Bangkok —dijo Sparkes—. Y sobre todo: haz público que queremos hablar con Jamie Lawrence urgentemente. El *Post* tiene una foto suya que hizo el chico holandés, Lars. Que la amplíen y la pongan en circulación.

Ya en la habitación del hotel, Sparkes se quitó la camisa empapada de sudor y se puso debajo del aire acondicionado para secarse. Tenía la sensación de que el cerebro le estaba hirviendo dentro del cráneo. Se sentó en la cama con una toalla tirada sobre los hombros y llamó a Eileen. Fue Sam quien contestó en casa.

—Hola, cariño —dijo, vibrando todavía con la energía acumulada—. Tengo una llamada perdida de mamá. Pásamela. No se va a creer lo que ha ocurrido aquí.

—No puedo, papá. No se encuentra bien.

La toalla cayó sobre la cama cuando Sparkes se preparó para lo que iba a llegar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha perdido la conciencia esta noche. Lo siento mucho, papá. ¿Puedes venir a casa?

—Ahora mismo. ¿Qué ha dicho la doctora, Sam?

Oyó cómo se le quebraba la voz. Le dolía en el alma ver lo valiente que estaba siendo su hija.

—Que puede ser cuestión de horas, papá.

No llegaría a tiempo. Lo sabía.

—¿Estabas con ella, cariño?

—No. Helen estaba a su lado. Entró en coma de madrugada y Helen me llamó en cuanto se dio cuenta. ¿Por qué fuiste a Bangkok, papá? ¿Por qué no estás aquí?

Durante unos segundos no pudo hablar. La culpa y la pena inundaban su ser, apartando cualquier otro pensamiento.

—¿Papá? ¿Sigues ahí? —La voz de Sam era un salvavidas que le arrastraba de vuelta a la playa.

—Voy a mirar los vuelos ahora mismo, cariño. Dale un beso a tu madre de mi parte. Dile que aguante hasta que llegue. Dile que la quiero.

«Dios mío», les dijo a sus rodillas cuando colgó el teléfono. Estaba tirado en la moqueta. ¿Se había desmayado? No quería ponerse de pie. Quería quedarse en el suelo. Pero alguien estaba llamando a la puerta. Se incorporó con dificultad y entreabrió la puerta.

—¡Bob! ¿Estás bien? —dijo Kate—. Tienes muy mala cara.

La dejó pasar. No tenía fuerzas para nada más.

Kate le acompañó a una silla y le ayudó a pasar el otro brazo por la manga de la camisa.

—Hace un frío que pela aquí dentro, Bob. Estás temblando. Voy a apagar el aire.

—Tengo que volver a casa —anunció—. Tengo que encontrar un vuelo.

—¿Por qué? Dios mío, ¿es por Eileen? Voy a llamar ahora mismo a la compañía. ¿Dónde tienes el billete y el pasaporte?

Sparkes los sacó del bolsillo de su chaqueta sin decir palabra. El billete estaba blando porque se había mojado con el sudor de la mañana, pero Kate lo cogió, se sentó en la cama y sacó el teléfono. Él la miraba mientras intentaba convencer a la compañía de que le cambiara el vuelo. «Así se comporta cuando me intenta sonsacar algo.»

—Bob —dijo Kate, tapando el móvil con la mano—. Quieren saber qué tipo de emergencia es. Hemos de contárselo o tendrás que comprarte otro billete. Te costará una fortuna. Tenías un billete barato.

—Eileen se está muriendo —respondió, y los ojos de Kate se abrieron mucho.

—La mujer de mi amigo se está muriendo de cáncer. Tiene que llegar a casa esta noche —la oyó explicar—. ¿Ése es el primer vuelo? ¿No hay nada más? ¿Y alguna otra compañía?

Kate se puso manos a la obra en cuanto colgó el teléfono.

—Vale. El último vuelo directo a Londres acaba de salir. El siguiente sale a medianoche. Hay algunos vuelos con escalas que salen un poco más temprano, pero son más horas de vuelo y encima hay el riesgo de perder la conexión. Así que te he cambiado el billete al vuelo que sale esta medianoche. Con la diferencia horaria, estarás en Londres a las seis y media de la mañana.

Sparkes asintió. No había nada que hacer. No llegaría a tiempo. Dejó caer la cabeza y Kate le cogió la mano.

—Saldremos para el aeropuerto en cuatro horas, Bob. ¿Quieres que se lo comente yo a la subinspectora Salmond?

—No, yo lo haré.

—Voy a servirte un coñac —dijo ella, y empezó a buscar en el minibar—. Creo que yo también me tomaré uno.

Salmond llegó inmediatamente.

—Dios, cuánto lo siento, jefe. ¿Puedo ayudar en algo?

—Nada, Zara —respondió él—. Kate me ha buscado un vuelo, pero quiero que te quedes y cierres esto.

—Por supuesto. Todo irá bien. Llegará a tiempo.

Kate le pasó otra botellita y fue al lavabo, donde arrancó la bolsa de plástico que cubría el vaso para cepillarse los dientes.

Se quedaron sentados en silencio, sorbiendo el coñac, cada uno en su burbuja.

La realidad abrió una grieta en el silencio cuando empezó a sonar el teléfono de Salmond.

—Es la inspectora Wellington —informó, y le pasó el móvil a Sparkes.

Las dos mujeres se metieron en el cuarto de baño, para que tuviera un poco de intimidad mientras le contaba a su jefa lo ocurrido.

—Zara —dijo cuando terminó—. Tienes que hablar con la inspectora para ponerla al día de todo lo que surja sobre Jamie Lawrence.

—¿Estará bien, señor? —preguntó ella, y él asintió.

—Me quedo con él —declaró Kate—. Y le llevaré al aeropuerto. Usted continúe con la investigación.

Bangkok, día diecinueve

Jueves, 14 de agosto de 2014

Hacía horas que no veía a Jake. Le había dicho que no tardaría en volver. Alex le había visto muy preocupado, pero aun así él le había acariciado el pelo antes de irse. Se agarraba a aquel detalle.

No entendía qué estaba pasando. Le ponía enferma que los chicos actuaran de esa forma. Que jugaran con tus sentimientos. Un día todo eran atenciones, al otro pasaban totalmente de ti.

De todos modos, tenía otras cosas de que preocuparse... Pero por más que lo intentara no podía dejar de pensar en Jake, en el bonito hueco que tenía encima del labio superior. Y también en Rosie.

Respiró hondo y volvió a leer la lista de cosas que tenía que hacer, encallándose en cada línea. Encontrar a Rosie; llamar a mamá; ¿volver a casa?

Sacó la copia de su billete y la puso sobre la cama, al lado del «Itinerario final de A y R». Rosie y ella no habían pasado de la primera página, pero hojeó el resto del viaje, deteniéndose en los sitios más destacados, que ahora ya no vería. Las lágrimas de Alex cayeron sobre las hojas, manchando el papel húmedo, difuminando los detalles de su aventura. La realidad era tan sórdida y asquerosa... Le dieron ganas de romper aquellos papeles y tirarlos por la habitación, pero se contuvo. Necesitaba el número de teléfono de la compañía aérea —estaba segura de haberlo copiado y pegado en el itinerario— y lo encontró en una lista de «Contactos útiles». Justo encima del número de móvil de Rosie. Alex agarró su teléfono nuevo y marcó el número. Saltó enseguida el contestador. La voz cantarina de Rosie se le metió en la cabeza: «Hola, estoy pasándolo tan bien que no puedo responderte. Envíame un mensaje o email si me necesitas...».

Le suplicó que se pusiera en contacto con ella: «¡Por favor! Podemos arreglarlo. Aún no les he dicho nada a nuestros padres. Pero voy a tener que

hacerlo enseguida. ¡Lláname, Rosie!». Se quedó sentada un rato con el móvil en la mano. ¿Rosie había bloqueado sus llamadas? Le iba escribir un mensaje también, para que le quedara claro. Y luego iría a hablar con Mama.

Ésta la fulminó con la mirada cuando la vio acercarse.

—Necesito saber por qué se ha marchado Rosie, Mama —dijo Alex—. Es muy importante.

La boca de su anfitriona se cerró como una cremallera, haciendo desaparecer casi por completo el carmín morado de sus labios.

—Tendré que ir a la policía y denunciar su desaparición si no me lo dices —insistió Alex, tratando de imprimir fuerza a sus palabras.

Los labios morados volvieron a aparecer, dibujando una sonrisa siniestra.

—No te lo aconsejo —dijo Mama—. Por eso se fue Rosie.

Y a continuación le contó que Rosie había llorado porque se sentía muy avergonzada por haberle suplicado a Mama que le prestara dinero y que recuperase su pasaporte del hombre que le había alquilado la moto.

—Quería escapar de todo esto, y también de ti —concluyó Mama, señalando con el dedo a Alex.

—¿Por qué de mí?

—La odiabas. Todos te oímos. —Entonces Mama sacudió la cabeza—. Tú y Rosie sois un problema.

Alex no se movió del escritorio de Mama.

—Por favor, enséñame los mensajes que te envié. Tengo que verlos.

Mama cogió el móvil y se lo metió en el bolsillo.

—Privados —se negó.

Alex se quedó callada, con el gesto serio.

—¿Qué? ¿Algo más? —le espetó Mama—. Tengo trabajo que hacer.

Entonces la casera levantó la mano para rascarse la cabeza y Alex vio que llevaba unos pendientes suyos que había perdido.

—¿De dónde los has sacado? —le soltó, señalando sus infantiles pendientes de botón en forma de flor. Mama se tocó el lóbulo de la oreja.

—Rosie —respondió medio sonriendo—. Son un regalo de despedida. Ahora, vete —dijo, dando un manotazo al aire.

—¿Rosie se acostó con Jake? —quiso saber Alex. Esa pregunta le había estado quemando en el estómago.

Mama entornó los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Jamie. Me ha dicho que te lo pregunte.

—Eres una chica mala. Das problemas en la pensión de Mama.

—¿Dónde está Jake? —La voz de Alex subió repentinamente de tono—. ¿Tiene alguna culpa de que Rosie se marchara?

—No es asunto tuyo —le respondió Mama—. Quiero que te vayas ahora mismo. Necesito tu habitación.

Alex no podía parar de moverse. Caminaba por el pasillo, de su habitación al dormitorio, y vuelta a empezar. No quería hablar con Jamie, salvo para preguntarle dónde estaba Jake.

—¿Cuándo vuelve?

Jamie le repitió que no tenía ni idea, y su voz, a causa del enfado, sonó más entrecortada, como si se quedara sin aire. Alex se quedó mirándolo. Cuando Jamie pensó que se había ido, Alex pudo ver cómo cerraba los ojos y se ponía a contar, como un niño jugando al escondite. Cuando los abrió, se sorprendió al verla todavía tan cerca.

—¿Qué? —preguntó. Ella siguió mirándolo.

—Nada. ¿Crees que Jake me está evitando? De verdad que quiero hablar con él antes de volver a casa.

—Olvídate de volver a casa. Seguro que podemos arreglarlo. Puedo hablar con Mama, si quieres.

—No, se lo pediré a Jake cuando lo vea. Hace siglos que trabaja aquí. Él la conoce mejor.

—No me puedo creer que todavía quieras tener algo que ver con él después de lo que hizo.

—No sabes lo que hizo, Jamie. Te lo estás inventando.

—Bueno, yo sé lo que vi. Y oí.

—¿Qué? ¿Qué oíste?

—Rosie le gritó a Jake. Decía que iba contarte que se habían acostado.

—¡Cállate! —chilló Alex.

—Si no quieres creermelo es tu problema.

Alex se dio la vuelta.

—Voy a ver si lo encuentro.

—Te acompaño —dijo Jamie—. No deberías ir sola.

Como Alex no quería caminar con él al lado, Jamie la seguía a unos pasos. Fueron a los sitios habituales, pero ella se dio cuenta de que el chico ni siquiera se molestaba en buscarlo.

Cuando regresaron, Alex volvió a mirar si tenía algún mensaje de Rosie en el móvil. Nada. Llamó a la compañía aérea para informarse sobre cómo cambiar el billete. Había plazas, pero el cambio no le saldría barato. Tendría que pedirles a sus padres que lo hicieran y que le pagaran la diferencia. Cuando los llamara.

—Espero poder volar mañana a casa —le comunicó a Jamie en cuanto volvió a aventurarse en el bar vacío.

Él pareció quedarse alucinado.

—Pero si íbamos a hablar con Mama para que puedas quedarte aquí.

—No, Jamie, no he dicho eso. Tú lo has dicho. Y no quiero que lo hagas. Aunque Rosie vuelva, ¿cómo voy a poder confiar en ella otra vez? Voy a llamar a casa para decírselo a mis padres y luego me subiré al avión... Lo siento, tengo que irme. Estarás bien. —Le habría gustado darle un abrazo, pero no quiso que lo malinterpretara.

—No estaré bien —respondió, con la voz amortiguada por la emoción—. Quiero que te quedes, Alex. Por favor, quédate conmigo...

Ella se apartó y se alisó la camisa arrugada.

—No, quítatelo de la cabeza.

Le pareció que Jamie iba a echarse a llorar.

—Escucha, voy a hacer las maletas. Si quieres, luego podemos tomarnos una copa juntos.

—¿Un poco de fiesta? —propuso Jamie.

—Bueno, ya veremos —dijo ella, dudando.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

—¿Quieres que te deje solo? —pregunto, aunque en realidad no quiero hacerlo. Es como si Bob hubiera empequeñecido, como si hubiese menguado por el dolor.

—No, me conviene un poco de compañía —responde—. Aunque sea de una juntaletras como tú. —Y ensaya una sonrisa.

—Siempre encantador —digo, sonriendo yo también, porque quiero que este suave toma y daca no decaiga. Es lo que hacemos cuando todo pinta negrísimo. Bromeamos. Contamos un chiste malo. Es una demostración de bravura, supongo. Demostrar que podemos reírnos de todo.

—¿Quieres que te haga la maleta?

—Gracias, Kate. ¿Hay otro coñac en el minibar?

Saco todas las botellitas y las coloco delante de él, sobre la moqueta.

—No queda coñac, pero tenemos whisky y ginebra. ¿O mejor una cerveza?

Dejo que elija mientras empiezo a vaciar los cajones guardando su ropa en la maleta. Me sorprende que haya tenido tiempo de colocarla —la mayoría de los hombres ni se molestan—, pero su ropa interior está perfectamente ordenada y sus camisas cuelgan de la barra del armario.

—Cualquiera diría que pensabas quedarte un mes, Bob —digo—. No te gusta viajar ligero de equipaje, ¿no?

—No podía concentrarme cuando me estaba preparando para el viaje, así que lo metí todo. No tendría que haber venido, ¿verdad?

Me siento delante de él en la cama y le acaricio el brazo. No puedo evitarlo. Son gestos reflejos para este tipo de situaciones, aunque me pongo

roja de vergüenza e intento retirar la mano. Sin embargo, él no se aparta. Coge mi mano y la aprieta.

—Gracias por estar a mi lado, Kate. Te lo agradezco mucho.

—¿Por qué no llamas a Sam por Facetime? —pregunto—. Así podrás ver a Eileen. Hablar con ella...

Bob se pone una camisa limpia, dándome la espalda para quitarse la sucia. Aún tiene mojada la piel de la espalda y la tela se le adhiere inmediatamente. Busco el trípode de mi móvil en el bolso y lo monto sobre el escritorio. Será más fácil que intentar sostener el teléfono con las manos temblorosas.

—Mejor voy al cuarto de baño, ¿no? —sugiero.

—No, quédate. Igual meto la pata con esto de Facetime y necesito que me ayudes.

Llama a su hija y alcanzo a verla un instante en la pantalla, ojos hinchados y la boca de Bob.

—¿Puedo ver a mamá? —pide.

En el espejo encima del escritorio, veo cómo se le tensa el rostro mientras trata de encontrar a su mujer.

—Hola, amor —dice cuando Sam llega a la cama. El cuerpo en la cama se mueve un poco al oír su voz—. Estoy aquí, amor mío. —Respira hondo—. Sé que puedes oírme, Eileen. Quiero que sepas lo mucho que te quiero y que mañana estaré allí contigo, en persona. Me prometiste que estarías bien hasta que regresara. ¿Me esperarás? Por favor, amor.

Bob está llorando e intento no mirar, pero me sorprende observando la tragedia por el espejo.

—Mueve el teléfono, Sam, para que pueda verla entera.

Sam recorre el cuerpo de su madre con el teléfono, empezando por su cara dormida, blanca como la funda de una almohada, y bajando hasta sus manos crispadas, sobre un edredón con un estampado de rosas.

—Estamos todos —informa Sam, haciendo una panorámica para enseñarle el resto de la familia. Todos miran a la cámara con timidez—. Y estaremos aquí cuando vuelvas, papá.

—Muy bien, princesa. Nos vemos mañana temprano.

Terminada la llamada, le digo que descanse un rato en la cama. Está agotado y cierra los ojos enseguida. Está de costado, con las manos unidas bajo la almohada. Apago la luz del techo y me siento en silencio hasta que intuyo que

se ha dormido. Entonces me dirijo de puntillas al cuarto de baño para hacer también mi llamada a casa.

Viernes, 12 de septiembre de 2014

LA MADRE

Encendió la tele de la cocina mientras se preparaba el segundo té del día, con una chaqueta de punto sobre el camisón, y subió un poco el volumen para que el borboteo del hervidor no le impidiera escuchar las noticias.

La agente de enlace con las familias, Wendy Turner, había llamado al despuntar el día para darles la noticia de que se había producido un gran avance en la investigación.

—Lesley. Han encontrado a Jake Waters en Bangkok. Está en la cárcel.

—¿Qué? ¿Está encerrado con Jamie Lawrence? —dijo Lesley, tratando de encontrar el sentido a aquellas palabras a través de la niebla de las horas de sueño.

—No, la policía creía que era Jamie Lawrence, pero en realidad se trataba de Jake Waters.

—No lo entiendo, Wendy. ¿Qué quieres decir?

Cuando creyó haberlo entendido todo, colgó el teléfono y se volvió hacia Malcolm.

—Ya no están buscando a Jake Waters —le anunció a su marido—. Está en una cárcel de Bangkok. Ahora quieren hablar con Jamie Lawrence. Creen que fue él quien mató a Alex.

Las negociaciones por el referéndum escocés sonaban de fondo mientras removía el té con sólo un azucarillo de Malcolm. Cuando levantó las dos tazas para subirlas a la habitación, la cara de Alex apareció en el televisor. Las dejó otra vez en la encimera, volcando parte del té, y buscó a toda prisa el mando a distancia.

En la cocina, sonó a todo volumen la «asombrosa novedad» en el asesinato de las mochileras.

—¡Mal! —gritó—. Ven aquí. Es Alex.

Malcolm bajó corriendo por la escalera. Llevaba solamente una camiseta y unos bóxers, y todavía tenía la cara arrugada después de las horas de sueño.

—¡Mira! —dijo señalando la pantalla—. La prensa se ha enterado de la detención de Jake Waters.

Malcolm se sentó en una silla y se restregó los ojos.

—¿Podemos bajar la tele? —pidió—. Tengo una jaqueca horrible.

Lesley apagó el volumen y llamó al móvil de Wendy Turner. Salió el contestador. Pero en cuanto colgó la llamó Jenny.

—Me estoy volviendo loca, Lesley —dijo—. Es terrible. Cuando creo tener una idea de lo que pasó, todo vuelve a derrumbarse como un castillo de naipes. Sólo quiero saber quién mató a nuestras niñas. Nada más.

—Acabo de llamar a Wendy otra vez, pero me ha saltado el contestador. No tengo a nadie más a quien llamar para pedir información. El inspector Sparkes y la subinspectora Salmond están en Tailandia. No sé cómo ponerme en contacto con ellos.

—Llama a Kate Waters. Ella lo sabrá.

El móvil de Kate estaba conectado y Lesley trató de contener los nervios.

—Hola, Lesley —respondió Kate—. ¿Te has enterado?

No era momento de andarse con cumplidos. Lo único que se requería era una comunicación concisa de madre a madre.

—Sí, es increíble. ¿Sabes qué ha pasado?

—Esta mañana he ido a ver a Jamie Lawrence y me he encontrado a Jake en la cárcel.

—Pero ¿sabes cómo pudieron confundirse así? ¿Se parecen?

—Un poco. Son más o menos de la misma altura y color de pelo. Pero el pasaporte de Jamie estaba en la bolsa de Jake. Y Jake se dejó llevar y le dijo a la policía que era Jamie. No quería que nos enterásemos de que lo habían detenido. Y la policía ni se lo planteó. Era un extranjero flaco con una bolsita de cannabis en la mochila. No creo que tuvieran demasiado interés en comprobar su identidad. Lo encerraron y punto.

—¿Y fue Jamie el del hospital?

—Sí, con el pasaporte de Jake. Y era Jamie el que estaba en el hostel cuando se declaró el incendio. Jake no tuvo nada que ver, Lesley.

Se quedaron calladas y ambas recordaron la última vez que habían hablado por teléfono, gritándose la una a la otra.

—Siento haber dicho esas cosas, Kate. Estaba tan y tan disgustada...

—Lo sé, Lesley. Han sido unos días terribles para todos nosotros. Pero la policía cogerá a Jamie. Ahora están buscando a quien tenían que buscar desde el principio.

—¿Qué están haciendo? ¿Estás con Sparkes y Salmond?

Kate volvió a quedarse callada. Entonces le susurró al teléfono:

—Escucha, Bob Sparkes tiene una urgencia familiar. Coge un avión esta noche para volver. Zara Salmond terminará las cosas aquí. Llámala a su móvil en una hora o así.

—Dios mío, ¿qué ha pasado?

—Es personal, Lesley. No creo que Bob quiera que se sepa. ¿No te molesta?

—Por supuesto que no. Kate, ¿qué ha dicho Jake de las chicas?

—Ni siquiera sabía que habían muerto. Se ha puesto muy triste cuando le he contado lo de Alex. Creo que le gustaba mucho.

Lesley se puso a llorar. Le dio la impresión de hallarse en el filo de un abismo, a oscuras. A la tensión de no saber qué iba a ocurrir a continuación se le habían sumado, en su cabeza, las imágenes de lo que podría haber sido. Nunca lo superaría. Ya ni siquiera podía soportar la idea de intentar dar un paso más y precipitarse en el abismo.

—Intenta ser fuerte, Lesley —le estaba diciendo Kate—. Volveré a verle, con un abogado, para intentar sacarlo. Entonces podrá contarnos más cosas.

—¿Me llamarás después? —preguntó Lesley—. Por favor...

Lunes, 15 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Todavía no he recibido noticias de Don y doy golpecitos con los dedos en el mostrador de la recepción del hotel. Ha estado moviendo hilos todos el fin de semana, mientras yo le iba pisando los talones, azuzándole sin parar. Ya ha conseguido un abogado y hemos estado en contacto permanente con la embajada, la policía y la prensa.

«Dale cinco minutos más —me digo a mí misma—. Seguro que está hablando otra vez con el abogado.» Esta mañana vendrá con nosotros a ver a Jake. Consulto mi móvil como una drogata o como una autómatas, comprobando si hay mensajes o emails nuevos cada medio minuto.

Bob me envió ayer un texto escueto para decirme que Eileen había muerto. No me dijo si llegó a tiempo. Espero que sí. El viernes me esperé un buen rato después de que Bob desapareciera en el aeropuerto para coger su vuelo. Sin moverme, abrumada por el dolor callado que le había visto. No había vuelto a llorar. Había encerrado el dolor bajo su piel húmeda, conteniéndolo en su fuero interno hasta llegar a casa.

—Gracias, Kate —me dijo al cargar su maleta al hombro y guardarse el pasaporte en el bolsillo de la camisa—. Mejor paso ya. El control de seguridad puede eternizarse...

Me dieron ganas de abrazarle, pero parecía tan frágil que no me atreví a tocarlo.

—Buen viaje, Bob. Intenta dormir. Llegarás antes si duermes un poco.

Bob intentó sonreír.

—Va, vete. Hemos pedido un coche para que te recoja en el aeropuerto.

—Vale, adiós.

Estiró la mano y me acarició el brazo. Luego se volvió y desapareció entre la multitud.

Decidí volver en tren a la ciudad. Después de tanta intensidad, no podía soportar el aislamiento de un taxi. Necesitaba rodearme de gente, aunque fueran desconocidos. Sobre todo desconocidos. Observaba las caras que me iba encontrando y escribía mentalmente sus historias.

Ya era muy tarde cuando llegué a mi habitación y encendí el portátil. La cara de Jake volvía a salir en todas partes. Pero esta vez mi hijo era la víctima, no el asesino.

«Se equivocaron de hombre», rezaba un titular.

La prensa lo había aprovechado al máximo, crujiendo a la policía tailandesa por todos los errores que habían salido a la luz: «Decálogo de los errores», «Los escandalosos errores en detalle», etcétera. Era una historia compleja, pero los directores de los periódicos no se habían dejado nada en el tintero y habían aportado «valor añadido», que era una de las expresiones del momento. Así pues, vi columnas, enumeraciones con viñetas y gráficos para recalcar cada uno de los extremos de la noticia.

Tenía muy buena pinta, aunque me pregunté si sería beneficioso. ¿Dejar en ridículo a la policía tailandesa los empujaría a poner a Jake en libertad? Tendría que haberme metido enseguida en la cama cuando regresé al hotel, pero me serví un vinito francés del minibar y me puse a rememorar el encuentro con mi hijo, volviendo una y otra vez sobre los detalles. El momento en el que nos habíamos reconocido. Su reacción al saber de la muerte de Alex. Y la de Rosie. Le preguntaría más cosas cuando lo sacáramos de allí.

Hoy, cuando lo veo, no parece más descansado que el día anterior. Pero yo tampoco lo estoy. Estamos moviendo todos los hilos a la vez. La embajada intenta aplicar su *savoir-faire* diplomático entre bambalinas y el abogado es el que lleva la voz cantante en la cárcel. Tengo que esperar a que llegue mi turno. Cuando el abogado y Don se van a hablar con la dirección de la cárcel me acerco a la reja.

—¿Pudiste dormir anoche? —pregunto. Dice que no con la cabeza. Tiene bolsas en los ojos y la barba de tres días le hace parecer mayor de lo que es.

—¿Te dieron la comida que te envié?

Asiente.

—Tenemos que hablar, Jake.

—Cuando salga, mamá. Estoy completamente desubicado. Intento entender lo que ha pasado.

—Tú y todos, Jake —digo—. Sobre todo con respecto a Rosie. ¿Sabes lo que pudo pasarle?

Dice que no con la cabeza, moviéndola con lentitud.

—La policía te hará las mismas preguntas. Eres consciente, ¿no?

—El inspector ya lo ha hecho. Me lo preguntó ayer y le dije lo mismo. No lo sé. Rosie desapareció la noche que Alex se emborrachó y hubo que llevarla a su cama. Había quedado con Alex en que la invitaría a cenar en alguna parte, pero al final me tocó hacer un turno extra en el bar. Me dijeron que Rosie se había marchado a Birmania en autocar, para encontrarse con los chicos holandeses.

Me lo recita de un tirón. Bonito cuento chino. Me pongo a temblar.

—¿Y tú te lo creíste? —le planteo con suavidad.

Jake me mira a través de la tierra de nadie que nos separa.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué debería haber pensado? No me extrañó.

—¿Quién te lo dijo?

—Mamá, la mujer que llevaba la pensión. La policía tendría que hablar con ella, no conmigo.

—¿Y Alex?

—Estaba viva cuando salí por última vez de la pensión. En serio, mamá. Decía que quería volver a casa. Esto era un caos.

Suena el timbre y levanta la mirada. Veo en su rostro el desahogo por poder marcharse.

—¡Sé fuerte, cariño! —grito, y pongo la mano en la reja.

Él asiente y se aleja arrastrando los pies.

Ross está nervioso cuando por fin nos encontramos. Frenético. Derrama su copa sobre la mesa cuando salta para saludarme. La última vez me dio plantón y me preguntaba si aparecería hoy.

—Hola —saluda mientras me ofrece una silla, que agarro antes de que termine en el suelo.

—Ten cuidado —digo—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Lo siento. Estoy de los nervios. Estoy intentando desengancharme. Sólo llevo unos días.

—Qué buena noticia, Ross —exclamo, y le sonrío para darle ánimos.

—El otro día me metí una porquería y terminé en el hospital. En fin, que lo estoy intentando... —Le hace un gesto a un camarero para pedirle otro café —. Bueno, ¿crees que podrás sacar a Jake de la cárcel? ¿Está bien?

—Acabo de verle. El sitio es desolador. Pero estamos trabajando para que los tailandeses lo pongan en libertad.

Ross asiente y cruza los dedos. Como si tuviera cinco años y estuviéramos jugando a algo. «¿Cuándo maduran los hombres? Supongo que cuando tienen hijos —pienso, removiendo mi café—. Cuando por fin captan de qué va el rollo de ser adulto.»

Ross parece tenso.

—Creo que me voy a la farmacia —dice—. A ver si me dan algo.

—Por supuesto. Escucha, sólo una cosa. Jake me ha dicho que tengo que hablar con Mama, la dueña de la pensión, pero no sé dónde puedo encontrarla. ¿La has visto últimamente?

Ross me mira de reojo.

—Bueno, verla no la he visto, pero alguien me ha dicho que ha aparecido en la casa de una prima suya. Se va a quedar allí unos días.

—Me encantaría hablar con ella sobre Jake. ¿Puedes darme su dirección?

—Es posible que no quiera hablar contigo.

—Te prometo que no voy a decirle que me la has dado tú.

Apunta la dirección en una servilleta de papel con mi bolígrafo.

La mujer sentada frente a la casa en una silla naranja de plástico va toda emperifollada y con una peluca, como si estuviera a punto de saltar al escenario, y se abanica la cara con un paipái de bambú.

—Hola —digo—. Usted debe de ser Mama.

Me mira con desdén, sin moverse de la silla.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Soy Kate. He estado en su pensión.

«No es mentira. Estuve allí, entre las ruinas.»

Se encoge de hombros y echa una mirada de hartazgo a otra mujer que está sentada a su lado. Una triste hembra de pavo real, comparada con la extravagante imagen de su compañera.

—No la recuerdo, pero tenía a tanta gente...

—Sólo quería decirle que me llevé un enorme disgusto cuando me enteré del incendio. Tiene que ser terrible para usted, perderlo todo así.

Mama parece interesada por primera vez y aparta a su compañera de la silla para hacerme sitio.

—Sí, es terrible. He perdido mi casa, mi negocio, mi dinero.

—Vaya —respondo mostrándole mi pesar, y Mama envía a su prima a prepararnos unos refrescos—. ¿Estaba en casa cuando empezó el incendio?

Asiente.

—Durmiendo en mi cama. Me desperté y todo olía a humo —contesta, imitando con un gesto el momento en el que se dio cuenta.

—¡Jo! ¿Y cómo pudo salir?

—Por una ventana. Me rompí el brazo al caer. —Y se levanta la manga del vestido para mostrarme una escayola mugrienta—. Me marché a mi aldea natal para recuperarme. Pero he tenido que regresar a Bangkok para resolver algunos asuntos.

—Ha tenido mucha suerte de salir con vida —afirmo, haciendo alarde de fingida compasión.

«Estaba allí —me digo—. Por fin estoy hablando con alguien que estaba allí.»

—Mucha suerte.

—¿Y cómo pudo empezar el fuego? —pregunto—. He oído que lo provocó una vela que se cayó al suelo en una fiesta.

Mama me escruta con atención.

—Eso es lo que dice la policía, pero no hubo ninguna fiesta. Fue uno de los chicos ingleses —asegura, y se abanica para dar mayor dramatismo a la revelación.

Soy el público perfecto. Me siento en el borde la silla y abro la boca en una expresión de incredulidad.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi. Salió corriendo. Olí el líquido para barbacoas que utilizó —señala, y lanza un escupitajo al suelo para mostrar su desprecio.

Jamie. Jamie *el Metomentodo*.

—Pobres chicas —añado, y el gesto de Mama se endurece bajo la capa de maquillaje—. Decían que una de ellas, Rosie Shaw, se había marchado para hacer turismo por Birmania...

—Eso es lo que me contó.

—Ah, ¿sí?

—La última vez que la vi. La noche antes del incendio.

—Ah —respondo con cautela—. Creía que se había marchado dos días antes.

Mama se abanica rápido.

—Sí, sí, eso es. Dos días antes. No puedo acordarme de todo.

—Seguro que Rosie tuvo en usted a una buena amiga. Dicen que le enviaba mensajes, ¿no?

—Bueno, el chico inglés, Jamie, me pidió que le explicara eso a la gente. La gente se estaba poniendo inquieta con su desaparición. Me dijo que todos estarían más tranquilos así.

—¿Jamie?

—Sí, siempre lo tenía pegado a mi oreja, contándome cuentos. Dijo que lo vio todo —declara Mama, casi para sus adentros.

—¿En serio? ¿Y qué vio?

—Siempre estaba vigilando a Alex. La quería con locura. Una noche incluso la drogó para que no pudiera salir con Jake.

—¿De verdad? —No puedo creerme lo que estoy escuchando.

—Sí, le puso algo en la cerveza y luego la llevó a la cama. A salvo de cualquier competidor.

La prima nos interrumpe de pronto, saliendo por la puerta y agitando un móvil en la mano. Es para Mama.

—Lo siento, es importante —se disculpa.

Me quedo sentada con la bebida entre las manos. Se va calentando mientras espero. Así que Rosie no se marchó. Jamie se inventó los mensajes de texto. ¿Alex lo descubrió? ¿La asesinaron por eso?

Cuando vuelve, Mama está furiosa.

—¿Quién eres? —me dice entre dientes desde la puerta.

—Se lo he explicado. Soy Kate...

—Eres de la policía británica, mi contacto me lo ha dicho.

—No, claro que no. Tienes razón, la policía británica está en Bangkok, investigando la muerte de las dos chicas. Pero yo no voy con ellos. Soy la madre de Jake Waters.

Y Mama, para mi sorpresa, se echa a reír. Una risa profunda, gutural, sucia.

—Pues me alegro de no serlo yo —espeta, y me cierra la puerta en las narices.

Tenemos que esperar el resto de la jornada para que nos entreguen los resultados del análisis de sangre de Jake que confirma el error en la identificación y para que los tailandeses lo pongan en libertad. Me paso buena parte del día yendo de un lado para otro en taxi, recogiendo y entregando formularios, llamando a Steve para que me escanee documentos y a Joe para que me busque un número que necesito. Se lo agradeceré como es debido cuando regrese a Inglaterra. Con Jake.

Al final, la puesta en libertad se realiza con suma discreción. No hay alardes de ningún tipo ni tampoco reconocimiento de culpa alguno. Es la forma tailandesa de hacer las cosas.

Espero mientras traen a Jake. Oigo cómo se abren y se cierran varias puertas, cada vez más cerca, marcando su itinerario hacia mí. Tengo el pasaporte provisional, los billetes de avión y mi equipaje. Don y el abogado consideran que lo más prudente es abandonar el país inmediatamente para evitarnos cualquier sorpresa desagradable de última hora. Ya en el taxi, le cojo de la mano y él me la estrecha.

—Ya casi estamos en casa —susurro—. Papá y Freddie estarán en el aeropuerto.

Martes, 16 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

No son los únicos que nos esperan. El vestíbulo de la terminal de llegadas está abarrotado de cámaras y periodistas. Tendría que habérmelo imaginado, pero no estoy funcionando al cien por cien. Veo a Steve al final de la multitud, moviendo la mano frenéticamente, y me abro paso con el carro todo lo rápido que puedo, mientras Jake se sujeta de la barra como si fuera un niño pequeño en unos grandes almacenes. Pero es como nadar contracorriente. Los periodistas se agolpan a nuestro alrededor, colándose por debajo de los objetivos que nos apuntan, cerrándonos el paso y disparando sus preguntas.

—¿Estás contento de volver a casa, Jake?

—¿Vas a denunciar a las autoridades tailandesas?

—¿Qué es lo primero que harás?

—Dormir una semana y luego tomarme una cerveza —dice mi hijo, y les obsequia con su preciosa sonrisa. Las cámaras pitán y zumban para capturar el regreso del hijo pródigo.

No nos queda más remedio que embestir como si fuéramos una melé de rugby y los periodistas van retrocediendo, sin dejar de colar la cabeza por debajo de las cámaras de sus compañeros. Steve, mientras tanto, se va abriendo paso hacia nosotros. Por fin consigue penetrar entre el bosque y envuelve a Jake, abrazándolo con fuerza, largamente.

—Qué maravilla verte —asegura, y luego me abraza a mí también.

—Igual de feo que siempre —suelta Freddie, y choca el puño con su hermano.

—Venga, vamos a casa —dice Steve, y coge a su hijo mayor del brazo.

—¿Quieres decir algo a los padres de Alex y Rosie?! —pregunta a gritos una voz conocida, alzándose entre el barullo.

Jake deja de sonreír. Le agarro del brazo para pararlo, pero ya está buscando el origen de la pregunta.

—Que lo siento...

—¡¿Y qué es lo que sientes?! —vuelve a gritar Louise Butler.

—Siento que hayan muerto.

—¿Sabes cómo murió Rosie, Jake?

El repentino cambio de tono parece dejar aturdido a mi hijo, y Steve y yo nos lo llevamos, protegiéndolo de las preguntas.

Joe Jackson aparece a mi lado.

—¿Puede concedernos unas declaraciones, Kate? ¿Una entrevista exclusiva? Puedo ir a vuestra casa.

—Lláname en una hora —digo entre dientes—. Tenemos que llevarlo a casa.

Jueves, 18 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Bob se estaba poniendo los calcetines, sentado en el lado huérfano de la cama. Los otros le esperaban abajo y sabía que debía darse prisa, pero necesitaba cinco minutos a solas con Eileen. En casa ya se habían dicho todo lo que se podía decir, tomando una taza tras otra de té, demorándose en los álbumes de fotos y en los recuerdos compartidos. Habían cumplido con el ritual del duelo hasta el último detalle. Pero Bob anhelaba estar a solas con su mujer. Escuchar sus impresiones sobre todo lo ocurrido.

Cerró los ojos y la convocó. Con la misma apariencia que en las navidades anteriores, antes de la recaída. En esos días había mandado sobre la cocina como un general en la batalla, maldiciendo las patatas al horno porque no se les formaba la corteza crujiente, removiendo los grumos rebeldes de su legendaria, por indigesta, salsa. Y entretanto sonreía en medio de aquel caos.

—Bueno, ha merecido la pena ponerse buena para vivir esto, ¿no crees?

Sí, había merecido la pena. Cada minuto había merecido la pena.

Cuando aterrizó en Heathrow todavía estaba viva. «Aún está con nosotros, papá», le había dicho Sam cuando llamó a casa. Pero mientras iba por la M3, Eileen se le había escapado, cuando ya casi la acariciaba.

—No ha recuperado la conciencia, Bob —le dijo Helen en la puerta—. Lo siento mucho. Pero no ha sufrido. Una buena muerte.

Bob se había sentado en la vieja silla de mimbre y había sujetado su mano fría. Empezó a frotarla para darle calor porque era lo que siempre hacía, aunque enseguida dejó de hacerlo.

—Hola, amor. Ya estoy en casa.

Llevaba las instrucciones de Eileen en el bolsillo interior de la chaqueta, junto a su corazón, cuando fue con Sam a ver al director de la funeraria para decidir los detalles de la ceremonia. «Igual intento colar *The Old Rugged Cross*», había dicho, y Sam se había reído.

—Su fantasma te perseguirá toda la vida si lo haces.

—Me encantaría —admitió él, sonriendo también.

El funeral fue bien y todos rieron y lloraron cuando sonó *Starman* al final. Luego se sirvió té y se derramaron más lágrimas en el restaurante del *garden* que Eileen había elegido, rodeados de la intensa fragancia de las últimas flores de la temporada.

—Le habría encantado esto, Bob —le susurró su cuñada—. Estaría orgullosa de ti.

Deseó que así fuera. «¿Lo estás, Eileen?», se preguntó.

«Todo está perfecto. Ahora ve a ayudar a Sam con los viejecitos», le murmuró su mujer.

—¿Cuándo te reincorporas al trabajo? —dijo uno de sus tíos ancianos, mientras le caían migas sobre la corbata.

—Mañana —se oyó responderle—. Tengo un caso que he de cerrar. Me mantendrá ocupado un tiempo. Luego me tomaré unos días libres.

No podía dejarlo a medias. Ya la lloraría más adelante.

Zara se había puesto en contacto con él a primera hora de la mañana. Esa noche varias personas habían visto a Jamie Lawrence. El chico al que buscaba se había estado ocultando a la vista de todo el mundo, según parecía. Pero publicar su fotografía había cambiado la situación. Salmond le había enviado un mensaje de texto para informarle y él había respondido inmediatamente, agradeciendo la distracción tras una noche de insomnio.

—¿Cuándo has vuelto? —le preguntó cuando ella respondió a su llamada.

—Hace un par de días, o ayer, no lo sé. Lo siento, todavía no estoy segura de la franja horaria en la que vivo. ¿Estaba despierto, jefe?

—Sí. No podía dormir.

—Lo siento mucho.

—Gracias, Zara. Todos los sentimos, pero lo superaremos. Tuvimos tiempo para prepararnos.

—¿Quiere que le mantenga al día con lo de Jamie Lawrence?

—Por supuesto. Esta tarde enterramos a Eileen. Mañana vuelvo al trabajo.

—¿Seguro?

—Seguro.

Bangkok, día veinte

Viernes, 15 de agosto de 2014

No había sido una gran fiesta, la verdad. Tan sólo se había dedicado a beber lo suficiente para aliviar la pena que sentía. Jamie había bebido como un cosaco, yendo de vez en cuando a la cámara frigorífica de Mama a por más alcohol y haciendo rodar las botellas vacías por el suelo cuando se las terminaba.

Ya era tarde, pasada la medianoche. Había llegado el momento de hacer la llamada.

—Voy a llamar a casa —dijo, más para sí misma que para el chico tirado en el suelo—. Mamá y papá ya habrán llegado del trabajo. Tengo que hacerlo. Pero ¿qué voy a decirles? ¿Qué le dirías tú a tu madre, Jamie?

Él la miró un instante con gesto de incompreensión.

—¿Mi madre? ¿Cuál de ellas?

—¿Qué? ¿Tu padre se casó con otra? ¿Como el de Rosie?

—En realidad tuve cuatro, si incluyo a las dos madres de acogida.

—¡Ah!

Jamie había respirado hondo, como si fuera a zambullirse en una ola y no hubiese nada que ella pudiera hacer para pararlo.

—Primero estuve en acogida y luego me adoptaron. Más tarde, cuando mi madre adoptiva se hartó de mí, me mandaron a vivir a un centro de menores hasta los diecisiete años.

—Oh, Jamie —dijo ella, apartando una botella y acurrucándose a su lado.

—Es agua pasada. No suelo contárselo a la gente. Porque luego piensan que soy diferente de ellos. Mi trabajadora social decía que era demasiado sensible, que no todo el mundo me juzgaba. Pero sí lo hacen.

Y todo había empezado a salirle a borbotones. Su infancia. Su madre, que no pudo cuidar de él. Tenía recuerdos borrosos de ella... Su olor. Un olor a quemado. A cigarrillos baratos, consumiéndose sin pausa en el cenicero o

entre sus dedos manchados de nicotina. Cerillas que se encendían, el olor de los ceniceros fríos.

—A veces me sonreía —explicó Jamie, exhumando el recuerdo de algún recoveco de su memoria—. Y yo le abrazaba las piernas. Entonces se echaba a llorar. Recuerdo pasar hambre.

Luego llegaron las madres de acogida. Alex intentaba no perderse en la secuencia de cambios vitales, pero Jamie hablaba cada vez más deprisa.

—La primera era vieja y olía raro. Muchos críos en casa. Estaba rodeado de gente, aunque nadie me hacía caso. Sólo tenía cuatro años. Siempre llevaba en el bolsillo una caja de cerillas de mi madre de verdad. Para guardar cosas dentro.

Alex le cogió la mano para transmitirle la pena que sentía por él y se la apretó.

—Tiene que haber sido espantoso. Eras muy pequeño —dijo.

—Sí. La segunda madre de acogida era más joven, pero empecé a mojar la cama y un día se le cruzaron los cables y me arreó un bofetón. La trabajadora social vio la marca y entonces llegó la madre número tres. Mi madre adoptiva, y también un padre. Tuve que cambiar de escuela para poder ir a vivir con ellos. Llevaba un uniforme distinto y los niños me miraban mal. Y uno me preguntó: «¿Por qué vas con un jersey azul?». Yo no sabía por qué. Tuve que hablar con una señorita en la sala de profesores. Me dieron galletas y un zumo. Pegaba y mordía a los otros niños. Fue la peor época. Y cuando me metí en más problemas más adelante me enviaron a un centro de menores. En cierto modo, me alegré. A esas alturas, ya estaba harto de las familias.

—¿Intentaste encontrar a tu madre de verdad? —preguntó Alex, fascinada y horrorizada a partes iguales.

—Creía que estaba muerta. Me lo había dicho una de las madres de acogida. Pero pedí mi expediente de adopción y la partida de nacimiento original cuando tuve que sacarme el pasaporte para venir aquí. Fue como si supiera por primera vez quién era de verdad. Cuando vi el nombre de mi madre, Anita Way, se me ocurrió ir a echar un vistazo a la casa donde vivía cuando nací yo. La dirección venía en el expediente de adopción. No estaba muy lejos, caía cerca de Kingston. Cogí un tren en Portsmouth e hice transbordo en Clapham Junction. Cuando encontré la casa, me quedé en la acera e intenté recordar cómo había sido vivir allí. Una mujer pasó a mi lado de camino a la puerta y le pregunté si conocía a una mujer que se llamaba Anita y que había vivido en esa casa. Era ella.

—No —exclamó Alex.

—Pensé que estaba alucinando, pero era mamá. No supo que era yo hasta que se lo conté. Y entonces se puso muy nerviosa. Me hizo pasar a la casa para que nadie me viera. Fue raro, ya no olía igual. Iba muy elegante. Había una tele grande en el salón. Cosas de otros niños. Tenía otra familia. Le dio igual cuando le expliqué que me habían dicho que estaba muerta. «Lo estaba. Estaba muerta por dentro», me contestó. Cuando intenté preguntarle por qué me había dado en acogida se enfadó. «Fuiste un error, Jamie» —dijo él, imitando una voz de mujer, aguda y áspera. A Alex le dieron escalofríos—. Me aseguró que no era culpa suya. Cuando se enteró de que estaba embarazada ya era demasiado tarde para deshacerse de mí. Mi padre se había pirado. Ella era muy joven y no podía aceptarme en su vida. No le había hablado a su marido de mí. Ni tampoco a sus hijos. Le dije que yo también era hijo suyo, pero ella me contestó que era su secreto inconfesable.

Hubo un silencio. Y Alex se preguntó si se había desahogado del todo y si se lo había contado a alguien más. Deseó que así fuera. No quería convertirse en la única guardiana de sus secretos. Ya tenía bastante encima como para añadirle eso.

—No tendría que haber ido a echar un vistazo, ¿no? —susurró Jamie para sí.

—No es culpa tuya, Jamie —indicó ella, haciéndose cargo de la situación—. Fue una maldad que te dijera eso. No te lo merecías.

—Pero ahora tú también me vas a abandonar, Alex.

—Jamie, por favor, no empieces otra vez con eso. Te irá bien —afirmó ella—. Vamos, tienes que irte a la cama. Mañana tendrás una resaca tremenda.

Alex se marchó a su habitación cuando lo vio trepando a su litera. Tenía sed después de tanta cerveza. Necesitaba una botella de agua. Mama las guardaba en la cámara frigorífica. Se preguntó si estaría abierta. «Tiene que estar abierta, Jamie ha ido a buscar las cervezas allí.» Iría a coger una. De todos modos, se marchaba por la mañana. Le daba igual lo que pudiera decir Mama.

Reinaba el silencio en la pensión. Se preguntó si era la única persona despierta cuando se coló por la puerta del patio trasero. Había estado allí un par de veces para encontrarse con Jake, charlar con él un rato mientras él trabajaba. La puerta de la cámara estaba atrancada y tuvo que empujar con todo su peso para abrirla, esperando no hacer ruido. Dentro la oscuridad era total. Sacó su móvil nuevo y pulsó el botón para encender la pantalla. Se puso a temblar por el brusco descenso de temperatura y se acercó rápidamente a

una de las cajas de plástico para coger la botella. Cuando se volvió para salir, tropezó con algo, golpeándose con el dedo gordo del pie en algo sólido pero blando. Se apoyó en las cajas para recuperar el equilibrio, haciendo tintinear las botellas, y enfocó la pantalla del móvil a sus pies. Vio algo que brillaba. Se agachó para cogerlo del suelo y retrocedió horrorizada, mojándose las braguitas de terror. Era la uña reluciente de Rosie.

No recordaba haber gritado, pero debió de hacerlo porque Jamie apareció de pronto y la sacó a rastras de la cámara frigorífica.

—Rosie —dijo él.

Entró a ver y salió demasiado rápido.

—Está muerta —señaló Jamie. Su voz también sonó muerta. ¿Por qué no estaba gritando o algo?

Alex estaba demasiado impactada para llorar. Se había quedado helada y se puso a temblar, hasta que los dientes empezaron a castañearle. Quería hablar, pero cada vez que lo intentaba tenía un espasmo en la mandíbula.

Jamie intentó llevarla adentro, aunque ella se resistió.

—No —negó con los dientes apretados por el frío—. No puedo dejarla allí.

—Ya no te necesita, Alex. Rosie está muerta.

—¿Quién se lo ha hecho?

—No lo sé —le susurró. Ya no parecía borracho.

—Tenemos que llamar a una ambulancia y decírselo a la policía. A alguien.

—Yo lo haré. Tú vete a la cama.

Ella resopló con incredulidad y el enfado le destrabó la mandíbula.

—¿A la cama? ¡Mi amiga está muerta! Pero ¿qué me estás diciendo?

—Yo soy tu amigo, Alex —dijo él en voz baja.

—¡Por supuesto que no lo eres. Hace nada que nos conocemos. Voy a llamar a la policía. Hay una comisaría en la esquina de Khao San Road! — Alex le estaba gritando en la cara, pero Jamie se mantenía inmutable.

»¡Antes has entrado a buscar las cervezas. Tienes que haberla visto! — chilló Alex de pronto.

—No. No la he visto.

—Dios mío, has sido tú, ¿no? Y no has dicho nada. ¿Lo has hecho tú? ¿La has matado?

Jamie volvió la cabeza lentamente para mirarla. Sus ojos eran agujeros en su cara.

—Para de gritar —ordenó.

Viernes, 19 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Jamie Lawrence le miró bajando la cara. Estaba sucio, la nariz le moqueaba y las quemaduras de su cara, que ya se estaban curando, tenían un color rojo apagado.

—Hola, Jamie —dijo Sparkes, agachándose a su lado para ponerlo de pie—. Te hemos estado buscando.

El joven pestañeó. Había estado durmiendo en el cobertizo de un centro de menores, acurrucado como un gato callejero. El voluntario de la vigilancia vecinal que vivía enfrente lo había visto vagando por la zona el día anterior y había llamado a la policía local para avisarlos. «Posible ladrón en Meadow View. Varón joven, gorra de béisbol, bufanda sobre la cara.» El sargento de servicio había apuntado los detalles con un breve suspiro. «Seguramente un interno que regresa después del toque de queda. ¿Quién entraría a robar en un centro de menores?»

Pero el responsable del siguiente turno se había fijado en la gorra y la bufanda, y había llamado al centro de coordinación de Southampton.

—Es posible que tengamos un avistamiento de vuestro sospechoso —anunció el inspector de Kingston—. ¿Qué queréis que hagamos?

—Vigilad la zona, pero no entréis —ordenó Sparkes—. Enseguida llego.

El intruso todavía estaba dormido cuando Sparkes entreabrió la puerta del cobertizo y dio fin a la búsqueda. No hubo persecución, ni forcejeos en el suelo, ni insultos o puñetazos. Sólo ese parpadeo bajando la cara.

—Soy el inspector Sparkes y ella es la subinspectora Salmond. Queremos que nos acompañes.

Salmond lo esposó mientras Sparkes le leía sus derechos.

—Jamie Lawrence, queda detenido por el presunto homicidio de Alexandra O'Connor en torno al 13 de agosto de 2014. Tiene derecho a guardar silencio. Sin embargo, si cuando le interrogan no menciona algo que luego utilizará ante el tribunal podría perjudicar a su defensa. Todo lo que usted diga pueda ser utilizado como prueba —dijo, y sintió por un instante el placer de la victoria. «Te tengo.» El chico volvió a parpadear.

Su abogado, un hombre gris del turno de oficio, estaba sentado a su lado en la sala de interrogatorios.

—¿Puedes decirnos cómo te llamas, por favor? Es para la grabación —dijo Salmond, recolocándose en la silla de plástico para ponerse cómoda.

—Jamie Lawrence. —Tenía una voz juvenil, como si le acabara de cambiar.

—¿Por qué volviste a un centro de menores? ¿Es el albergue en el que estuviste? —le preguntó Sparkes. Estaba casi seguro de que no lo era, pero quería entrarle poco a poco.

—No, está cerca de donde vive mi madre.

—¿Tu madre? Creía que se había mudado a Norfolk cuando te ingresaron en un centro de menores...

Salmond había hablado con May Lawrence y ésta le había asegurado que no quería saber nada de su hijo adoptivo. «Le destrozó la vida a mi marido —le había confesado con una tensa voccecita—. Ojalá no nos hubiéramos fijado en él.»

—Ésa no —repuso Jamie, frunciendo el ceño y tocándose las vendas mugrientas que le cubrían las manos—. Mi madre de verdad. De todos modos no estaba en casa, así que me di una vuelta en coche por el barrio y vi el cartel del centro municipal para chavales. Parecía una casa. Curioso, ¿no?

Sparkes negó con la cabeza.

—No lo es. Siempre buscamos lo que nos resulta familiar en todas partes, ¿verdad? Buscamos un puerto seguro donde recalar.

Era una frase de un libro sobre cómo afrontar el dolor por la pérdida de un ser querido. Lo había comprado y leído sin decírselo a nadie. Pura pornografía. Pornografía de la pena. Sparkes carraspeó un poco. «Cállate. En un minuto le estarás cantando una puta canción de cuna.»

Se estaba haciendo tarde y Sparkes se preguntó si Sam aún estaría en casa cuando llegara. La había dejado doblando la ropa de Eileen y guardándola en

una vieja maleta. «Quería que la donara a una tienda solidaria —le había dicho su hija—. Lo dejó apuntado en la lista de tareas. ¿Te acuerdas de cuando se compró este vestido? —Sam le había enseñado un vestido precioso, brillante, del que se había encaprichado esas últimas navidades—. Dijiste que parecía un hada en la copa de un árbol. Creo que no volvió a ponérselo nunca más.»

Sparkes había cogido el jersey favorito de Eileen y había hundido la cara en la lana. Todavía olía a ella. «Voy a quedármelo», había murmurado, y lo había guardado bajo su almohada.

—Háblanos de la relación que tenías con Alex —dijo Sparkes—. Hemos sabido que pasabais mucho tiempo juntos en Bangkok.

Jamie asintió.

—Nos hicimos muy amigos.

—Pero acababais de conoceros.

—Eso daba igual. Era como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Y Alex pensaba lo mismo?

—Sí. —Jamie rehuyó su mirada—. Íbamos a viajar juntos.

—No es eso lo que le contó a su amiga, Margaret Harding. Según ella, no la dejabas en paz. Estabas todo el día atosigándola.

Jamie levantó la cabeza de golpe y apartó su silla de la mesa.

—No es verdad. Estábamos enamorados.

—Alex no lo estaba, ¿no es cierto? Seguramente fue muy duro para ti. Querías que se quedara contigo y estabas desesperado, ¿no?

Jamie asintió ahora, varias veces, dejándose mecer por aquella muestra de comprensión.

—Incluso la drogaste —añadió Sparkes en voz baja.

Jamie se puso colorado y volvió a cerrar los puños.

Su abogado volvió a la vida y los interrumpió:

—¿Tienen alguna prueba que lo demuestre, inspector?

—Tenemos un testigo —respondió Sparkes.

—La dueña de la pensión, Mama —dijo la subinspectora Salmond—. Afirma que le pusiste burundanga en la cerveza para evitar que saliera una noche con Jake Waters. Estuvo enferma varios días. —La verdad era que la conversación con Mama había sido informal. La casera había vuelto a desaparecer antes de que se pudiera aprobar la solicitud de una declaración oficial, pero había confirmado los detalles de su charla con Kate Waters.

—No podía permitir que saliera con él —confesó Jamie, colocándose en el borde de la silla—. No sabía que iba a sentarle tan mal. Le puse demasiada.

De todos modos, la estaba protegiendo, para que estuviera segura.

—¿La protegías de Jake? ¿Por qué era él una amenaza?

—¡Estaba intentando quitarme a Alex! —gritó Jamie, y su abogado le puso la mano sobre el brazo.

Ya casi lo tenían. Sparkes se inclinó hacia delante y le sugirió con dulzura:

—¿Por qué no nos cuentas lo que pasó en realidad la noche que murió Alex?

—No lo sé. Supongo que fue un accidente —respondió el joven, prácticamente chillando las palabras.

—¿Qué fue un accidente, Jamie?

—La muerte de Alex —susurró.

El abogado hizo ademán de intervenir, pero Jamie continuó:

—No quería que pasara. Estaba enamorado. Nunca quise hacerle daño. Pero ella me rechazó. Yo intenté agarrarme a ella. Todo salió mal.

Salmond le acercó una caja de pañuelos sobre la mesa. Jamie cogió uno y se secó los ojos y la nariz, e hizo un gesto de dolor cuando se rozó la piel quemada.

—Me gustaría entender a qué te refieres cuando dices que todo salió mal, Jamie —dijo Sparkes, y se arrellanó en la silla para que el sospechoso se sintiera más cómodo para contar su historia.

—Alex aceptó tomarse una copa conmigo de despedida. Yo ya estaba un poco borracho. Me había pillado unas cervezas de la pensión. Y estaba enfadado porque me iba a abandonar. Creo que la abracé demasiado fuerte. Dejó de respirar...

—¿Por qué quería abandonarte Alex?

—Por Rosie. Rosie había desaparecido y Alex quería volver a casa. No pude soportarlo cuando me lo contó.

—¿Estabais los dos solos en esa fiesta de despedida?
Jamie asintió.

—No quedaba nadie más. A Jake le habían detenido.

—¿Lo sabía Alex?

—No, creía que se había largado sin más. Preferí que pensara eso.

Sparkes vio que Jamie apretaba los puños vendados sobre sus muslos.

—Es que Alex tendría que haberlo odiado. —Jamie subió el tono de voz—. Le había dicho que Jake se había acostado con Rosie, pero no me creía. Me puse muy celoso cuando los vi juntos. La quería tanto que se me dormían las manos cuando la veía. Tenía la misma sensación que cuando pensaba en

mi madre. En mi madre de verdad. Me pongo malo cuando pienso en ella. Me vienen todos esos sentimientos que la trabajadora social me dijo que tenía que olvidar. Pero es imposible olvidarlos. Es como si hubieran echado raíces en mi barriga. —El joven se puso la mano en el abdomen como queriendo situar esas sensaciones en su cuerpo—. Siempre están aquí, enroscados alrededor de todos mis otros sentimientos, asfixiándolos cuando me pasan cosas buenas.

Sus palabras cargaron de tensión el ambiente y Jamie se miró las manos.

—El día anterior le había robado el pasaporte y la cartera a Jake después de verlo con Alex. Forcé la cerradura de su taquilla y lo encontré todo en su mochila. Metí mi pasaporte dentro para que no se diera cuenta enseguida.

—¿Por qué hiciste eso, Jamie?

—Había decidido ser Jake si era Jake a quien Alex quería —dijo mirándose los puños—. Parece de locos, ¿no? ¿Cree que estoy loco? —preguntó, levantando la vista hacia Sparkes.

El inspector negó con la cabeza, despacio, y le pidió que continuara.

—Seguramente los habría vuelto a intercambiar un día después, cuando me hubiera calmado un poco, pero Jake no volvió a aparecer. Lo detuvieron antes de que pudiera hacerlo. Seguro que Mama lo delató a la policía. Tuvieron una bronca tremenda. Los oí pelearse. Jake decía que Alex no paraba de preguntar por Rosie. Que todo estaba saliendo mal. Como la última vez con el escocés. Que vendría la policía y que no tenía dinero para que Mama los sobornara otra vez. Mama le pidió que se callara porque alguien podía oírle.

—Pero tú ya lo habías oído... —apuntó Sparkes, y el joven le interrumpió con una pequeña sonrisa.

—Me enteraba de todo lo que pasaba en la pensión. Nadie se fijaba en mí allí. Bueno, Jake cogió la mochila pequeña que se llevaba a todas partes y se largó sin dignarse a mirarme. Seguro que fue Mama quien dio el aviso. Jake siempre decía que estaba bien relacionada con la policía. Jake había desaparecido. Rosie había desaparecido. Estaba seguro de que Alex se iría conmigo a Koh Phi Phi. No le quedaba otra si no quería quedarse sola.

—Pero ella no quería ir contigo...

—No. —Jamie bajó la voz y Sparkes tuvo que acercarse a la mesa para poder oír qué decía—. Ni siquiera tenía intención de planteárselo. Con todo lo que hice para que saliera conmigo... Para nada.

—¿A qué te refieres, Jamie? —preguntó Sparkes, bajando también la voz. El joven cerró los ojos un momento.

—Todo lo que le he contado. Coger el pasaporte de Jake, contarle a Alex que se había liado con Rosie. Eso.

«Hay más», pensó Sparkes, pero Jamie no tardó en retomar su discurso victimista:

—Alex no paraba de hablar de Rosie. ¿Dónde estaba Rosie? Y decía que iba a volver a casa. Dijo que no le quedaba ningún motivo para quedarse. Me dejó destrozado.

—¿Dónde estabais?

—En el dormitorio.

—¿Y ella bebió?

—Sí, un poco. Le saqué de la cámara una botella de la cerveza que le gustaba. Estábamos sentados en el suelo e iba a decirle que la quería, pero en vez de eso me puse a contarle que me habían dado en acogida. Pensé que quizá le daría pena y que cambiaría de opinión, pero no quiso saber nada de mí. Me dijo que iba a llamar a casa y que se lo iba a explicar todo a sus padres. No sabía qué hacer. Pensaba que se había ido a su habitación. Y entonces la oí gritar fuera. Salí corriendo y me la encontré llorando. Decía que había encontrado a Rosie.

La tensión en la sala de interrogatorios podía cortarse con un cuchillo. Sparkes se imaginó a sí mismo en el dormitorio, con Jamie, poniéndose de pie con dificultad, corriendo por el pasillo hacia la puerta trasera, saliendo a la noche calurosa.

—¿Viste el cuerpo de Rosie?

—Vi un poco de su cara. Tenía una esterilla encima, aunque pude ver su pelo.

—¿Dónde estaba Alex?

—En el patio. Temblaba y lloraba, e intenté consolarla. Le aseguré que lo arreglaría todo. Pero se enfadó conmigo. Quise ayudarla a ponerse de pie. Pero se resistió. Y empezó a apartarme a empujones como si quisiera perderme de vista. Tendría que haberla soltado. Y sin embargo seguí. No paraba de pensar: «Nadie me va a abandonar nunca más». Y ella gritaba. Creo que le di miedo. No quería hacerlo, no era mi intención. Sólo quería que parase. Le apreté el cuello para no oír más aquel ruido y seguí haciendo fuerza con las manos mientras ella se resistía, dándome manotazos y golpeando la pared. «Para, Alex», le dije. Creo que le dije eso. Y entonces paró.

Jamie cogió un pañuelo de la mesa y se secó los ojos. Sparkes estaba reproduciendo en su mente aquella espantosa danza de la muerte en el

cochambroso patio de la pensión. «Seguramente tardó sólo dos minutos», pensó, mientras veía cómo el joven volvía a hundirse en su silla.

—¿Alex estaba consciente?

Jamie negó moviendo despacio la cabeza.

—No volvió a hablar —respondió—. Tenía la cara toda gris y se cayó al suelo. Se había meado encima. El pis le chorreaba por las piernas y tenía los zapatos llenos de salpicaduras. No podía parar de mirar sus piernas. No quería volver a ver su cara. Tuve la impresión de haber estado allí un montón de horas. Notaba el aire pegajoso, como si se estuviera cuajando a mi alrededor, y cuando volví la cabeza fue como si me moviera a cámara lenta. ¿Ha tenido esa sensación alguna vez?

Sparkes asintió.

—¿Qué hiciste entonces, Jamie?

—Recuerdo haberme dicho que tenía que arreglarlo. Que tenía que darle al botón de rebobinar. Pero era imposible. Debía esconder lo que había hecho para que nadie se enterase. Le quité la ropa sucia para que volviera a estar limpia y la puse con Rosie. Las envolví con la estera y luego saqué las cerillas y me puse a buscar algo con lo que hacer fuego.

Viernes, 19 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Se tomaron un descanso cuando Jamie pidió unos analgésicos para sus quemaduras. Les dijo que el fuego le había estallado en la cara cuando roció más combustible para barbacoas en la ropa a medio quemar de Alex. Estaba tardando demasiado en arder. Le había dado miedo que alguien pudiera apagarlo antes de que lo destruyera todo. Se manchó las manos de líquido inflamable y las llamas le saltaron encima cuando intentó protegerse los ojos. También dijo que no estaba seguro de quién le había metido en un taxi para llevarlo al hospital, pero que pensaba que quizá había sido Mama.

Sparkes y Salmond aplastaron entre sus manos inquietas los vasos de plástico con los que habían bebido agua fuera de la sala de interrogatorios y analizaron la situación.

—Dice que fue un accidente.

—¿Qué iba a decir si no? —expuso Salmond—. Pero no se le ve nada arrepentido, ¿no? Es como si todo girase alrededor de él y no de Alex. Como si se viera a él mismo como la víctima.

Sparkes había tenido la misma impresión, como si Jamie hubiera querido manipularlo con el relato de los hechos y sus miraditas seductoras.

—¿Te has fijado en lo que hace todo el rato con los ojos? Agacha la cabeza, parpadea y te mira con cara de pena. Es una técnica pasivo-agresiva clásica. Sumiso, pero controlando la situación.

—Si usted lo dice, señor...

—Pues sí lo digo. El otro día leí algo al respecto.

—Yo prefiero las novelas de Jack Reacher —respondió Salmond, engullendo las últimas gotas de agua del vaso.

—Vamos. Tenemos que aclarar la muerte de otra chica —ordenó Sparkes, y tiró su vaso a la papelera.

—Háblanos de Rosie —le soltó Sparkes a bocajarro. Y Jamie parpadeó.

—¿Qué quieres saber? Estaba muerta. Te lo he dicho. Alex la encontró en la cámara frigorífica.

—¿Y cuándo la viste tú ahí dentro?

—Ya te lo he dicho. Después de que Alex la encontrara.

—Pero también nos has dicho que esa misma noche ya habías entrado en la cámara a buscar una cerveza.

—Yo... —Jamie cerró los ojos.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿Cuándo viste a Rosie ahí dentro? Por primera vez.

—El día después de que supuestamente se hubiera marchado a buscar a los holandeses —admitió al final. Las miradas sumisas cesaron, según pudo comprobar Sparkes. Jamie Lawrence se había puesto a la defensiva.

—Así que ya sabías que estaba muerta y que su cadáver llevaba dos días en el patio...

Jamie asintió.

—Estaba tan asustado que no me atreví a contárselo a nadie —declaró—. Pensé que la gente creería que tenía algo que ver.

—Pero ¿no lo bastante asustado para apartarla a un lado y coger una cerveza? —le espetó Sparkes—. ¿Tuviste algo que ver con la muerte de Rosie Shaw?

—No. Pensé que quizá se había pillado una buena turca. Que quizá se había ahogado con su vómito.

Jamie se había quedado callado un instante antes de ofrecer aquella conjetura y Sparkes se dio cuenta de que lo tenía a punto de caramelo. La palabra *quizá* era un eufemismo desesperado. Una cortina de humo contra la verdad.

—¿Cómo sabes que se ahogó?

—No lo sé. Lo he supuesto. Por la clase de chica que era. Pero yo no estaba allí, así que no sé.

«“Yo no estaba allí.” Y ahora dirá que los mayores le obligaron a hacerlo.»

—¿Y sabes quién sí estaba allí?

Jamie volvió a tocarse el vendaje de las manos y separó los hilos, mientras decía que no con la cabeza.

—Vale. ¿Cuándo viste a Rosie viva por última vez?

—Ahora mismo no me acuerdo. Tal vez la vi en el bar o algo así. Siempre estaba pululando por ahí.

—Hasta que dejó de hacerlo —dijo Sparkes—. Seguro que no hablabais de otra cosa en el hostal. Que Rosie desapareciera así. Debía de ser el único tema de conversación.

—Sí, supongo. Al final me cansé de que todo el mundo me hablara de ella.

—¿Rosie no te caía bien?

—No. La odiaba. Los dos la odiábamos. Alex y yo. —Jamie había desenredado un hilo larguísimo de la venda y se lo estaba enrollando con fuerza alrededor de un dedo. La punta se le quedó blanca—. Era una zorra. Siempre montando el pollo. Al principio, Alex intentaba cuidar de ella, pero la otra pasaba de todo. Se metía drogas, se acostaba con gente a la que acababa de conocer. Se estaba pasando por la piedra a todos los chavales de la pensión, ¿sabes? —Jamie sacudió la cabeza con cara de asco.

—¿Te acostaste con ella, Jamie?

La pregunta pareció sorprenderle sinceramente.

—¿Yo? Claro que no. Yo le era fiel a Alex, aunque casi todos los demás estuvieron en su cama.

—¿Jake también?

—Sí. Ya te lo he dicho. Se lo conté a Alex.

—¿Y eso fue motivo de disputa entre los hombres que se acostaron con ella? ¿Discusiones o peleas?

—La verdad es que no. Nadie se coló lo bastante para pelearse por ella.

«Pobre Rosie —pensó Sparkes—. Pobre niña perdida.»

—¿Qué drogas consumía Rosie?

—Ketamina sobre todo. Se la consiguió Lars antes de marcharse.

—¿Y él de dónde la sacaba?

—De Mama. Todo el mundo sabía que vendía ketamina, maría y yaba. Y un poco de heroína a veces.

—Y burundanga —apuntó Sparkes, y Jamie apartó la mirada.

Se estaba cansando. Sparkes se estaba volviendo hacia Salmond para indicarle que el interrogatorio había concluido cuando Jamie volvió a hablar:

—¿Puedo hacer una pregunta?

Sparkes se volvió hacia el chico. De nuevo los miraba con carita de pena, como si quisiera complacer a Sparkes y desconcertarlo a la vez.

—Pues... sí. ¿Qué quieres preguntar?

—¿Habéis hablado con Jake? —dijo—. Tendrías que preguntarle a él lo que le pasó a Rosie.

Viernes, 19 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Bob Sparkes sonaba muy serio al teléfono. Y me cortó cuando intenté preguntarle por Eileen y cómo había ido el entierro.

—Ahora no puedo hablar de eso. Te he llamado de forma oficial. Estoy yendo a Londres con la subinspectora Salmond. Tenemos que hablar con Jake. ¿Está en casa?

—Sí, no ha salido desde que volvimos. Ahora mismo está con Joe Jackson. Le está entrevistando sobre la pesadilla que vivió. No ha querido que lo hiciera yo. Supongo que habría sido un poco raro. En fin, Joe se está ocupando del caso. Un fallo de la justicia finalmente corregido.

Le había pedido a Joe que esperase un par de días. Le había dicho que Jake necesitaba descansar un poco, pero lo cierto era que tenía que escuchar su historia antes que nadie. Cerciorarme de que era seguro contarla.

—¿Es para atar los últimos cabos sueltos o algo así? Creía que ya no necesitabais volver a hablar con él. Hizo su declaración en Bangkok. —Trato de mantener un tono ligero, pero mi cabeza se ha convertido en un hervidero de pensamientos indeseados.

—Tardaremos una hora en llegar.

Cuelgo el teléfono y asomo la cabeza en el salón, donde Jake y Joe están hablando.

—¿Puedes darme un minuto? —le digo a mi hijo.

Sale a grandes trancos, descalzo, vestido con unos vaqueros de Freddie que le van un poco cortos.

—Acabo de hablar por teléfono con el inspector Sparkes. Viene a verte. Necesita cerrar los últimos detalles. Cabos sueltos. Ya sabes.

Se queda demudado.

—Sólo será una charla rápida, estoy segura —añado, pero nos miramos los dos apenas un instante más de lo que sería aconsejable—. Ya te tomaron declaración. Bien, ¿cómo está yendo la entrevista? ¿Joe está acertando con las preguntas? ¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe? —Trato de mantener un tono alegre, pero la llamada de Sparkes me ha tensado la barriga, como si me preparase para recibir un puñetazo.

—No, ya lo hablamos. Bueno, ¿qué te ha dicho la policía exactamente? —pregunta Jake.

—Lo que te acabo de contar. Nada más.

—¿Deberíamos llamar a tu amigo abogado?

Miro a mi hijo y trato de escudriñar lo que está pensando.

—No lo sé. Podría parecer que tienes algo que ocultar si te acompaña un abogado...

—Sólo digo que podría ser conveniente. No quiero meterme en ningún lío.

—No, claro que no. Voy a llamarle para ver qué opina. Yo me ocupo.

Jake asiente y da la impresión de que va a decir algo más, pero le corto:

—Tenemos que ir a comprarte ropa antes de que Mick te haga las fotos —indico, procurando reconducir la situación—. Llegaste a casa con lo puesto.

Y entonces me acuerdo de los pantalones que se dejó en casa de Ross.

Joe aparece en la puerta.

—¿Te parece que continuemos, Jake? —pregunta—. Ando justo de tiempo.

—Vale. ¿Nos haces un té, mamá?

El inspector Sparkes llama suavemente y le abro la puerta de par en par dándole la bienvenida. No tenemos nada que ocultar.

—¿Cómo estás? —digo. Pero la intimidad de la habitación de hotel en Bangkok se ha perdido. No me mira a los ojos cuando entra y restriega los pies en el felpudo para limpiarlos de una suciedad inexistente.

—¿Está Jake en casa?

—Sí, ya te lo he dicho por teléfono. Está allí. Con Joe Jackson.

—Quizá sea mejor que te lleves al periodista —le pide a la subinspectora Salmond.

Voy a protestar, pero Sparkes me hace callar con una mirada.

Salmond entra en el salón y hay un breve intercambio antes de que vea salir a Joe guardando el portátil en su bolsa. No está contento.

—¿Qué pasa aquí, Kate? —pregunta—. Me están echando a patadas.

—Sal a tomarte algo. Hay una cafetería aquí al lado —le sugiero—. La policía necesita hablar un momento con Jake. Te llamo en un ratito...

No tengo ni idea de si lo haré, pero sólo quiero que se vaya. Que no presencie lo que está a punto de ocurrir en mi casa.

Cierro la puerta de la entrada justo después de que salga Joe y vuelvo al salón. Jake está sentado en el sofá. Está pálido y tose nervioso.

—¿De qué va todo esto? —inquiero. Mi voz suena enfadada, pero más que la ira me domina el miedo.

Sparkes aparta la mirada. Está deteniendo a Jake por el presunto homicidio de Rosie Shaw en torno al 13 de agosto de 2014.

Jake se pone de pie con dificultad.

—Vamos a llevarte a Southampton para interrogarte.

—Necesitas unos zapatos, Jake —digo, y trato de verle los ojos. Él los aparta y me quedo sin palabras.

Viernes, 19 de septiembre de 2014

LA PERIODISTA

Habíamos acordado que él no diría nada si la policía volvía a venir. Nos habíamos sentado juntos, mi hijo y yo, hacía dos noches, mientras los demás ya dormían. Seguíamos con el horario tailandés.

Había intentado no interrogarle en el avión, procurando, en cambio, sonsacarle discretamente los detalles del tiempo que había pasado en Bangkok mientras comíamos, pero no había tardado en cansarse y se durmió a mi lado.

Steve le había hecho todas sus preguntas en el coche, volviendo del aeropuerto, sin presionarlo en ningún momento y permitiendo que se perdiera en las minucias de su vida en la pensión y en la cárcel. Todos habíamos dejado que se desahogara sin atosigarle.

Le habíamos dado de comer y le habíamos preparado la bañera. Y también le habíamos dejado dormir.

—Ya lo tenemos en casa —había dicho Steve cuando por fin nos dejamos caer en la cama la primera noche—. No termino de creérmelo.

—¿A que es maravilloso? —Quería con todo mi ser que lo fuera, pero la alegría de la felicidad se iba disipando cuanto más me preguntaba qué era lo que no nos contaba—. Tenemos que sentarnos a hablar con él, Steve —comenté, volviéndome hacia mi marido.

—Lo haremos —murmuró él medio dormido—. Habrá tiempo de sobra.

Y me acosté a su lado, repasando cada palabra que había pronunciado Jake, poniendo a prueba las afirmaciones sobre las que basaba su versión de lo ocurrido, aplicando presión en los detalles que la mantenían en pie, sondeándolos como se hace con una caries, buscando el punto débil. Pero cada vez que me acercaba demasiado, cada vez que algo no encajaba, me

sorprendía a mí misma retrocediendo. «¿Por qué iba a mentirnos?» se convirtió en mi mantra.

—Creo que sé lo que le pasó a Rosie —me dijo en voz baja.

—Ya nos has contado lo que sabes —repliqué, intentando salvar a la desesperada nuestra conspiración de silencio y seguir cerrando los ojos a la realidad.

Me miró y contuve la respiración.

Al ver que no se decidía a hablar, le susurré:

—Vale. Cuéntame la verdad, Jake.

Como hacía cuando era un niño, las veces que encontraba un adorno roto en casa o veía que faltaba un paquete de galletas.

—La última vez que la vi estaba bebiendo de una botella de tequila falso. Estaba tumbada en su cama y me chillaba. Pensé que estaba bien, que se despertaría por la mañana con una buena resaca y ya está. Pero no lo estaba. Se murió, mamá.

—¿Cuándo se murió? —murmuré.

—No lo sé. Después de que me fuese de su habitación, antes de que Mama intentase despertarla a la mañana siguiente.

Noté que las manos se me crispaban en torno a la taza de leche caliente.

—Vale —dije con cautela, sin confiar del todo en mi propia voz. «Pero ¡¿qué hiciste?!», gritaba por dentro. «Dios mío, ¿mataste a esa chica?»—. ¿Por qué te chillaba Rosie?

Jake hundió la cabeza en el pecho.

—Estábamos los dos un poco borrachos y enfadados —respondió con un hilo de voz.

—¿Por qué?

—No tendría que haberme acostado con ella. —Levantó la vista y me miró angustiado, con los ojos muy abiertos—. Pero ella no paraba de darme la lata, me sobaba, me besaba. Y al final lo hicimos. Nos acostamos. Aunque yo sabía que sólo lo hacía para vengarse de Alex. Estaba todo el rato con una sonrisita en la cara. Como si hubiera ganado. Era horrible y nos peleamos. Le pedí que no se lo contara a Alex y ella se rió. Le dije que se callara, que Alex podía descubrirnos, y entonces me gritó en la cara que era imposible que nos descubriera. Que Jamie le había metido algo en la cerveza. Para que no saliera conmigo esa noche. Mama le había visto hacerlo. Me gritaba que se lo iba a contar a Alex. Que se lo iba a contar todo. Sus gritos se oían en toda la

pensión. Me asusté, mamá. Aquello era un descontrol total. Sólo quería un poco de tranquilidad, así que la dejé plantada y me largué.

—Dios, qué pesadilla —me oí decirle. Lo visualicé todo. Oí la rabia en sus voces. Olí el hedor punzante del odio. Seguí mirando a mi hijo, temerosa de que, si apartaba la vista, me encontrara a un desconocido delante cuando volviera a mirarle.

—Estaba convencido de que se lo iba a contar a Alex cuando se despertara. Pero no tuvo la oportunidad —continuó Jake—. Mama se la encontró muerta por la mañana, cuando fue a hablar con ella del dinero. Vino a despertarme y me lo explicó. —Jake respiró hondo—. Mama dijo que Rosie se habría ahogado durmiendo. Dijo que tenía todo el pelo cubierto de vómito, mamá.

—¡Dios mío! —exclamé, horrorizada por lo que estaba escuchando—. Pero ¡no avisaste a nadie! ¿Por qué no llamaste a una ambulancia? ¿O a la policía? ¿Por qué no avisaste a nadie?

Mi hijo había cerrado los ojos y se llevó las manos a la boca como si quisiera interrumpir toda comunicación. Pero no iba a permitir que se quedara a medias.

—¡Jake, dímelo! —ordené, apartando sus manos—. ¿Le hiciste daño?

No fui capaz de pronunciar la palabra *matar*. Es demasiado concreta. E imborrable.

Jake echó la cabeza hacia atrás con gesto de incredulidad.

—¡No! ¿No has oído lo que te he dicho? No le hice nada. Suponía que no lo entenderías, pero no estabas allí. No tienes ni idea de cómo ha sido eso, la mierda de vida que he tenido. Lo único que puedo decirte es que tuve que quedarme callado... Se iba a armar un escándalo de mucho cuidado. Mama aseguró que pasaría lo mismo que la última vez.

—El encalador muerto... —susurré.

Jack asintió.

—Esa vez la policía vino a interrogar a todos los extranjeros de la pensión. Mama dijo que me iban a detener y a meter en la cárcel porque no tenía el visado en regla. En Tailandia te enchironan y se olvidan de ti, mamá. Le di todo mi dinero para que me sacara del apuro. Me envió a su aldea una temporada y, cuando volví, ya estaba resuelto todo. La policía dictaminó que John se había suicidado.

—Pero no se suicidó...

Jake movió la cabeza de lado a lado con gesto cansado.

—Le atacaron en su habitación para robarle.

—¿Dios mío! ¿Quién le atacó?

—No lo sé. Andaba metido en chanchullos peligrosos y se relacionaba con gente chungu. Pero ahora, con lo de Rosie, la policía iba a volver a meter las narices. Me había acostado con ella la noche que se murió. Pensé que esta vez no me iba a salvar de que me detuvieran. Y además ya no tenía dinero para que Mama se ocupara del asunto.

—¿El asunto? Estás hablando de una muchacha de dieciocho años, Jake.

—Lo siento muchísimo, mamá.

Y le había seguido escuchando, aunque sus súplicas cada vez me eran más indiferentes. Sus excusas se me iban agriando en el estómago. Quizá notó que mi corazón se endurecía, pero aun así decidió que había llegado el momento de asestarme el golpe de gracia.

—Y nadie sabía dónde estaba. Ni papá ni tú lo sabíais. Me había asegurado de que no lo supierais. Lo siento, mi vida era un desastre total. No quería que os enterarais. Siempre estaba recordando lo mucho que fardabais papá y tú diciéndole a la gente que algún día iba a ser abogado. Me presionasteis mucho, mamá. Sé que no era vuestra intención, pero lo hicisteis. Y yo estaba lavando váteres en Bangkok. Tenía que darle la vuelta a la situación, encontrar un trabajo de verdad o yo qué sé, para poder volver a casa y decir que la vida me había ido de maravilla. Sin embargo, pasaban los meses sin que nada cambiara.

Me acerqué y le cogí la mano.

—No sabía que te sintieras así.

—He sido un imbécil, pero no tenía a quién recurrir. Tú habrías sabido qué hacer, mamá. Y yo no podía soportar la idea de que te enterases de todo. Por favor, ayúdame. Pueden meterme en la cárcel. No me van a creer cuando les diga que no tengo nada que ocultar. Por favor...

Y mi fracaso como madre se extendió por mi cuerpo como un veneno negro, arrasando con cualquier otro pensamiento y sentimiento. «No estuvimos a su lado. Tenemos la culpa. Tengo la culpa.» Más tarde, me pregunté si habría actuado de otra forma si no me hubiera dicho eso. Pero para entonces ya era demasiado tarde.

Nos quedamos callados un rato. Lo único que se oía era el tictac del reloj, como si fuera el latido de nuestra casa. Entonces hice lo que siempre hago en estas situaciones: plantear un sinfín de preguntas.

—¿Quién más está enterado de que ocultaste la muerte de Rosie, Jake?

—Nadie. Bueno, Mama. Pero ella no dirá nada, obviamente.

—¿Alguien más pudo oír cómo hablaba contigo?

—No lo sé. Mama armó un escándalo, pero Alex estaba drogada y no se enteraba de nada. Así que nos queda Jamie, Jamie *el Metomentodo* —dijo Jake para sus adentros.

Continuamos hablando y dándole mil vueltas, y al final me convenció de que no ganaría nada confesando. Mi hijo, el abogado... Me cogió de las manos y me miró a los ojos cuando resumió la situación.

—Nadie tuvo la culpa de la muerte de Rosie. Aunque Jamie oyera a Mama cuando me lo dijo, él es un asesino, ¿no? ¿Quién iba a creerle? Está en juego el resto de mi vida, mamá.

Me sentí completamente indefensa. Como la primera vez que lo sostuve en brazos, recién nacido. Esos días tenía un miedo tan penetrante a equivocarme en algo y hacerle daño a mi bebé que me echaba a llorar. La responsabilidad me superaba. Me sentía desbordada, pero tenía que protegerlo, ayudarlo a crecer, a tomar las mejores decisiones. Había cargado con aquel peso en el fondo de mi estómago y veía peligros por todas partes. Steve había tratado de ayudarme, explicándomelo todo: los cambios hormonales después del parto, el instinto maternal y todas esas chorradas. Pero era un miedo visceral, absorbente. Pensé que lo había superado cuando nuestro hijo creció y pudo empezar a cuidar de sí mismo, el día que lo enviamos a la universidad.

Sin embargo, ese miedo nunca termina. Y ahora volvía a encontrarme en la misma situación, sosteniendo su futuro entre mis manos.

Y había decidido unir su destino al mío.

Viernes, 19 de septiembre de 2014

EL INSPECTOR

Jake no habló en el coche. Miraba los otros vehículos por la ventanilla hasta que aparcaron en la comisaría. No había tenido tiempo de atarse los cordones antes de que lo metieran en el vehículo y los pies se le escurrían de sus viejas zapatillas, haciéndole tropezar.

Salmond le ayudó a mantener el equilibrio. «Por aquí», le dijo. Lo acompañó a las celdas de preventivos, donde lo dejó en manos de un sargento de aspecto cascarrabias que esperaba detrás de un escritorio. Sparkes observó el ritual de ingreso. Había que cumplir con todos los pasos antes de poder hablar con él.

Jake guardaba silencio salvo cuando se le hablaba. «Se ha encerrado en su cabeza —pensó Sparkes—. ¿Está ensayando lo que nos contará? ¿Le ha confesado a Kate lo que ha hecho?»

Sus únicas palabras fueron: «Esto es mejor que Klong Prem».

—¿Puedes decirnos cómo te llamas para que conste en la ficha? —dijo Salmond cuando tomaron asiento en la estrecha sala de interrogatorios. Jake incluso parecía más joven que antes, con sus gafas de colegial y las uñas mordisqueadas.

—Bueno —añadió Sparkes—. ¿Por qué no empezamos por la relación que tenías con Rosie Shaw?

—No tenía ninguna relación con ella. Apenas la conocía —declaró Jake.

—Alex dijo que Rosie intentaba ligar contigo.

—¿Alex? —Pareció quedarse del todo desconcertado.

—Según unos emails que envió a su amiga Mags. Escribió que Rosie quería salir contigo, aunque ella se hubiera fijado antes en ti.

—No sé lo que decía Alex en sus emails. ¿Cómo iba a saberlo? —Mantenía un tono de voz firme e impasible, y Sparkes se obligó a recordar que Jake había estudiado derecho.

—Pero sí recuerdas haber ido a la habitación de Rosie la noche del 12 de agosto, ¿no? —preguntó Sparkes, imitando la impasibilidad de Jake.

—Pues... No estoy seguro. Creo que no.

Estaba empezando a dudar, a trabarse con las palabras. Sparkes siguió presionando.

—Tenemos a dos testigos que así lo afirman. Que fuiste a su habitación y mantuviste relaciones sexuales con ella.

—Se equivocan. Suena a conjetura. ¿Les han dicho que nos vieron personalmente teniendo sexo? —Jake se incorporó en la silla y Sparkes se preguntó por un instante si el sospechoso estaba disfrutando con la situación. No tardaría en cortarle las alas.

—No es una suposición, Jake. Hemos identificado tu ADN en unos restos de semen hallados en el cadáver de Rosie.

Jake bajó la cabeza. Su abogado levantó la mano.

—Me gustaría hablar un momento con mi cliente, por favor.

Los inspectores salieron de uno en uno al pasillo y se apoyaron en la pared.

—Nos dirá la verdad cuando volvamos a entrar, jefe —aseguró Salmond.

—Ya casi lo tenemos —coincidió Sparkes.

Jake estaba lívido cuando volvieron a la sala.

—Mi cliente quiere hacer una declaración sobre su relación con Rosie Shaw —informó el abogado, y se echó atrás en la silla para cederle la palabra a Jake.

—Mantuve relaciones sexuales con Rosie Shaw, y punto —dijo con la voz apagada—. No le hice daño. Quería que me acostara con ella para vengarse de Alex. Pero se murió después de que me fuera de su habitación. La dueña de la pensión me contó más tarde que la había encontrado muerta.

—¿Así que tuviste sexo en contra de tu voluntad? —preguntó Sparkes con gesto impávido.

—Estaba borracho y ella me engatusó.

—Ya. Los testigos nos dicen que hubo una discusión. Os oyeron gritar.

—Estaba cabreado porque me sentía muy culpable. Me gustaba Alex y metí la pata hasta el fondo. Me había acostado con su amiga. ¡Qué manera de

cagarla! —exclamó, dándose una palmada en una mejilla.

—¿Rosie Shaw estaba viva cuando saliste de la habitación?

—Sí, lo juro —contestó, y su voz se hizo más aguda y fuerte—. No paraba de repetir que le iba a contar a Alex lo nuestro.

—¿Y por qué no lo hizo? ¿Por qué no fue a decírselo inmediatamente?

—Jamie había drogado a Alex.

«Así que lo sabía», se dijo Sparkes a sí mismo, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Era un puto psicópata. Le puso algo en la cerveza a Alex para asegurarse de que no salía esa noche conmigo. Me lo contó Rosie. Aquella pensión era un manicomio.

—Así que no pudo contárselo a Alex...

Jake negó con la cabeza, con gesto cansado.

—No. Murió esa noche.

—Bueno, fue un golpe de suerte, ¿no? Nadie se enteraría de tu secretillo inconfesable —dijo Sparkes, al tiempo que apuntaba algo en su cuaderno.

Jake se levantó tirando la silla. Temblaba de arriba abajo.

—¡No me joda! Yo no le hice daño. Fue espantoso cuando se murió. Mama vino a despertarme y me lo explicó. Me quedé alucinado, como un zombi. No sabía qué decir ni qué hacer.

—Siéntate, Jake. Dime entonces qué hiciste.

El joven dudó unos segundos y volvió a sentarse, aunque se agarró a la silla como si ésta fuera un caballo a punto de tirarlo.

—Fue como un sueño, como si durante un rato nada fuera real. Me quedé en la cama, intentando calmarme un poco y entender qué estaba pasando. Supongo que me dormí otra vez. Cuando me desperté, Mama se comportaba como si nada hubiera pasado.

—¿Te volviste a dormir después de que te dijeran que habían encontrado muerta en la cama a la joven con la que habías mantenido relaciones sexuales tan sólo unas horas antes? —preguntó Sparkes lleno de incredulidad.

—Tenía muchas cosas en las que pensar, inspector. Ya se lo he dicho. Sé que puede parecer que me dio igual. Pero no es verdad. Estaba en shock y no sabía qué hacer, así que le seguí el rollo a Mama de que Rosie se había marchado a buscar a los dos holandeses.

—Pero sabías que no era así, ¿verdad, Jake?

Asintió completamente abatido.

—Se lo iba a decir a Alex, pero me detuvieron antes de que pudiera hacerlo.

—Eso fue más de un día después. Tuviste muchas oportunidades.

—¿Cree que no me he machacado cada día por no haberlo hecho? Pero no pude. Nunca lo van a entender. Estaba muy asustado, no sabía qué hacer. Asustado de lo que podía pasar si lo contaba. Me había acostado con ella, ¿lo entiende? Podían echarme la culpa de su muerte.

—¿Y no se lo dijiste a la policía cuando te detuvieron?

—No. No les dije quién era en realidad. Ya estaba hasta el cuello de problemas —manifestó, y cerró los ojos.

—Jamie afirma que estabas con ella cuando murió.

Jake levantó la vista y casi esbozó una sonrisa.

—Bueno, ¿qué iba a decir si no? Me odia porque Alex quería estar conmigo y no con él. Prefirió asesinarla antes que permitir que saliera con otro. Y ahora diría cualquier cosa para vengarse. Estoy seguro de que también le metió algo en la bebida a Rosie. Le iba el rollo de la burundanga y Rosie iba a contárselo a Alex. Ese tío es capaz de todo.

Cuando volvieron a llamar a Jamie Lawrence, el chico se dejó de coqueteos. Se sentó y puso las manos vendadas sobre la mesa antes de hablar.

—Estaba durmiendo un poco. Ya he respondido a vuestras preguntas.

—Tenemos que hacerte un par más —explicó Sparkes, inclinándose sobre la mesa para que el joven le prestara atención—. ¿Drogaste a Rosie Shaw?

Jamie se incorporó en la silla.

—No me necesitaba para drogarse.

—Pero ¿le diste algo a Rosie? ¿Para que no le contara a Alex lo de la burundanga? Mama nos ha dicho que ella lo sabía. ¿Rosie iba a revelar la clase de hombre que eres?

Jamie apretó los labios con fuerza y movió la cabeza de lado a lado como si no se fiase de lo que pudiera decir.

—Estamos analizando la sangre de Rosie, Jamie, así que sabremos si lo hiciste —dijo Sparkes. Estaba casi seguro de que las pruebas de toxicología no iban a dar positivo de esa sustancia después de tanto tiempo, pero el sospechoso se hallaba en el punto crítico de su confesión y sólo necesitaba un empujoncito para revelar la verdad.

Se hizo un silencio hondo que fue llenando la sala, aunque Sparkes no se impacientó. Estaba completamente inmóvil en la silla, sin ofrecerle ninguna distracción al chaval que tenía enfrente. Los dedos de Jamie se agitaron sobre la mesa y sus ojos se cerraron en aparente gesto de concentración.

—Sólo le di un poquito —murmuró al final, casi entre dientes, y Sparkes tuvo que inclinarse sobre la mesa para poder oírle—. Para que no se fuera de la lengua mientras decidía qué hacer. Se lo puse en el tequila y se fue a dormir.

—Pero no sólo se durmió —le replicó Sparkes—. Estaba inconsciente y hasta arriba de alcohol, y la dejaste indefensa y se ahogó. Pobre niña.

—Tendría que haberse callado la boca —dijo Jamie en voz baja—. De todos modos, fue culpa suya. Nadie la obligó a pillarse esa turca.

Sparkes se quedó mirándolo durante un largo minuto, sin decir nada, dejando que esas palabras venenosas se deslizaran por las paredes de la sala hasta caer en el suelo.

—¿Escondiste el cadáver en la cámara frigorífica, Jamie?

—No. Me desperté por la mañana y había desaparecido.

—Pero tú eras el que veía y oía todo lo que pasaba en esa pensión —continuó Sparkes—. El chaval en el que nadie se fijaba.

Jamie se encogió de hombros.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Esta mañana nos has dicho: «Con todo lo que hice para que saliera conmigo». ¿Te referías a esto? ¿Deshacerte de un cadáver? ¿Esconderlo para que la policía no lo encontrara?

Jamie dio un puñetazo sobre la mesa, haciendo que su abogado diera un salto.

—¡No!

—Pero sabías que estaba muerta, ¿verdad? Y ayudaste a ocultar la muerte de Rosie. Mama nos dijo que fuiste tú quien le propuso inventaros los mensajes de Rosie —añadió Sparkes, redoblando la presión—. Para que nadie se inquietara por su desaparición. Parece que esto también lo controlabas tú.

—Rosie me daba igual, pero Alex estaba triste porque se había ido sin decir media palabra. Pensé que así quizá la ayudaría a decidirse a venir conmigo.

—Pero no se decidió, ¿no?

Movió la cabeza una vez más, con gesto cansado.

—No, todo salió mal. Ya se lo he dicho.

Viernes, 19 de diciembre de 2014

LA PERIODISTA

He recibido una postal navideña de un fantasma de mi pasado: Jean, la viuda de Glen Taylor. Me la han remitido desde el periódico en un gran sobre marrón junto con mis declaraciones de gastos y papeleo del sindicato.

En la tarjeta, me escribe sobre el trauma que ambas hemos compartido de vivir con la prensa en la puerta de casa. Como si pudiera interesarme. Supongo que no tuve un papel pequeño en aquella época de su vida y que mi presencia se ha entrelazado con sus recuerdos de cuando su marido fue acusado de haber raptado a la pequeña Bella Elliott. Tanto es así que parece tener la impresión de conocerme. Estuve con ella a medida que la historia avanzaba, en su cocina, en su salón, en la habitación de hotel adonde nos la llevamos para entrevistarla. Y parece que sigo metida en su cabeza.

Pero no había oído ni pío de ella desde la última apelación del caso Bella Elliott, aunque sigue apareciendo de vez en cuando en alguna noticia, como cuando escribe a los padres de niños desaparecidos o traba amistad con algún criminal famoso en la cárcel.

Ahora parece que me toca a mí recibir compasión.

Ha sabido de mis «problemas» y, obviamente, pretende meterme el dedo en la llaga. No es que lo diga. No sería propio de ella, la verdad. La pequeña Jeanie Taylor desea decirme lo mucho que lamenta lo de Jake. No quiero que pronuncie el nombre de mi hijo. No quiero que toque nada mío.

No voy a responderle. Rompo por la mitad el sonriente muñeco de nieve y lo tiro a la basura.

Jake no lo sabrá. Se ha ido a esquiar con Steve y Freddie. Un viaje sólo de chicos para despejar la cabeza. Steve dijo que su hermano lo necesitaba. El juicio de Jamie Lawrence empieza en año nuevo y todos hemos estado con los nervios a flor de piel, esperando que los periódicos se revuelquen en los detalles de la historia. Durante unos días, pensé que quizá extraditaran a Jamie a Tailandia y que podía terminar condenado a muerte. «Por inyección letal», según me informó Joe, mi nuevo mejor contacto. «No han ejecutado a nadie, ni extranjero ni nacional, desde 2009. Pero no nos interesa mandar a un británico al corredor de la muerte. Lo resolverán aquí. Si asesinas a un compatriota en cualquier parte del mundo, los tribunales británicos son competentes para juzgarte en el Reino Unido.»

Las familias no se lo tomarán muy bien. Lesley me llamó después de que la Fiscalía acusara a Jamie Lawrence del asesinato de Alex y me dijo que iban a escribir al Ministerio de Interior para solicitar que lo enviaran de vuelta a Bangkok para juzgarlo allí. «La mató en Tailandia, tendrían que aplicarle su castigo... Estamos organizando una venta de pasteles para recaudar fondos para los gastos legales. Queremos que se oiga nuestra voz», añadió, y me imaginé a colegiales de mofletes sonrosados masticando magdalenas con la leyenda JAMIE LAWRENCE A LA HORCA.

Me sorprendió percibir tanto veneno en su voz. Ya no era la misma mujer que había visto por última vez en el funeral de las niñas. Me quedé en las filas de atrás, no muy segura de si iba a ser bien recibida, y me fijé en Lesley, en su presencia solemne y discreta en el centro de la ceremonia, que eclipsaba a Jenny, a su lado. La iglesia estaba llena de jóvenes. Ellas lloraban sin reservas y se abrazaban las unas a las otras, mientras que ellos, más incómodos, formaban grupitos y no sabían dónde mirar ni qué hacer con las manos. Jake había comentado que tal vez acudiría, pero le convencí de que se quedara en casa. De haber venido, se habría convertido en el objetivo de la prensa reunida, una nota discordante que perturbaría aquel día de homenaje a las chicas. Fui sola y canté con los labios *Amazing Grace* mientras los chicos que había a mi alrededor entonaban su pena cogidos de la mano. Me fui antes de que terminaran las últimas notas.

Nunca habría dicho que Lesley se convertiría en una partidaria de la pena capital. Me la imaginaba más bien como una activista por la seguridad vial. Pero hoy sé que proteger a nuestros hijos nos transforma. Dejamos de ser las personas que parecíamos ser.

Su lucha por que se haga justicia —y por conseguir una condena a muerte — ha tenido en Louise Butler a una de sus principales impulsoras en la

sombra. El director de mi periódico no quiso subirse al carro, según me dijo Joe: «Un poco vulgar para nuestros lectores —comentó en la redacción—. Y además no lo conseguirán, así que podrían achacarnos el fracaso...».

Los O'Connor siempre se mostraron unidos, pero me pregunté cómo lo llevarían los Shaw por su lado. Fue Joe quien me dijo que Mike había vuelto a vivir con Jenny. «La mujer número dos lo dejó plantado por su afición a los toqueteos en el trabajo —me contó—. Jenny se lo llevó a casa. Parece que están felices como unos recién casados. Les doy seis meses...»

Tiempo suficiente para que su cruzada muera por agotamiento y quede olvidada.

Joe me dice que Jamie sigue asegurando que la muerte de Alex fue un accidente, un abrazo amoroso que se le fue de las manos por toda la historia de rechazos que arrastraba. Mi protegido en la redacción ha localizado a todas las madres, incluida la triste mujer que parió a Jamie. No será una lectura agradable cuando se cierre el caso y podamos revelar todos sus antecedentes. Noto el hormigueo en los dedos, las ganas de escribir el artículo, pero esta vez no podrá ser. Formo parte de la noticia. Y vuelvo a imaginarme el abrazo «amoroso» de mi hijo con Rosie.

Me pregunto cómo va a responder Jake si le obligan a prestar declaración durante el juicio. Sólo pueden citarlo como testigo para corroborar la afirmación de Rosie de que Jamie drogó a Alex. No como imputado. Al final no lo acusaron de nada.

«No hay pruebas ni testigos fiables que indiquen que ocurriera nada inapropiado mientras Jake estuvo con Rosie —nos aseguró nuestro abogado—. Jake ha reconocido que no informó a nadie de la muerte de Rosie, pero no fue testigo de la misma y ni siquiera vio su cadáver. Me sorprende mucho que la fiscalía se esté planteando siquiera acusarlo por obstrucción a la justicia.» Eso era lo que nos decía cada vez que nos reuníamos con él para gastarnos otras quinientas libras de nuestros ahorros. Pero tuvimos que esperar otro mes entero, mordiéndonos las uñas, hasta que por fin nos transmitió la noticia por teléfono.

«Una decisión sensata. Simplemente, carecían de pruebas para seguir adelante», nos dijo el abogado. Bob Sparkes no nos dio la noticia en persona.

«Por fin podemos dejar todo esto atrás —comentó Steve después de la llamada del abogado—. Hacer borrón y cuenta nueva.»

No hay duda de que Jake ya ha empezado a mirar al futuro. Cuando vuelva de la esquiada, se informará sobre cómo retomar sus estudios de derecho. «Seré un alumno adulto, mamá. Esta vez lo haré bien», me asegura.

«Claro que sí —me digo a mí misma durante mis madrugadas insomnes—. Será mejor persona.»

Pero hay días en los que me cuesta mirar a mi hijo mayor sin que me abrume la culpa de haber ocultado la suya. Escruto la cara que di a luz y busco algún indicio de arrepentimiento, pero parece haber puesto una coraza entre él y «lo que pasó en Tailandia», que es como ahora nos referimos a ello en casa. Steve sonríe con optimismo y lo llama la «resiliencia de la juventud». Y yo no hago nada para sacarlo de su error.

Decidí no contarle la verdad porque él habría querido hacer lo que se espera de una buena persona: llamar a Bob Sparkes, obligar a Jake a confesar y asumir las consecuencias. Porque mi marido ve las cosas de forma muy simplista: o están bien o están mal. Yo miró más allá, a la escala de grises entre el blanco y el negro, a los márgenes borrosos donde nos aguardan las consecuencias de nuestros actos. Steve no vio a nuestro hijo en la cárcel. Yo sí. Vi la cara de viejo de nuestro hijo, sentí su desesperación. No puedo ser la responsable de que eso le vuelva a ocurrir.

Me distraigo pensando en mi futuro. Sigo de baja por asuntos personales, «momento ideal para dedicarte a regar los geranios», me dijo Joe, tratando de alegrarme un poco. Y estoy en la nómina de prejubilaciones previstas para el próximo ejercicio. Steve quiere que me acoja, aunque no soporto la idea. Necesito poder anclar mi vida a algo. Sobre todo ahora.

Llamo a Bob Sparkes, más que nada para escuchar su voz. En el funeral de las niñas estuvo sentado en su banco de siempre —el que queda más cerca de la salida— y apenas pudimos cruzar unas palabras de compromiso. Desde ese día, nada.

—Inspector Sparkes —responde.

—Hola, Bob. Soy Kate.

—Bueno, ¿qué tal te va? —Suenas inseguro, pero no hostil, así que sigo adelante.

—Normal. ¿Y a ti?

—Lo mismo. Ya me he reincorporado a jornada completa.

—Me alegro por ti. Te llamo porque no te imaginas de quién he recibido noticias.

—Vale... —conviene, y me imagino su sonrisa.

—Jean Taylor.

—¡Madre de Dios! ¿Qué te ha dicho?

Y volvemos a sintonizar los dos, reanudando los lazos de nuestra vida pasada. Quizá debería escribirle a Jean Taylor para darle las gracias por su intervención.

Hoy tengo la impresión de haber cruzado una frontera.

He hecho limpieza. Finalmente he tirado los pantalones. Los pantalones que me traje de vuelta a casa en mi bolsa de viaje. Los pantalones con la mancha reveladora que podría delatar la mentira de mi hijo.

«Se pasó por aquí y estaba un poco hecho polvo y quería fumar —me dijo su amigo Ross cuando me los dio—. Vino con los pantalones manchados de pota o algo.»

Y me había olvidado de ellos durante los días de vértigo que siguieron. Pero lo supe en cuanto los encontré en mi bolsa, tirada en un armario, la primera vez que llegué a casa, sin Jake. Supe que podían echarlo todo por la borda. Jake estuvo en esa habitación con el cuerpo de Rosie, tal como decía el maldito Jamie Lawrence. Mi hijo había escondido su cadáver. Mi hijo había obstruido el curso de la justicia.

Mil veces estuve a punto de plantarme delante de él con los pantalones. Pero siempre me contuve.

Supongo que esperaba que me lo dijera él. Que se hiciera responsable de sus actos.

Sin embargo, no lo hizo. Y cada vez que me imaginaba que lo enviaban a la cárcel y que su vida quedaba manchada para siempre, me decía que le debía una segunda oportunidad.

Las chicas no la tendrán, pero nunca podré reparar ese daño ni cambiar las cosas. Lesley y Jenny querrían que todos los implicados fueran ejecutados públicamente porque quieren verlos sufrir como han sufrido ellas. Pero llevar a Jake al banquillo de los acusados no les va a hacer más fácil pasar página. O eso es lo que me digo cuando meto los pantalones con un par de jerséis viejos en una bolsa de plástico y voy caminando a los contenedores de reciclaje del supermercado. Me quedó allí, incapaz de moverme. La indecisión no me permite despegar los brazos de mi cuerpo hasta que Bet, una vecina, me llama desde la acera.

—Hola, Kate. ¿Cómo le va a ese precioso muchacho tuyo?

Y meto la bolsa en las negras fauces del contenedor. Fuera.

—Bien, Bet. ¿Cómo estás tú? —respondo, como si nuestras vidas permanecieran inalteradas.

Varios periodistas me han llamado para pedirme que les cuente mi historia y publicarla cuando se celebre el juicio de Jamie. Estoy segura de que las palabras *coraje*, *leal*, *valiente* y *ejemplar* aparecerán en abundancia en sus artículos. Para ellos, soy la «Buena Madre» que apoyó a su hijo, resolvió el caso y consiguió que quedara en libertad.

Supongo que en cierta medida lo soy. Estoy esperando a que llegue la primera periodista. No tardará. Me pregunto si traerá un ramo de flores. Yo, en su lugar, lo haría si tuviese que llamar a esta puerta. He puesto un plato de tartaletas de frutas en la mesa y mis fotos familiares están repartidas entre las ramitas falsas de acebo sobre la chimenea.

Estoy tranquila en el sofá. Me he aprendido bien la historia que voy a contar.

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que debo un agradecimiento por su importantísimo papel durante la redacción de *La sospecha*, pero me gustaría empezar destacando la maravillosa generosidad de Louise Butler. Louise hizo la puja ganadora para convertirse en un personaje de *La sospecha* en la subasta «Conviértete en un personaje» de la fundación contra el cáncer infantil CLIC. Ahora ha quedado inmortalizada como una astuta representante de la prensa sensacionalista (lo siento, Louise...) y ha contribuido a recaudar la fantástica suma de 10.696 libras para destinarla a la lucha de los más pequeños contra el cáncer.

Gracias a los especialistas: el brillante investigador de la unidad de homicidios, ya jubilado, Colin Sutton, quien robó tiempo a su exitosa carrera de escritor para guiarme con paciencia por los vericuetos del mundo policial, y la médico forense doctora Debbie Cook, del Ministerio de Interior, quien dejó a un lado el escalpelo para explicarme paso a paso cómo se efectúa una autopsia a un cuerpo embalsamado. Les estoy profundamente agradecida a ambos.

Gracias a los corresponsales y funcionarios británicos destinados en Bangkok que me guiaron por los tenebrosos callejones de la ciudad y me informaron de las estafas de las que suelen ser víctimas los turistas: Marc Lavine, Andrew Drummond, Jonathan Head, Lindsay Murdoch y Daniel Fieller, de la embajada británica. Fuisteis unos asesores espectaculares.

Una vez más, un inmenso agradecimiento a mis editores Frankie Gray y Danielle Perez de Transworld y NAL/Penguin Random House, respectivamente, por creer en mí. Habéis sido una fuente de inspiración constante.

Y, como siempre, van mi amor y mi agradecimiento a mi marido Gary, a mis hijos Tom y Lucy, a sus parejas Orlanda y Martin, a mi hermano Jon y a mis padres David y Jeanne por su aliento y apoyo, y a mi maravillosa hermana, Jo Wright, y amigas Rachael Bletchly y Jane McGuinn, quienes me han escuchado, leído y animado a continuar.

Por último, también me gustaría brindar por, ejem, la ganadora del premio al Mejor Agente Literario del Reino Unido del año 2018, Madeleine Milburn. Como afirmaron los jueces del British Book Award: «La atención que dedica a sus autores es ejemplar. Es evidente que se desvive por ellos». Doy fe de ambas cosas. Nunca podré agradeceréelo como es debido.



FIONA BARTON nacida en Cambridge, Inglaterra, cuenta con una dilatada carrera en el mundo del periodismo, donde ha trabajado para el *Daily Mail*, el *Daily Telegraph* y el *Mail on Sunday*. Fue galardonada con el prestigioso Premio Nacional de la Prensa británica. Con *La viuda*, su primera novela, se convirtió en un fenómeno editorial internacional y se publicó en más de treinta y cinco países.

FIONA BARTON

**LA
SOSPECHA**

**LAS EXCLUSIVAS SON SIEMPRE SUYAS
AHORA, ELLA ES LA NOTICIA.**



Lectulandia